



contemporānea







Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 7, Volumen 7, 2016





Contemporánea (ISSN 1688-7638) es una revista académica de frecuencia anual con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo xx en América Latina.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Contemporánea se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República.

Contemporánea

ISSN: 1688-7638

Diseño y diagramación de tapas e interior:
equipo de la Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR).

Corrección:
Luciana Broquetas San Martín

Dirección provisoria:
Archivo General de la Universidad de la República
18 de Julio 1968, Subsuelo
CP 11200
Montevideo, URUGUAY
Teléfonos: (+598) 24027939 y (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con revistacontemporanea2010@gmail.com



Comité editorial

Magdalena Broquetas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Aldo Marchesi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Vania Markarian, Archivo General de la Universidad de la República
Diego Sempol, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Jaime Yaffé, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Editoras de reseñas bibliográficas

Gabriela González, Universidad Católica del Uruguay
María Eugenia Jung, Archivo General de la Universidad de la República
Luciana Scaraffuni, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Comité asesor

Gerardo Caetano, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Álvaro Rico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
José Rilla, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República e Instituto Universitario del Centro Latinoamericano de Economía Humana

Comité académico

Uruguay

Clara Aldrighi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Alcides Beretta, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Bertino, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Luis Bértola, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
María Camou, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Carlos Demasi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Adolfo Garcé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

Raúl Jacob, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Maria Inés Moraes, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Benjamín Nahum, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Adela Pellegrino, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Rodolfo Porrini, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Exterior

Carlos Aguirre, University of Oregon, Estados Unidos
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Claudio Barrientos, Universidad Diego Portales, Chile
Isabella Cosse, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Fernando Devoto, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Silvia Dutrenit, Instituto Mora, México
Eduardo Elena, Miami University, Estados Unidos
Carlos Fico, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil
Paulo Fontes, Fundación Getulio Vargas, Brasil
Marina Franco, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Greg Grandin, New York University, Estados Unidos
Elizabeth Jelin, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina
Victoria Langland, University of California, Estados Unidos
Gerardo Leibner, Universidad de Tel Aviv, Israel
Pablo Piccato, Columbia University, Estados Unidos
Laura Realí, Universidad Paris VII, Francia
Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela, España
Marcelo Ridenti, Universidad Estadual de Campinas, Brasil
Luis Alberto Romero, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Sinclair Thomson, New York University, Estados Unidos
Gonzalo Varela, Universidad Autónoma Metropolitana, México
Verónica Valdivia, Universidad Diego Portales, Chile
Peter Winn, Tufts University, Estados Unidos
Eric Zolov, Stony Brook University, Estados Unidos





Contenido

Presentación de los editores	9
Dossier: Del internacionalismo al latinoamericanismo. La izquierda en la segunda mitad del siglo xx: aproximaciones intelectuales, políticas y culturales	
Introducción	
<i>Rolando Álvarez y Aldo Marchesi</i>	11
El joven Methol: cristianismo, marxismo e izquierda nacional «argentina»	
<i>Héctor Ghiretti</i>	15
«Seremos como el Che»: Chilean elenos, Bolivia and the cause of latinoamericanismo, 1967-1970	
<i>Tanya Harmer</i>	45
La izquierda socialista de los 60 y el «camino propio» de la revolución argentina	
<i>María Cristina Tortti</i>	67
Varia	
El fenómeno de los «cantegriles» montevideanos en los estudios sociales, 1946-1973	
<i>María José Bolaña</i>	87
Peronismo para la liberación nacional ¿y social? El vínculo peronismo-revolución en las revistas <i>Militancia Peronista para la Liberación</i> y <i>Envideo</i> , 1973	
<i>Mariela Starvale</i>	105
Entrevista	
Adela Pellegrino: «El descenso de la fecundidad es un fenómeno muy positivo y no un castigo»	
<i>Wanda Cabella y Juan José Calvo</i>	127
Bibliográficas	
Hugo Vezzetti. Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría	
<i>Adriana Petra</i>	139
Carlos Zubillaga. Una historia silenciada: presencia y acción del falangismo en Uruguay (1936-1955)	
<i>Alfredo Alpini</i>	141
Gianella Bardazano, Nicolás Duffau, Aníbal Corti y Nicolás Trajtenberg (comps.). Discutir la cárcel, pensar la sociedad. Contra el sentido común punitivo	
<i>Ana Vigna</i>	142
Clara Aldrighi y Guillermo Waksman. Tupamaros exiliados en el Chile de Allende 1970	
<i>Carla Larrobla</i>	144
Eugenia Allier Montaño y Emilio Crenzel (coords.). Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política	
<i>César Iván Vilchis Ortega</i>	145
María Laura Reali. Herrera. La revolución del orden. Discursos y prácticas políticas (1897 – 1929)	
<i>Eduardo Escudero</i>	146
Horacio García Bossio. ¿Qué nos hace más nación? Desafíos del desarrollismo frondicista-frigerista	
<i>Emiliano Salas Arón</i>	148





Gustavo Remedi (coord.) Horizontes y trayectorias críticas: los estudios del teatro latinoamericano en Estados Unidos <i>Georgina Torello</i>	150
Mariano Mestman. Las rupturas del 68 en el cine de América Latina <i>Isabel Wschebor</i>	151
Gustavo Remedi (coord.). Vistas Cruzadas. Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos en los 90 vistos desde el Sur. Un diálogo interdisciplinario <i>Laura Gioscia</i>	153
Andrea Andújar. Rutas argentinas hasta el fin. Mujeres, política y piquetes, 1996-2001 <i>Luis Klejzer</i>	154
Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.). Un trébol de cuatro hojas. Las juventudes comunistas de Chile en el siglo xx <i>Marisa Silva Schultz</i>	156
Carlos Aguirre. La ciudad y los perros. Biografía de una novela <i>Martín Bergel</i>	157
John Mraz y Ana Mauad (coords.). Fotografía e historia en América Latina <i>Mónica Maronna</i>	159
Eventos	
Seminario «Discutir la cárcel, pensar la sociedad» <i>Daniel Fessler</i>	163
Jornada de la Asociación Uruguaya de Historiadores «Los Archivos en Uruguay: situación y propuestas» <i>Isabel Wschebor</i>	164
vii Taller de Discusión Sobre las Derechas en el Cono Sur, Siglo xx <i>Magdalena Broquetas</i>	167
Archivos	
Sistematización de la música nacional: del trabajo de campo de Ayestarán al Centro Nacional de Documentación Musical (CDM) <i>Lucía Secco</i>	169
Centro de Fotografía de Montevideo (CdF) <i>Mauricio Bruno</i>	172
Centro de Investigación, Documentación y Difusión de las Artes Escénicas (CIDDAE) <i>Alexandra Nóvoa</i>	175
Polémicas	
Introducción	177
Los documentos del pasado reciente como materiales de archivo. Reflexiones desde el caso uruguayo <i>Vania Markarian</i>	178
El actual malestar de los historiadores: entre la defensa del oficio y la responsabilidad política. Sobre archivos y repositorios documentales <i>Álvaro Rico</i>	192
Convocatoria <i>Contemporánea</i> volumen 8, año 8, 2017	211





Presentación de los editores

Creer siempre es una buena señal. En ese sentido, a partir del próximo número el Comité Editorial de *Contemporánea* se amplía una vez más: al equipo se integran Inés Cuadro, del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Udelar, y María Eugenia Jung, del Archivo General de la Universidad de la República. Lamentablemente, con este número al mismo tiempo nos despedimos de Mariana Iglesias, quien nos deja para atender otros proyectos que la ocupan en este momento de su vida.

Además, a partir de la próxima edición abandonamos el papel impreso. El cambio busca reducir costos y al mismo tiempo reforzar la impronta regional de la publicación, al priorizar un soporte que facilita la circulación de contenidos y debates. Por ello, a partir de 2017, *Contemporánea* se podrá encontrar únicamente a través internet. Por el momento, seguiremos estando en el portal www.geipar.udelar.edu.uy. Esta última edición impresa fue posible, una vez más, gracias al apoyo financiero del Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre Pasado Reciente (Geipar). Vaya entonces nuestro agradecimiento a este espacio de reflexión y producción de conocimiento y en particular a su coordinador Álvaro Rico.

La convocatoria al dossier de este número fue «Del internacionalismo al latinoamericanismo. La izquierda en la segunda mitad del siglo xx: aproximaciones intelectuales, políticas y culturales». Este eje buscó enfatizar la relación entre izquierda y latinoamericanismo en una forma no lineal, abierta a la pluralidad de encuentros que se produjeron entre ambos en este continente tanto a nivel de la cultura, como de la sociedad y la política. Los tres artículos seleccionados abordan desde diferentes perspectivas este fenómeno en el contexto del Cono Sur durante los años cincuenta y sesenta. Abre el dossier el texto de Héctor Ghiretti, quien analiza el diálogo entre el uruguayo Alberto Methol Ferré y los intelectuales argentinos que se proponían el desarrollo de la izquierda nacional en la vecina orilla. A continuación, María Cristina Tortti reflexiona sobre la identidad del Partido Socialista argentino y el impacto que en ella tuvieron el peronismo y la Revolución cubana. Finalmente, Tanya Harper estudia los pasos de un puñado de militantes chilenos en el Ejército de Liberación Nacional, a efectos de evaluar cómo funcionó allí la identidad latinoamericana vinculada al proyecto de revolución continental. Como señalan los coordinadores del dossier, Rolando Álvarez y Aldo Marchesi, los tres artículos aplican un acercamiento que





trasciende la dimensión local, así como muestran la diversidad de significados del término Latinoamérica y los diferentes insumos con los que se alimenta esa identidad.

En la sección *Varia*, donde se introducen artículos que quedan por fuera del núcleo del dossier, se presentan dos textos de muy diferente índole. En el primero, María José Bolaña propone una historia del término «cangrejal» a través de los estudios sociales uruguayos entre 1946-1973, mientras que en el segundo, Mariela Stavale analiza la relación entre peronismo y revolución en las publicaciones *Militancia Peronista para la Liberación y Envido*.

La entrevista de este número es con Adella Pellegrino, una pionera de la historia demográfica y de la propia demografía en Uruguay, quien en diálogo con Wanda Cabella y José Calvo historiza los diferentes mojones

de la construcción de este campo de reflexión académica a nivel local.

En esta edición incluimos nuevamente una cantidad significativa de reseñas que buscan dar cuenta de los avances más relevantes en el campo de la producción historiográfica. También se reseñan algunos de los eventos claves que marcaron la agenda académica uruguaya durante el año pasado, así como tres presentaciones de repositorios documentales existentes en nuestro país.

Por último, por segunda vez en estos siete años, nuestras páginas buscan promover el debate en forma explícita. En la sección *Polémicas* incluimos un artículo de Vania Markarian sobre los archivos del pasado reciente y una respuesta de Álvaro Rico.

Ojalá que la propuesta resulte atractiva. Los esperamos en 2017 en formato digital, con más y mejor *Contemporánea*.





Del internacionalismo al latinoamericanismo. La izquierda en la segunda mitad del siglo XX: aproximaciones intelectuales, políticas y culturales

Introducción

Aldo Marchesi¹ y Rolando Álvarez²

En el año 2010, Emir Sader publicaba *El nuevo topo, los caminos de la izquierda latinoamericana*.³ Tomando la figura del viejo topo de Karl Marx, Sader intentaba mostrar cómo en un contexto internacional marcado por la caída del socialismo América Latina emergía como una esperanza de futuro. El ciclo de gobiernos que se originó en los albores de este siglo era presentado por el autor como el resultado de acumulaciones previas que tenían que ver con la historia latinoamericana. Eventos como las revoluciones de independencia, la Revolución mexicana, los movimientos populistas de mediados de los cincuenta, la Revolución cubana y la Unidad Popular chilena eran interpretados como parte de un movimiento histórico común que se expresaba en la construcción de una izquierda con un proyecto político y con una particular identidad regional que emergía a comienzos del nuevo siglo. En este sentido, el texto de Sader es representativo de cierta memoria construida desde el momento progresista del siglo XXI, en el que una serie de experiencias diversas en América Latina comenzaron a ser resignificadas en una dirección unívoca marcada por la identidad latinoamericana que, en dicha narrativa, inevitablemente convergía con la izquierda en el reciente ciclo de gobiernos progresistas.

El intento de convergencia entre latinoamericanismo e izquierda puede ser rastreable a lo largo del siglo XX. La izquierda localizada en Latinoamérica, que mayoritariamente había sido formada en el internacionalismo y se definía en relación a organizaciones con sede en el continente europeo, gradualmente comenzó a poner atención en los procesos políticos vinculados a tradiciones políticas y culturales regionales que podían ser leídas desde una perspectiva de izquierda. Estos asuntos fueron parte de la discusión de cierta heterodoxia dentro del marxismo en las décadas del veinte y treinta, pero en la segunda mitad del siglo esto se transformó en un aspecto constitutivo de la identidad de la izquierda. Para la década de los sesenta, latinoamericanismo e izquierda parecían ser dos partes de una misma identidad. Sin embargo, en la primera mitad de siglo esto no había resultado tan evidente.

1 Universidad de la República (Udelar).

2 Universidad de Santiago de Chile (Usach).

3 Sader, Emir. *El nuevo topo, los caminos de la izquierda latinoamericana* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009).





La Revolución cubana, que integró la tradición latinoamericanista a la definición marxista leninista, fue tal vez el ejemplo más notorio de esa conjunción. Pero desde los cincuenta se venían desarrollando intentos de síntesis entre tradición latinoamericana y perspectivas asociadas a los valores políticos de la izquierda. El socialista chileno Oscar Waiss describía este ambiente en su prólogo a la segunda edición (1961) del libro *Nacionalismo y Socialismo en América Latina* (1954):

En Venezuela, un poderoso sector de Acción Democrática, incluyendo dos senadores y catorce diputados, se ha separado de la organización matriz, repudiando su oportunismo entreguista y acercándose claramente a las concepciones del marxismo revolucionario. Un proceso similar ha ocurrido en Perú, donde el Apra rebelde se ha escindido del viejo tronco aprista, adoptando un programa muy positivo. También se ha dividido el Partido Socialista de Argentina, cuya ala izquierda adopta rápidamente posiciones revolucionarias y continúa la evolución favorable en el Partido Socialista del Uruguay. En Chile, poderosas corrientes de pensamiento de izquierda se aprontan para volver al Partido Socialista a su camino de vanguardia, momentáneamente abandonado.⁴

El párrafo de Waiss daba cuenta de transformaciones que se estaban dando en fracciones de los partidos socialistas, pero también en las referencias políticas a las que se acercaban en esos procesos. Procesos similares se dieron en otras organizaciones de izquierda que venían del troskismo e incluso del comunismo.

La dinámica histórica de revolución y contrarrevolución en la que se vivió la Guerra Fría en Latinoamérica, sugerida por Greg Grandin en *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*, fue el proceso que habilitó el encuentro de las tradiciones de izquierda internacionalista con otros actores.⁵ Esta corriente latinoamericanista, que se desarrolló desde mediados de los cincuenta y continuó a principios de los sesenta, expresó un encuentro entre grupos críticos de las tradiciones internacionalistas de las izquierdas y aquellos que venían de tradiciones nacional-populares. Para los que venían de la izquierda implicó una relectura de las historias nacionales, encontrando un potencial transformador en movimientos políticos populares que hasta el momento habían sido considerados como el resultado de líderes demagógicos, y también un acercamiento a formas de nacionalismo popular. Para los que venían de las tradiciones nacionalistas implicó incorporar el marxismo como un marco de análisis histórico. En un sentido geopolítico, los militantes de izquierda que participaron de estas ideas tendieron a apartarse de las experiencias internacionales y a tomar como referencia histórica de sus nuevos proyectos políticos a los procesos revolucionarios ocurridos en América Latina durante el siglo XIX y el XX. En la mayoría de dichos militantes ese viraje también estuvo asociado a un cuestionamiento a las prácticas tradicionales de la izquierda, y al entendido de que dicho viraje implicaba una mayor radicalidad, como lo expresaba Waiss en el texto ya citado.

Esta sensibilidad latinoamericanista en diferentes sectores de la izquierda antecedió a la Revolución cubana, y encontró en ella a un movimiento político que se vinculaba claramente con dicho proyecto. Incluso las primeras teorizaciones de la Revolución iban en una dirección similar. En el texto «El Castrismo. La larga marcha de América Latina», que Regis Debray escribió en *Les Temps Modernes* en 1964 y que lo catapultó en una suerte de intelectual orgánico de la Revolución cubana, se describía al castrismo como un nacionalismo revolucionario que, aunque guardaba continuidades con experiencias nacionalista-populares previas, había logrado asociar la idea de nacionalismo desde una perspectiva de clase, suplantando el nacionalismo bonapartista que se encontraba en decadencia. A mediados de la década, Cuba se había transformado en la

4 Waiss, Oscar. *Nacionalismo y Socialismo en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Iguazú, 1961), 10.

5 Grandin, Greg. *The Last Colonial Massacre* (Chicago: Chicago University Press, 2004).





principal referencia de dichas ideas latinoamericanistas vinculadas a las tradiciones históricas del continente, en las que aparecían desde Bolívar y San Martín hasta José Martí como antecedentes de la propia Revolución cubana.

Pero más allá de los encuentros entre latinoamericanismo e izquierda que se expresaron en la Revolución cubana y fueron el resultado de la radicalización de ciertos sectores de la izquierda marxista, así como de las tradiciones nacional-populistas en diferentes lugares de América Latina, existieron también otras formas de construir y reflexionar sobre la identidad latinoamericana que derivaron en un encuentro con la izquierda. En el campo del catolicismo, la llamada opción por los pobres, construida como una adaptación latinoamericana al proceso de renovación que implicó el Concilio Vaticano II, también llevó a una reflexión sobre las características particulares del continente dentro de la comunidad religiosa, que derivó en el desarrollo de diversas propuestas pedagógicas, teológicas y políticas que tendrán puntos de encuentro con la izquierda latinoamericana. Por último, en el campo intelectual determinadas corrientes vinculadas al desarrollismo justificaron su crítica al orden económico global desde una perspectiva que tenía más que ver con el lugar de Latinoamérica que con los conceptos de clase. La radicalización del desarrollismo en su versión dependencista llevó a un acercamiento a la izquierda de diversas corrientes de pensamiento económico, social y cultural.

En este sentido, el latinoamericanismo de izquierda no fue una idea única, homogénea, lineal. Existieron diferentes maneras en que los latinoamericanismos se encontraron con diversos proyectos de izquierda en el campo de la sociedad y la cultura. Además, aunque hoy se recuerda como algo evidente dentro de las izquierdas, dichos latinoamericanismos estuvieron mediados, interpelados y, en algunos casos, contradichos por categorías como nuevas maneras de concebir el internacionalismo, así como el tercer mundismo o el nacionalismo que incidieron en las maneras en que estos grupos se definían.

En la posguerra fría la tendencia hacia la latinoamericanización se acentuó. Luego de la caída del Muro de Berlín y el fin de los socialismos reales, algunas experiencias políticas encontraron en las raíces latinoamericanas un camino para repensar su identidad política. Dicho proceso de latinoamericanización de la izquierda en la región resultó central en el desarrollo de un espacio político regional que, como decíamos al inicio, fue conformando gradualmente una identidad particular que los distanció de otras izquierdas y que, durante este siglo, adquirió una significación particular en el orden global donde la izquierda parece perder influencia en otras áreas del mundo.

Con el objetivo de reflexionar sobre este proceso, realizamos una convocatoria abierta a investigadores interesados en profundizar en las diferentes maneras en que la izquierda se fue fortaleciendo y reformulando a partir de ese encuentro con diferentes fuentes del latinoamericanismo. El resultado final de esta convocatoria son tres excelentes artículos que trabajan sobre el espacio de la izquierda en el Cono Sur durante los cincuenta y sesenta.

En su artículo *El joven Methol: cristianismo, marxismo e izquierda nacional «argentina»*, Héctor Ghiretti trabaja la relación de Alberto Methol Ferré, un intelectual uruguayo influenciado por el catolicismo, con una serie de intelectuales que se proponen el desarrollo de la izquierda nacional en Argentina durante los cincuenta y primeros sesenta. Dicho intercambio muestra los diversos caminos y componentes ajenos a la ortodoxia marxista de los que se compone parte de la reflexión en torno a la izquierda nacional. En *La izquierda socialista de los 60 y el «camino propio» de la revolución argentina*, María Cristina Tortti estudia las maneras en que la identidad del Partido Socialista argentino se ve modificada por fenómenos que dan cuenta de la experiencia histórica latinoamericana, como lo fue el desarrollo de los populismos, en este caso en su versión





peronista y la Revolución cubana. Por último, Tanya Harmer en «*Seremos como el Che*»: *Chilean elenos, Bolivia, and the cause of latinoamericanismo, 1967-1970* estudia una particular identidad latinoamericanista vinculada al proyecto de la revolución continental impulsado por la Revolución cubana, pero que cuenta con la adhesión de importantes contingentes de militantes en los diferentes países de la región. En este caso, Harmer estudia la trayectoria de un grupo de militantes chilenos en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) formado por el Che en Bolivia.

Los tres artículos trabajan las maneras en que esas ideas trascendieron los escenarios nacionales: la correspondencia del uruguayo Methol Ferré con intelectuales de la izquierda nacional argentina ayudó a construir la idea de izquierda nacional, el papel de Cuba resulta central para entender las transformaciones del Partido Socialista argentino, y los militantes del ELN que se mueven ente Cuba, Bolivia y Chile son centrales para entender el latinoamericanismo continental que promueve un actor que busca trascender la lucha local. Asimismo, muestran la diversidad de significados del término Latinoamérica, y los diversos elementos que nutren dicha identidad. Mientras que para algunos tiene que ver con la identidad espiritual del continente, para otros estará vinculada a los estilos de liderazgo político en que las masas urbanas se han habituado a participar de la lucha política del continente, y para otros es una estrategia política militar para llevar adelante la revolución.

Los textos dan cuenta de que los caminos de latinoamericanización de la izquierda fueron múltiples y posibilitaron el acceso a esa corriente de otras que le eran ajenas, como el populismo y el catolicismo. Pero dicho proceso estuvo cargado de contradicciones e incertidumbres que llevaron a la ausencia de una denominación común para agrupar a esta diversidad de experiencias durante la segunda mitad del siglo. El sentido histórico común desde el que hoy se construye al conjunto de aquellas experiencias no era percibido de la misma manera por aquellos actores. En este sentido, la pregunta sobre los orígenes de dicha identidad particular en un contexto global que emergió en este siglo esta aún abierta.



El joven Methol: cristianismo, marxismo e izquierda nacional «argentina»

Héctor Ghiretti¹

Resumen

En este estudio se analizan los escritos juveniles de Methol correspondientes a sus aproximaciones a problemas de carácter histórico-político, prestando particular atención a los elementos provenientes del marxismo y la tradición político-intelectual rioplatense conocida como izquierda nacional. Pertenecen a una fase de su pensamiento poco estudiada, que a primera vista se presenta como una discontinuidad dentro de su trayectoria intelectual, al menos desde la perspectiva de los parámetros ideológicos de su pensamiento definitivo. También se estudia la correspondencia que mantuviera durante esos años con Jorge Abelardo Ramos, con quien lo unió una relación de amistad y de quien recibió orientaciones fundamentales en la formación de su pensamiento histórico-político.

Palabras clave: América Latina, izquierda, marxismo, catolicismo, Uruguay

Abstract

This paper aims to analyze the political and historical writings of young Alberto Methol Ferré. The main concern of this study is the influence of marxism and the ideological regional tradition known as izquierda nacional on his work. These writings were produced during a little known phase of his intellectual evolution. The correspondence between Methol and the historian, essayist, and politician Jorge Abelardo Ramos, his main intellectual mentor, is also put into focus.

Keywords: Latin America, Left, Marxism, Roman Catholicism, Uruguay

1 Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales (INCIHUSA) - CONICET. Universidad Nacional de Cuyo (UNCUYO).





Una época poco explorada²

La obra de Alberto Methol Ferré viene recibiendo desde hace unos años una atención creciente. En raras ocasiones es posible encontrar espíritus que se proponen grandes síntesis, que combinan y articulan elementos de cosmovisiones diversas, usualmente tenidas por antitéticas o excluyentes, que se animan a traspasar fronteras nacionales, ideológicas, históricas y culturales con una resolución y una fecundidad que solo puede ser fruto de la sabiduría, la reflexión, la contemplación profunda y amorosa de la realidad. Del reconocimiento pleno y firme de las raíces, de la propia tradición y la propia identidad. Por eso mismo, generosos y abiertos, al aceptar y valorar otras tradiciones e identidades (la heterodoxia casi siempre es resultado no de un pensamiento radicalmente novedoso, sino del cruce de ortodoxias), pero también comprometidos radicalmente con las realidades de su tiempo, en un plano unificado de responsabilidad intelectual, moral y política. Encontrarse con ellos es una experiencia invariablemente provechosa.

Es —me parece— el caso de Methol. El interés en su obra se ha visto enormemente potenciado por las referencias explícitas a su pensamiento por parte de Jorge Mario Bergoglio, quien desde marzo de 2013 es el Papa Francisco, el primer latinoamericano en convertirse en Pontífice de la Iglesia Católica. El Papa ha explicado que Methol lo ayudó a pensar, a partir del estrecho contacto que mantuvieron desde la década de 1970.³ En ese contexto, los aspectos y desarrollos de su pensamiento que más han trascendido, por razones que no es necesario explicar, son aquellos que pertenecen al ámbito de la teología y filosofía de la cultura, la teología de la historia, la historia de la Iglesia y de los aspectos específicos del cristianismo en América Latina. Es por otra parte la obra de madurez de un intelectual católico, inequívocamente identificado con su fe religiosa y la institución que la encarna.

No obstante, la obra de Methol posee otras facetas igualmente importantes, pero que han recibido similar atención en estos últimos tiempos. Methol es un autor cuyas primeras preocupaciones intelectuales estuvieron centradas en lo histórico y lo político. Estas preocupaciones nunca remitieron ni desaparecieron: fueron expandiéndose como ondas concéntricas, combinándose entre sí conforme una evolución intelectual que descubría aspectos cada vez más complejos y remotos de la realidad que le tocaba vivir y comprender. En el Methol teólogo, ya maduro en su pensamiento, se encuentra el estudioso y el ensayista político, el historiador de las grandes síntesis y de las reflexiones históricas de segundo y tercer grado, siempre desde la perspectiva del observador comprometido. Los objetos de interés del pensador rioplatense no se suceden o

2 La primera versión de este texto fue expuesta en las Jornadas Académicas en Homenaje a Alberto Methol Ferré, organizadas por la Universidad de Montevideo en agosto de 2010. Quisiera agradecer los insustituibles aportes que he recibido de colegas y amigos para la investigación que se expone en este artículo. Marcos Methol Sastre, Gastón Goyret, Carolina Cerrano, Laura Schenquer y Eduardo Cuccia desde diferentes latitudes, me hicieron llegar documentos y materiales de estudio imprescindibles. Ramiro Podetti, Miguel Barrios y Elbio López, amigos de Methol, enriquecieron mi estudio con atinados comentarios. También recibí agudas reflexiones de Álvaro Fernández Teixeira. Finalmente, quiero expresar mi reconocimiento a Esteban Meyer Frutos, cuya generosa intervención me permitió participar en el evento académico mencionado y dialogar por primera vez con el círculo de colegas, discípulos y amigos de Methol. La versión definitiva se pudo completar gracias al proyecto G-007 de la Secretaría de Ciencia Técnica y Posgrado – Universidad Nacional de Cuyo (2013-2015), *El uso y las inflexiones de los conceptos de izquierda y derecha en la cultura política argentina. Aproximaciones desde la historia de las ideas y los conceptos*.

3 Una breve noticia del vínculo afectivo e intelectual entre Methol y Bergoglio puede encontrarse en <<http://www.metholferre.com/reconocimiento/testimonios/detalle.php?id=38>>. De reciente aparición es un volumen que recoge las conversaciones entre ambos. Metall, Alver. *Francisco. El Papa y el Filósofo. Methol Ferré* (Buenos Aires: Biblos, 2014).





sustituyen, sino que guardan una relación genética y también dialéctica, en la cual la fase anterior se encuentra contenida en la que le sigue.

En este breve estudio analizaré una serie de escritos juveniles de Methol. Este «Methol joven» a quien me propongo estudiar posee un interés dominante en problemas de carácter histórico-político. Comienza a publicar en revistas y medios de relativa importancia hacia 1955: suspende —al menos en materia de producción literaria— sus cavilaciones filosóficas y religiosas y se sumerge en cuestiones de carácter ideológico, político e historiográfico. Durante este período produce un puñado de textos de diferente índole y de gran valor, que fijarán en buena medida los intereses y preocupaciones del resto de su trayectoria intelectual.

Este período se cierra con su definitiva conversión al catolicismo, mediando la década de 1960, con aproximadamente 35 años de edad. No se trata de una conversión desde el ateísmo, el agnosticismo u otra confesión: Methol se convierte *desde* un catolicismo anterior, aparentemente dubitativo, vacilante o atribulado. Puede decirse que esa conversión da un carácter definitivo a su pensamiento, en la medida en que lo teológico y lo religioso terminan de formalizar sus inquietudes filosóficas, políticas e historiográficas. Sus escritos juveniles pertenecen a una fase de su pensamiento poco estudiada y mal conocida, que se presenta como una discontinuidad dentro de su trayectoria intelectual si se la observa desde la perspectiva de los parámetros ideológicos de su pensamiento definitivo.⁴ También estudiaré la correspondencia que mantuviera durante esos años con Jorge Abelardo Ramos, a quien lo unió una relación de amistad y de quien recibió orientaciones fundamentales en la formación de su pensamiento histórico-político.⁵

La izquierda nacional

Pese a mi intención de conocer personalmente a Methol, solo tuve oportunidad de hacerlo a través de sus escritos. Pocos, según el primer elenco bibliográfico que pude conseguir, comparados con su extensa e influyente trayectoria intelectual. Concebidos como intervenciones breves y puntuales en el mundo de las ideas, la historia, la política y la cultura. Eficaces y luminosos, entonces, porque se trataba de exteriorizaciones necesarias de una reflexión y estudio incesantes.

Hacia 1959 o 1960 (el libro no tiene fecha de publicación, aunque es sencillo estimarla por el plan de publicaciones de la colección), la editorial Coyoacán, un sello de fuerte impronta latinoamericanista y de izquierda,⁶ publicó un pequeño volumen titulado *La Izquierda Nacional en la Argentina*, cuya autoría atribuyó a Methol. Se trata de una colección de textos llamativa por la pluralidad ideológica y la contraposición de perspectivas, relativa a un fenómeno ideológico, filosófico e historiográfico novedoso, no tanto por la fecha de origen o formación (que se remonta a la década de 1940) sino más bien por la fuerza y la difusión que estaba adquiriendo en esos azarosos momentos de la historia política argentina.

4 Un panorama sobre su pensamiento histórico y político puede encontrarse en: Ghiretti, Héctor. «Alberto Methol Ferré, pensador imprescindible. A un año de su muerte», *Todo es Historia*, n.º 522, (Buenos Aires, 2011), 64-78.

5 La correspondencia analizada puede encontrarse en: <<http://jorgeabelardoramos.com/index.php>>, reservorio *online* del *Centro Documental Jorge Abelardo Ramos*, dependiente del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico y Argentino Manuel Dorrego. Los últimos accesos a la documentación referida se realizaron en abril de 2014. En la medida en que disponía de copias fotográficas o escaneadas de los originales se realizó la respectiva compulsa con los textos *online*.

6 El sello editorial toma el nombre de la delegación del Distrito Federal de México en la que el exiliado Trotski fijara su residencia definitiva y en la que fuera asesinado en 1941.





Antes de entrar en cuestión parece necesario hacer una breve caracterización de la corriente ideológica conocida como la izquierda nacional (en adelante IN), asumiendo que para muchos lectores familiarizados con la historia de las ideas políticas argentinas este desarrollo resultará poco interesante y hasta algo simplista. También advierto que, por razones epocales, filosóficas y culturales, para otros se tratará del primer contacto con un núcleo de pensamiento de gran interés y valor, sumamente problemático y controvertido, que ha contribuido decisivamente a la formación de una conciencia nacional. Y cuando hablo de nación, no me refiero solamente a la argentina, sino también a la rioplatense y a la iberoamericana.

La IN es una tendencia ideológica, política e historiográfica que nace —en un movimiento dialéctico digno de estudio— como síntesis de —y confrontación con— otras corrientes de pensamiento. Los estudiosos concuerdan en que es fruto de la confluencia del pensamiento marxista y el nacionalismo argentino. Los primeros intentos de aplicación de los marcos de análisis del marxismo en América Latina se caracterizaron por un duro esquematismo mecanicista y una notoria incapacidad para comprender una realidad que no se ajustaba a las condiciones de desarrollo económico y social de la Europa industrial de fines del siglo XIX.

La mayoría de los intelectuales y las organizaciones de inspiración marxista —entre las que cabe destacar el Partido Socialista— llegaron a la conclusión más o menos explícita de que la manera más acertada de interpretar la realidad argentina y actuar en ella era apoyar el proceso de modernización económica y social liberalcapitalista, llevado a cabo por la clase dirigente nativa, e integrarse al sistema de instituciones y partidos liberaldemocráticos, limitándose en lo operativo a labores propagandísticas y de organización sindical. El Partido Comunista, por su parte, se limitó en sus primeros años de existencia a seguir las directivas de Moscú, organizadas y canalizadas a través del *Comintern*.

En virtud de esta particular toma de posiciones en el esquema político y social argentino, la crítica posterior de izquierda calificó a estas ideas, organizaciones y militantes como la *izquierda liberal*, al aceptar y compartir un proyecto político y económico diseñado por las élites oligárquicas que asumieron la conducción del país a mediados del siglo XIX, orientándolo según esquemas ideológicos tomados de las usinas doctrinarias de los países hegemónicos, y sometiénolo así (también aquí) a una estrecha dependencia cultural, política y económica de los centros rectores en el extranjero.

Por otra parte, el estudio de las relaciones de dependencia que subordinaban la Argentina a Gran Bretaña no fue obra exclusiva de los *nacionalistas* de la década del 20 y del 30. Era algo que se conocía y también se elaboraba críticamente en algunos círculos esclarecidos, en los cuales no estaban particularmente presentes ni los ideólogos ni los partidos de la izquierda vernácula (a más de alguna honrosa excepción, como Manuel Ugarte). No obstante, la primera fase del estudio sistemático e histórico de la dominación británica, la exploración detallada del estatuto del coloniaje, es obra del nacionalismo.

Si bien pueden mencionarse antecesores que comienzan a explorar visiones alternativas del pasado nacional, autores como Julio y Rodolfo Irazusta o Ernesto Palacio articulan una nueva forma de entender la historia argentina, que se conoce desde entonces como *revisionismo*. El revisionismo se centró en la investigación de aspectos, procesos y protagonistas silenciados, ignorados o escarnecidos por la historiografía monumental liberal. Recuperó la historia de los vencidos en el proceso de Organización Nacional: la parcialidad federal, los pueblos del interior en su confrontación contra Buenos Aires, las instituciones y costumbres tradicionales arrasadas por el proceso de modernización y el sometimiento a los intereses portuarios y extranjeros.





Los recursos teóricos del nacionalismo argentino no provenían exclusivamente de los antiguos autores contrarrevolucionarios católicos franceses, como alguna corriente historiográfica pretende hacer creer. También hay una adopción de un elemento proveniente del marxismo: concepto central de *imperialismo*, en la acepción leniniana del término. De otro modo no se podría explicar un libro fundamental del revisionismo: *La Argentina y el imperialismo británico* de los hermanos Irazusta, publicado en 1934. Fue este nuevo panorama de la historia nacional que mostró el revisionismo, el original modo de entender la política del nacionalismo y también los análisis económico-políticos de la actualidad argentina que dio a conocer una pequeña formación política de origen radical, la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) durante la década del 30, lo que provocó un fuerte cimbronazo en muchos intelectuales de izquierda.

Paralelamente, la presencia en México de uno de los protagonistas principales de la Revolución de Octubre significó un interesante revulsivo para las posiciones políticas de la izquierda latinoamericana. Lev Davidovich Bronstein, más conocido como León Trotski, observó que la praxis revolucionaria comunista pasaba en Latinoamérica por la colaboración activa con procesos de liberación nacional y la formación de movimientos de masas de convocatoria amplia, en los que convergieran sectores burgueses y populares. Trotski no innovaba demasiado respecto de las tesis originarias de Lenin, pero sus teorías implicaban una directa descalificación de las directivas de la III Internacional en torno a la actividad de los partidos comunistas en los países periféricos, la cual debía limitarse a la consigna de Stalin de contribuir y reforzar de todos los modos posibles la construcción del socialismo en un solo país: en otras palabras, subordinarse a los lineamientos de la política exterior de la URSS.⁷

La confluencia y combinación de estas corrientes de pensamiento —todas presentes ya a principios de la década de 1940— fue por demás fecunda. No obstante, un acontecimiento clave en la historia argentina operaría como catalizador intelectual e ideológico. El surgimiento del peronismo representa no solamente la encarnación del proyecto político tan ansiado por el nacionalismo y el *forjismo* (aun cuando los equívocos y los malos entendidos envenenaran prontamente esa relación) sino que es, a la vez, efecto y causa de la síntesis de esas tendencias ideológicas actuantes. Para las organizaciones de izquierda liberal, por el contrario, el peronismo supuso la irrupción de un formidable adversario y un desafío teórico inusitado.

En el peronismo se encuentran elementos de doctrinas económicas y sociales emparentadas con el socialismo como así también el aporte del nacionalismo de inspiración católica y también de la tradición política de origen yrigoyenista. Es el acontecimiento motorizador de un nuevo pensamiento: parte del análisis marxista reformaliza la materia histórica aportada por los nacionalistas y busca incardinación en un movimiento nacional y popular, que rápidamente conquista el poder y despliega un programa de acción. Algunos intelectuales particularmente lúcidos formados en el

7 Se ha discutido mucho sobre la influencia del trotskismo en la formación de la IN. La difusión de las tesis de Trotski en torno a la revolución en América Latina, desarrolladas durante su exilio en México —apoyo decidido a los movimientos nacionalistas de masas, abandono de los métodos clandestinos de conspiración revolucionaria, unidad continental, unidad de las clases revolucionarias— ayudaron sin dudas a la formación de los nuevos movimientos de izquierda en el continente. Un buen ejemplo es *Trotsky ante la revolución nacional latinoamericana*, el trabajo de Juan Ramón Peñaloza (seudónimo de Enrique Rivera, antiguo militante trotskista argentino, integrante de la IN) en el que se ponía en relación la trayectoria política de Trotski y sus tesis políticas con el papel de las organizaciones revolucionarias en América Latina. El texto se insertaba como apéndice en una obra de León Trotsky: *¿Qué fue la Revolución Rusa? Lecciones de octubre* (Buenos Aires: Indoamérica, 1953). Las tesis contrarias a la centralidad del trotskismo como precursor de la IN (y por tanto la formulación de una tesis en torno a una génesis más «autóctona» de tal corriente de pensamiento) pueden encontrarse en: Hernández Arregui, Juan José. *La formación de la conciencia nacional* (3.ª ed. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973), 475-477.





marxismo aceptaron el desafío de plantearse los problemas políticos, económicos y sociales del país según los parámetros que ofrecía tan singular e inédita convergencia de corrientes ideológicas y acontecimientos políticos. La empresa no era exclusivamente teórica, sino también política.

Se trataba de expurgar el marco analítico marxista del academicismo y la aplicación rutinaria, escolástica y servil que lo había anquilosado hasta el momento, y a la vez de suprimir las formulaciones intelectualizantes y culturalistas del revisionismo. Por otra parte, se pretendía reorientar las organizaciones socialistas hacia una praxis genuinamente revolucionaria y superar los planteamientos oligárquicos y minoritarios del nacionalismo originario. Esta fue la tarea que se propusieron, en forma independiente, los fundadores de la novedosa corriente de pensamiento y acción política conocida como la IN. Por caminos paralelos, Rodolfo Puiggrós, un periodista de antigua militancia comunista, y Jorge Abelardo Ramos, abogado trotskista de inclinaciones literarias, inauguraron una nueva forma de entender la historia y la política en la Argentina.

Después vendrían otros: Eduardo Astesano, Juan José Hernández Arregui (a quien usualmente se atribuye la autoría del término *izquierda nacional*,⁸ y quien advirtió que se trataba de una denominación provisional; probablemente la figura teórica de mayor relevancia de la IN junto con Ramos), Ernesto B. Pacheco, Jorge Spilimbergo, Carlos García Sylvester, entre otros. Más cerca en el tiempo puede mencionarse a Carlos Fernández Pardo, Alfredo López Rita y Norberto Galasso.

Por izquierda nacional, en un país dependiente, debe entenderse en sentido lato, la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, y teniendo en cuenta, en primer término, las peculiaridades y el desarrollo de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales defensivos y revolucionarios, y coordina tal análisis teórico, con la lucha práctica de las masas contra el imperialismo, en el triple plano nacional, latinoamericano y mundial y en este orden.⁹

Esta tendencia intelectual e ideológica tuvo un ciclo de vida que pareció agotarse o perder fuerza a principios de los setenta, precisamente cuando resultó ser la inspiradora más o menos directa de organizaciones políticas que optaron por la lucha armada como praxis revolucionaria.

La crisis del peronismo y su incierto futuro

Tras esta breve caracterización, cabe preguntarse ¿en qué contexto histórico-político se interesa Methol, un joven intelectual católico uruguayo, por la IN? Ya antes, militando en el herre-rismo, había mostrado una franca simpatía por el peronismo y su proyecto nacionalista y popular. Pero hacia 1953 el peronismo manifestaba indicios de declinación y crisis. Los últimos meses de la segunda presidencia de Perón evidenciaban un curso errático, en el que se tomaban decisiones que parecían contradecir abiertamente el espíritu fundacional del movimiento.

En estas circunstancias es probable que Methol comenzara a explorar el revisionismo histórico y las interpretaciones del peronismo que se producían desde sectores de la izquierda con un sentido comprensivo y nacional-revolucionario. La idea del peronismo como fase burguesa y nacionalista de la lucha revolucionaria por la liberación nacional y social lo ponía en una dinámica que trascendía el estadio evolutivo que había conseguido hasta entonces. Algo que parecía alejarse

8 Tal autoría también está sujeta a controversia. José Luis Madariaga retrotrae el origen del término a abril de 1955, cuando apareció en *Lucha Obrera*, órgano de prensa del Partido Socialista de la Revolución Nacional, en cuya fundación había participado Ramos. Madariaga, José Luis. *¿Qué es la izquierda nacional? Manual del socialismo revolucionario* (Buenos Aires: Ediciones IN, 1969), 60.

9 Hernández Arregui, J. J. *La formación de la conciencia nacional*, 475.





o desaparecer, no solamente con la crisis interna del régimen sino casi definitivamente con su colapso a causa de la Revolución libertadora, en septiembre de 1955.

Unos meses antes, en abril de 1955, Methol publica un artículo en la revista uruguaya *Nexo*, titulado «El marxismo y Jorge Abelardo Ramos». Mientras la mayor parte de la militancia y la dirigencia del peronismo se debate entre la proscripción y la desorganización, los únicos intelectuales que parecen fijar un rumbo posible futuro para el movimiento son los que se van nucleando en la IN.¹⁰ El nacionalismo tradicional no tiene respuestas. Los nacionalistas, desencantados de Perón, y que en buena proporción tomaran parte activa de la Libertadora, parecieron no comprender las nuevas condiciones de la lucha nacional, siguieron encastillados en sus círculos minoritarios fuertemente intelectualizantes y su actitud conspirativa, manteniendo su impugnación genérica contra el peronismo. Solo mucho después algunos de sus líderes (como Marcelo Sánchez Sorondo) emprenderán un acercamiento al peronismo.

Hacia fines de la década de 1950 no parecía haber en la Argentina otro proyecto nacional y popular que no fuera el que trazaba la IN para el peronismo. Años después, en 1994, Methol explicó el deslumbramiento que entonces le causaron los escritos de Ramos. También dio una pista clara del origen de su acercamiento al marxismo. No se trató de un interés puramente académico o una curiosidad intelectual (lo cual habría sido perfectamente explicable), sino de la necesidad de encontrar un marco teórico para comprender la compleja y convulsa realidad política, económica y social de aquellos años. El marxismo no le interesó en sí, como concepción del mundo, sino como herramienta, como medio para explicar las circunstancias que le tocaba vivir.

Ramos todavía no había desplegado su oவில்lo, pero teníamos ya la punta de la madeja. Ante todo, nos parecía «imprevisto», «excepción» en relación a la imperante «escolástica marxista» de cuño stalinista, tan desarraigada y custodiada celosamente por los partidos comunistas vernáculos. El pensamiento y el estilo de Ramos tenían el vigor de una innovación con apoyo en nuestra propia historia. Y uníamos la excepción de Ramos con la del peruano José Carlos Mariátegui, en aquellos tiempos totalmente sepultado por la lápida stalinista. Mariátegui, cuya formación y apogeo fueron en los años 20 y principios de los 30. En un marxismo latinoamericano singularmente pobre, Mariátegui y Ramos se levantaban a nuestros ojos como lo más importante. Eran dos marxistas heterodoxos, el uno tenía la impronta de Sorel y el otro la de Trotsky. Hoy mantenemos ese juicio. Hubiéramos podido agregar alguna otra excepción a nuestro páramo marxista, como la del brasileño Caio Prado Junior y poco más. Ciertamente escribíamos antes de la célebre «desestalinización» del informe de Nikita Krushev de 1956, pero la verdad es que nada substancial cambió la grisura del marxismo burocrático soviético, el auténticamente hegemónico. Gris vivió y gris murió en 1989. Lo que sí ya se agitaba, en cambio, era el «marxismo occidental» que se levantaría como ola gigantesca en la década del 60, brillante, prolífico, desde ultra refinado, espumoso y finalmente estéril. Ramos fue indiferente u hostil a toda esa ola de «marxismo occidental». Tuvo, incluso, un cierto menosprecio hacia ella. En cambio, en nuestro artículo, ya se sienten las primeras brisas de aquel renaciente marxismo

10 En su carta del 18 de septiembre de 1957, Ramos explica a Methol el desolador pero esperanzado panorama que ofrece el peronismo. «Por aquí las cosas siguen la tumultuosa evolución por todos conocida y por casi nadie comprendida. La burocracia civil y militar, que es el partido político invisible de la burguesía nacional, resiste la extorsión imperialista y la ofensiva gorila; la encarnación de esa burocracia de contenido por así decir “nacional” es Aramburu, y de ahí su fuerza. La expresión política visible del peronismo está en manos de antiguos fascistas y elementos clericales que con su “intransigencia”, simétrica a la de los gorilas pretenden impedir toda discusión esclarecedora de los grandes problemas argentinos y que solo la caída de Perón podía plantear; por el contrario, el peronismo, en tanto sistema de ideas, por más elementales que sean, ha triunfado en toda la línea y ha empapado ha todo el país. Ahora hay que seguir adelante.» <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=106>>.





occidental. La temática de la «alienación» —que luego se haría torrencial— desplazaba las cuestiones incuantificables de la «plusvalía», que se herrumbra en los círculos de economistas, que preferían por ejemplo el sustituto de «excedente». Y esta no era cuestión académica, pues allí se juega el papel del proletariado industrial. Solo la teoría de la «plusvalía» de Marx podía justificar como «científico» y necesario el papel del proletariado como «único sujeto mesiánico» de la historia. No lo era a nuestros ojos. ¿Qué fue lo que más nos sorprendió entonces de las perspectivas de Jorge Abelardo Ramos? Lo más atractivo para nosotros fue la novedad de enlazar creadoramente al marxismo con las tradiciones del federalismo rioplatense. Su capacidad de conjugar el revisionismo histórico nacionalista con el marxismo. Por supuesto, en esa conjugación, las dos puntas fueron repensadas, recreadas.¹¹

La primera carta de Methol a Ramos que se conserva data de diciembre de 1955. Esa carta muestra un trato de confianza, que indica una relación anterior. Methol se presenta como un activo difusor de la obra (incluso en sus aspectos materiales, como la publicación de sus textos y la distribución de sus libros) y las ideas de Ramos, no solamente en Uruguay sino también en Brasil (le explica a Ramos que Helio Jaguaribe quiere publicar un texto suyo). También menciona un proyecto de encuesta a un amplio espectro ideológico de personalidades intelectuales y políticas: Alfredo Palacios, Ricardo Mosquera, Rodolfo Puiggrós y Arturo Jauretche.¹²

El horizonte de un cristianismo no occidental. El marxismo como crisis terminal y como manifestación de lo nuevo

Ese año de 1955, el joven Methol mostraba una intensa actividad intelectual crítica, derivada de una inquietud atribulada que no podía ser (ni siquiera primariamente) efecto exclusivo del proceso que se desarrollaba al otro lado del río. Si en ese año estallaba en la Argentina una crisis política largamente incubada en años anteriores, el Uruguay era golpeado con toda crudeza por la definitiva pérdida de funcionalidad económica en el esquema internacional de hegemonía de las potencias occidentales.

La «prosperidad frágil»¹³ del Uruguay pudo continuar después de la Segunda Guerra Mundial gracias a la demanda de insumos que generaba el conflicto bélico en Corea. Al finalizar, se puso en evidencia la verdadera posición del país en el orden económico internacional. «El fin de las condiciones externas favorables indicaría, con crudo realismo, los estrechos márgenes de superación que podía permitir un crecimiento en dependencia.»¹⁴ Como muchas otras economías fundadas en la exportación de materias primas, la consecuencia de la crisis en el Uruguay fue el inicio de un ciclo vicioso de endeudamiento, inflación, especulación financiera y estancamiento.

Methol adopta una singular perspectiva crítica en torno a las relaciones entre el cristianismo y la civilización occidental. Es con motivo de la firma de un tratado de cooperación militar entre

11 Methol Ferré, Alberto. «Prólogo», en Ramos, Jorge Abelardo. *La nación inconclusa* (Montevideo: Ediciones de la Plaza, 1994).

12 <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=105>>. «Hace cuarenta años escribía un artículo sobre “El marxismo y Jorge Abelardo Ramos” en aquella efímera revista *Nexo* que publicamos con Ares Pons y Reyes Abadie. Era en el primer número, en abril del crucial 1955, pocos meses antes de la caída de Perón; y fue poco después, en plena reacción de la “revolución libertadora”, que nos conocimos.», en Ramos A. *La nación inconclusa*.

13 Caetano, Gerardo y Rilla, José. *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur* (Montevideo, CLAEH, 1998), 201-213.

14 Nahum, Benjamín; Maronna, Mónica; Frega, Ana; Trochón, Gloria. *Historia uruguaya. Tomo 8: El fin del Uruguay liberal* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1998), 99-105.





el Uruguay y los EE. UU., en 1952, que impugna una de las razones que se esgrimieron desde ciertos sectores de opinión para justificarlo: la insoluble vinculación de la Iglesia con la civilización occidental y, por extensión, con su defensa armada. Para Methol, ese vínculo íntimo no existe en mayor medida que los que pueden encontrarse con otras civilizaciones. Cada civilización cristiana es una aproximación imperfecta y limitada a la «civilización cristiana absoluta», que es el Reino de Dios.¹⁵ Eso le permite preguntarse por un horizonte cristiano más allá de Occidente.

De todo lo expuesto se desprende que la Iglesia no depende sino accidentalmente del destino, vida y muerte de las distintas civilizaciones. Es verdad que la Iglesia se inserta en los más heterogéneos ámbitos culturales, políticos, sociales y económicos, para cumplir su misión; vive en esas estructuras, sean cuales fueren, en su necesaria dimensión humana, pero con una esencial capacidad de desprendimiento de esas mismas estructuras sujetas a la caducidad. Son sí momentos históricos dramáticos los de tránsito, en los que es imprescindible irse separando de las viejas formas para enraizar en las nuevas, y es allí donde la angustia por el destino de una determinada cultura puede ser síntoma de debilidad de fe y esperanza. La Iglesia salva a los hombres, no a las culturas, y si también hace esto es por añadidura. Cada época deja su huella en la Iglesia, socialmente considerada, y por ello son explicables humanas desorientaciones o vacilaciones, provocadas ya por una inercia material que es desfalecimiento, ya por lo inverso, por una lógica prudencia de espíritu. Cuando los cambios y rupturas se precipitan, la nueva adaptación ante lo inédito es difícil y riesgosa, pero no menos imperativa ya que «el que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás no es apto para el Reino de Dios (Luc.X.62)».¹⁶

Methol explica por qué motivo es preciso preguntarse por una transición cultural del universo cristiano, por su nueva encarnación temporal: la civilización occidental ha dejado de ser cristiana. Es precisamente en el despliegue de la cosmovisión y el *ethos* burgués donde se expresa mejor y más radicalmente la pérdida de trascendencia. En este contexto también explica la posición del marxismo como crítica y superación de la sociedad burguesa: «El marxismo, monstruoso compuesto de reivindicación justa y negación del espíritu, participa en su substancia de la actitud naturalista e inmanentista de la burguesía liberal, y la prolonga hasta sus últimas consecuencias».¹⁷

No obstante este rechazo aparentemente frontal, sin atenuantes del marxismo como fase terminal de la burguesía, la conclusión a la que arriba lo acerca a sus posiciones. Como Lenin, se pregunta ¿*Qué hacer?* Methol explica que ser cristiano no supone renunciar a la historicidad sino asumirla plenamente. Del mismo modo que ninguna civilización es plenamente cristiana, «en un sentido se puede afirmar que no existe ni existirá ningún régimen en la historia absolutamente impermeable al cristianismo así como también, que todo régimen, sea cual fuere, es obstáculo a la acabada realización del cristianismo».¹⁸

15 «Se ve entonces que las diferentes civilizaciones cristianas son aproximaciones relativas e impuras que exigen trascenderse a sí mismas, y a las que no se les niega valor, sino valor absoluto. Históricamente considerados, ni el cristianismo primitivo, ni Bizancio, ni la Edad Media occidental, ni el siglo de oro español (Barroco) o el período clásico francés del siglo xvii, son todo el cristianismo realizado o realizable. Diríamos que las civilizaciones cristianas son la refracción más o menos desfigurada de la vida de la Iglesia. Pues sólo ella es la mediación adecuada entre el tiempo y la eternidad.» Methol Ferré, Alberto. «Los católicos y la cultura occidental», *Nexo*, n.º 2, sept-oct (Montevideo, 1955), 30-38. <<http://www.metholferre.com/obras/articulos/capitulos.php?id=28>>.

16 Ídem.

17 Ídem.

18 Ídem.





Ni siquiera, le falta decir, aquellos que se presentan como la abolición de toda trascendencia, como son los regímenes comunistas. «¿Cómo querer comprometer nuestra fe con algo contingente ya en tren de morir? Es necesario preparar el espíritu para nuevas formas históricas, pues la democracia liberal pasará, como por otra parte han pasado todos los regímenes políticos».¹⁹ A la superación de la democracia liberal agrega la del ideal de la revolución parcial. «Ante la situación presente del hombre se hace imperativa una transformación económica, social y religiosa integral. Quien pretenda hacerla sólo económica continuará moviéndose dentro del ámbito del espíritu burgués en un estéril reformismo, el peor de los reaccionarismos».²⁰ Methol, empleando deliberadamente un concepto de matriz trotskista, concluye que «En ese sentido Cristo es la revolución permanente y es plegándonos a sus exigencias como será posible, dentro de las circunstancias históricas, instaurar una ciudad temporal en que la persona deje de vivir alienada en las cosas».²¹

Son precisamente categorías de la tradición marxista las que le permiten a Methol ver los límites de lo viejo, de lo caduco y asomarse a lo nuevo: a la posibilidad de un cristianismo posoccidental. Si el marxismo supuso la secularización (parcial) de la doctrina salvífica del cristianismo, Methol parece operar una transformación inversa, en la que las categorías marxistas le permiten trazar las líneas del itinerario futuro de la salvación cristiana. Desde su perspectiva crítica situada en la periferia, Methol observa con atención el curso de declinación y crisis de la civilización occidental y los efectos en su periferia, aunque no parezca cuestionarse en ningún caso si la periferia en la que él se ubica pertenece esencialmente a Occidente.

Rescate y crítica del marxismo latinoamericano

El prólogo de *La Izquierda Nacional en la Argentina* es la republicación con mínimas correcciones del artículo de Methol antes mencionado. Nuestro autor se ocupa de la IN en momentos en los que esta inicia su época de oro: sus integrantes son numerosos, están en la plenitud de su producción intelectual y mantienen una intensa y rica discusión entre sí y con otros sectores de la vida política e intelectual del país. El libro es oportunísimo. La novedosa experiencia del herrerismo en el poder, sus afinidades (más aparentes que sustantivas) con el fenómeno peronista (entonces defenestrado y proscripto) no hacía sino potenciar el interés por las líneas posibles de desarrollo: ¿cómo se daría una actualización del proyecto nacional y popular del peronismo, del otro lado del río?

El análisis de Methol se divide en tres partes: un ensayo sobre la naturaleza íntima y las contribuciones del marxismo, su aplicación a la realidad latinoamericana y los aportes en este sentido de Jorge Abelardo Ramos. Para Methol, la aparición de Ramos «dentro de la literatura política hispanoamericana y particularmente dentro de la corriente marxista, constituye un nuevo índice de la progresiva toma de contacto, ya inaugurada desde otras perspectivas, con nuestra verdadera realidad histórica».²²

El autor señala que tal acontecimiento constituye una grata sorpresa, al operar una necesaria corrección de los defectos de los análisis marxistas aplicados hasta la fecha a la realidad latinoamericana. «Un marxismo rutinario», explica, «parece ser una intolerable contradicción; y sin embargo ésta se verifica cotidianamente». Methol realiza una interesante consideración sobre la dinámica de las ideas sometidas a la acción erosiva del tiempo: «el tópico es la paradoja

19 Ídem.

20 Ídem.

21 Ídem.

22 Methol Ferré, Alberto. *La Izquierda Nacional en la Argentina* (Buenos Aires: Coyoacán, s/f), 9.





de la fecundidad de la idea, su éxito y su hastío». El marxismo latinoamericano no escapa a este proceso. Methol señala dos excepciones: el peruano José Carlos Mariátegui («sepultado en el más injusto olvido por sus camaradas»)²³ y el ya citado Ramos. Respecto del intelectual peruano, Ramos tiene para Methol la doble ventaja de pertenecer a una generación que sorprende por su homogeneidad, coherencia de intención y estilo, y también de haber asistido a la (aparente: el matiz es nuestro) descomposición y liquidación del Estado liberal-burgués en la Argentina.

En la valoración crítica que hace del marxismo, Methol se plantea las diferencias que existen entre la fidelidad y la adhesión a una doctrina: agudamente señala que «solo a los fieles les está permitido ser heterodoxos: a los adherentes nunca». Pero inmediatamente advierte que es extremadamente complicado delimitar la ortodoxia en un *corpus* teórico tan complejo. Propone una solución: «descubrir cuáles son las notas que perfilan la intencionalidad fundamental que anima y ordena todo el pensamiento de Marx». Sin vacilar, define al marxismo como un *humanismo comunitario*, «que hace de la libertad el fin de la historia». Esta libertad, que se ve limitada o suprimida en la época actual por el fenómeno omnipresente de la *alienación* (la cual radica en la subordinación del *ser* al *haber*), solo se entiende en la medida en que se dé en el marco de una comunidad.²⁴

En suma: el marxismo quiere reintegrar al hombre a su humanidad, salvarle de la asfixia del puro y simple poseer, curarle de su ajenidad, que, en términos más conocidos, equivale a construir la sociedad sin clases. Esta es, brevísimamente expuesta, lo que consideramos la intencionalidad radical del sistema marxista. Todo el resto es derivado. El determinismo económico, su concepción del capital y del trabajo, la negación de Dios, el materialismo, la revolución redentora del proletariado, la crítica a la propiedad privada y al matrimonio burgués, etc., son corolarios que Marx creyó, con o sin razón, conclusiones lógicas (la expresión no es rigurosa y puede llevar a confusión), necesarias para formular con plena coherencia y eficacia, y hasta sus últimas consecuencias, su propósito esencial: la comprensión y la realización de la libertad humana.²⁵

La emancipación marxista es rescatada por Methol en la medida en que revela y denuncia las condiciones de explotación y opresión del hombre en el modo de producción del sistema capitalista y la sociedad burguesa. El autor hace un rescate del pensamiento de Marx en clave *humanista* —y por eso en un plano que podríamos definir como crítica moral—, relativizando o reduciendo a accidentales o accesorios todos los otros componentes del marxismo que no responden a esa concepción.

Methol traza una sinopsis histórica del marxismo en Europa Occidental hasta su declinación —toda vez que es incapaz de dar respuesta y comprensión a la situación europea, que cambia dramáticamente con la Primera Guerra Mundial— y su continuidad posterior en los países periféricos, sobre todo en Asia y América Latina. El leninismo es ya una interpretación del marxismo concebida en la periferia, lejos de las naciones centrales. Para Methol, libera al pensamiento de Marx de los asfixiantes agregados cientificistas, positivistas y evolucionistas, restaura su carácter hegeliano y dialéctico que trasciende en su dinámica propia las formulaciones teóricas del pensador de Tréveris y le proporciona una teoría política.²⁶ Es un marxismo que da un paso decisivo en su interpretación de la realidad socioeconómica, al agregar categorías de análisis como el imperialismo y el nacionalismo y alumbrar una forma alternativa de praxis política, renovadamente revolucionaria.

Methol se encara con la obra y las ideas de Ramos desde una actitud simpatizante pero crítica. Destaca en el intelectual argentino su compromiso profundo con la restauración «de una

23 Ídem, 10.

24 Ídem, 14.

25 Ídem, 14-15.

26 Ídem, 19.





tradición trunca: la tradición del nacionalismo democrático revolucionario». ²⁷ Esta es la continuación del federalismo argentino, una reacción de las antiguas industrias regionales y domésticas contra la devastación provocada por el capitalismo imperialista. ²⁸ Para Methol, Ramos se vale de la metodología marxista para criticar la ideología y la obra de los constructores del Estado liberal argentino. Explica que la dominación económica y política de la que fue objeto América Latina después de independizarse de España exigía su *balcanización*: la fragmentación económica y política de su territorio.

A esto contribuyó decisivamente la burguesía *comercial* latinoamericana, eficaz agente del imperialismo de las potencias centrales, especialmente de Gran Bretaña. No obstante, con el surgimiento de un nuevo tipo de burguesía, esta vez de carácter *industrial*, se abren posibilidades inéditas de unificación continental. Esta nueva burguesía debe replantearse las relaciones con las naciones vecinas, en virtud de la necesidad de ampliar y desarrollar un mercado de consumo interno. ²⁹

Ramos identifica tres corrientes del marxismo en la Argentina. La primera, *socialista*, arribada a finales del siglo XIX, de línea socialdemocrática y reformista, que nunca asumió ni comprendió la naturaleza íntima de los problemas que afectaban a un país en régimen semicolonial y posición periférica. No superó la condición de «manufactura de importación» y mantuvo siempre una actitud internacionalista y por tanto enajenada de la realidad nacional. ³⁰ La segunda corriente, *leninista*, se interesó activamente por la necesidad de orientar la praxis revolucionaria a partir de los objetivos de lucha antimperialista, liberación nacional y alianza con la burguesía, pero quedó tempranamente subordinada a los lineamientos y directivas de la política exterior soviética. ³¹ Finalmente, la tercera, *trotskista*, que critica y denuncia el destino colaboracionista de los partidos comunistas y a la vez prosigue, desarrolla y pone en práctica los postulados originales del leninismo, encarnándose en la realidad histórica y la lucha de las naciones sometidas. ³²

27 Ídem, 22.

28 Ídem, 24.

29 Ídem, 23.

30 Ídem, 25-26. En carta a Ramos del 26 de septiembre de 1957, Methol resume la condición de la izquierda uruguaya. «En cuanto a la “izquierda” uruguaya, más vale no hablar. Con la excepción de Vivian Trías, diputado socialista, no ha superado el nivel más bajo del charlatanismo. Y la razón es un desarraigo realmente increíble. No hay dos que conozcan algo de historia argentina, uruguaya y paraguaya, brasilera, etc., y aplican mecánicamente sus esquemitas —tan lindos como vacíos— en la nebulosa de la “Federación Latinoamericana”, etc. El idealismo de Rodó está todavía vivo, aunque disfrazado en otras terminologías. En Rodó se explica. No podía hacer otra cosa al iniciarse el siglo, pero ahora...?. Soy decididamente “sureño”, es decir, que creo se deben abandonar las pretensiones latinoamericanistas, para concretarse decididamente en Chile, Paraguay, Bolivia; Argentina, Uruguay y Brasil; No es este momento de dar todas las razones.» <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=107>>. Se ha tenido la oportunidad de compulsar la transcripción realizada por el Instituto Dorrego con el original, advirtiendo que existe un error en el primer documento: Trías no es (como aparece en la transcripción) diputado anarquista sino socialista. Y unos meses después, el 14 de noviembre de ese año. «Sobre tu libro nadie ha escrito ni escribirá nada. Es explicable. Las “izquierdas oficiales” te detestan. La derecha te ignora. Tirios y troyanos hacen la conspiración del silencio. Nuestra izquierda es totalmente mitrista, por la tradición del batllismo, partido oriundo de “La Defensa”. En cuanto a nuestros “marxistas”, de singular ignorancia, te puedo decir que su increíble pobreza intelectual solo les da para amurallarse en el insulto. No tienen otro refugio que descalificarte de “agente policial peronista”, etc. Solo significa algo nuevo y en una línea nacional el grupo socialista de Vivian Trías, de quien soy buen amigo. Te recomiendo mandarle todas las cosas que editen Uds. Como ahora no recuerdo su dirección, la mandan a la Cámara de Diputados pues es diputado socialista, (de origen blanco, anti mitrista, etc.).» <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=108>>.

31 Methol Ferré A., *La Izquierda Nacional en la Argentina*, 26-27.

32 Ídem, 27.





El tono entusiasta con el que Methol expone las ideas de Ramos se interrumpe poco antes de la conclusión. Para el uruguayo, el historiador argentino se equivoca tanto al afirmar que la nueva burguesía latinoamericana es incapaz de operar la unificación continental, como al esperar que la unión del proletariado y el campesinado pueda ser la conductora de la revolución nacionalista democrática. Methol piensa que no existe unidad de acción ni en uno ni en otro. Se advierte en esta crítica un rechazo a plantear la liberación nacional en términos clasistas. Más bien parece tomar partido por una concepción policlasista, de unión nacional, sustancial y no puramente táctica, algo que explica bien su simpatía por el peronismo y que está bastante desarrollada en su libro *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*.³³

Asimismo, observa en Ramos una incapacidad —más allá de las declaraciones de intención y los análisis propuestos— de trascender la perspectiva argentina, olvidándose casi completamente de la otra gran nación sudamericana, el Brasil.³⁴ Para cerrar, cuestiona la adhesión acrítica de Ramos al marxismo:

No existe el más mínimo indicio de una voluntad de replantear, en el orden intelectual, su problemática. Quizás, entre otras cosas, porque el marxismo es una máquina de guerra que exige seguridad en el pulso y la cabeza. El peligro de esta actitud es una degradada enajenación filosófica. Pero ¿no es el marxismo la filosofía de la enajenación del proletariado, su objetivización y no su superación? (La interpretación económica de la historia, por ejemplo, al elevar a principio la categoría del haber, contra la que justamente se sublevan, ¿no nos encierra desde su punto de partida y definitivamente en el círculo del haber?).³⁵

Methol señala con agudeza el universo mental al que pertenece el marxismo y que, según entiende, es incapaz de trascender. Nacido en un contexto de hegemonía ideológica y política liberal, responde a una concepción política, económica y social determinada por la centralidad de las relaciones de propiedad (la categoría del *haber*). Methol presenta al marxismo como un fenómeno propio de la civilización burguesa, determinado por su matriz ideológica, aun cuando se proponga revolverse contra ella y abolirla. Su crítica y su praxis revolucionaria se hallan prisioneras de una lógica que le es constitutiva. Después de este breve pero profundo balance de las potencialidades y limitaciones teóricas del marxismo, Methol señala las distancias que lo separan del mismo: manifiesta *no* pertenecer a la familia del pensamiento marxista («ellos») y por tanto su perspectiva sobre el mismo se presenta como externa, aunque lejana de impugnaciones genéricas y en clara disposición dialogante: «De todos modos, son honduras que corresponde más resolver a ellos que a mí. Y conste, por la sencilla razón de ser un extraño, que no es esta una incitación a “superar el marxismo”».³⁶

33 Methol Ferré, Alberto. *La crisis del Uruguay y el imperialismo británico* (Buenos Aires: La Siringa, 1959), 34 y ss. No solamente aparece en la caracterización que hace de la naciente *Liga Federal* uruguaya, en la cual la clase media rural cumple un papel fundamental, esencialmente directivo, sino también en el modo en que concibe la formación de un movimiento genuinamente nacional. Ídem, 69. Methol explica asimismo las debilidades y la nula conciencia de clase del proletariado en el Uruguay, y por tanto le niega cualquier potencial revolucionario. Ídem, 78-79.

34 Methol Ferré, A. *La Izquierda Nacional en la Argentina*, 28. En carta a Ramos del 26 de septiembre de 1957, al comentar su último libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Methol lo reconviene amistosamente, en un tono algo irónico: «He visto que tienes intención de reeditar “América Latina. Un país”. Espero que no vuelvas a hacer historia argentina. Con la obra que me has mandado estás bien cumplido». <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=107>>.

35 Methol Ferré, A. *La Izquierda Nacional en la Argentina*, 28-29.

36 Ídem, 29.





La selección de textos

El libro tiene aspectos particularmente curiosos. ¿Fue Methol quien realizó la selección y edición, o solamente se le encargó el texto introductorio? Existen razones para pensar en ambos sentidos. Por un lado, en conversación personal, Miguel Ángel Barrios, estudioso de la obra del pensador uruguayo, me explicó que Methol es el autor de la selección. A esta versión vendría en apoyo una carta de Methol a Ramos del 30 de enero de 1959, en la que le confiesa tener amistad con algunos colaboradores de la revista nacionalista *Azul y Blanco*, entre los cuales está Marcelo Sánchez Sorondo, uno de los autores que integran la selección. Esta amistad habría permitido la inclusión de su texto y presumiblemente también el de Mario Amadeo.³⁷ Norberto Galasso, por su parte, sugiere la idea de que el autor fue Ramos y de hecho cita el libro como una obra colectiva, sin atribuírsela a Methol.³⁸

Methol escribió, probablemente, el copete de cada texto, indicando los datos personales y trayectoria de su autor, más alguna nota de lectura. No obstante, en su introducción no se encuentra referencia alguna a sus autores. Contrariamente, para caracterizar a la IN elige a Ramos, un autor imprescindible por su influencia y su protagonismo en esa corriente ideológica e intelectual, pero que, llamativamente, no figura en la selección con un texto propio.³⁹ Podría especularse con la negativa de Ramos a permitir la inclusión de algún texto suyo, o bien con el desacuerdo de Methol en no sumarlo, salvando su ausencia en la introducción.⁴⁰ Pero si el escrito de Methol no es original y tampoco fue quien decidió sobre la inclusión de textos, ¿por qué se le atribuyó la autoría del libro? ¿Fue quizá un gesto amistoso de Ramos hacia Methol, estampando su nombre en su portada? Estos detalles nos hablan de un episodio que merece ser contado, pero que, lamentablemente, solo pudo ser revelado en consulta directa a los protagonistas.

Assumiendo la hipótesis de que Methol fuera quien hizo la selección, se trata de un cúmulo de perspectivas y opiniones que en su momento juzgó relevantes. En primer lugar, responde a una voluntad clara de situar el fenómeno de la IN en un marco ideológico más amplio, que podríamos definir como pensamiento nacional. Se incluyen autores que no se inscriben en el ámbito ideológico de la IN, y que poseen una perspectiva fuertemente crítica sobre ella, pero no se hacen concesiones a las vertientes del pensamiento liberal, sea de izquierda o de derecha. Tal selección muestra las expectativas y también las alarmas que la IN despertó en su época de despliegue teórico, a finales de la década de 1950. Norberto Galasso explica, con ayuda de Hernández Arregui, el impacto de la IN en los circuitos políticos e intelectuales de la época.

37 «En cuanto a los amigos de *Azul y Blanco*, es cierto que soy amigo de algunos de ellos —muy pocos— desde hace muchos años. En especial de Goyeneche que tiene media familia uruguaya (los Iriarte Borda) y que conocí hace mucho por aquí. Pero políticamente no hay absolutamente ninguna ligazón, y las diferencias respecto a los enfoques son muy grandes. Te digo esto para evitar todo equívoco, como el que parece asomar en tu última carta. Es curioso cómo ellos a su vez me acusan de “trotzkizante”. Pues sí, a la vez, tengo discrepancias ideológicas contigo, son por cierto de índole muy distinta a los de *Azul y Blanco*.» <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=110>>.

38 Galasso, Norberto. *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986), 115.

39 Es algo sobre lo que llama la atención el propio autor del prólogo, Ernesto B. Pacheco. Methol Ferré, A. *La Izquierda Nacional en la Argentina*, 8.

40 Cabe pensar en una tercera posibilidad: Ramos se habría aprovechado del texto de Methol para delimitar el campo de discusión en torno a la IN, presentándose como el fundador o precursor de la misma (a través de su presencia indirecta, como objeto de estudio en el texto del autor uruguayo) y reduciendo a otros autores de la selección a la condición de críticos o epígonos.





Como surge de este planteo, la estructuración de un poderoso movimiento ideológico de izquierda nacional resulta una tarea preparatoria, previa a su presencia como fuerza política. Las ideas de la izquierda nacional —agrega— sólo exigen vertebrarse en un programa. Y esto es tarea de sus mejores hombres, de su capacidad para olvidar viejas pasiones y luchas sectarias averiadas por la historia del presente. De la voluntad, en fin, frente al país colonizado, de luchar por la libertad. La Izquierda Nacional, en esta hora, depende del patriotismo de un grupo de argentinos. El país los espera.

Esta posición, sustentada desde un semanario de la Izquierda Nacional, está estrechamente vinculada a la expectativa generada por esa corriente en ese año 1961. No sólo desde el nacionalismo católico ha partido el grito de alerta acerca de la «fusión explosiva de nacionalismo y marxismo» sino que otros ensayistas, como Methol Ferré y Jauretche, han detectado la importancia del fenómeno.⁴¹

El comentario concluye con una referencia explícita al libro sobre la IN que aquí se estudia.

Por entonces, la editorial Coyoacán ha lanzado el libro *La izquierda nacional en la Argentina*, con prólogo de Ernesto B. Pacheco donde se incorporan textos de Methol Ferré, Jauretche, E. Fermín Mignone y Hernández Arregui, así como dos textos de Mario Amadeo y Marcelo Sánchez Sorondo donde se denota la preocupación de la derecha por la aparición de un socialismo nacional.⁴²

Mario Amadeo, exponente del nacionalismo tradicional que firma el texto titulado *El marxismo y las masas autóctonas*, observa en la IN la acción y el pensamiento de nuevos sectores ideológicos identificados con el marxismo, que rechazan la tradición liberal representada por el Partido Socialista y se orientan hacia una acción latinoamericanista, indigenista, antinorteamericana y emancipadora, empleando el peronismo como vector de su proyecto revolucionario, auténticamente social. Se trata, en opinión del autor citado, de una vertiente mucho más peligrosa que el comunismo estalinista (al cual está enfrentado), porque entiende bien los conflictos sociales y culturales de los pueblos sometidos, y opera sobre ellos. Amadeo identifica en la IN al verdadero enemigo. Desestima los métodos anacrónicos del *anticomunismo* e indica los recursos que se dispone para combatirlo. Sus palabras son premonitorias: «A una mística sólo puede oponerse una mística más alta; a un ideal, otro ideal más puro. La izquierda revolucionaria y marxista representa un ideal por el que mucha gente está dispuesta a luchar hasta la muerte».⁴³

El célebre Arturo Jauretche, intelectual de origen yrigoyenista, antiguo presidente de FORJA, señala en su texto *La nueva izquierda nacional* el histórico carácter burgués, antinacional, anti-popular y minoritario de las izquierdas en la Argentina. Insiste en su idea de que «los términos izquierda y derecha no son generalmente sino distintos modos de eludir la cuestión nacional».⁴⁴ No obstante, con el surgimiento del peronismo, la izquierda se dividió entre una facción tradicional liberal y otra que entendió y comparte el proyecto nacional del nuevo actor político. Esta izquierda asume la tradición historiográfica del revisionismo y se define como partidaria de un socialismo nacional. Es vista con alarma por los antiguos revisionistas, pero explica que esa es la suerte de los precursores.

En *Los trotskistas* el inefable Marcelo Sánchez Sorondo, perteneciente al «nacionalismo hispánico, católico y patricio más intransigente», califica a los trotskistas vernáculos de «sabandijas picantes y maledicentes, animalillos ávidos que por su mucha maña en registrar a satisfacción las alcobas de sus amos y las cocinas de los criados han adquirido justa fama de indeseables». Los

41 Galasso, N. J. J. *Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, 115.

42 Ídem.

43 En Methol Ferré, A. *La Izquierda Nacional en la Argentina*, 34.

44 Ídem, 37.





acusa de practicar el «espionaje sociológico» al servicio de la estrategia soviética y de plagiar al nacionalismo, en un caso flagrante de «parasitismo cívico y servilismo intelectual».⁴⁵

El *Informe sobre la Izquierda Nacional* de Emilio Mignone, dirigente de la Unión Federal y profesor de la Universidad Católica Argentina, es con diferencia el más interesante de los textos que integran la selección. Se trata de un completo informe sobre la evolución histórica e ideológica del marxismo en la Argentina y de la izquierda nacional, pleno de referencias bibliográficas, categorías de análisis y datos, que ofrece un panorama de época particularmente valioso. Mignone señala las mutaciones en la teoría y la praxis del marxismo en los países periféricos a partir de la interpretación leninista y en particular la variación trotskista. Identifica a los principales exponentes y a sus respectivos cenáculos. Finalmente, destaca la fusión de nacionalismo y comunismo y la confluencia en el escenario político argentino de sectores marxistas y peronistas.

El texto de Juan José Hernández Arregui

La colección de textos se cierra con *El pensamiento marxista argentino*, un breve escrito de Juan José Hernández Arregui, por entonces el autor revelación de la IN. La inclusión de este texto merece un comentario más detallado, por lo que muestra de las relaciones de su autor con Ramos y Methol. Hernández Arregui refuta la muy extendida adscripción de esta tendencia en las filas del trotskismo y explica que su acción es fundamentalmente publicística. Identifica en Ramos a la principal figura de la IN y traza las líneas principales de la interpretación que este hace de la historia argentina.

Especial referencia le merece la valoración de tres figuras de primer orden: Rosas, Roca y Perón, cuyo régimen es analizado por primera vez en términos de *dictadura bonapartista* por el propio Ramos. Al aludir a los débitos que la perspectiva de Ramos ha contraído con el revisionismo nacionalista y las contribuciones hechas a este último desde el marxismo, señala la feliz convergencia de una izquierda y una derecha auténticamente nacionales que termine de una vez por todas con la historia liberal, la «de los vencedores de Caseros»,⁴⁶ e inspire un nuevo impulso nacional y revolucionario.

Las relaciones entre Hernández Arregui y Ramos, no obstante, distaban de ser cordiales. Norberto Galasso transcribe parcialmente el texto de una carta de Hernández Arregui a Methol, fechada el 29 de octubre de 1960, en la que se queja de cierta intromisión de Ramos.

Ya en varias oportunidades, Juan José ha manifestado su desconfianza hacia Ramos y se ha apartado prudentemente para intentar luego, con paciencia, la recomposición de esa vinculación política. Así le ha comentado a Methol Ferré, tiempo atrás, que «hemos reanudado relaciones con Ramos, pero no hay nada que hacerle, siempre sale con alguna picardía», haciendo referencia al libro *La izquierda nacional en la Argentina*, publicado por Coyoacán, donde se reproduce un texto de Hernández Arregui mutilándole varios párrafos.⁴⁷

Efectivamente, el texto de Hernández Arregui, que forma parte del cap. VI de *La formación de la conciencia nacional* aparece en *La Izquierda Nacional en la Argentina* notoriamente abreviado.⁴⁸ El autor pondera la obra de Ramos pero también discute y critica algunas de sus tesis. En una ocasión el criterio de supresión de textos parece obedecer a la necesidad de brevedad (por ejemplo,

45 Ídem, 40-41.

46 Ídem, 78.

47 Galasso, N. J. J. *Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, 126.

48 Hernández Arregui, J. J. *La formación de la conciencia nacional*, 475-485.





el que alude a las líneas internas del trotskismo argentino), pero en otras afecta la argumentación de Hernández Arregui, particularmente el análisis sobre la figura de Julio Argentino Roca como heredero y continuador de la tradición política del federalismo,⁴⁹ el del peronismo como bonapartismo y el que se refiere a la política de industrialización de Perón.⁵⁰ Las disidencias con Ramos están planteadas, pero los argumentos que las fundamentan han sido eliminados.

En cualquier caso, la carta muestra que las relaciones entre Hernández Arregui y Methol parecen haber sido lo suficientemente estrechas como para que el primero se tomara la libertad de criticar explícitamente a Ramos, a quien Methol estaba unido por una larga y profunda amistad. En varios puntos, Methol parece más cerca de las tesis de Hernández Arregui que de las de Ramos: es lo que puede verse en una carta de fines de 1957.

Estoy leyendo en este momento «Imperialismo y Cultura» de Hernández Arregui. Con gran satisfacción. Aunque con discrepancias filosóficas de fondo. No hay duda que estamos asistiendo a una gran promoción intelectual y política argentina. Desde la tremenda confusión que en el Uruguay [sic], da aliento ver como Uds. están en la brecha. Suscribo de cabo a rabo la opinión de Hernández sobre el nacionalismo argentino. Esa es una de mis discrepancias contigo. Hernández es en ese aspecto mas exacto que tú, y menos impulsado por «humores polémicos».⁵¹

Por otra parte, en un extraño artículo publicado a fines de 1960 —que es en sí mismo una reseña crítica de dos reseñas críticas vertidas sobre su libro *La formación de la conciencia nacional*— Hernández Arregui realiza una extensa transcripción de un texto inédito de Methol. Hemos juzgado de interés volcar esa transcripción en lo que se refiere a Methol, por el valor que posee para reconstruir su obra.⁵²

Hay otra ventana para visualizar a la izquierda nacional. Aquella que mira a la Argentina desde afuera. Un hecho fortuito ha puesto en mis manos un artículo de la inteligencia más sólida del Uruguay, Alberto Methol Ferré, cuyo nombre desborda las fronteras de su patria. El artículo, rechazado por el periódico para intelectuales rioplatenses «*Marcha*» de Montevideo dice así en los fragmentos que hacen al caso. «La

49 Ídem. Hernández Arregui sostiene que las tesis de Ramos sobre el roquismo adolecen de un verdadero respaldo documental historiográfico, y también que Roca potenció la hegemonía del puerto al expandir a escala nacional el aparato de dominación de la oligarquía. En este sentido existen coincidencias con la perspectiva crítica de Methol sobre la valoración que Ramos hace del roquismo, las cuales aparecen en la ya citada carta del 14 de noviembre de 1957. <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=108>>.

50 Respecto del bonapartismo, Hernández Arregui señala la limitación del esquema en su aplicación al peronismo, puesto que el bonapartismo tal como lo definió Marx es de naturaleza conservadora-reaccionaria, mientras que el bonapartismo que define Engels es un régimen autoritario progresista, pero que tiene lugar en Prusia. Para Hernández Arregui, el peronismo es un muy atípico «bonapartismo revolucionario». Ramos critica a Perón por haber retrasado el impulso directo a una industria pesada. Hernández Arregui, por su parte, defiende la política industrial de Perón, al generar en una primera fase la industria ligera, la cual terminaría demandando insumos de industria pesada. Hernández Arregui, J.J. *La formación de la conciencia nacional*, 475-485. Finalmente, aparece un párrafo que se encuentra en la selección pero no en el libro original. ¿Trabajó el compilador sobre un texto diverso del que apareció en el libro de Hernández Arregui?

51 <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=109>>. La despiadada valoración de Ramos sobre el nacionalismo tradicional puede consultarse en *El ocaso del nacionalismo oligárquico*, un texto de 1958 luego recogido en: Ramos, Jorge Abelardo. *La lucha por un partido revolucionario* (Buenos Aires: Pampa y Cielo, 1964), 38-43.

52 Es posible que Methol se refiriera a este texto en su carta a Ramos del 2 de febrero de 1960. «Te mando aquí el artículo que me pedías. Paso a explicarme. Es un artículo escrito al mes de las elecciones uruguayas que por distintas razones no fue publicado. Lo creo interesante como expresión de un estado de tensión en un momento de cambio secular del país, y como muestra del “clima” uruguayo. Las disquisiciones más políticas y concretas vendrán después. Me parece útil que los argentinos perciban la diferencia “existencial” entre nosotros y ustedes. El artículo es más bien un testimonio.» <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=113>>.





década que se abre en el Río de la Plata está preñada, sin dudas, de señales concluyentes de que un vasto movimiento de «nacionalismo de izquierda» tomará la posta de nuestra historia. Recientemente en *Marcha* se registraba esa denominación «que cada vez más acredita suficientes méritos como para adquirir carta de ciudadanía continental y para aglutinar en su seno a todas las corrientes que partiendo de la defensa de lo nacional con sentido de masas, entronquen con ellos los movimientos nacionales y populares mundiales y se hermanen con ellos en substancia y en espíritu.» Esto significa primordialmente una exigencia: la unidad de la inteligencia y la acción popular, de la teoría y la práctica, pues sólo en la historia concreta se genera tal unidad. [...] Nosotros, los uruguayos, tenemos las más peregrinas y desviadas opiniones sobre nuestro acontecer histórico. Nuestra conciencia al respecto es pavorosamente abstracta, dada a satisfacerse en la neblina de las más chirles generalizaciones o el anecdotario pintoresco. Sin embargo una confluencia de síntomas indican un lento pero firme ahondamiento en nuestra verdadera problemática. Es de esperar que cuando los justos entusiasmos por la causa de Cuba reboten sobre el Uruguay habrán de templarse en el sincero enjuiciamiento de nuestro ser. De lo contrario Cuba será un nuevo símbolo de fuga internacional por la impotencia ante nuestra realidad. El riesgo de Cuba es perderse en fiebres pasajeras. Por eso, aunque no tenga hoy la imantación épica de Sierra Maestra, lo que más nos ayudará a nuestras cosas, lo que más nos empujará a mirar la verdad, es además de la propia crisis del país, la intensidad trágica con que nuestros hermanos argentinos viven problemas hermanos. El esclarecimiento histórico que ellos hagan será esencial para nuestro propio esclarecimiento. Las tensiones de cruzando el río son tales que la inteligencia se motoriza por la pasión, y la mirada se agudiza entre tanta penumbra. Acá, la inteligencia tiene todavía que esforzarse por sobre la apatía y su mirada llega cansada a la cáscara de las cosas. Y digo esto, porque el libro de Hernández Arregui, *LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL*, pone a la luz, una vez más, esa diferencia de «clima» histórico en que viven un uruguayo y un argentino. Pero también, y es lo importante, porque no hay duda que el curso de los acontecimientos uruguayos, hace visible que tal diferencia irá desapareciendo rápidamente. Es posible que un alto nivel de «conciencia nacional» logrado por grandes sectores argentinos en varias décadas de lucha trágica —desde Yrigoyen— si lo logramos comprender (ellos han trabajado también para nosotros) aquí se alcanzará con el correr de la década inaugurada. [...]

Hernández Arregui forma parte del más poderoso movimiento ideológico que hoy existe en la Argentina. El dominante en el curso de los años venideros. Ese movimiento, que integra con Jorge Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós en primera línea, y otros muchos más de valor indiscutible (incluso quienes como por ejemplo David Viñas pretenden ignorar a sus «padres ideológicos», ayer «parricidas» de sus padres naturales y hoy hijos vergonzantes de sus padres adoptivos) está produciendo en la Argentina lo que a juicio de un dirigente católico argentino, Basilio Serrano, es una síntesis de marxismo y nacionalismo que «puede ser una fusión terriblemente explosiva». Una fusión que está siendo realizada, en el orden de la ideología, por los mencionados Hernández Arregui, Puiggrós y Ramos. Y el libro recién aparecido, *LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL*, señala el jalón más elevado que hasta ahora esa síntesis en proceso ha logrado. Nos sería imposible una verdadera crítica al libro de Hernández Arregui, porque nos toca muy de cerca, y son tantas las concordancias y la divergencias (más las primeras que las segundas, con excepción de sus ideas sobre el problema religioso y la Iglesia) que para hacerlo tendría que escribir un libro. Con el agravante que analizar seriamente esta corriente sería hacer una nueva historia de nosotros mismos del Uruguay.⁵³

53 Hernández Arregui, Juan José. «Un doble enfoque sobre la izquierda nacional en la Argentina», *El Popular* (Buenos Aires, 9 de diciembre de 1960).





El texto contiene varios elementos que ameritarían un análisis más detallado. Es el caso de la acogida de la Revolución cubana en el contexto de la izquierda rioplatense (¿ejemplo a seguir, estímulo para revisar las propias concepciones ideológicas y estrategias políticas o simple evasión?) y también las características del ambiente intelectual uruguayo. Lamentablemente estos temas solo pueden quedar enunciados. A efectos del asunto que se trata, resulta más relevante la reserva crítica de Methol respecto de las tesis en torno al papel de la religión y la Iglesia en las luchas nacionales y la formación de una identidad cultural propia, y el hecho de que Hernández Arregui concluya su glosa señalando la «imparcialidad» de la perspectiva de Methol (también por contraposición a Ramos), situándolo así como un observador externo a la IN.

Methol parece estar en medio de la disputa entre Ramos y Hernández Arregui sobre la naturaleza y la misión de la IN. Mientras que Hernández Arregui la concebía como una tendencia exclusivamente teórica o intelectual destinada a influir en el seno del peronismo orientando su desarrollo político, Ramos se mostraba menos confiado en que el peronismo fuese dócil a esos lineamientos, y pensaba en una organización política que respondiera íntegramente a la inspiración ideológica de la IN.

La ruptura, esta vez definitiva, parece vinculada a la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (junio de 1962) que hasta poco tiempo antes (noviembre de 1960) Ramos juzgaba «prematura», coincidiendo con el planteo hecho por Arregui, en *Política* (1961) de gestar centros de izquierda nacional no partidarios. Ahora, en cambio, cuando Perón ha lanzado el giro a la izquierda y menos se justificaría esa organización independiente, la actitud de Ramos provoca el distanciamiento de Arregui, lo que no significa romper puentes hacia la izquierda nacional, pues continuará manteniendo una cordial relación con Enrique Rivera y otros exponentes del viejo *Frente Obrero*.⁵⁴

Ramos, reconocido como uno de los inspiradores principales de la IN, empleó el término que había creado Hernández Arregui para nombrar a su nueva empresa política contra la que este último se había pronunciado categóricamente. En la denominación se expresaba uno de los conflictos internos de la IN. En los años sucesivos, Methol y Ramos seguirían estrechamente vinculados, mientras que la relación del primero con Hernández Arregui aparentemente se interrumpió.

Izquierda nacional y marxismo en *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*

Methol escribe sobre la IN en torno a los 25 años de edad: su pensamiento se encuentra todavía en formación. En esta fase se revela una afinidad sustancial con los planteamientos de Ramos y otros autores de la IN, además de una actitud dialogante con el marxismo. ¿Cuáles de sus elementos incorpora Methol a su pensamiento? Uno de ellos es el método dialéctico en su concepción moderna, entendida como dinámica de opuestos. En carta del 1 de diciembre de 1957, Methol reprocha a Ramos no haber seguido en su obra un auténtico esquema de explicación dialéctica del proceso histórico argentino.

La objeción capital que le haría a tu obra te la puedo resumir así: carece de un nervio dialéctico. La contradicción no habita entre las clases solamente, sino también en su propia interioridad. No hay negatividad pura. Por ejemplo: tomas demasiado linealmente a Mitre como lo «anti argentino». Sin embargo hay hombres y clases que se prolongan en su propia negación (en este caso el auténtico sucesor de Mitre es Roca, aunque Mitre se enquistó y niegue su propia sucesión. Las nuevas condiciones

54 Galasso, N. J. *Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, 126.





históricas, derogaban el viejo mitrismo que debería trasmutarse en «nacional», sin perder empero rasgos propios). Esto hace que en tu obra «lo nacional» sea demasiado una esencia incorporal; no un proceso dialéctico permanente, en que las clases en pugna no solo luchan entre sí, que están en relación, se «contaminan» recíprocamente. Pareciera que excluyes de «lo argentino» la negatividad, y ella es sin embargo un aspecto permanente y cambiante, que se infiltra y configura forzosamente las «positividades». El asunto da para mucho. Y no es este el lugar apropiado para hacerlo. Me interesaba aquí formularte simplemente el concepto, en su más amplia generalidad, sobre cual podría hacer un análisis crítico detallado de tu obra. A buen entendedor, pocas palabras.⁵⁵

La crítica resulta particularmente acertada, puesto que tanto en Ramos como en muchos otros autores etiquetados bajo el rótulo de *historiografía marxista* suele faltar una estructura narrativa propiamente dialéctica, construida básicamente a partir de opuestos.⁵⁶ Resulta pertinente estudiar la presencia de elementos del análisis marxista que aparecen en una obra contemporánea del autor. En 1959 Methol publica *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*.⁵⁷ Lamentablemente, no es posible hacer una glosa detallada de este texto clave, por lo que señalaré los aspectos más relevantes para el objeto del presente trabajo. Se trata de un agudo análisis histórico y político del Uruguay con ocasión de la emergencia de una nueva fuerza política, la *Liga Federal*, que expresa una conciencia social y ciudadana igualmente novedosa: la de las clases medias rurales movilizadas.

El estudio se centra en el proceso de transición económica y política en el que se vio inmerso el Uruguay desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial, al pasar de la esfera de dominación británica a la estadounidense, proceso que se saldó con la pérdida de funcionalidad de su producción en el esquema de relaciones productivas y comerciales del nuevo centro de poder. En un contexto de finalización de la hasta entonces incontestada hegemonía política del Partido Colorado, que se saldó con una derrota inapelable ante su tradicional adversario, el Partido Blanco, Methol analiza la crisis terminal del esquema económico y social del batllismo, intervencionista, distributista y orientado al desarrollo industrial del país.

Methol adopta un marco de análisis de las relaciones propias del imperialismo, dentro de las que advierte características particulares del caso uruguayo. El tipo de producción agrícola ganadera con la que el Uruguay se inserta en el sistema imperial británico, sumado al tipo de trabajo social que genera y las relaciones sociales que determina, impide la formación de grandes masas de trabajadores explotados y favorece la formación de clases medias urbanas. Es interesante la relación dialéctica que Methol plantea entre la ciudad (Montevideo) y el campo, en términos de dependencia y también de potencial conflicto. En este contexto, a diferencia de las tesis marxistas canónicas de la lucha de clases y aproximándose a las más modernas tesis de las relaciones de clases en contextos de dominación imperialista, Methol advierte que la clase llamada a operar la transición política que lleve al Uruguay a una liberación nacional (que por fuerza deberá desbordar sus fronteras estatales, transformándose en una empresa continental) es la clase media rural, aliada a otras clases sociales.

Particular interés reviste su análisis sobre las posibilidades de que el Uruguay consiga convertirse en una economía industrial. Ni la escala de su mercado interno ni los recursos naturales permiten abrigar esa esperanza. Methol recurre directamente a las tesis marxianas del desarrollo

55 <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=109>>.

56 Federn, Karl. *La concepción materialista de la historia* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1942).

57 Methol Ferré, A. *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico* (Buenos Aires: La Siringa, 1959). En el pie de imprenta figura el año 1959, pero en el texto hay varias referencias a sucesos acaecidos en 1960, por lo que fecha real de la publicación es seguramente posterior.





del capitalismo, que centran su explicación en los procesos de acumulación. En este sentido, descarta todo proceso de acumulación en el que no se realicen sacrificios sociales: la acumulación es incompatible con el consumo. Ese instrumento teórico le permite a Methol criticar al justicialismo, que implementa fuertes políticas redistributivas en plena fase de acumulación, suprimiendo así todo desarrollo en sentido capitalista.

Methol se ocupa particularmente de señalar las limitaciones culturales y estructurales del Uruguay para alcanzar un desarrollo capitalista y explica brevemente cuáles deberían ser las orientaciones fundamentales para generar un capitalismo nacional y popular: propone como estrategias para lograr ese fin la reforma agraria, la protección a la industria, el apoyo del crédito a los pequeños y medianos productores y a emprendimientos de industria liviana.⁵⁸

Su análisis es en buena medida marxista, pero es un marxismo *instrumental*, que le permite describir la situación estructural de una economía periférica y dependiente pero también asume las limitaciones e inconvenientes de la preceptiva canónica y revolucionaria marxista. Methol señala muy agudamente la limitación del marxismo en su teoría económica. Lo hace de modo sutil pero suficientemente elocuente. Al referirse a la inmadurez de los partidos obreros uruguayos, explica que una necesaria autocrítica debería pasar, entre otras cosas, por «el replanteo de la fundamental teoría del “valor trabajo” de Marx».⁵⁹ Methol no quiere confrontar ni descalificar, sino más bien dialogar por sobre las disidencias.

Respecto de la teoría marxista de las clases sociales, la adopción de Methol es igualmente limitada: asume solo el *segmento o momento* nacional, burgués y de unión de clases de la revolución concebida por el pensamiento leninista. Se muestra escéptico respecto de la posibilidad de una revolución social.⁶⁰ Su propuesta de capitalismo popular es definitivamente un elemento estabilizador, que neutraliza todo aumento en la conflictividad social y la lucha de clases. Este marxismo instrumental sitúa a la perspectiva de Methol en una visión muy propia de la IN. El autor previene contra lo que denomina las «modas escolásticas», fenómeno estrechamente emparentado con el *tradicionalismo* existencial uruguayo (que más bien parece un conservadurismo), en la medida en que unas y otro responden al mismo fenómeno de conformismo e incapacidad de procesamiento crítico de la propia condición.

La escolástica es una categoría histórica que apunta a la cualidad del trasplante, en el espacio y el tiempo, de ideas pensadas en función de una circunstancia, a otra circunstancia. Se produce así una «alineación», ideológica permanente de los países dependientes con respecto a sus centros dominadores que, dado el ritmo desigualdad de desarrollo, genera un desajuste entre ideología y realidad, trasmutando las ideas más en obstáculo que en descubrimiento. De ahí que nuestra intelectualidad piense más desde «soluciones» que desde problemas. Recibió sucesivamente los impactos del racionalismo de Cousin, del positivismo de Comte, del evolucionismo de Spencer, del socialismo de Marx, etc., pero deslizándose hacia lo tópico.⁶¹

Methol *se sirve* de categorías marxistas: no se rinde ante ellas ni en su dinámica específica (aunque la *forma mentis* de la dialéctica será algo muy presente en el despliegue de su pensamiento) ni en su teleología de supresión de opuestos. Señala sus limitaciones, las matiza y las pone en diálogo con un contexto social, económico y cultural que no se ajusta a sus racionalizaciones. El ensayo

58 Véase el capítulo «La esencia de la crisis uruguayo», la segunda parte de *La crisis del Uruguay*, 53-68.

59 Methol Ferré, A. *La crisis del Uruguay*, 79.

60 Ídem, 78-79.

61 Ídem, 13-14.





es también un estudio de psicología social, de configuraciones culturales que desbordan las tesis del materialismo histórico y el esquema de análisis social fundado en clases antagónicas.

No obstante la notoria sintonía con la IN mostrada en esta obra y precisamente en razón de sus distancias con el marxismo, su posición no puede ser puramente simpatizante, por varios motivos. Por más que la IN haya tenido un mayor respeto y consideración que otras corrientes de izquierda por las tradiciones hispánicas y cristianas de América Latina, su actitud frente a la Iglesia y la religión es crítica y recelosa, cuando no abiertamente hostil, al considerarla como parte de la estructura de dominación imperialista. Esto no pudo ser ignorado por el católico Methol.

De ahí sus observaciones en torno a la validez del marxismo, su intento por discriminar lo sustancial y lo accidental (lo vivo y lo muerto, parafraseando a Maurice Duverger) del pensamiento marxista. Methol resume hábilmente el potencial del marxismo y de la IN, y concluye señalando sus límites y debilidades. Como se encarga de subrayar, el marxismo «nace bajo el signo del cosmopolitismo liberal, del desarrollo del mercado mundial y la euforia librecambista». Además «participa de la creencia del progreso que es el fondo común de las ideologías burguesas del siglo XIX».⁶²

Si bien los aportes críticos y los impulsos revolucionarios del marxismo son valiosos, no alcanzan a vencer los presupuestos que lo acomunan con el capitalismo liberal, que es su matriz y su condición de posibilidad. Es preciso someter a los sistemas y las ideologías a una crítica y ponderación desde una instancia filosófica y espiritual superior, que posea una verdadera visión de conjunto: en definitiva, que observe la historia desde fuera de ella. Aunque resulta claro que este pequeño libro no parece haber sido el lugar más indicado para mostrar tales ideas y también que Methol solo pudo realizar esa crítica en una fase de mayor madurez intelectual.

La crisis del Uruguay, libro prospectivo al fin, debe ser complementado con los textos de índole historiográfica que Methol publica de forma aproximadamente contemporánea. Uno de ellos es el prólogo a *La formación histórica rioplatense*, selección de textos de Luis Alberto de Herrera. Las notorias dificultades, tanto de contexto como de coherencia interna, de la coalición política que llegara al poder en las elecciones de 1958 tornaron rápidamente la esperanza en frustración. El gobierno del Partido Nacional —el herrerismo en particular— se mostró impotente para comprender y actuar conforme a los desafíos del momento. Poco después, Methol empieza a tomar distancia de sus simpatías políticas juveniles.

Methol señala aquí no solamente la importancia del gran caudillo nacionalista del siglo XX, sino también sus limitaciones: Herrera no solamente enlaza en su trayectoria política la emergencia tardía de la resistencia del viejo tronco federal a través de las montoneras con la causa nacionalista que opera ya en un contexto institucional democrático, sino que además —faceta poco reconocida hasta entonces— inaugura en la orilla oriental del Río de la Plata la perspectiva del revisionismo histórico. Por el contrario, Herrera no logra trascender el horizonte ideológico propio del *liberalismo nacional* y tampoco alcanza a comprender bien la estructura de dominación del imperialismo. Limitaciones que gravitaban decisivamente sobre la capacidad de respuesta del herrerismo en un momento crítico del Uruguay.⁶³

62 Methol Ferré, A. *La Izquierda Nacional en la Argentina*, 16-17.

63 Methol Ferré, A. «Prólogo», en Herrera, Luis Alberto de. *La formación histórica rioplatense* (Buenos Aires: Coyoacán, 1961), 7-15.





Conflicto, regreso y síntesis

La adhesión de Methol a la IN y la adopción de elementos del marxismo para la comprensión de la historia y la realidad política y económica de su tiempo tenían un límite: su fe religiosa y la concepción filosófica cristiano-católica a la que adhería. Ese límite no fue una franja neutral o de estricta demarcación. Más bien se trata una frontera problemática en la que elementos de una y otra zona están en permanente pugna. En una carta a Ramos, fechada el 27 de marzo de 1958, Methol se refiere a la convocatoria para publicar una nueva revista de izquierda, de la cual ha sido excluido.

Proviene del campo «liberal izquierdista», rosado, con un espiritualismo difuso que en algunos llega al umbral del catolicismo. Nada más que en el umbral. Una especie de catolicismo salesiano, amante de la sencillez, «evangélico», artesanal.- De tal modo no se entienden conmigo ni por lo que tengo de marxista ni por lo que tengo de católico.⁶⁴

En esa misma carta Methol acusa a Ramos y los marxistas latinoamericanos de no haberse interesado por la Iglesia como objeto específico de estudio. Methol propone una perspectiva de análisis propio de la sociología de las organizaciones.

Ustedes no han estudiado todavía bien la Iglesia. En realidad, históricamente recién el marxismo afecta a zonas católicas y no es extraño que falten estudios al respecto. Ninguno de los grandes teóricos se ha ocupado directamente del problema. Creo que el enfoque desde ese ángulo está en una especie original de estructura «bonapartista», que se alimente de las múltiples contradicciones nacionales y de clase que están en el seno mismo de la masa de fieles, por una burocracia internacional, de reclutamiento democrático, en que el voto de castidad juega el rol capital para una renovación permanente de sus equipos, y evita la perpetuidad interior de oligarquías familiares, etc., etc. Es un tema muy lindo por cierto. Las reflexiones de Engels sobre el Estado pueden ser un punto de partida. Aunque se trata de una especie muy especial de «Estado supranacional». - Quede esto como mera sugerencia.-⁶⁵

En estos tiempos Methol no tiene inconvenientes en definirse como católico y marxista. Pero ¿es que se trataba de dos elementos que coexistían en su interior sin conflictos ni contradicciones? En la contratapa de *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, publicado 1959, una mano anónima (muy probablemente Ramos) escribió que Methol «ha evolucionado desde una posición católica hasta una especie de “humanismo marxista”, si es que esta posición existe». La afirmación anónima en torno a su «evolución» podría estar explicando fluctuaciones y altibajos en su fe católica. Tal hipótesis parece confirmarse, ya como testimonio personal de una época cerrada, en la carta dirigida a Ramos del 19 de agosto de 1965.

Estimado Jorge:

Como de un salto, en medio de rutinas cotidianas, secretas, insulsas, agitadas y fuerzas [sic] nos dan «jaque mate», se trascienden y toman forma. Vías separadas, tendencias contradictorias, que se inhibían y paralizaban mutuamente, entablan alianza, se conjugan y se promueven. Y heme aquí de vuelta, como hijo pródigo, al pago de la iglesia. Nada ha pasado, sin embargo, en vano.

64 <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=111>>.

65 Ídem. Probablemente Methol desconociera que el marxismo como tradición de análisis y pensamiento llevaba ya varias décadas interesado en la estructura, la función sociocultural y la dinámica doctrinal e institucional de la Iglesia Católica. Es el caso de Antonio Gramsci, cuyo estudio sistemático de su obra en América Latina se iniciara unos años antes en círculos intelectuales del Partido Comunista argentino. Contemporáneamente a esa carta se realizaba la primera traducción al castellano (y también a un idioma extranjero) de los *Cuadernos de la Cárcel*. Aricó, José. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad, 1988), 133.





¿Cómo podría definirte el salto? Con unas pocas palabras de Fichte, que se me hicieron la más poderosa evidencia: «es una creencia el triunfo del espíritu en este mundo, la esperanza que el deber llevará sus frutos, pero esta creencia equivale a una certidumbre práctica y esta esperanza a una promesa».- Esto es como una perfecta y profunda versión laica de la fé católica.-

Por eso, junto con la fé, me he encontrado radicalmente socialista.- Es muy claro que yo tenía reservas últimas, como enquistadas, en relación al comunismo. Pero —grande sorpresa— para mí, dejar de «merodear» la Iglesia, fue también dejar de «merodear» el Socialismo. Siempre me has oído decir que «Sólo si Dios es, el marxismo es».- ¡Y tenía razón!-

Católico y Socialista, sería para mí gran satisfacción personal y significativa, que oficies de testigo en mi casamiento con Monona por la Iglesia. Me ayudarías así, a dar el exacto sentido visible al acto. Mi testigo tiene que ser amigo, comunista y patriota. Que yo sepa, nadie mas que tú cumple con esos requisitos.

Saludos, Methol⁶⁶

Methol muestra por un lado sus vacilaciones, sus idas y venidas, su dialéctica interior con la fe y con la Iglesia. Por otro se define aquí, a diferencia de la carta de 1958, como «católico y socialista». El matiz no parece casual: el marxismo pasa a segundo plano, fuera ya de sus convicciones; es una entidad cuya existencia se halla subordinada a la existencia de Dios. Tampoco parece ser casual que su conversión definitiva se dé en 1965, año de cierre del Concilio Vaticano II, acontecimiento de la Iglesia que mereció una perdurable y decidida adhesión de Methol. En alguna ocasión lo definiría como un esfuerzo de la Iglesia por ponerse en diálogo con la modernidad y recibir sus aportes. El Concilio habría tenido, en esas circunstancias vitales de Methol, el efecto de resolver contradicciones entre su fe y sus convicciones filosóficas y políticas.

¿Y el marxismo? Si por un lado se produce una confirmación en su fé religiosa, por el otro el marxismo pierde terreno en su pensamiento y su obra, y no por efecto singular o exclusivo de su regreso a la Iglesia. Entre sus amistades y familiares se sostiene que Methol *abjuró* del marxismo hacia la década de los 60. También se dice que en algún momento, sus libros marxistas fueron a parar a la parte más abandonada e inaccesible de su biblioteca. Habría que analizar si se alejó igualmente de sus conceptos y categorías. Un texto que podría dar pistas sobre las articulaciones posibles entre su cosmovisión cristiana y sus vinculaciones con el marxismo en este momento de introspección y conversión es *La dialéctica hombre-naturaleza*, publicado en 1966. Es un texto profundo y de gran imaginación teórica, en el que explica la evolución del dominio de la naturaleza por parte del hombre, desde la mera recolección/captura y uso hasta su transformación como factor de producción a su servicio.

Methol sostiene que su perspectiva de análisis es la «dialéctica tomista». Lo cierto es que su estudio tiene poco de tomista y mucho de hegeliano o marxista, sin por ello ajustarse puntualmente a ninguno de los dos esquemas teóricos. Si bien se trata de un texto que concibe la dialéctica hombre-Dios como condición de posibilidad de otras dialécticas humanas (hombre-hombre y hombre-naturaleza) y una resolución de tales dinámicas en una visión trascendente, el esquema de análisis es tributario de Hegel, en tanto adopta una dinámica de opuestos tomada directamente de la dialéctica amo-esclavo, y también marxista, puesto que la aplica al desarrollo material, empleando conceptos tales como alienación y cosificación, y dejando entrever una

66 <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=123>>.





relación estructura-superestructura aplicada a las formas de dominio de la naturaleza y las diversas concepciones del mundo a lo largo del desarrollo civilizatorio.⁶⁷

Había otro aspecto de la evolución del marxismo en el escenario regional que lo alejaba de su camino. El estallido de la violencia revolucionaria en América Latina, inspirada y/o justificada teóricamente por el marxismo, le causó una profunda impresión, lo que le llevó a renunciar a seguir sosteniendo teorías que parecían llevar a las sociedades americanas por el camino de la muerte y la violencia. La IN también aparecía notoriamente comprometida, como usina ideológica, en la deriva hacia la lucha armada. Methol se definió desde un primer momento como un simpatizante de la Revolución cubana. Sin embargo, esa adhesión, en la medida en que el régimen de Castro fue perfilándose ideológicamente y se presentó como modelo de la vía revolucionaria para los pueblos latinoamericanos, se tornó cada vez más crítica.

Las tesis del *foquismo* como única praxis revolucionaria continental, formuladas a mediados de la década de 1960 por Ernesto Guevara y Régis Debray, le parecen un completo desatino, que tiene su origen en el profundo desconocimiento de la realidad nacional latinoamericana y en un esquematismo dogmático en nada diferente a las viejas izquierdas de la región. La crítica que aplica Methol al foquismo sigue no obstante las líneas fundamentales de la IN, de tal modo que esta no solamente sirvió para inspirar al novedoso fenómeno revolucionario, sino también para impugnarlo.⁶⁸

Todavía en 1973 entreveía un futuro para la IN. Methol analiza la compleja situación política de la región por esos años. El golpe de Estado en Chile parece cancelar la vía pacífica y democrática al socialismo, lo cual se habría sumado al otro gran fracaso reciente de la izquierda latinoamericana, la del foquismo.⁶⁹ La esperanza radicaría en una nueva izquierda que parece asomar con el arrasador triunfo de Perón, ayudado por los votos del *Frente de Izquierda Popular* (FIP), la nueva formación política de Ramos.

Un cuarto de siglo de preparación ideológica y política se expresa ahora en la Argentina, cuando casi un millón de argentinos manifiesta a través de Ramos, otra vez como en el 46 —«pero qué diferencia de cantidad y calidad»— su apoyo crítico a Perón. Este hecho, a nuestro criterio de importancia inmensa, no es sólo el fin de la «vieja izquierda»

67 Methol Ferré, A. «La dialéctica hombre naturaleza», *Formulación de un modelo: Filosofía* (Montevideo: Instituto de Estudios Para América Latina), 1966.

68 Puede consultarse su extenso y concienzudo artículo crítico dedicado por entero al foquismo. Methol Ferré, Alberto. «La revolución verde-oliva, Debray y la OLAS», *Vispera*, n.º 3, (Montevideo, 1967), 17 y ss. <<http://www.metholferre.com/obras/articulos/capitulos.php?id=1>>. Tal perspectiva crítica sobre el foquismo —en términos muy similares— es compartida por Jorge Abelardo Ramos *Historia de la Nación Latinoamericana* (Buenos Aires: Peña y Lillo, 1968), 547-594. En esa ocasión, Ramos cita el texto de Methol, a quien define como «escritor católico». Ídem, 591. ¿Hasta qué punto las tesis contrarias al foquismo y la acción armada que compartían Methol y Ramos eran una velada expresión de la «excepcionalidad» uruguaya o argentina, o bien reflejaban una razonable resistencia, en función de particularidades regionales, a las directrices revolucionarias de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) que a partir de la experiencia cubana pretendían generalizar la lucha armada en todo el continente, articulando por primera vez en la historia de la izquierda latinoamericana una estrategia común? Marchesi, Aldo. «El impacto de la conferencia OLAS en la izquierda como sureña», en Tortti, María Cristina; Chama, Mauricio Sergio y Celentano, Adrián. *La nueva izquierda argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución* (Rosario, Prohistoria: 2014), 35-57.

69 En carta a Ramos del 1 de noviembre de 1969, Methol se refiere al foquismo como un fenómeno acabado. «El asunto del “foco” está hoy muerto en América Latina. Si Perú le dio el golpe de gracia en la realidad, Ovando lo ha remachado. Las ironías de la historia le enseñan a una generación que hacía del martirio su ideal político, que el “cancerbero” del Che, hace lo que el Che no pudo. Que el “maléfico” Ovando tenga que ser apoyado ahora, es el peor castigo que pueden recibir, y a esta altura quizá estén aprendiendo mucho, que la historia no es tan simple como imaginaban en su espléndida ignorancia». <<http://jorgeabelardoramos.com/carta.php?id=120>>. Se trató, evidentemente, de un juicio apresurado.





argentina, la que era dominante en el 46 y hoy camina a su sepultura sin gloria. Es mucho más. Es un hecho también latinoamericano. Es la fuerza que se revela apta para ocupar, no por sí misma, sino por irradiación, por fecundación, el vacío actual de la Izquierda Latinoamericana, todavía aturrida por la magnitud de la tragedia chilena, desconcertada y con la tentación de refugiarse en el horror. Pero sin olvidar el horror, la vida sigue su marcha, y otros tomarán la posta. De algún modo, los hechos cubanos y chilenos fueron como una transición entre la «izquierda tradicional» y la nueva izquierda. Transición sellada todavía por la importancia de la influencia de los partidos comunistas y por las abstracciones althusserianas, por las peculiaridades de un marxismo alimentado por los trabajos de la Cepal, pero sin lo principal: visión arraigada de la propia historia latinoamericana. Este será el camino de la Nueva Izquierda: por la cuestión nacional latinoamericana, viene la historia. El sentido arraigado de nuestras historias, en una sola historia. Y la historia es el camino de la madurez. ¿Será que el Socialismo Nacional Latinoamericano entra en la madurez? ¿Será posible?⁷⁰

Los hechos posteriores terminarían ahogando esa pequeña esperanza. Ni el peronismo tomaría la posta de la Revolución y el Socialismo Nacional, ni se cumpliría su vaticinio de que la violencia revolucionaria y el foquismo estaban totalmente superados. Veinte años después, en el prólogo a *La nación inconclusa*, un libro de Ramos publicado en 1994, explicó las complejas circunstancias de aquellos años.

A comienzos de la década de los 60, la constelación intelectual de la que participa Abelardo y a la que yo hice referencia anteriormente, tenía en la Argentina una influencia ideológica creciente. Pero sufrió una interferencia decisiva: el impacto inaudito de la Revolución Cubana. Nunca en la historia de América Latina existió nadie que alcanzara la irradiación incomparable de Fidel Castro. Habrá que hacer pronto un balance objetivo y desmitificado de todo este proceso. Aquí no es oportunidad. Pero sí de inevitable alusión. Hubo la incidencia de la teoría del «foco» guerrillero y la supeditación de Cuba a la URSS, que cumplieron un papel devastador, destructivo, tanto para los movimientos nacionales y populares como para la aniquilación definitiva del marxismo en América Latina. El foquismo sembró a América Latina de muerte y fracaso, del más bajo nivel intelectual imaginable, pero con su épica tomó el corazón de las juventudes. En Argentina, el «cubanismo» hegemonizó finalmente sobre lo nacional y popular en las juventudes. En el peronismo, quien cumplió un papel mediador fue John W. Cooke, que presidió la delegación argentina a la Conferencia de la OLAS en 1967. Poco después se generaría a los Montoneros. Esto terminó en la sangrienta catástrofe por todos conocida.⁷¹

En esta fase del alejamiento del marxismo, también es posible que Methol hubiera agotado ya todo lo que podía extraer de él. No obstante, la persistencia del marxismo en sus escritos y discursos posteriores difícilmente pueda ignorarse. E incluso, como se ha visto, existe una supervivencia de la crítica marxista al capitalismo que le sigue siendo afín y merece su adhesión. Methol es un pensador dialéctico, y en ese sentido, el marxismo aparece como momento en la contraposición de opuestos, siendo asumido (es decir contrapuesto y combinado) con otros núcleos teóricos. Es su propio catolicismo de fuerte impronta social y política el que le permite discriminar elementos de las tesis marxistas y aprovechar lo mejor y más valioso que ofrecen.

Se trata de una apropiación selectiva (y quizá por eso distingue entre heterodoxos y adherentes: es casi seguro que él se incluiría en este segundo grupo), no de una sustitución de principios, ideas o creencias. Por tanto no asume un humanismo marxista, sino que en virtud de su humanismo cristiano puede apropiarse de los componentes humanistas del marxismo. Rastrear e

70 Methol Ferré, A. *La nueva izquierda de América Latina* (Inédito, 1973).

71 <<http://www.metholferre.com/obras/articulos/capitulos/detalle.php?id=127>>.





identificar esas incorporaciones en su pensamiento teológico, en concreto en las diferencias que estableciera entre la Teología del Pueblo, con la que se identificaba, y la Teología de la Liberación, es una tarea que lamentablemente no es posible realizar en este trabajo.

El itinerario ideológico de Methol no es, al menos en sus elementos constitutivos, muy diferente al de otros núcleos políticos del Uruguay. Resulta interesante observar la dura confrontación interna, saldada con escisión, en un partido explícitamente confesional como fue la Democracia Cristiana.⁷² Asimismo, son fenómenos que poseen un marco continental afín: para muchos católicos, el surgimiento del socialismo revolucionario en el contexto latinoamericano a principios de la década de 1960 fue la expectativa más cercana de realización de una *sociedad cristiana*. Ya se ha podido ver que Methol se preguntaba, casi una década antes, por la posible encarnación futura de un cristianismo alejado ya de Occidente.

En el plano del compromiso político aparece una resolución más original de esta convergencia. A medida que se aleja del marxismo o pierde interés en sus posibles aportaciones, Methol evoluciona hacia posiciones políticas más situadas a la izquierda. Además de su propio itinerario intelectual, existen factores que favorecen esa transición. Por un lado el tan ansiado gobierno del Partido Blanco se salda con resultados decepcionantes. No hay respuestas para el Uruguay (ni para el continente) en las fuerzas políticas tradicionales, en el nuevo contexto de dependencia, marginación y una crisis política, económica y social cada vez más profunda.⁷³

Por otra parte, la izquierda uruguaya experimenta dos procesos, estrechamente relacionados entre sí. El primero es de carácter ideológico. Hacia finales de los años cincuenta su principal organización, el Partido Socialista, abandona sus posiciones internacionalistas, europeizantes y liberales, y se «nacionaliza», acercándose a las tesis de la IN.⁷⁴ El otro proceso tiene que ver con su capacidad política organizativa. Después de muchos esfuerzos y fracasos, a finales de la década de 1960 están dadas las condiciones para la articulación de un frente que aglutine en una formación permanente y no meramente electoral tanto a los partidos de izquierda como a las fracciones de izquierda de los partidos tradicionales.

En 1971 se constituye el Frente Amplio, una amplia coalición de fuerzas en las que están presentes desprendimientos del Partido Colorado y Nacional, el Partido Demócrata Cristiano y el grueso de organizaciones de izquierda. El Partido Comunista y otras formaciones de inspiración marxista aparecen subordinadas a un proyecto político que desborda y modera sus planteamientos materialistas y clasistas. El Frente Amplio en sí mismo es una respuesta democrática, revolucionaria, nacional (en un sentido que desborda las fronteras de la República Oriental) y de izquierdas, y a la vez un desafío a la emergencia de organizaciones armadas revolucionarias.⁷⁵ Pareció constituir el posicionamiento natural para Methol, católico y socialista.

Balance provisorio: algunos núcleos problemáticos

A partir de esos años, el pensamiento y la obra de Methol tomarán un derrotero que no supone ruptura con el pasado, sino transformación, evolución y sobre todo, expansión de horizontes. Se inicia otra fase, en la que el marxismo y la IN van articulándose con otros elementos de creciente importancia. Para concluir este trabajo creo importante señalar apenas un par de aspectos del pensamiento de Methol en estos años de juventud y primera madurez, que me

72 Nahum y otros. *Historia uruguaya*, 39-40.

73 Caetano y Rilla. *Historia contemporánea del Uruguay*, 210-213.

74 Ídem, 216.

75 Nahum y otros. *Historia uruguaya*, 72-73.





parecen particularmente relevantes desde la perspectiva de su evolución intelectual posterior, por el carácter problemático que presentan.

En primer lugar, el autor entabla un diálogo con el pensamiento de Marx desde una actitud positiva y con sinceras disposiciones de rescatar su extraordinario valor. Si el marxismo señala con acierto las cadenas que aherrojan al hombre actual y a las sociedades contemporáneas, su instrumental analítico resulta fundamental para comprender los problemas políticos, económicos y sociales que aquejan a América Latina, derivados de la fase imperialista del capitalismo. En una conferencia pronunciada en 1995 que llevaba por título *Los desafíos del espíritu ante la hegemonía mundial del capitalismo*, Methol se preguntaba cuál era el *enemigo* principal, después del derrumbe del bloque soviético.

Entonces pensé que el ateísmo libertino, que era la primera forma del ateísmo en la modernidad, había renacido en la sociedad de consumo capitalista y que se expandía bajo formas más sencillas de un hedonismo agnóstico, en un consumismo sexista, en la multiplicación de la pornografía, del erotismo autoclausurado.⁷⁶

El enemigo, entonces, aparece claramente perfilado. Respecto de este renovado ateísmo individualista, el viejo y caduco *ateísmo mesiánico* que fue el marxismo constituía «un ateísmo constructivo, revelador».⁷⁷ Para Methol no hay secularización radical en el marxismo como ateísmo mesiánico, pero sí en el capitalismo como ateísmo libertino. Se advierte una perspectiva sustancialmente cristiano-católica en el análisis. Tal perspectiva se muestra también en que en el contexto del pensamiento de Methol el marxismo no es promesa de redención del género humano, sino marco conceptual que permite comprender los efectos sociales y culturales del capitalismo, un sistema fundado sobre la reducción de la realidad a bienes negociables, a la acumulación y a la sustitución de los hábitos de cuidado por los hábitos de consumo.⁷⁸

Pero esta afirmación en torno al proceso de secularización, que resulta irrefutable, no obstante dispara cuestiones de orden práctico que son imposibles de ignorar. Efectivamente, el capitalismo y el liberalismo son agentes secularizadores mucho más eficaces y radicales que el comunismo o el marxismo. Pero es precisamente el ateísmo mesiánico (marxismo) el que ha mostrado históricamente una hostilidad teórica y práctica contra la religión mucho mayor que el ateísmo libertino (liberal-capitalismo), precisamente en razón de su carácter soteriológico. ¿Cómo condicionaría esta particularidad a sus futuros compromisos políticos?

Por otra parte, algunas líneas de pensamiento marxista se combinan activamente con el liberalismo y el capitalismo, como es el caso del marxismo occidental. ¿Cómo enfrentó Methol estos problemas? ¿Cómo resolvió la contradicción que se daba, por un lado, entre el potencial secularizador de cada variante del ateísmo y la hostilidad de las organizaciones, los intelectuales o los adherentes del marxismo (en sus diversas confesiones) contra la religión y la Iglesia, por el otro? ¿En qué medida se le planteó como conflicto o tensión, a lo largo de su extensa trayectoria de compromiso político? Methol calificaría a estas corrientes críticas del marxismo occidental de *estériles*. No obstante su influencia es sustancial en la configuración ideológica de las organizaciones de izquierda latinoamericanas a partir de la superación de la lucha armada.

76 Methol Ferré, A. «Los desafíos del espíritu ante la hegemonía mundial del capitalismo», en Academia Nacional de Economía. *El mundo capitalista en la última década del siglo veinte* (Montevideo: La Academia, 1996), 34.

77 Ídem.

78 No resulta ocioso insistir en la vigencia del marxismo (de los marxismos) como instrumento para comprender los efectos culturales y sociales del capitalismo. En este sentido, parece necesario vencer ciertos prejuicios muy arraigados entre los intelectuales y estudiosos católicos.





En segundo lugar, Methol identifica un núcleo fundamental de los desarrollos de Ramos y la IN, al encontrar allí uno de sus propios desvelos: la unidad latinoamericana. Su concepción al respecto sigue a grandes rasgos las líneas propuestas por el historiador y político argentino. Se trata de un proceso motorizado por la economía, por la integración de las economías nacionales que permiten impulsar un proceso vigoroso de industrialización, en la cual la burguesía juega un papel rector. Nuestro autor explica en *La América Latina del siglo xxi*, un libro de 2006, que esta es la segunda fase, imprescindible, de la evolución de los movimientos nacional-populares, en la que se trascienden las fronteras estatales.⁷⁹ Es interesante ver que, a pesar de que Methol observa en el capitalismo una verdadera amenaza cultural (y precisamente por eso, de primera magnitud), entiende que la unidad continental solo vendrá de manos de la integración económica y, por tanto, de la formación de un gran espacio de intercambio comercial.

Methol defiende decididamente, a principios de la década del 90, los procesos de integración económica regional. Pero es, paradójicamente, esa necesidad de integración territorial de una dinámica propiamente capitalista, de complementación de mercados internos, la que lo convierte en principal impulsor de la integración latinoamericana, algo que también supuso para los países de la región un fuerte proceso de desindustrialización, debilitamiento del Estado y descapitalización de sus economías. En ese sentido, Methol demuestra una resuelta tendencia a plantear los problemas políticos en términos realistas, tal como puede verse con ocasión de su disidencia con Carlos Quijano, el fundador de *Marcha*, en la entrevista que le hiciera Luisa Peirano en 2000.⁸⁰ La integración latinoamericana, como Maquiavelo obsesionado con la unidad de Italia, es para él un objetivo prioritario, independientemente del signo ideológico bajo el que se lleve a cabo: aun el del neoliberalismo.

79 Methol Ferré, Alberto y Metalli, Alver. *La América Latina del siglo xxi* (Buenos Aires: Edhasa, 2006), 47. También puede verse, sobre este interesante texto, la reseña de Héctor Ghiretti en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, n.º 33 (Madrid-Berlín, Vervuert, 2009), 278-281.

80 «¿Cuál era mi enfoque, que se lo manifesté en nuestras conversaciones, sobre el significado de *Marcha* y Quijano? De varios modos, yo pensaba y decía: “Usted vio más que otros, la lógica del país, su fragilidad y su necesaria desembocadura regional, pero eso lo liquidó como posibilidad de construcción política del día por día. Se hacen los trajines cotidianos porque se cree que eso inmediato rinde ya para las cosas que se tiene que hacer. Pero cuando se genera una diferencia radical de planos entre el ‘acá’ político y el ‘allá’ de la desembocadura, eso lo condena a ser un intelectual. O sea, operar como fermento de conciencia a largo plazo. Eso ya no es más la política necesaria del día a día. La política es instrumentalización continua, cotidiana de los medios para ciertos fines. Pero cuando la diferencia entre los medios disponibles y los fines esperados es muy alta, entonces no hay posibilidad de congruencia política. Usted no puede hacer un diario; comenta lo que ha hecho y mantiene el horizonte a salvo, comenta a los atrasados que hacen la contemporaneidad. Usted, por estar un paso más allá, está un paso más atrás porque tiene que esperar a que ellos hagan, para contarlos críticamente. Ésa es la paradoja de *Marcha*, que por ser demasiado más allá, no genera acontecer”». Peirano Basso, Luisa. *Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus cuadernos* (Buenos Aires: Javier Vergara, 2001), 333.





Bibliografía

- Aricó, José. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1988.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José. *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur*, Montevideo, CLAEH, 1998.
- Federn, Karl. *La concepción materialista de la historia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
- Galasso, Norberto. *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986.
- Ghiretti, Héctor. «Reseña crítica de Methol Ferré, Alberto; Metalli, Alver. *La América Latina del siglo xxi*», *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, n.º 33, Madrid-Berlín, Vervuert, 2009, 278-281.
- «Alberto Methol Ferré, pensador imprescindible. A un año de su muerte», *Todo es Historia*, n.º 522, Buenos Aires, 2011, 64-78.
- Hernández Arregui, Juan José. *La formación de la conciencia nacional*, 3.ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
- «Un doble enfoque sobre la izquierda nacional en la Argentina», *El popular*, Buenos Aires, 12 de diciembre de 1960.
- Irazusta, Julio. *Balace de siglo y medio*, Buenos Aires, Theoria, 1966.
- Madariaga, José Luis. *¿Qué es la izquierda nacional? Manual del socialismo revolucionario*, Buenos Aires, Ediciones IN, 1969, 60.
- Marchesi, Aldo. «El impacto de la conferencia OLAS en la izquierda cono sureña», en Tortti, María Cristina; Chama, Mauricio Sergio y Celentano, Adrián (eds.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución*, Rosario, Prohistoria, 2014, 35-57.
- Metalli, Alver. *Francisco. El Papa y el Filósofo. Methol Ferré*, Buenos Aires, Biblos, 2014.
- Methol Ferré, Alberto. «El marxismo y Jorge Abelardo Ramos», *Nexo*, Montevideo, abril, 1955.
- «Los católicos y la cultura occidental», *Nexo*, Montevideo, sept-oct 1955.
- *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, Buenos Aires, La Siringa, 1959.
- «Prólogo», en Herrera, Luis Alberto de. *La formación histórica rioplatense*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, 7-15.
- *La Izquierda Nacional en la Argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962.
- «La dialéctica hombre naturaleza», *Formulación de un modelo, Filosofía*, Montevideo, IEPAL - Instituto de Estudios Para América Latina, 1966.
- «La revolución verde-oliva, Debray y la OLAS», *Vispera*, n.º 3, Montevideo, (1967).
- *La nueva izquierda de América Latina*, Montevideo, s/l, s/e, 1973.
- «Los desafíos del espíritu ante la hegemonía mundial del capitalismo», en Academia Nacional de Economía. *El mundo capitalista en la última década del siglo veinte*, Montevideo, La Academia, 1996, 31-42.
- y Metalli, Alver. *La América Latina del siglo xxi*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Nahum, Benjamín; Maronna, Mónica; Frega, Ana y Trochón, Gloria. *Historia uruguaya. Tomo 8: El fin del Uruguay liberal*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1998.
- Peirano Basso, Luisa. *Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus cuadernos*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2001.
- Ramos, Jorge Abelardo. *La lucha por un partido revolucionario*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.
- *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, Peña y Lillo, 1968.
- *La nación inconclusa*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 1994.
- Trotsky, León. *¿Qué fue la Revolución Rusa? Lecciones de octubre*, Buenos Aires, Indoamérica, 1953.

Recibido 01/04/16 - Aceptado 15/07/16





«Seremos como el Che»: Chilean elenos, Bolivia and the cause of latinoamericanismo, 1967-1970

Tanya Harmer¹

Abstract

This article examines Chilean involvement in the Ejército de Liberación Nacional (ELN) in Bolivia between 1967 and 1970. It asks why Chileans volunteered to take part in an internationalist insurgency and what this reveals about the power of Latin Americanism as a conceptual framework for revolutionary action at the end of the 1960s. In doing so, it pays particular attention to the decisive impact Ernesto «Che» Guevara's example had on recruits. It also analyses the role that Cuba's revolutionary leaders had in organizing the ELN's Bolivian insurgency after Che's death and why they turned away from the operation in mid-1969. The article argues that the ELN's insurgency in Bolivia was one of the most concrete manifestations of a particularly potent Cuban-inspired articulation of Latin Americanism. Ultimately, it also argues that this Latin Americanist project was deeply flawed and ill-fitted to the conditions elenos faced.

Keywords: revolution, Chile, Bolivia, Cuba

Resumen

Este artículo analiza la participación de voluntarios chilenos en las actividades llevadas a cabo por el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia entre 1967 y 1970. Su propósito es explicar las razones que los inspiraron a tomar parte en esta iniciativa insurgente internacionalista, adelantando algunas hipótesis sobre el poder del latinoamericanismo como referencia para la acción revolucionaria a finales de la década de los sesenta. El artículo pone especial énfasis en la influencia decisiva que ejerció entre los voluntarios el ejemplo de Ernesto «Che» Guevara. También analiza el papel jugado por los líderes revolucionarios cubanos en la organización de la insurrección del ELN en Bolivia después de la muerte del Che y explica las razones que los condujeron a abandonar la operación a mediados de 1969. El artículo plantea que tal iniciativa revolucionaria fue una de las manifestaciones más concretas de una poderosa forma de latinoamericanismo inspirada por Cuba. También analiza los límites que, en última instancia, caracterizaban a este proyecto latinoamericanista y lo hacían inadecuado para las condiciones que enfrentaban los elenos.

Palabras clave: revolución, Chile, Bolivia, Cuba

¹ London School of Economics and Political Science (LSE).





On 19 July 1970, 67 guerrillas stormed a small US-mining enclave in Teoponte, Bolivia, taking 2 hostages and sinking the company's dredger. Having failed to seize the gold the mine produced (it had been transferred to La Paz the previous day), they retreated into the mountains, dense with foliage and mosquitos. Their aim was to trek across Bolivia's northeast and establish a guerrilla camp in the Alto Beni region, mobilise support from the local population and from there, somehow, join up with un-specified guerrilla forces from neighbouring countries that would span out throughout Latin America. It was an astonishingly ambitious plan. Yet, for the insurgents, this was a logical continuation of Ernesto «Che» Guevara's revolutionary project in Bolivia, cut short when he had been killed in October 1967. Like Che's venture, the insurgency was nevertheless a disaster. Only 8 guerrillas survived, emerging from the jungle after being given an amnesty, tired and emaciated. It was a desperate end to almost three years of planning since Guevara's death. Preparations for the insurgency had also been mired in incompetence and tragedy that left many more dead or disillusioned.²

All of which begs the question as to why it is worth studying. This article argues that it is significant for two reasons. First, the history of the insurgency is an example of revolutionary internationalism during the guerrilla decade of the 1960s. It provides insight into the recruitment and logistical framework for such ventures: why people joined, how internationalist insurgencies were instigated, managed and executed. In this respect, the insurgency's trajectory and participants are indicative. Of the 67 guerrillas at Teoponte, 53 were Bolivians, 8 were Chileans and 2 came from Argentina. The remaining four were from Brazil, Peru, Colombia and the United States. Many more Chileans provided rear-guard support for the organisation. Although the Cubans withdrew support (and guerrillas) for the insurgency in mid-1969, they had also initially been the principal orchestrators of this revolutionary project and had provided extensive training, money and logistical support. Uruguay's Tupamaros had then offered essential funding, via Chile, in April 1970 after the Cubans had suspended their collaboration.³

Second, and perhaps more interestingly, the origins and goals of this insurgency make it one of the most concrete and conscious efforts during the late 20th century to instigate an explicitly «Latin American» revolution aiming to bring imperialism to its knees around the world. Reference points were historically and geographically far away rather than contemporary or local. And in this respect it epitomizes what Aldo Marchesi has called the «continentalization and globalization» of revolutionary projects in the late 1960s, encouraged by Cuba and fuelled by Guevara's guerrilla insurgency in Bolivia.⁴ Despite the guerrilla organisation's misleading name that Guevara had given it in March 1967 —the Ejército de Liberación Nacional (ELN)— its goals were regional and global. As one Chilean who participated in the insurgency wrote to his parents before departing for the mountains, «Somos [...] parte de la gran familia Latinoamericana [...] Algún día alcanzaremos nuestros objetivos para así lograr una sola Patria. «La gran Patria Latinoamericana»».⁵

But what did this mean? What led individuals to pursue a transnational Latin Americanist goal? And with what consequences? Ultimately, this article argues that the Latin American revolution that ELN recruits fought and died for was ephemeral, simplistic and imagined. It was not

2 For a full account of the Teoponte insurgency, see: Rodríguez Ostría, Gustavo. *Sin tiempo para las palabras: Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia* (Cochabamba, Bolivia: Grupo Editorial Kipus, 2006).

3 Interview with Félix Huerta, 20 April 2010, Santiago, Chile; *Ibid.*, 266–67, 617–67.

4 Marchesi, Alberto Aldo. «Geographies of Armed Protest: Transnational Cold War, Latin Americanism and the New Left in the Southern Cone (1964–1976)» (Ph.D. diss., New York University, 2013), 135–36, 172.

5 Montiel, Tirso. 17 June 1970, as quoted in Pérez, Cristián. «El ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha», *Estudios Públicos*, 89 (2003), 244.





a completely new idea; Latin Americanist projects in various guises have been popular at different moments for two centuries. But it was a potent articulation of it. Promoted by Cuba and embodied by Che Guevara, it became particularly powerful in the late 1960s, inspiring people to sacrifice their lives for its cause. In the case of the ELN in Bolivia, it also provided legitimacy and grandeur for what was otherwise precarious, ad-hoc and only vaguely linked to established parties. Indeed, transnational collaboration together with regional and global aspirations made the insurgency seem far more significant than it might otherwise have been. Although one eleno—as ELN recruits were known—acknowledged that in hindsight it was «una locura», the notion of Cuba's Revolution extending to the rest of Latin America seemed very real at the time; part of the «espíritu de la época».⁶

This epoch was relatively short. When the guerrillas launched their doomed insurgency at Teoponte, the ELN's star—and the idea of a *Latin American* revolution—was already fading. To some extent this had to do with disillusionment and defeats over the previous two years. But it also speaks to the brevity of the Latin Americanist project's heyday. True, the Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), which brought far Left groups from Argentina, Uruguay, Chile and Bolivia together from 1972 sustained the idea of a regional revolution. It also built on relationships and networks made precisely during the ELN years. Yet it was largely defensive, and unsupported by the people who had initially promulgated the idea: the Cubans.⁷ Indeed, from mid-1969 onwards, instead of promoting the idea of a Latin American revolution, Havana's leaders downgraded their emphasis on armed revolution and turned to different individual national projects, among them nationalist military governments in Panama, Peru and Bolivia and Chile's Unidad Popular. Specificity and peculiarity of different countries' experiences became significant.⁸ The history of the road to Teoponte is therefore an intriguing story of a project straddling the rise and fall of a regional, Latin Americanist revolutionary ideal.

It is impossible to provide a detailed account of the ELN, its makeup, trajectory and insurgency here. Instead, to grapple with its Latin Americanist character, this article focuses on Chilean elenos and examines how, when and why recruits signed up. It then moves on to examine the ELN's aims and conceptual framework. Finally, it looks at the unravelling of the ideas that underpinned the ELN's project, dealing specifically with the reasons why the Cubans turned away from the project, what this meant for the insurgency and why many of the Chileans involved also downgraded their commitment.

Entry Points

In January 1968, news reached Santiago that the three Cuban survivors of Che Guevara's guerrilla column—known by their pseudonyms as Pombo, Benigno and Urbano—were escaping across the Andes to Chile. Manuel Cabieses, the editor of the far Left magazine, *Punto Final*, was the first to be notified. As he later explained, his magazine was «una especie de consulado cubano» in the absence of formal diplomatic relations; «no tenía que ser muy astuto para sospechar

6 Interview with Sonia Daza Sepulveda, 18 March 2013, Mexico City.

7 Marchesi, A. «Geographies of Armed Protest», 239–43; Dinges, John. *The Condor Years: How Pinochet and His Allies Brought Terrorism to Three Continents* (New York: New Press, 2004), 56.

8 Harmer, Tanya. «Two, Three, Many Revolutions?: Cuba and the Prospects for Revolutionary Change in Latin America, 1967–1975», *Journal of Latin American Studies*, 45:1 (2013).





que había una relación».⁹ Having heard the news, Cabieses contacted the journalist and Chilean Socialist, Elmo Catalán, who in turn communicated the news to Havana.¹⁰

It is unclear when exactly Catalán began collaborating with Cuba but by 1967 he was regarded as «un hombre del aparato cubano», skilled in intelligence work and cryptography. He had probably first visited Cuba in 1962, where he received training, and had subsequently travelled to the island various times. There are also reports that he met Che Guevara in Prague and discussed how to help support his Bolivian operation from Chile. Whether true or not, he had certainly undertaken secret missions for the Cubans and in 1966-7 he recruited Chilean volunteers to support the insurgency, sending some of them to Havana for training.¹¹

In 1967, as well as working for the Cubans, Catalán was an assistant to the Socialist Party Senator, Carlos Altamirano, and Director of *Cobre*, the Confederación de Trabajadores del Cobre's newspaper. Unlike many of the middle class students who would later try to emulate Che Guevara, he came from a poor family in the north of Chile and had worked in nitrate mines and the construction industry. As he would reflect, «Sufrí en carne propia [...] la pobreza y la explotación. El trabajo como peón en la pampa salitrera, en el cobre o en la construcción [...] me impactó y sensibilizó profundamente».¹² In the 1950s he had been the first of his family attend university and had been a student leader at the University of Chile, graduating with a degree in journalism. Writing for the Communist Party's newspaper, *El Siglo*, and the Socialist Party's newspaper, *Las Noticias de Última Hora*, he had reported the massacre of workers at El Salvador mine in 1966. He had also been part of Salvador Allende's press team during the presidential election in 1964 and was one of many on the Left deeply frustrated when Allende lost. The propaganda campaign against the Left in 1964 and the El Salvador massacre had a profound impact on him, hardening his politics and leading him to reject constitutional possibilities for radical change. «Por mucho que hable de revolución, de liberación o de amor por el pueblo», he would write, «no pasará de ser esclavo consciente del sistema, cómplice de la opresión o, en muchos casos, gendarme de sus propios hermanos si no toma el único camino honesto que existe para independizar nuestros países: el de la lucha armada hasta las últimas consecuencias».¹³

When it came to this conviction and his support for Guevara's Bolivia insurgency, Catalán does not seem to have used specific criteria to select recruits. Most were Socialists, like him, attracted to armed revolution but unconvinced of its prospects in Chile. Beyond this they came from across Chilean society and appear to have been chosen because he knew them through his work as a journalist or for the Socialist Party. It was not *what* recruits knew that was important, but *who* they knew and whether they could be trusted for clandestine work that was important. They were also not from the far Left party, the MIR, which embraced armed revolution but which

9 Interviews with Manuel Cabieses, 25 March 2010; and Luis Fernández Oña, 6 April 2010, Santiago, Chile. The fact that Punto Final's offices were in the same building as Prensa Latina added to its significance. See also: Martínez Pérez, Pedro in Suárez Salazar, Luis and Kruijt, Dirk (eds.). *La Revolución Cubana en Nuestra América: El internacionalismo anónimo* (Havana: Ruth Casa Editorial, 2015), 42-2015

10 Bodes, José. *En la senda del Che: biografía de Elmo Catalán* (Havana: Prensa Latina, 2009), 56; Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 45.

11 Interview with Luis Fernández Oña, 6 April 2010; off the record interview with ex-Eleno, 27 March 2010; Rodríguez Ostría, G. *Sin tiempo para las palabras*, 74-79; Bodes, J. *En la senda del Che*, 128; Huerta, Félix and Chávez, Jaime. *El trabajo es vivir. Conversaciones de Félix Huerta con Jaime Chávez* (Santiago, Chile: Ediciones Rubén Darío, 2011), 70.

12 «Carta de despedida de Elmo Catalán», 19 April 1970, in Bodes, J. *En la senda del Che*, 16, 113-14.

13 *Ibid.*, 114.





at the time focused on Chile's national context and had few contacts with the Cubans. As one eleno remembered, it was a very close-knit group made up of friends rather than a formal section of a political party.¹⁴

Félix Huerta, an active Socialist Party militant and fifth year medical student, who Catalán had come across during student protests, was approached by his psychiatry professor at the University of Chile in mid-1967. A few months before Guevara's death, he was asked simply if he wanted to go to Bolivia «a combatir» and train as a guerrilla. Having said yes, he was put in contact with Catalán.¹⁵ Catalán also recruited the Socialist militant brothers Fernando and Carlos Gómez, respectively an ex-military conscript and president of the miner's union at El Salvador.¹⁶ In 1966, Fernando was one of those sent to Cuba for guerrilla training.¹⁷ Around the same time, having heard Che Guevara was in Bolivia, Tirso Montiel, an ex-Carabinero and Socialist militant had also left for Cuba in an effort to join him.¹⁸ Meanwhile, Cabieses, who had previously received Cuban training in intelligence, offered Catalán's group informal advice on security.¹⁹ But, for the time being, the Chileans working with Catalán hoping to support Che Guevara in Bolivia did very little.²⁰

The Chilean support network led by Elmo Catalán was part of Havana's broader effort to establish a network of Latin American collaborators. The Cubans never considered Chile itself as suitable for guerrilla insurgency. Its geography (between the Andes and the Pacific) together with its strong constitutionalist Left undermined the potential for armed revolution. Instead, Cuba's contacts were with Chile's established left-wing parties, and in particular the Left's presidential candidate between 1952 and 1970: Salvador Allende. When Chileans volunteered to take part in armed revolution, the Cubans meanwhile pointed them elsewhere. As Fidel explained to a Chilean journalist attending the inaugural conference of the regional Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) in July–August 1967, «if you want to be involved in guerrilla warfare there are conflicts on your doorstep, there in Bolivia [...] When the conditions do not exist in one country, you must support those who have them».²¹ And, of course, the establishment of a Chilean support network was precisely for this purpose. As the CIA noted in early 1968, «Even in those countries where there is no significant insurgency under way, the Cubans have been developing a support mechanism while they wait for a suitable opportunity and adequate assets».²²

14 Interview with Celsa Parrau, 1 April 2010, Santiago, Chile.

15 Interview with Félix Huerta and Luis Fernández Oña, 23 March 2010; J. Bodes, *En la senda del Che*, 59.

16 Bodes, J. *En la senda del Che*, 88.

17 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 61.

18 *Ibid.*, 422.

19 Interview with Manuel Cabieses.

20 Interview with Félix Huerta and Luis Fernández Oña.

21 Marchesi, Aldo. «Revolution Beyond the Sierra Maestra: The Tupamaros and the Development of a Repertoire of Dissent in the Southern Cone», *The Americas*, 70:3 (2014).

22 CIA, Directorate of Intelligence, «Special Report. Cuban Subversive Activities in Latin America: 1959-1968» February 16, 1968, <http://www.foia.cia.gov/sites/default/files/document_conversions/89801/doc_0000109057>. Establishing Chilean support for revolutionary activities in Bolivia was not the only network that the Cubans established. As the CIA noted with regards to Colombian support for Venezuelan guerrillas in 1966 «Cuba has been able to bring about limited international cooperation of national movements and parties in some areas. This has helped to create or strengthen infrastructures upon which future revolutionary activities may be built, by making it easier to channel funds, move agents and leaders, transmit communications, and obtain false documents».





The news that Cuban survivors of his column were escaping Bolivia after Che Guevara's death provided the opportunity to use these assets. Having alerted the Cubans, Catalán sent Félix Huerta to Bolivia to make contact with the guerrillas and get details of their escape plans. He then coordinated efforts with other Chilean left-wing leaders and with the Cubans to meet the guerrillas at their designated entry point and protect them from Chile's security services.²³

One of those who joined Elmo Catalán's team at this point was Beatriz Allende, Salvador Allende's daughter. An admirer of the Cuban Revolution, and a Socialist, she had been deeply impacted by the news of Che Guevara's death and by the figure of «Tania», the Argentine-East German revolutionary Haydée Tamara Bunke, who had fought and died in Bolivia with Che.²⁴ Arriving in Cuba with her father in late 1967, she had asked the Cubans for guerrilla training. The Cubans were reluctant to train her, fearing the implications this could have for her father's political standing in Chile. However, she was offered «tiros, disparos», at a firing range in Havana. This was rudimentary training, the Cuban intelligence official who coordinated it explained, but it helped temporarily satisfy her desire for armed revolution.²⁵

A month later, apparently by coincidence, this same official—Luis Fernández Oña or «Demid» as he was known—was clandestinely in Santiago when news of the Cuban survivors of Che's column reached Santiago. Knowing she was desperate to collaborate with Cuba's revolutionary ventures in Latin America, he introduced Beatriz to Elmo Catalán, who recruited her immediately. As Juan Carretero, a Cuban intelligence officer directing Bolivian operations remembered, she would go on to play «un papel muy destacado» in preparations for the ELN's subsequent insurgency and demonstrated «una lealtad al legado del Che».²⁶ «Era Latinoamericana, su formación, su pensamiento era “Nuestra Latinoamérica”», another Cuban intelligence officer remembered.²⁷ In addition to Beatriz, Catalán also recruited a young Socialist lawyer, Arnoldo Camú, and his wife, Celsa Parrau. Underscoring the importance of close personal connections between elenos is the fact that Beatriz had met them a couple of months before at the Bolshevik Revolution's 50th anniversary celebrations in Moscow. As Celsa remembered, conversations in the Soviet Union, «se centró fundamentalmente en lo que estaba pasando en Cuba» and how to follow in Che's footsteps.²⁸ Catalán and the Cuban survivors escape to Chile now provided the answer.

As it turned out, however, efforts launched by Catalán to meet the Cubans were a fiasco. Despite weeks of searching the Andes, his team—including Félix Huerta and Beatriz—failed to make contact and the Cubans were left with no choice but to hand themselves into the local police and ask for asylum. Thanks to Chilean left-wing mobilisation, together with Salvador Allende's role in securing their release, the Cuban survivors were nevertheless allowed to return to Cuba.²⁹ And yet their escape provided the catalyst—the entry point—for the establishment of a Chilean branch of the ELN, coordinated by Elmo Catalán, Beatriz Allende and Arnoldo Camú.

23 Interview with Luis Fernández Oña, 6 April 2010; Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 46–53; Huerta, F. and Chávez, J. *El trabajo es vivir*, 200–201.

24 Interview with Huerta and Oña. Estrada, Ulises. *Tania: Undercover in Bolivia with Che Guevara* (Melbourne: Ocean Press, 2005).

25 Interview with Huerta and Oña; Interview with Oña, 6 April 2010.

26 Interview with Juan Carretero, 18 April 2011, Havana, Cuba.

27 Interview with Ulises Estrada, 19 April 2011, Havana, Cuba.

28 Interview with Parrau.

29 Interview with Oña, 6 April 2010; G. Rodríguez Ostría, *Teoponte*, 53.





The principal purpose of this ELN branch was to provide a rear-guard for a future guerrilla insurgency. Immediately after Che Guevara's death, the survivors of his column had pledged to fulfil his mission and had designated the Bolivian among them, Guido Álvaro «Inti» Peredo, to lead the operation. With their infrastructure in tatters, they had decided to retreat, regroup and recruit others before launching a new insurgency. In late 1967 and early 1968, Cuba's leaders had simultaneously begun helping. Surviving members of the ELN's urban underground were meanwhile arriving in Cuba to ask for assistance. Bolivians who had been trained and planning to join Che before he died were also stuck on the island and new volunteers arrived in Havana wanting to sign up for a new revolutionary campaign. Cuba's intelligence team responsible for Latin American operations —the Viceministerio Técnico at the Ministerio del Interior headed by Manuel Piñeiro— therefore began coordinating preparations.³⁰

First, they had to help surviving ELN members escape to Havana via Chile. And in this respect the Chilean elenos played an important role acquiring safe houses and recruiting an underground network for people and supplies transiting between Bolivia and Cuba.³¹ Meetings to coordinate such ventures were «ad hoc» and «muy informal», Celsa remembered. Mostly, they took place in each other's houses or in a safe house they acquired, looked after by «Dina», one of the Allende family maids Beatriz had recruited.³² As a lawyer for trade unions and the banking sector, Arnoldo Camú also had contacts that were instrumental in finding safe houses and cover stories.³³ Meanwhile, Beatriz Allende —a recent medical graduate— enlisted doctors and professors of medicine, who helped by donating their homes and money, even if they did not always know what for. Her former supervisor at the University of Chile, for example, would recall Beatriz asked for money for a «casa de huérfanos [...] en mala situación económica», only to discover later that the «huerfanitos he donated money to were elenos.³⁴

With this underground network growing, the elenos planned operations along the Chilean-Bolivian frontier to map out crossings to Bolivia. Then, in May 1968, while students were out on the streets in Paris carrying Che Guevara flags, the Chilean elenos launched their first major operation since the Cuban survivors had arrived in Chile to rescue Inti Peredo from Bolivia. It was a difficult operation, involving crossing the Andes by foot. Fernando Gómez, chosen by the Cubans and Catalán to guide Inti across the border, later had to have his frostbitten toes amputated.³⁵ And yet, by rescuing the ELN's leader, by offering him refuge in Chile before safe transit to Cuba, the elenos ensured preparations for a new guerrilla insurgency could begin in earnest. While in Chile, prior to departing for Havana to meet other recruits and begin training, Inti also published what became the ELN's new manifesto.³⁶ Although it is hard to know for certain, there is general consensus that Elmo Catalán wrote or at least helped draft it – itself,

30 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 23–25.

31 Interviews with Huerta, 23 March and 20 April 2010 and off the record interview with ex-Eleno, 27 March 2010; *Ibid.*, 80–82, 137–46.

32 Interviews with Parrau and Huerta. Beatriz's cousin, Ana María Bussi, lived in the Allende household during the late 1960s and remembers her having constant meetings in her room to the point that she worried about bumping into people in the house in the middle of the night. Interview with Ana María Bussi, 9 April 2010, Santiago, Chile.

33 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 80.

34 Email correspondence with Arturo Jirón Vargas, 30 April 2013; interview with Manuel Ipinza, 22 July 2013, Santiago, Chile.

35 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 61–85; interviews with Parrau, Huerta and Oña; off the record interview with ex-Eleno; correspondence with Arturo Jirón.

36 Bodes, J. *En la senda del Che*, 68–69.





further confirmation of the internationalist Chilean contribution to the new Bolivian insurgency.³⁷ «Volveremos a la montaña», as the manifesto was called, had a simple yet powerful message: Revolution had not ended with Che Guevara's death; it had only just begun.³⁸

«... los herederos del Che»

«Volveremos a la montaña» is revealing for what it tells us about the ELN's conceptual framework. Together with former elenos' testimonies, published documents pertaining to the organisation and reporting from the time it helps us piece together the ideas and motives that underpinned the insurgency. But to understand the ELN's ideas and language, they have to be read in context.

First, Che Guevara's Bolivian legacy is important. As Elmo Catalán would remember, «Me dolió profundamente no combatir al lado del Che en Bolivia». Looking back, he explained to his family, «busqué la oportunidad a veces hasta con desesperación» to go to Bolivia.³⁹ Or as another eleno put it, «la muerte del Ché fue un remezón a la conciencia boliviana y a la de Latinoamérica».⁴⁰ One Chilean internationalist who joined a guerrilla insurgency in Venezuela after Guevara's death similarly pointed to Che as an inspiration, arguing that all revolutionaries had to adopt his «actitud moral y ética».⁴¹ In the weeks after the Argentine revolutionary's death was announced, demonstrations and protests erupted in Chile to condemn his «asesinato». Students flew flags at half-mast, and the Chilean Senate held a two-hour vigil.⁴² The Chilean Socialist Party's Congress, meeting in Chillán in November 1967, also recognised armed struggle as inevitable and legitimate even if this had little concrete meaning for the party's operations in Chile.⁴³

The Cubans encouraged these sentiments. From Havana, ten days after Che was captured, Fidel Castro paid homage to Guevara. Enemies could say his death represented the end of his ideas and of revolution but they were wrong, Fidel insisted. The revolution had never been conceived as something that could be achieved quickly and Che Guevara had known this. Now he was dead, others would follow in his footsteps: «¡millones de manos, inspiradas en su ejemplo, se extenderán para empuñar las armas!» he proclaimed. Guevara's death was described as «heroica y gloriosa» and his example was celebrated. «Si queremos expresar cómo aspiramos que sean nuestros combatientes revolucionarios, nuestros militantes, nuestros hombres», Castro continued, «sin vacilación de ninguna índole: ¡Que sean como el Che!»⁴⁴ That Che had pre-empted

37 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 85, 166, 242, 318.

38 Peredo, Inti. «Volveremos a la montaña» (July 1968), online at: <<http://www.ruinasdigitales.com/cristianismoyrevolucion/cyrintiperedovolveremosalasmontaas99/>>.

39 «Carta de despedida de Elmo Catalán», 114.

40 Huerta, F. and Chávez, J. *El trabajo es vivir*, 221. On the importance of «la figura del Che», see: interview with Sonia Daza Sepulveda, 18 March 2013. Sonia Daza was a member of the ELN trained in Cuba in 1969 and due to go to Bolivia to work in the urban underground before she was pulled back from the operation. She is also a widow of one of the Chileans who died during the Teoponte insurgency.

41 «Guerrillero chileno afirma: "Llegó la hora de combatir"», *Punto Final*, 88 (30 September 1969).

42 «Salvador Allende vino a Cuba a ofrecer condolencias por la muerte del Chile: entrevista de 1967», online at: <<http://www.lafogata.org/chile/a13.htm>>.

43 Arrate, Jorge and Rojas, Eduardo. *Memoria de la izquierda chilena: Tomo I (1850-1970)* (Santiago, Chile: Ediciones B., 2003), 425.

44 «Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz [...] en la velada solemne en memoria del Comandante Ernesto Che Guevara, en la Plaza de la Revolución, el 18 de octubre de 1967», online at: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f181067e.html>>.





his own death in a widely publicised message to revolutionaries in Latin America, Asia and Africa, instructing his followers to continue his mission, added weight to Fidel's message. «En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte», Guevara had written, «bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado a un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas».⁴⁵

In the weeks that followed, *Punto Final* took up Guevara's call.

Ante la muerte del heroico Comandante Ernesto Ché Guevara, las palabras están como de más. Ellas brotan a borbotones, atropellándose por describir los sentimientos que agitan al movimiento revolucionario latinoamericano, o se niegan a trazar el homenaje retórico adecuado. El Ché no forjó su personalidad revolucionaria [...] para que se le lllore. El homenaje que merece ese gran capitán de América Latina es la imitación multiplicada de su ejemplo.⁴⁶

For the elenos in 1968 seeking to imitate Che by continuing his insurgency in Bolivia, Bolivia itself —the country, its socio-economic context, its history and its people— was only vaguely important. The idea of «National Liberation» had far more to do with the common nomenclature that Cuban-inspired revolutionary groups adopted of the time, understood in terms of liberating countries from global imperialism and monopolistic capitalism by means of irregular warfare and socialist revolution.⁴⁷ As the Bolivian historian Gustavo Rodríguez Ostría has argued, elenos tended to treat Bolivia itself as a «escenario vacío» and its population as passive recipients of a future insurgency. In the ELN's communiqués and internal documents, Bolivia's 1952 revolution, workers' militias, central trade union —the Central Obrera Boliviana (COB)— were generally ignored. True, the ELN's members spoke of fighting for Bolivia's «libertad», against «gorilas», and for socialism, conceived as freedom from capitalist exploitation and for a planned economy, industrialisation and free education. During Che Guevara's campaign in Bolivia, the ELN's «Comunicado n.º 1 al Pueblo Boliviano» had also referred to the need to «rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado».⁴⁸ «Volveremos a la montaña» meanwhile pointed to «la miseria, el hambre, la muerte» of the Bolivian people and the country's miners who lived in «campamentos de concentración».⁴⁹ But the ELN had scarce connection to Bolivian mass organisations, and its goals were never articulated in terms of seizing power in Bolivia.⁵⁰ Speaking about the ELN in an interview with a Chilean journalist, Inti had even explicitly acknowledged «no es una organización

45 Guevara, Ernesto Che. «Crear dos, tres... muchos Vietnam: Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental» (16 April 1967), online at: <https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm>.

46 Editorial, *Punto Final*, 40 (24 October 1967).

47 Other groups that adopted this label in the 1960s included the Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) in Nicaragua, the Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) in Venezuela, the Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) in Uruguay and the Ejército de Liberación Nacional (ELN) in Colombia and the Ejército de Liberación Nacional (ELN) in Peru. The difference between these and the Bolivian ELN is that they were far more nationally framed, even if they embraced internationalist solidarity and Latin Americanism in the context of the Tricontinental and OLAS conferences in Havana. For examples of the turn towards, and embrace of, «continentalization» after these conferences, see: Marchesi, A. «Geographies of Armed Protest», 143; on the definition of national liberation in a Latin American context, see: Moran, Daniel. *Wars of National Liberation* (London: Cassel, 2002), 20–23, 154.

48 «Comunicado n.º 1 al Pueblo Boliviano» (27 March 1967), in Guevara, Che. *América Latina: despertar de un continente* (Melbourne: Ocean Press, 2002), 395.

49 Peredo, Inti. «Volveremos a la montaña».

50 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 166–69.





hecha para Bolivia. Esta es la época de la revolución continental». ⁵¹ Chilean elenos meanwhile had few personal Bolivian connections. Even if some of them had visited the country prior to joining the ELN, most had never been.

Indeed, as Inti indicated, Bolivia was instead considered a key piece in a much larger Latin American and global project; part of a continental revolution that —together with Vietnam— would bring «el imperialismo yanqui» to its knees. Although Che Guevara came to embody this idea, the Cubans had promoted it since 1959. As Manuel Piñero recalled, «ever since he wrote “History Will Absolve Me” in 1953, Fidel [...] made clear that [the Cuban] revolution was seeking the liberation and integration of Latin America». ⁵² Citing José Martí’s concept of «Nuestra América», Havana’s leaders insisted that Latin America was united by its encounter with Spanish and US imperialism; that patterns of foreign exploitation had imbued the region with similar economic, political, cultural and linguistic characteristics. ⁵³ These shared traits and experiences, Cuba’s revolutionary leaders argued, in turn demanded a unified response. «¿Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América como el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado?» Che Guevara mused in an article he wrote in the early 1960s that was printed in Cuba and Chile after his death:

Evidentemente no, la lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejarán consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, intentarán ahogar económicamente al nuevo Estado, aniquilarlo, en una palabra. Dado este panorama Americano, consideramos difícil que la victoria se logre en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. ⁵⁴

In fact, Che Guevara made his support for regional revolution extensively throughout the 1960s. For those like Beatriz Allende who attended the Primer Congreso Latinoamericano de juventudes in July 1960, for example, the message was loud and clear: «¡que la libertad sea conquistada en cada rincón de América!» Che had proclaimed. ⁵⁵ This appeal to Latin Americanism on the part by Cuba’s revolutionary leaders was at least partly defensive. As one Soviet bloc ambassador in Havana observed, «According to the Cuban perspective, the Cuban Revolution will be exposed to the risk of being invaded by imperialism, unless the revolution is triumphant on the whole continent. Even when there are no prospects for a successful end to the armed struggle, the latter still deprives the USA of its opportunities to attack and invade Cuba». ⁵⁶

51 Olivares B., Augusto. «La única entrevista que concedió “Inti”», *Punto Final*, 88, 30 September 1969.

52 Suárez Salazar, Luis (editor). *Manuel Piñero: Che Guevara and the Latin American Revolutionary Movements* (Melbourne: Ocean Press, 2001), 15.

53 See: «Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz... en la magna asamblea popular celebrada por el pueblo de Cuba en la Plaza de la República, el 2 de septiembre de 1960», online at: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f020960e.html>> [Hereafter First Declaration of Havana]; Fidel Castro, Speech to the United Nations General Assembly, September 1960, online at: <<http://lanic.utexas.edu/project/castro/db/1960/19600926.html>>; Raúl Castro, Speech at Casa de las Américas, Havana, 11 September 1959, online at: <<http://lanic.utexas.edu/project/castro/db/1959/19590914.html>>.

54 Guevara, Ernesto Che. «Táctica y estrategia de la Revolución Latinoamericana», *América Latina*, 301; «Documentos», *Punto Final*, suplemento a la edición 66 (22 October 1968).

55 Guevara, Ernesto Che. «Al Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes» (28 July 1960).

56 «Information from Bulgarian Ambassador in Havana Stefan Petrov to Bulgarian Leader Todor Zhikov on the Domestic and Foreign Policy of Cuba» (15 August 1968), online at: <<http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/116418>>.





When imagining what a «continental» revolution would look like, the Cubans had summoned celebrated narratives of Latin America's nineteenth century struggle for independence. In September 1960, in what became known as the First Declaration of Havana, Castro had responded to a meeting of the Organisation of American States (OAS) condemning Cuba by appealing to the island's «familia latinoamericana». Citing Latin America's liberation heroes including Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre and José Martí, he called for unified Latin American resistance to US exploitation.⁵⁷ Two years later, in 1962, he had responded to the expulsion of Cuba from the OAS by expanding on this message:

Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina [...] a la generación de latinoamericanos de hoy les ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy les toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial, y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados [...] El deber de todo revolucionario es hacer la revolución [...].⁵⁸

Che Guevara would call the Second Declaration the «expresión y concreción» of Latin America's revolutionary potential. «América hoy es un volcán; no está en erupción, pero está conmovida por inmensos ruidos subterráneos», he added, describing Castro's declaration as the words to these subterranean sounds.⁵⁹

Young Chileans inclined towards armed struggle were increasingly captivated by this conceptual framework and by news of guerrilla insurgencies from abroad. It didn't seem to matter how big or successful armed insurgencies were. As one eleno recalled, even the smallest had «un impacto». «Leíamos mucho de todo lo que llegaba de afuera», he reflected, «éramos como esponjas, absorbíamos todo».⁶⁰ Cuba promoted and celebrated armed revolution through its news agency, Prensa Latina, and through publications instructing guerrilla hopefuls how to launch their own insurgency. From Che Guevara's *Guerra de guerrillas*, first published in Havana in 1960, and re-issued with an introduction on «methods» that captured young Chilean militants' attention in 1963, to Régis Debray's *Revolution in the Revolution?* published by Cuba's Casa de las Américas in January 1967, Havana argued that a rural foco could ignite revolution across Latin America.⁶¹

This call for revolution on a regional scale had become increasingly powerful in the second half of the 1960s as a result of two major conferences in Cuba. In January 1966, the Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL)—or Tricontinental—held its inaugural conference in Havana. It was an enormous public undertaking celebrating revolutionary violence as a necessary and desirable response to US imperialism. Delegates proclaimed solidarity with «revolutionary movements of Colombia, Venezuela, Peru, Panama,

57 First Declaration of Havana.

58 «Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario de la Dirección Nacional de las ORI y primer ministro del gobierno revolucionario, en la segunda asamblea nacional del pueblo de Cuba, celebrada en la Plaza de la República, el 4 de febrero de 1962», <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f040262e.html>>.

59 Guevara, E. «Táctica y estrategia».

60 Interview with Huerta, 23 March 2010; Huerta, F. and Chávez, J. *El trabajo es vivir*, 65.

61 On the significance of the 1963 edition of *Guerra de guerrillas*, see: Palieraki, Eugenia. *¡La Revolución ya viene! el mir chileno en los años sesenta* (Santiago, Chile: LOM Ediciones, 2014), 117–18.





Ecuador, and other countries of the Caribbean area and the southern part of the hemisphere». ⁶² Salvador Allende, a delegate to the conference also proposed the establishment of special Latin American solidarity organisation, OLAS, which met the following year at another conference in Havana. The new organisation gave concrete meaning to the idea of a Latin Americanist revolution, defining «solidarity» as support for «guerrilla warfare and revolutionary struggle in all the countries of Latin America». ⁶³

By the late-1960s, global events also attracted Latin American revolutionaries' attention and added weight to this internationalist ideal. The United States' war in Vietnam, in particular, dominated the Cuban revolution's discourse. Indeed, Asian and African twentieth century battles against colonialism increasingly joined Latin America's nineteenth century struggle for independence as frames of reference. The Tricontinental conference and its publications resonated with expressions of solidarity with Vietnam and promises to emulate its example. Already, in 1964, Fidel Castro had labelled Colombia and Venezuela —both of which had revolutionary insurgencies at the time— as «the nucleus of a vast Vietnam» in Latin America. At the Tricontinental Conference, Cuba's President, Osvaldo Dorticos, underscored revolutionaries' «fundamental obligation to express solidarity with, and pledge the most resolute support for, the valiant people of Vietnam». ⁶⁴

In keeping with this idea, in April 1967, the Tricontinental published Che Guevara's message to revolutionaries to create «two, three, many Vietnams» as a means of bringing imperialism to its knees; a message which reverberated loudly in the Southern Cone. ⁶⁵ «No se trata de desear éxitos al agredido», Che insisted, bemoaning Latin Americans lackluster support for the Vietnamese from afar, «sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria». As Guevara insisted, the road ahead would be long and costly, but it would triumph as long as there were enough people committed to its success and ready to take up arms.

Crucially, Che also argued that Latin America had a specific role to play in supporting Vietnam in this way. As he explained —vaguely, as others had before him— shared language (he considered Spanish and Portuguese to be close enough for mutual comprehension), customs, religion, «amo común», and the same exploitation meant revolutions in the region would automatically have «dimensiones continentales». On a global level, this continental revolution would then play a pivotal role in the battle against imperialism: «América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación», he argued, «tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo». ⁶⁶ Equating Latin American revolutionary struggles with larger global anti-colonial liberation movements gave them a broader, immediate global relevance. By evoking the need for the liberation of Latin America, which was obviously independent long before most of Asia and Africa, Che Guevara and his followers also spoke directly to movements across the globe they wanted to emulate and draw strength from.

62 Staff Report, «The Tricontinental Conference of African, Asian, and Latin American Peoples: A Staff Survey Prepared for the Subcommittee to Investigate the Administration of the Internal Security Act and Other Internal Security Laws of the Committee on the Judiciary United States Senate» (U.S. Government Printing Office, 1966), online at: <<http://www.latinamericanstudies.org/tricontinental.htm>>.

63 Marchesi, A. «Geographies of Armed Protest», 137–38; «Revolutionary Struggle: The Fundamental Line of the Revolution in Latin America», *Tricontinental Bulletin*, 18 (September 1967), 16.

64 Staff Report, «Tricontinental Conference».

65 Marchesi, A. «Geographies of Armed Protest», 142–43.

66 Guevara, E. «Crear dos, tres... muchos Vietnam».





These ideas formed the basis of Che Guevara's decision to establish the ELN in Bolivia. After his death, his survivors then explicitly tried to translate them into reality. Tellingly, «Volveremos a la montaña» mentioned Vietnam as many times (10) as Bolivia. As it stated, because Vietnamese people were fighting «por nosotros [...] nosotros debemos pelear por ellos». And when it came to the definition of «nosotros», the ELN switched between a nominal Bolivian label and a transnational, regional identity. Indeed, to elenos, «Bolivia» represented Latin America. In the same language Che had used, its revolutionary venture would have «dimensiones continentales». The ELN's stated purpose —its «mota única y final»— was the «liberación de América Latina» in keeping with «el sueño bolivariano y del Che de unir Latinoamérica política y geológicamente». Rather than any reference to the Cuban —or Bolshevik— Revolution, the roots of this project were imagined as being nineteenth century wars of independence, with Che Guevara posthumously proclaimed the «nuevo Bolívar de América Latina». ⁶⁷ As Inti would state in a message published in Bolivia in September 1969, this insurgency was the «sublevación de los ideales libertarios [...] la continuación de la lucha bolivariana». ⁶⁸ «Esta es ya la época de la revolución continental», the ELN's manifesto underlined, pointing to the Cubans, Peruvians, Argentinians and Bolivians that had died fighting with Che Guevara in Bolivia. ⁶⁹ Inti Peredo repeated this argument later in interview for *Punto Final*. «Hay quienes desean congelar dentro de las fronteras nacionales a los movimientos que luchan por la liberación continental», he added, «Es absurdo. La lucha es de todos [...] La lucha contra el imperialismo es una sola». ⁷⁰

There were various reasons why Bolivia was chosen as the place to initiate this kind of regional Latin Americanist revolution. Like those who were trying to stop revolution in Latin America during the 1960s through reformist programmes and counterinsurgency efforts, ELN members assumed that Bolivia's poverty would automatically trigger revolution. Bolivia's central location in the middle of South America was also considered strategically important, offering supply lines from other countries and the possibility of extending a guerrilla insurgency outwards across its five borders. In the mid-1960s, it had become important not as the object of Cuba's revolutionary operations but as a rear-guard —a «zona de tránsito»— ⁷¹ for those destined for guerrilla operations in Peru and Argentina. ⁷² However, once these had failed, it had become the focus of revolutionary planning itself, albeit with the aim of creating a «mother column» that would then span out to neighbouring countries. ⁷³

Mainly, however, those who now signed up to a new revolutionary venture in Bolivia in 1968 did so because Che Guevara had chosen the country to make his ultimate sacrifice —the place he had selected to create the Latin American Vietnam he had called for—. No one questioned whether his choice had been right. To the contrary, ironically, as a result of his death, it was sanctified, glorified and indisputable. Now, ELN recruits not only hoped to follow in Che's footsteps

67 Peredo, Inti. «Volveremos a la montaña».

68 Peredo, Inti. «Mensaje» (5 September 1969), in Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 166. On the ELN's continuation of a longer struggle for emancipation «durante casi un siglo y medio», see: «Último mensaje de Inti Peredo», *Punto Final*, 88 (30 September 1969), and Peredo Leigue, Antonio. «Y ahora... ¿qué?», *Punto Final*, 89 (13 October 1969).

69 Peredo, Inti. «Volveremos a la montaña».

70 Olivares, A. «La única entrevista que concedió "Inti"».

71 G. Rodríguez Ostría, *Teoponte*, 256.

72 Jan Lust, «The Role of the Peruvian Guerrilla in Che Guevara's Continental Guerrilla Project», *Bulletin of Latin American Research*, 35:2 (2016).

73 Suárez Salazar, L. (editor). *Manuel Piñero*, 16.





but to resurrect him from Bolivian soil. In the words of a hymn sung by future ELN recruits, «Nosotros somos, Che comandante | aquel Viet Nam con que tú soñaste [...] aquella sangre que derramaste | como ave fénix resurgirá».⁷⁴ Or as Elmo Catalán would explain to his family:

Bolivia está en pleno corazón del cono sur, es el que más ha sentido la explotación y el hambre, y su pueblo tiene una tradición de lucha que lo convierte en uno de los más aguerridos del continente. Es también, por derecho propio y por la semilla que sembró el Che, el escenario histórico natural e indiscutido [...].⁷⁵

Beyond this broad framework, the ELN's definition of revolution and its ideological foundation are difficult to pin down. Except for the movement's manifesto, no written ideological framework for the organisation was drawn up until early 1969, when a document called the «Ideario político del Ejército de Liberación Nacional» —again, most probably written by Elmo Catalán— was distributed among recruits in Cuba.⁷⁶ To some extent, disagreements between diverse, heterogeneous members explain this. However, the lack of a coherent ideological framework also owed much to the preference for armed struggle over theory; the idea —popularised by the Cuban Revolution and Guevara— that actions spoke louder than words. «La revolución no se hace con declaraciones en conferencias», Inti Peredo proclaimed in a message published early in September 1969, «La revolución se hace luchando, respondiendo a la violencia brutal del enemigo con la violencia revolucionaria».⁷⁷ Recruits carried books by Régis Debray and Guevara with them in training but few read even these works very closely. As Debray reflected in an interview for *Punto Final* after Guevara's death, «lo importante del Ché no eran sus ideas, sino una manera de ponerlas en práctica, de vivirlas hasta el último compromiso».⁷⁸ This message resonated among those who wanted to emulate Guevara and presumably accounts for the lack of in-depth theorizing or planning when it came to how a Latin Americanist Revolution would work in practice. As one ELN member remembered, «Algunos de nosotros blabuceábamos el marxismo o creíamos saber algo del marxismo, pero apenas habíamos tirado una leída y no entendíamos mucho. Intentábamos resumir todo el cuerpo ideológico en el accionar más que en las palabras».⁷⁹

Tragically, Guevara's experience —and the way it was reported— also led elenos to embrace the violent consequences of armed struggle rather than question them. Death was romanticised and Che was defined in the ELN's manifesto as «romántico, visionario y heroico». Those who had died with him in Bolivia were explicitly named, celebrated and accorded «honor y gloria».⁸⁰ In his homage to Guevara back in October 1967, Fidel Castro had celebrated the blood he had spilt on Bolivian soil: «¡Esa sangre se derramó por todos los explotados, por todos los oprimidos...!»⁸¹ As the head of Chile's Prensa Latina office put it, in an article for *Punto Final*, Guevara's death had proved he was «un revolucionario verdadero», the implication being that if his followers wanted to acquire the same status they also had to embrace death.⁸² The Chilean magazine also published a poem dedicated to Guevara by the Cuban poet Nicolás Guillén, which circulated

74 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 115.

75 «Carta de despedida de Elmo Catalán», 115–17.

76 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 166.

77 «Último mensaje de Inti Peredo».

78 «Debray: "Muchos tomarán la bandera del Ché"», *Punto Final*, 41 (6 November 1967).

79 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 120, 176.

80 «Volveremos a la montaña».

81 Castro, «Velada solemne en memoria del Comandante Ernesto Che Guevara».

82 Jorquera Tolosa, Carlos. «¿Hubo solidaridad con Ché Guevara?», *Punto Final*, 41 (6 November 1967).





widely throughout Latin America after October 1967 and encouraged revolutionary hopefuls to follow Che to the grave:

Espéranos. Partiremos contigo. Queremos
morir para vivir como tú has muerto,
para vivir como tú vives,
Ché Comandante,
amigo.⁸³

Now, ELN recruits voluntarily pledged to uphold his ideals «hasta morir» in what they were informed would be a «lucha [...] sangrienta y cruel».⁸⁴ For these revolutionaries whose cause went beyond Bolivia and encompassed Latin America as a whole, their motto would not be Cuba's «patria o muerte», but rather «victoria o muerte».⁸⁵ Indeed, death as a means of furthering this particularly potent articulation of a Latin Americanist vision —a Bolivarian Vietnam— was held up something to aspire to. As one ELN recruit remembered «Éramos muy jóvenes y vivíamos una apasionante aventura, sin preocupaciones y embriagados por el romántico orgullo de ser los herederos del Che».⁸⁶

Unravelling

Almost as soon as the first ELN recruits arrived back in Bolivia after training in Cuba, the organisation's project began to unravel. In July 1969, security services located and killed key members of the urban underground, rendering safe houses inoperative and seizing weapons, ammunition and supplies. In September 1969, Inti Peredo was also killed. While his brother, Osvaldo «Chato» Peredo, assumed his place, this was only after a bitter leadership battle. Unlike Inti, he had never been part of Guevara's original insurgency and therefore did not command the same respect or legitimacy. The political context in Bolivia had also changed when General René Barrientos was killed in a plane crash on 27 April 1969 and his successor —Luis Adolfo Siles Salinas— was then overthrown by the nationalist military leader Alfredo Ovando Candía on 26 September 1969. When Ovando nationalised the US-owned Gulf Oil Company, eased repressive restrictions on trade unions, adopted an anti-imperialist discourse, re-established relations with the Soviet Union and even suggested he might renew diplomatic relations with Cuba, this called into question the ELN's purpose. Although some elenos left the organisation, the majority, whose primary focus was on Latin America, Vietnam and fulfilling Che Guevara's legacy, stayed.

The combined fragility of the ELN in Bolivia and the new political context nevertheless caused the Cubans to withdraw their support. Already, in early 1969, they had hesitated before facilitating the transfer of ELN recruits to Bolivia stationed in Cuba. Then, in late July or beginning of August, even before Inti's death, they recalled the two Cubans —Benigno and Pombo— who were due return to Bolivia to fight under Inti's command. Benigno, in Rome, on route to Chile for transit across the border was simply barred from onward travel by the Cuban embassy. Although the Cubans sent a final instalment of money to the ELN immediately after Inti's death via a Chilean emissary, this spelt the end of significant Cuban involvement.⁸⁷

83 Guillén, Nicolás. «Che Comandante», *Punto Final*, 41(6 November 1967).

84 Peredo, Inti. «Volveremos a la montaña».

85 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 115.

86 Ibid., 118.

87 Ibid., 216–18, 220–21, 248; Alarcón Ramírez, Dariel. «Benigno». *Memorias de un soldado cubano: vida y muerte de la revolución* (Barcelona: Tusquets Editores, 2003), 210; interview with Huerta, 20 April 2010.





To understand the sudden withdrawal of Cuban support it is important to grasp the broader regional and global context in addition to the ELN's desperate situation in Bolivia. In 1968, when Cuba had committed to a new Bolivian insurgency, rural focos had already failed or were under severe pressure across Latin America. Immediately prior to the deterioration of the ELN's position in Bolivia in 1969, the Cubans had suffered severe defeats in Venezuela and Guatemala, where they had been supporting a guerrilla insurgency since the early 1960s. A string of rural guerrilla insurgencies had also been defeated by the military regime Brazil and an attempt to establish a guerrilla foco in Tucumán, Argentina, had failed in its initial phase.⁸⁸

These guerrilla defeats substantially weakened the Cubans' position when it came to their relationship with the Soviet Union. Having disagreed on revolutionary strategy in Latin America throughout the 1960s, Cuban-Soviet relations deteriorated even further in 1967-8 as a result of Che Guevara's foray into Bolivia. For the Soviet Union, Cuba's position in Latin America was dangerous and provocative; being dragged into an open confrontation with the United States in Latin America by the Cubans had to be avoided. Cuba's unorthodox economic planning, Castro's decision to purge a pro-Soviet group and the Soviet decision to withhold previously promised oil supplies strained the relationship further. With their revolutionary gambles in Latin America having failed, no prospects of achieving a 10 million ton sugar harvest at home that Cuba's leaders had proclaimed and the need for defensive support against the United States, Castro had no real alternative other than to pull away from the brink. In August 1968, he signalled his readiness to work with the Soviets when he did not condemn the invasion of Czechoslovakia. In the context of growing moves towards superpower détente within the context of the global Cold War and Soviet insistence on peaceful-coexistence, the Cubans therefore decided to change strategy.⁸⁹

Primarily, Havana's leaders reoriented Cuba's relations with Latin America by downgrading support for guerrillas and the idea of a unified Latin Americanist revolution.⁹⁰ In the second half of 1969 and early 1970, intelligence operations and international alignments were also restructured. The Viceministerio Técnico at the Ministerio del Interior now split into two sections: the DGI (responsible for political intelligence) and the DGLN (responsible for solidarity work with Latin America's left-wing parties and movements). Although many of its original personnel now went to the DGLN, headed by Manuel Piñeiro, the organisation's priorities were to support nationalist military governments that had come to power in Panama and Peru in 1968. As one DGLN official remembered, «hubo un reajuste en el concepto de la solidaridad de la Revolución Cubana con América Latina». Downgrading support for revolutionary insurgencies was strongly encouraged by the Soviet bloc. In December 1969, as if to confirm this, Cuban intelligence chiefs went on a three-month tour of the Soviet Union and Eastern Europe. For those who had spent the best part of a decade supporting guerrilla movements in Latin America it must have been jarring. As one Cuban intelligence official remembered, «Con respecto a la lucha de liberación nacional en América Latina, teníamos una valoración completamente diferente a la de todos ellos». Another recalled that «había un gran rechazo al pensamiento del Che».⁹¹ Even so, by the early 1970s, Havana's leaders had distanced themselves from Guevara's ideas. Even us intelligence analysts, famed for their fears of Cuban subversion in Latin America, had concluded Castro

88 Wright, Thomas C. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport: Praeger, 2001), 77–78, 103–4.

89 Michael Erisman, H. *Cuba's Foreign Relations in a Post-Soviet World* (Gainesville: University Press of Florida, 2000), 73–77; Blight, James G. and Brenner, Philip. *Sad and Luminous Days: Cuba's Struggle with the Superpowers after the Missile Crisis* (Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2002).

90 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 221.

91 Suárez Salazar, L. and Kruijt, D. *Internacionalismo anónimo*, 56–58, 124, 125.





had moved toward «selectivity in his support» for revolutionary insurgencies and insistence on «self-sufficiency» for armed revolutionary groups.⁹²

These changes in Cuba obviously had serious implications for the ELN in Bolivia, which had to sustain itself without Havana's sponsorship. The Cubans never explained their withdrawal or provided solutions. The radio Beatriz was operating from Chile to communicate with the Cubans simply went quiet. Inti Peredo was meanwhile furious.⁹³ In an interview conducted in June 1969, he appealed for help from journalists to help spread news of the organisation's cause: «pidan solidaridad para la lucha del ELN que es la misma del Che y por lo tanto de toda América latina», he asked, «Necesitamos recursos financieros. Las armas cuestan caras».⁹⁴

His appeal is revealing. Previously, the Cubans had absorbed all costs of the ELN, providing enough arms and bullets for extensive training and preparations inside Bolivia. The new phase of the ELN, which began after Guevara's death, could simply not have taken off Cuba. As one of the Tropas Especiales who trained recruits in Cuba recalled, planning for a second guerrilla insurgency in Bolivia in 1968-9 was bigger, far more careful and institutionally supported than Che Guevara's initial mission.⁹⁵ Through its network of collaborators in Chile, the supply of funds, training and conceptual Latin Americanist framework, Cuba's leaders had been the architects of the ELN's venture.

Now, the ELN continued, abandoned by the Cubans to its fate but retaining some of the legitimacy of being associated with Che Guevara's internationalist project. To be self-sufficient, its members resorted to botched bank robberies in Valparaiso and Cochabamba in the latter half of 1969, although these led to yet more internal divisions and attention from security services.⁹⁶ On the run with its forces depleted, the ELN nevertheless continued full-steam ahead. What is hard to understand is that in doing so it was able to recruit more volunteers in Bolivia and Chile. And, in this respect, again, Che Guevara's death was important. It certainly continued to be romanticised and celebrated on the pages of *Punto Final*, which republished a serialised Cuban account of his final combat.⁹⁷

In particular, middle class Catholic students in Bolivia and Chile, influenced by shifts in religious theology throughout Latin America in the late-1960s, proved receptive to Che's message. To be sure, Liberation Theology, as became known after 1968, attracted a range of different religious groups, not all of who sanctioned armed struggle. To the far left, however, it provided a framework that allowed and inspired Catholics —such as the Chilean student and eleno, Julio Olivares Romero, or «Cristián»— to join revolutionary movements.⁹⁸ The death of Camilo Torres, a Colombian priest who joined the country's own ELN in 1966, was influential in this regard in mobilising Bolivian students known as «Camilistas». Fusing theology and revolution in their reading of the world around them, Catholic students also came to regard Che

92 Memorandum From the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger) to President Nixon, Washington, 25 January 1971, doc. 33, *Foreign Relations of the United States, 1969-1976, Vol. E-10: Documents on American Republics, 1969-1972* online at: <<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve10/d33>>.

93 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 218, 219. On the lack of any explanation, see: interview with Félix Huerta, 20 April 2010 and off-record interview with ex-Eleno, 27 March 2010.

94 Olivares, A. «La única entrevista que concedió "Inti"».

95 Interview with Patricia de la Guardia, 21 April 2011, Havana, Cuba.

96 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 248-50.

97 «El combate de Yuro», *Punto Final*, 89 (14 October 1969 and 28 October 1969).

98 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 274, 620.





Guevara as «Cristo en las montañas» and vowed to follow in his footsteps. Indeed, by 1969, the idea of Che as Christ and Christ's revolutionary relevance was encouraged in far-left publications. A year after his death, for example, *Punto Final* published averse written by the Spanish poet, León Felipe, but misleadingly attributed it to Che himself:

Cristo, te amo,
No porque bajaste de una estrella
sino porque me revelaste que el hombre tiene sangre,
lágrimas,
congojas,
llaves para abrir las puertas cerradas de la luz.
Sí... tú nos enseñaste que el hombre es Dios,
Un pobre Dios crucificado como tú.⁹⁹

For the ELN, in dire need of recruiting new members, these associations proved useful. Catholic student organisations and their members' new enthusiasm for revolutionary action provided powerful mobilising tool. Logistically, at least one Jesuit priest in Cochabamba also provided refuge and a place for elenos to meet Christians in his convent.¹⁰⁰

As Rodríguez Ostría notes, new ELN student recruits who joined the organisation were also highly influenced by scholars of Dependency Theory working in Chile at the time.¹⁰¹ Increasingly popular in Latin America at the end of the 1960s thanks to publications like André Gunder Frank's *Development of Underdevelopment*, first published in the United States in 1966 and re-published in Cuba's *Pensamiento Crítico* in August 1967, it offered Latin Americans a means of understanding the world in regional terms.¹⁰² As Marchesi argues, Gunder Frank's conclusions were striking for their «ahistoricidad», generalising Latin America's experience over centuries and space.¹⁰³ Yet his conclusions that the region as a whole suffered from underdevelopment due to its unequal relationship with global capitalism that exploited its resources served as the justification for revolutionary systemic change on a regional scale.¹⁰⁴ For those inclined toward revolutionary change, it was «la base económica y social que completa las conclusiones políticas de Regis Debray», as one editor of the book argued.¹⁰⁵ Writing to Luis Fernández Oña, who had introduced her to the ELN and who she was now romantically involved with, Beatriz Allende praised Gunder Frank's «bueno y conocido» *Development of Underdevelopment*, suggesting he should read it if he had not already.¹⁰⁶

The Chileans heavily committed to the ELN since early 1968 mostly continued supporting the insurgency despite its weaknesses, working hard to recruit new members and incorporate

99 Guevara, Che. «Una revolución que comienza», *Punto Final*, 89 (14 October 1969). Although a false attribution, Guevara had written the verse out in one of the notebooks he took to Bolivia. See: Pérez Guillén, Daily. «Ernesto Che Guevara y León Felipe: Una amistad entrañable», *Juventud Rebelde* (November 28, 2015) online at: <<http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2015-11-28/ernesto-che-guevara-y-leon-felipe-una-amistad-entratable/>>.

100 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 281–306, 308.

101 Ibid., 303.

102 Gunder Frank, Andre. «El desarrollo del subdesarrollo», *Pensamiento Crítico*, 7 (August 1967).

103 Marchesi, Aldo. «Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el cono sur a fines de los sesenta», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 17:1 (2006), 142.

104 Gunder Frank, A. «El desarrollo del subdesarrollo», 160.

105 Marchesi, A. «Imaginación política del antiimperialismo», 145.

106 Letter, Tati [Beatriz Allende] to Papote Querido [Luis Fernández Oña], 22 February 1969, Archivo Beatriz Allende, Private Collection, Havana, Cuba [Hereafter ABA].





them after Inti's death. Certainly, with Cuban support withdrawn, these core Chilean elenos, such as Arnoldo Camú and Beatriz, continued playing a vital role in facilitating transit of supplies and people or acting as intermediaries between the Bolivians and the Tupamaros.¹⁰⁷ To some extent, this probably had a lot to do with their loyalty to Elmo Catalán, now a leading figure in the ELN's high command inside Bolivia. It also had a lot to do with momentum that had built up over the previous year and the structures that were in place throughout Chile to help support a Bolivian insurgency. Even so, some of the first wave of Chilean recruits who had joined the ELN just before and after Che died were disheartened. Fernando Gómez left the ELN in September 1969 just after Inti's death in the midst of recriminations and leadership struggles. Writing to Oñain January 1970, Beatriz also indicated her disillusionment: «Aquí estamos empezando este año que tenía esperanzas que se iniciara bien, casi una necesidad de que así sea pero el comienzo no ha sido de lo mejor... la salud de mis parientes de Valdivia [her code for the ELN] es precaria [...] Tú imaginarás que esto me ha afectado muchísimo [...] me siento más vieja y más seria». Beatriz also appears to have had a new urge to study ideology, writing asking Oña to send her «obras de LENIN [...] debo reconocer demasiada ignorancia [...] y debo superarlo ya que nunca me había propuesto estudiar a los clásicos Marxistas y ahora estoy haciéndolo».¹⁰⁸

Preparations for the ELN's Latin Americanist insurgency meanwhile stumbled ahead. What had begun a carefully planned, Cuban-orchestrated Latin American venture now took a more limited character. Of the original 60-70 recruits trained in Cuba at the end of 1968, only 20-25 remained by the time the insurgency began.¹⁰⁹ When an ELN recruit murdered Elmo Catalán and his new Bolivian girlfriend—a student leader in Cochabamba recruited to the ELN in 1969 and pregnant with Catalán's child—just before the insurgency was launched, this provided another blow to the internationalist organisation. The murder itself was a sordid affair, fuelling conspiracy theories and yet more division within the ELN. While some tried to paint it as a CIA-operation, others explained it away as a love affair gone wrong and, although no one said it openly, there were also insinuations Chato Peredo orchestrated it to secure his leadership of the insurgency.¹¹⁰ Whatever the cause—unclear to this day—the discovery of the two bodies under a bridge on the outskirts of Cochabamba was a sorry end to Catalán's dreams of following in Che's footsteps. Pointless and remote, his death also stood diametrically opposed in scale to the continental revolutionary ideas that had brought him to Bolivia in the first place.

It was at this point that two more Chileans, Carlos Gómez and Félix Vargas, also left Bolivia and returned to Chile.¹¹¹ While 8 Chileans and six other non-Bolivians still took part in the insurgency, its Latin Americanist character, cemented in the early months of 1968 when survivors of Che's guerrilla column escaped Bolivia, diminished. Rather than spending six months training intensively in Cuba as original elenos had done, new student recruits also now had to make do with quick ad-hoc hiking and firing practice either in Chile or Bolivia. As Félix Huerta lamented decades later, «era muy difícil poder sacar la pata del acelerador».¹¹²

107 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 248, 266–67, 273.

108 Letter, Tati to Papote Querido, 10 January 1970, ABA.

109 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 353. Debates exist about how many originally trained in Cuba. Although Rodríguez Ostría refutes Benigno's account, the latter counted 2 Cubans, nearly 100 Bolivians, 26 Chileans, 23 or 24 Argentinians, 1 Brazilian, 1 Peruvian, 1 Uruguayan, 1 Venezuelan, 1 Guatemalan and 1 Honduran. Alarcón Ramírez, D. *Memorias*, 201.

110 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 312–13, 326–36; off the record interview with ex-Eleno.

111 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 333–37.

112 Huerta, F. and Chávez, J. *El trabajo es vivir*, 215–16, 220.





It was unsurprising, then, that the guerrilla insurgency ran into difficulties as soon as it started. Aspirations inherited from Che Guevara and Cuba's promotion of Latin Americanist revolution had blinded elenos to their immediate context and environment. The guerrillas set off into an area none of them knew, many of them unequipped to withstand the rivers and the climate, and with only vague expectations of acquiring food and support from the local population. In their desperate efforts to be like Che, it seems that they also replicated many of his faults and mistakes. The guerrilla column even divided and lost half of its members by accident as Che Guevara's had done three years earlier. Tirso Montiel, the Chilean eleno who had written to his family of fighting for «La gran Patria Latinoamericana» died when he went in search of bananas and chickens to feed members of the guerrilla column. When ambushed by the Bolivian army and wounded, he reportedly used a tree trunk to prop himself up and shout insults against imperialism.¹¹³ His death, on a farm in the remote Bolivian altiplano, in many ways captured the inglorious, localised and isolated fate of a utopian vision on such a grand scale.

Back in Santiago, Chilean elenos who made up the rear-guard never stopped supporting the insurgency but their involvement obviously decreased as events on the ground took over. Their last major operation was to help Teoponte survivors cross the border into Chile and seek asylum. Meanwhile, their attention had increasingly been diverted to other concerns, namely the candidacy and then presidency of Salvador Allende and the possibility that he could initiate a peaceful, democratic road to socialism. Never considered as a viable location for armed revolution and therefore disregarded by Chilean elenos in search of guerrilla warfare, Chile now came back into view. As Luis Fernández Oña told Arnoldo Camú when he talked about going to Bolivia to share the insurgent's fate, Chile was now more important.¹¹⁴ Beatriz agreed. «Creo que Chilito se está poniendo interesante», she had written to Oñain March 1970.¹¹⁵ Even so, the elenos did not give up their Cuban training that they had learnt for the Bolivian insurgency, either in security or intelligence. Instead, they now deployed it to help Allende. Coordinated by Beatriz, and led by Fernando Gómez, they formed the core of a new personal bodyguard in the latter phase of his presidential campaign.¹¹⁶ They also remained in contact with survivors from Teoponte and other regional armed revolutionary groups that sought sanctuary and support in Chile during the years Allende was in power. Their priority was now nevertheless to assist and support the revolutionary process in Chile. When the JCR began operating 1972, therefore, the MIR coordinated it rather than the Socialists.

Conclusions

The ELN's experience after Che Guevara's death was obviously only one example of armed revolution in Latin America. Its trajectory and conceptual framework is nevertheless interesting for anyone concerned with understanding the pull of Latin Americanism. Its direct link to Che Guevara made it a potent embodiment of the regional project espoused. Although his death should have been a moment of reflection and pause, romanticised and celebrated, it mobilised young Latin Americans to take up arms.

Two aspects of the ELN's experience associated with this project are worth underling. The first relates to who signed up to it and why. As we have seen, the Chileans who joined the ELN were

113 Rodríguez Ostría, G. *Teoponte*, 419–20.

114 Interview with Huerta and Oña.

115 Letter, Tati to Papote Querido, 11 March 1970, ABA.

116 Quiroga Zamora, Patricio. *Compañeros: el gap, la escolta de Allende* (Santiago: Aguilar, 2001); Pérez, C. «El ejército del Che».





diverse and seemingly ad-hoc. Individual contacts and friendships mattered more than institutionalised party structures, and in the latter phase of the ELN, religious and intellectual causes fused with Che's example to draw recruits to the organisation. Initially, however, the Cubans were the primary instigators of contacts. As far as we know, although Chilean elenos tended to be Socialists, their commitment was not approved or discussed by the party or its leadership. Instead, they were militants on the side-lines, drawn to armed revolution but unconvinced by its relevance for Chile. This had a lot to do with Chile's particular circumstances. While the Cubans continued to court and support established left-wing parties in Chile —pinning their hopes and loyalty on Salvador Allende— the improvised nature of their collaborators in guerrilla operations was inevitable. It also related to the nature of the work involved, which was explicitly clandestine, relying on personal loyalty rather than institutions. In this respect, it is important to note that the Cubans kept different revolutionary operations separate from each other in the name of «compartmentalisation».¹¹⁷ While this «compartmentalisation» was designed to protect revolutionary ventures, it also undercut the potential for broader transnational cooperation. Within a compartmentalised and clandestine world, the coordination of these individual volunteers required state-level sponsorship and resources. Internationalism, in other words, was highly dependent on some kind of centralised control —at least initially—. Had the Cubans not been involved in establishing the Chilean ELN network, it is doubtful whether it would have existed or at least whether it would have played the significant role it did when it came to rescuing Inti Peredo and providing safe transit for elenos between Cuba and Bolivia. And, presumably, a Bolivarian-style victory on a continental regional scale would have subsumed Latin America under Cuba's leadership. Yet there is no evidence to suggest the Cubans or elenos ever fleshed out details of what a Gran Patria would look like, who would be in charge or how it would work.

The second point worth underlining is the power that a regional and global framework offered ELN recruits. By imagining their guerrilla insurgency as the continuation of Latin America's struggle for independence, elenos made their operation historically relevant when it had few concrete links to Bolivia's contemporary political and social context. By tying revolutionary movements in the Americas to Vietnam, the Cubans, Guevara and their followers also made them globally significant. These were impressive mobilisational frameworks. Even if a total 200 or 300 participated in the ELN's effort to launch a new insurgency in Bolivia between 1968 and 1970, they hardly made up the same fighting force that South Vietnam's National Liberation Front, which numbered at least 46,000 by 1966.¹¹⁸ By equating what they were doing to nineteenth century independence battles and the Vietnamese struggle, however, ELN guerrillas —weak, divided and on the run inside Bolivia— could claim they had the strength and power to transform the world. The framework they were using was only vaguely conceptualised in speeches, repeated communiqués and manifestos. Yet, captivated by Che Guevara's international standing and his ambitious dream of setting the world alight with «two, three, many Vietnams» —paradoxically vindicated as a result of his death— ELN recruits aspired to something that they never challenged, studied or questioned in detail. Instead, through imagined association with forces far bigger and historically significant than their own, they could reason that their personal sacrifices in the isolated, unpopulated mountains of Bolivia would be important, that in death they would attain Che's glory and help launch Latin America's second independence.

117 Interviews with Oña, Estrada and Carretero.

118 Schulzinger Robert, D. *A Time for War: The United States and Vietnam, 1941-1975* (New York, Oxford: Oxford University Press, 1997), 197.





Bibliography

- Alarcón Ramírez, Dariel «Benigno». *Memorias de un soldado cubano: vida y muerte de la Revolución*, Barcelona, Tusquets Editores, 2003.
- Arrate, Jorge and Rojas, Eduardo (eds.). *Memoria de la izquierda chilena: Tomo I (1850-1970)*, Santiago, Chile. Ediciones B, 2003.
- Blight, James G. and Philip Brenner. *Sad and Luminous Days: Cuba's Struggle with the Superpowers after the Missile Crisis*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 2002.
- Bodes, José. *En la senda del Che: biografía de Elmo Catalán*, Havana, Prensa Latina, 2009.
- cia, Directorate of Intelligence. «Special Report. Cuban Subversive Activities in Latin America: 1959-1968», February 16, 1968. <http://www.foia.cia.gov/sites/default/files/document_conversions/89801/doc_0000109057>.
- Dinges, John. *The Condor Years: How Pinochet and His Allies Brought Terrorism to Three Continents*, New York, New Press, 2004.
- Erisman, H. Michael. *Cuba's Foreign Relations in a Post-Soviet World*, Gainesville, University Press of Florida, 2000.
- Estrada, Ulises. *Tania: Undercover in Bolivia with Che Guevara*, Melbourne, Ocean Press, 2005.
- Guevara, Che. *América Latina: despertar de un continente*, Melbourne, Ocean Press, 2002.
- Harmer, Tanya. «Two, Three, Many Revolutions?: Cuba and the Prospects for Revolutionary Change in Latin America, 1967-1975», *Journal of Latin American Studies*, 45:1, 2013.
- Huerta, Félix and Chávez, Jaime. *El trabajo es vivir. Conversaciones de Félix Huerta con Jaime Chávez*, Santiago, Chile, Ediciones Rubén Darío, 2011.
- Marchesi, Alberto Aldo. «Geographies of Armed Protest: Transnational Cold War, Latin Americanism and the New Left in the Southern Cone (1964-1976)», PhD diss., New York University, 2013.
- . «Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el cono Sur a fines de los sesenta», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 17:1, 2006.
- . «Revolution Beyond the Sierra Maestra: The Tupamaros and the Development of a Repertoire of Dissent in the Southern Cone», *The Americas*, 70:3, 2014, 523-53.
- Moran, Daniel. *Wars of National Liberation*, London, Cassel, 2002.
- Palieraki, Eugenia. *¡La Revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, Chile, LOM Ediciones, 2014.
- Pérez, Cristián. «El ejército del Che y los Chilenos que continuaron su lucha», *Estudios Públicos*, n.º 89, verano 2003.
- Pérez Guillén, Daily. «Ernesto Che Guevara y León Felipe: una amistad entrañable», *Juventud Rebelde*, 28 November 2015. <<http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2015-11-28/ernesto-che-guevara-y-leon-felipe-una-amistad-entranable/>>.
- Quiroga Zamora, Patricio. *Compañeros: el gap, la escolta de Allende*, Santiago, Chile, Aguilar, 2001.
- Rodríguez Ostría, Gustavo. *Sin tiempo para las palabras: Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*, Cochabamba, Bolivia, Grupo Editorial Kipus, 2006.
- Schulzinger, Robert D. *A Time for War: The United States and Vietnam, 1941-1975*, New York, Oxford University Press, 1997.
- Staff Report. «The Tricontinental Conference of African, Asian, and Latin American Peoples: A Staff Survey Prepared for the Subcommittee to Investigate the Administration of the Internal Security Act and Other Internal Security Laws of the Committee on the Judiciary United States Senate», U.S. Government Printing Office, 1966. <<http://www.latinamericanstudies.org/tricontinental.htm>>.
- Suárez Salazar, Luis (editor). *Manuel Piñero: Che Guevara and the Latin American Revolutionary Movements*, Melbourne, Ocean Press, 2001.
- and Kruijt, Dirk (editors). *La Revolución Cubana en Nuestra América: El internacionalismo anónimo*, Havana, Ruth Casa Editorial, 2015.
- Wright, Thomas C. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*, Westport, Connecticut, Praeger, 2001.

Recibido 15/04/16 - Aceptado 22/07/16





La izquierda socialista de los 60 y el «camino propio» de la Revolución argentina

María Cristina Tortti¹

Resumen

Ubicándose en el contexto de la segunda mitad del siglo xx y de los procesos de renovación y latinoamericanización vividos por las izquierdas del Cono Sur, este trabajo se detiene en el caso del *ala izquierda* del Partido Socialista (ps) y su búsqueda de un camino que permitiera compatibilizar los objetivos socialistas con la cultura y la experiencia de una clase obrera mayoritariamente adherida al peronismo. Se identifican sus principales puntos de ruptura con la concepción socialista tradicional, los argumentos que permitieron pensar la articulación entre socialismo y peronismo desde una perspectiva revolucionaria —fuertemente influida por la Revolución cubana—, y las razones por las cuales su discurso formó parte de la etapa inaugural de la *nueva izquierda* argentina. Palabras clave: izquierda, socialismo, peronismo, revolución

Abstract

Set in the context of the second half of the 20th century and the processes of renewal and Latin Americanization experienced by the left-wing parties of the Southern Cone, this paper focuses on the left wing of the Socialist Party (ps) and its quest for a path that would allow reconciling the socialists goals with the culture and experience of a working class supporting for the most part Peronism. It identifies its main breaking points from the traditional socialist conception, the arguments that allowed considering the interaction between Socialism and Peronism from a revolutionary perspective (strongly influenced by the Cuban Revolution), and the reasons by which its discourse was part of the opening stage of the New Argentine Left.

Keywords: left, socialism, Peronism, revolution

1 Licenciada en Sociología y doctora en Historia por la Universidad Nacional de la Plata (UNLP). Docente e investigadora del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) - CONICET.





Presentación

Ubicándose en el contexto de la segunda mitad del siglo xx y de los procesos de renovación y latinoamericanización vividos por las izquierdas del Cono Sur, este trabajo se detiene en el caso del *ala izquierda* del Partido Socialista (ps) y su búsqueda de un camino que permitiera compatibilizar los objetivos socialistas con la cultura y la experiencia de una clase obrera mayoritariamente adherida al peronismo. En tal sentido, sostiene que para comprender tanto el surgimiento como el itinerario de dicha corriente es necesario tomar en cuenta la confluencia de una serie de factores que venían operando en el ps, y que hacia mediados de los años cincuenta encontraron su punto de precipitación. El primero de ellos refiere a la difícil situación en la que se encontraba el ps desde la emergencia del peronismo en 1945 y la consiguiente pérdida de buena parte de sus lazos con la clase obrera —pérdida que se acentuaría a raíz de su férrea actitud opositora y del compromiso con el golpe de Estado de 1955 y sus represivas políticas «desperonizadoras»—. A ello debe sumarse el hecho de que, ante las voces que reclamaban la apertura de un debate que permitiera desentrañar las razones del «histórico fracaso», el grupo dirigente respondió con una tenaz negativa. El segundo elemento refiere a la existencia en el ps de una corriente latinoamericanista de larga data y gran influencia sobre la militancia juvenil. Los jóvenes, al igual que sus «maestros», tenían fuertes simpatías hacia los movimientos de liberación nacional y eran críticos respecto de la tradicional perspectiva «europeísta» de la Internacional Socialista (is), así como de la orientación «liberal-democrática» recientemente adoptada por muchos de sus partidos —también el argentino—. Este trabajo se interesa por poner de relieve la trayectoria de dicha corriente y detectar los puntos de continuidad y ruptura entre el latinoamericanismo de los «maestros» y el de sus jóvenes discípulos. El tercer factor que incidió en la consolidación del proyecto de la *izquierda socialista* provino de la Revolución cubana, que como en casi todo el subcontinente tuvo alto impacto —sobre todo en las izquierdas—. En el caso que aquí se trata, la experiencia cubana fue tomada sobre todo como inspiración y como evidencia de que era necesario —y posible— descubrir el propio camino al socialismo partiendo de la comprensión de la «idiosincracia» popular. La *izquierda socialista* creyó encontrar ese camino a través de una fórmula política en la que el peronismo era reinterpretado en términos de «movimiento nacional-popular», y el latinoamericanismo de sus maestros traducido como «nacionalismo revolucionario».

En virtud de lo apuntado, el trabajo comienza señalando la presencia de una perspectiva latinoamericanista dentro del ps —al menos desde los años veinte—, para luego presentar una panorámica reconstrucción del itinerario y el papel desempeñado por sus principales figuras en tanto «maestros de juventud». A continuación, se hace referencia a la crisis y fractura del ps, y a las características del proyecto en el que veteranos y jóvenes dirigentes confluyeron al decidir la creación del Partido Socialista Argentino (psa). En un momento posterior, se aborda el proceso de radicalización del juvenil *grupo de izquierda* y su constitución en Partido Socialista Argentino de Vanguardia (psav): se identifican sus principales puntos de ruptura con la concepción socialista tradicional y los tópicos en los cuales produjo redefiniciones políticas e ideológicas; se analizan los argumentos que le permitieron pensar la articulación entre socialismo y peronismo desde una perspectiva revolucionaria; y las razones por las cuales el suyo fue uno de los primeros —si no el primero— de los discursos de la *nueva izquierda* argentina. Finalmente, el artículo intenta dar cuenta de las circunstancias en medio de las cuales la fórmula política original sufrió cierto desequilibrio, y el grupo derivó en un progresivo giro hacia el peronismo.





Latinoamericanistas y socialistas en la primera mitad del siglo XX

Desde sus orígenes, a fines del siglo XIX, el PS se había construido como un «partido de reformas» cuya concepción doctrinaria y estratégica había sido articulada fundamentalmente por el pensamiento de Juan B. Justo. El proyecto socialista de Justo apuntaba a transformar la estructura de la propiedad de la tierra para así conformar una amplia clase de medianos propietarios rurales que, en alianza con los trabajadores, promoviera el progreso económico y la democratización del país como condición previa a la realización del socialismo.

Según José Aricó², la «hipótesis de Justo» se basaba en la identificación de la particularidad del capitalismo argentino y contenía una propuesta de «nacionalización» e «integración» de las masas a la vida nacional, a través del decidido impulso a la acción política de la clase obrera. En la construcción de esa «democracia avanzada», la lucha por reformas y la construcción de instituciones —políticas, culturales, sindicales, cooperativas— contribuirían a correr la frontera en el campo de las relaciones de fuerza entre las clases.

Aun con un esfuerzo de singularización de la sociedad argentina y sus posibilidades, el PS permaneció siempre ligado a una Segunda Internacional que, según el mismo autor, «pensaba toscamente» a los países latinoamericanos, considerándolos parte del mundo colonial. En tal sentido, el partido siempre habría asociado la posibilidad del socialismo a la realización de la «modernización económica» y al crecimiento y organización de la clase obrera, y al socialismo como la realización plena de la democracia moderna —guiada por el ideal socialista y ajena a los métodos catastrofistas—.

Esa visión ordenada y evolucionista tuvo siempre contestaciones en el seno del PS por parte de sus corrientes de izquierda: además de los recurrentes reclamos referidos al modo en que el partido concebía su relación con los sindicatos, al calor de trascendentes acontecimientos nacionales e internacionales esas corrientes solían expresar su incomodidad con la táctica reformista del partido y su cercanía con los partidos liberal-democráticos. Tal vez el episodio más conocido haya sido el de la escisión del Comité de Propaganda Gremial y los Internacionalistas —luego Partido Comunista—, bajo el impacto producido por la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa.³

Menos conocida es la influencia que esos acontecimientos venían ejerciendo sobre ciertos grupos —afiliados o cercanos al PS—, al alimentar una visión crítica respecto del modelo cultural y político europeo. La «barbarie» de la guerra ponía en duda el papel «civilizador» de Europa y derribaba el principal argumento legitimador de su expansión colonial, favoreciendo de ese modo el desarrollo de una sensibilidad antimperialista y de una corriente de simpatía hacia los movimientos anticoloniales de Asia y África. Como parte de ese proceso y a partir de las prevenciones suscitadas, además, por la expansión norteamericana en el subcontinente, se acrecentó en ellos la búsqueda de una «identidad americana» o «latinoamericana» —a veces «indoamericana»—.⁴

En el mismo sentido, y reforzando lo anterior, actuarían los episodios y el discurso de la Reforma Universitaria, lanzada en Córdoba en 1918 y extendida rápidamente por el continente. El mensaje de

2 Aricó, José. *La hipótesis de Justo* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999).

3 Algunas de las corrientes de izquierda previas a la emergencia del peronismo centraron su crítica en la política del PS para la clase obrera y en la prevalencia de la táctica legalista y parlamentaria en la acción política. Entre ellas, además de la mencionada: Sindicalistas (1906); Terceristas (1921); Socialistas Revolucionarios (1934), Partido Socialista Obrero. Ver: Tortti, María C. *Clase obrera, partido y sindicatos* (Buenos Aires: Biblos, 1989).

4 Bergel, Martín. *El oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015).





unidad latinoamericana propalado por dicho movimiento, y su insistencia en la «misión regeneradora» de la «nueva generación», fue rápidamente compartida por hombres de la talla de José Ingenieros, Alfredo Palacios y Alejandro Korn, «maestros de la juventud», ligados al socialismo.⁵

Como parte de ese movimiento, y por iniciativa de Ingenieros, a mediados de los años veinte fue creada la Unión Latinoamericana (ULA), de la cual Palacios fue el primer presidente, secundado por J. V. González. Su acta fundacional señalaba como objetivo «orientar a las naciones de la América Latina hacia una confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los países capitalistas extranjeros». Según Oscar Terán, expresiones de este tipo permiten hablar de un «proto-tercermundismo» en Ingenieros y sus compañeros de la ULA.⁶

La ULA se expresaba mediante las revistas *Renovación* y *Sagitario*, y también a través de *Claridad*.⁷ Las tres cumplieron un importante papel en el establecimiento de una densa red de intercambios internacionales entre intelectuales y universitarios reformistas, a partir del común antimperialismo y de su orientación genéricamente socialista. Como parte de la estela de la Reforma, al decir de Juan C. Portantiero, estas actividades trazaron «la historia de la formación de las “contraélites” intelectuales latinoamericanas».⁸

Como es sabido, en la Argentina la Reforma no produjo un movimiento estrictamente político, tal como sí ocurrió típicamente en Perú con la creación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), liderada por Víctor Haya de la Torre, activo participante de las mencionadas redes de intercambio vehiculizadas por los reformistas y la ULA.⁹

La mayor parte de los autores coinciden en señalar que, cuando hacia fines de los veinte se produce la ruptura entre Haya de la Torre y Mariátegui, el movimiento se desagrega en dos vertientes: una de carácter nacional-popular y otra de izquierda clasista.¹⁰ Sin embargo, Néstor Kohan ha observado que, casi al mismo tiempo en que se producía la separación entre populistas y marxistas, en Argentina emergía una tercera línea también derivada de la Reforma y del latinoamericanismo, cuando en 1927, Julio V. González proponía construir un Partido Nacional Reformista que combinara antimperialismo e ideas socialistas, es decir, ni populista ni ligado a la Tercera Internacional. El fracaso de esa propuesta y el endurecimiento de la situación política argentina, a raíz del golpe de Estado de 1930, impulsaron a González y a otros reformistas a ingresar al ps.

5 Kohan, Néstor. *De Ingenieros al Che* (Buenos Aires: Biblos, 2000).

6 Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986) y Graciano, Osvaldo. *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2008).

7 La dirección de *Renovación* era ejercida por José Ingenieros, Aníbal Ponce y Gabriel Moreau; la de *Sagitario* por Carlos Sánchez Viamonte, Carlos Amaya y Julio V. González; y la de *Claridad* por Antonio Zamora.

8 Portantiero, Juan C. *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1978).

9 Según el mismo autor, la expansión de la Reforma más el influjo de las Revoluciones mexicana y rusa, produjeron en Perú el nacimiento en 1924 del APRA, inicialmente pensado por su fundador como un movimiento frentista orientado a la unidad latinoamericana, y en el cual convivieran tendencias democrático-populares y de izquierda, lo cual estaba en sintonía con la política de Frente Único propiciada entonces por la Tercera Internacional y su apoyo a los movimientos nacionalistas populares. Ver también: Funes, Patricia. *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos* (Buenos Aires: Prometeo, 2006).

10 La evolución de Haya de la Torre hacia el «nacionalismo popular» produjo su ruptura con Mariátegui y el pasaje del APRA de «frente» a «partido». Se habría producido entonces el nacimiento de «las dos vertientes de la izquierda latinoamericana», populismo y socialismo. Ver: Aricó, José. «Raíces del populismo y la izquierda en el continente. 1917 y América latina», *La Ciudad Futura*, 18 (1991).





Por entonces, en el ps existía una cierta tradición y una apreciable cantidad de militantes sensibles al discurso antimperialista —tanto el de ULA como el del APRA—, tal como puede advertirse en las publicaciones partidarias o parapartidarias —por caso *Claridad*, que contaba con gran número de lectores entre los afiliados—, y aun en ciertos pronunciamientos oficiales.¹¹ Aunque corresponde decir que antimperialismo y latinoamericanismo fueron notas mucho más diáfanos en algunos socialistas más bien heterodoxos como Palacios, y antes Manuel Ugarte e Ingenieros.

Entre quienes se afiliaron a principios de los 30 se contaron —además del mismo González— Carlos Sánchez Viamonte, Deodoro Roca, Arnaldo Orfila Reynal, Alejandro Korn y Alfredo Palacios —quien volvía al viejo partido del que se había alejado en 1916—. Este ingreso daría nuevo vigor a la vida partidaria y a su acción pública al llevar la temática antimperialista y americanista a los ámbitos parlamentario, universitario y cultural, en los cuales estas figuras se desempeñaron. Durante esos años, Palacios batalló en el parlamento por cuestiones nacionales —petróleo, ferrocarriles, Islas Malvinas, denuncia del pacto Roca-Runciman— y por la vigencia de los derechos sociales. A la vez, Sánchez Viamonte se convertía en una voz fundamental en la denuncia de las violaciones al Estado de derecho, producidas por los fraudulentos gobiernos de los años treinta, en el contexto de los avances del fascismo a nivel internacional.

Al mismo tiempo, hacia adentro del partido, la presencia de esos dirigentes contribuía a potenciar ciertas tensiones que venían recorriendo su vida interna, vinculadas al debate sobre la táctica partidaria desarrollado entre 1932 y 1935. Durante ese período, el recientemente ingresado Sánchez Viamonte fue uno de los líderes del *ala izquierda* del partido y uno de los editores de la revista *Izquierda*. Desde sus páginas, los «socialistas revolucionarios» sostuvieron un antimperialismo de tipo leninista y, con posturas cercanas a las de la Tercera Internacional, propusieron una reestructuración organizativa y táctica de tipo revolucionario. Atentos a la catástrofe de la socialdemocracia europea, instaban al ps a fortalecerse y a cambiar sus métodos ante la política «fascistizante» de los gobiernos conservadores.¹²

Sin embargo, resulta interesante observar que, a medida que avanzaba la década y al calor del endurecimiento de la situación internacional, entre los socialistas los debates sobre el fascismo fueron dejando atrás la temática revolucionaria y concentrándose progresivamente en temas que implicaban una mayor valorización de ciertos tópicos del liberalismo político —no solo los referidos a las garantías individuales sino también a la forma democrática de gobierno—. Así, cuando en plena Guerra Mundial se produjo el golpe de Estado de 1943, el ps lo interpretó dentro ese marco general y entendió que el neutralismo del gobierno militar —y el de su figura más destacada, el coronel Perón— expresaba su simpatía con el totalitarismo de las potencias del

11 Pueden mencionarse, entre otras, las intervenciones parlamentarias de Juan B. Justo «El imperialismo en acción. Contra los obreros de Puerto Rico», «El tributo argentino al fisco extranjero», «América Indolatina», «La agresión yanqui a Méjico», «Solidaridad con la Nicaragua de Augusto César Sandino», todas reproducidas en *Juan B. Justo y la cuestión nacional*, edición de la Fundación Juan B. Justo, 1980. La influencia del discurso antimperialista se advierte incluso en *La Vanguardia* de los años veinte, cuando el periódico publica notas que repudian la invasión norteamericana a Nicaragua, y también en intervenciones como la de Nicolás Repetto criticando el papel desempeñado por «el capitalismo inglés» en China. Ver: Bergel, M. *El oriente desplazado*.

12 El debate se desarrolló en la prensa partidaria y en *Claridad*. La revista *Izquierda* —dirigida por Carlos Sánchez Viamonte, Bartolomé Fiorini, Benito Marianetti y Urbano Eyras— simpatizaba con la política de «Frente Popular», simpatizaba con los acuerdos entre socialistas y comunistas italianos para hacer frente al fascismo y dedicaba especial atención a la situación de la República española. Al ser derrotada su propuesta en el congreso partidario, algunos dirigentes que participaban en esta corriente, como Benito Marianetti, se alejaron del PS, otros, como Sánchez Viamonte, permanecieron en él.





Eje.¹³ En consecuencia, para los socialistas —como para la izquierda en general— el activo intervencionismo estatal que Perón desarrollaba desde la Secretaría de Trabajo no era más que la «faz demagógica» de un proyecto de corte «corporativo y fascista» al que no cabía sino oponerse.¹⁴ El PS dedicó a ello todas sus fuerzas, sin advertir la magnitud de los cambios que, al compás de las reformas propiciadas por Perón, se estaban operando en otros niveles de la vida social.

El antifascismo y la cuestión del peronismo

Sorprendido por los acontecimientos de 1945 y por el triunfo de Perón en las elecciones de 1946, el ps comprobó que había perdido la mayor parte de sus lazos con el mundo de los trabajadores, además de haber quedado privado de representación parlamentaria.¹⁵ Perplejo ante el resultado electoral, y hostigado desde el gobierno, se replegó sobre sí mismo y asumió una férrea actitud opositora. Américo Ghioldi, uno de los dirigentes más influyentes, logró entonces encolumnar al partido tras la consigna de la lucha contra el «totalitarismo» y evitó toda discusión o reflexión colectiva sobre la hecatombe recientemente vivida por el partido.¹⁶

Sin embargo, no faltaron quienes, aun denunciando el totalitarismo y participando de la «resistencia civil» al régimen de Perón, intentaron que el ps revisara su posición, yendo más allá de la caracterización puramente política del peronismo, y prestara atención a la dimensión social del fenómeno. Entre esos dirigentes, reconocidos como «maestros» por las muy activas Juventudes Socialistas (J. S.), figuraban viejos latinoamericanistas como Palacios y también algunas figuras más jóvenes, como el prestigioso historiador José Luis Romero. Uno de los intentos de reabrir el debate y revisar la línea partidaria fue el realizado por J. V. González en el congreso partidario de 1950. Allí, como expresión de una inorgánica corriente renovadora, propuso que el ps se apartara del campo de los partidos «meramente liberal-democráticos» y volviera a colocar en primer lugar los «objetivos puramente socialistas» de su programa, los únicos capaces de interesar a unos trabajadores que ya habían obtenido «casi todas las mejoras posibles dentro del sistema». Por su parte, bastante antes, J. L. Romero había llamado la atención sobre ciertos aspectos acerca de los cuales el «ghioldismo» prefería no hablar: en 1946 había instado al partido a no apresurarse a condenar a las masas que habían adherido a Perón y a tomar en cuenta que las conquistas obtenidas habían sido logradas con «palabras arrancadas de nuestros programas partidarios y de nuestros proyectos legislativos». Más aún, al referirse al «innegable ascenso» operado en la vida de los trabajadores

13 Desde 1942, el ps impulsaba desde Acción Argentina —organismo que reunía agrupaciones antifascistas y aliadófilas—, la creación de una Unión Democrática Argentina. Sobre el papel del discurso antifascista en el ps. ver: Bisso, Andrés. *Acción Argentina* (Buenos Aires: Prometeo, 2005).

14 Sigal, Silvia. «Intelectuales y peronismo», en Torre, Juan C. *Los años peronistas (1943-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 2002).

15 Hasta la emergencia del peronismo, los socialistas en alianza con los comunistas participaban de la dirección de la cgr. Ver: Torre, Juan C. *La vieja guardia sindical y Perón* (Buenos Aires: Sudamericana, 1990). Según una estimación, hacia 1932 el ps contaba con cerca de 20.000 adherentes (dos tercios de los cuales vivían en la Capital y provincia de Buenos Aires). Ver: Iñigo Carrera, Nicolás. «La clase obrera y la alternativa parlamentaria (1932-1936): el Partido Socialista», en Herrera, Carlos y Camarero, Hernán (editores). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo* (Buenos Aires: Prometeo, 2005). El PS tuvo representación parlamentaria desde 1904 —cuando Palacios fue elegido diputado por la Capital—. Al momento de las elecciones del triunfo de Perón, en 1946, el ps contaba con 11 de las 15 bancas de la Capital en el Congreso.

16 Altamirano, Carlos. *Bajo el signo de las masas* (Buenos Aires: Ariel, 2001).





y al irreversible nivel de politización y organización por ellos alcanzado, instaba al socialismo a entender que esa situación no tendría vuelta atrás.¹⁷

Aunque sus iniciativas no lograron modificar la orientación partidaria, todos ellos permanecieron en el partido y, sin dejar de ser antiperonistas, mantuvieron posiciones críticas hacia la «línea liberal» del «ghioldismo», convirtiéndose en referentes de los jóvenes socialistas. En enero de 1955 —poco antes de la caída del peronismo—, Sánchez Viamonte dio inicio a un segundo ciclo de *Sagitario*, retomando los temas del latinoamericanismo e incluyendo a varios dirigentes juveniles en el proyecto. En la nueva etapa, la revista fue presentada como lugar de confluencia entre «generaciones» y como punto de apoyo para que la nueva tomara a su cargo las banderas de la del 18, frustradas por la irrupción del fascismo.¹⁸

Al mismo tiempo, las Juventudes comenzaban a editar sus propias revistas, *Reforma* —dedicada al ámbito universitario— y *Futuro Socialista* —con su sección fija «Apuntes latinoamericanos».¹⁹ Por otra parte, ya desde fines de 1955 ambas comenzaron a marcar diferencias con la línea oficial del ps al criticar el «espíritu de revancha» que impregnaba las acciones del gobierno de la Revolución Libertadora. En esa línea, poco más adelante sería evidente que las JJ. ss. marcaban diferencias con la posición del propio partido, que seguía adherido al gobierno militar. Esa actitud de desafío les valió el encono del «ghioldismo» y marcó el comienzo de los conflictos que llevarían a la fractura del partido, una vez que la izquierdizada Juventud se encontrara con los veteranos dirigentes arriba mencionados para juntos impulsar un proceso de renovación partidaria.

Visto en perspectiva, ese encuentro mostrará entre otras cosas que, si bien la mirada sobre el subcontinente nunca había sido totalmente abandonada en las filas del ps, el latinoamericanismo recién volvería a florecer cuando el antifascismo dejara de teñir todas y cada una de sus posiciones; y más aún, cuando sobre el fin de la década la experiencia cubana incitara a los jóvenes a pensar en un camino latinoamericano para la revolución.

17 Julio V. González expresó a una inorgánica corriente renovadora y fue derrotado por Ghiodi, ver: Altamirano, Carlos. *Bajo el signo de las masas*. Las publicaciones de Romero a las que se alude, fueron: «Una misión» y «La lección de la hora», *El Iniciador* (Buenos Aires: 1946), e «Indicaciones sobre la situación de las masas en la Argentina», *Social Science* (New York, 1951).

18 Algunos títulos y autores que ilustran la línea de *Sagitario*: Palacios, Alfredo. «Una afirmación optimista de nuestra América»; Lizaso, Francisco. «Bolívar visto por Martí»; Jaramillo Alvarado, Pedro. «El indígena, problema americano»; Abhayardhan, H. «Nacionalismo y socialismo en Asia». En el Comité de *Sagitario* figuraban militantes ligados a las JJ.ss. tales como Alberto Pescuma u Oscar Troncoso; ellos y otros jóvenes socialistas (Ernesto Semán, Juan I. Martins, Andrés Goutman, Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena) escribían frecuentemente en la revista.

19 *Futuro Socialista*, órgano quincenal de las JJ.ss., comenzó a publicarse en noviembre de 1955 después de haber permanecido clausurado durante el gobierno de Perón. Su sección «Apuntes Latinoamericanos» presenta notas referidas sobre todo a Perú, Guatemala, Cuba y Bolivia.





Latinoamericanistas y socialistas en la segunda mitad del siglo XX. La cuestión del peronismo y la Revolución cubana

Crisis y división del Partido Socialista

Como fuera adelantado, en la segunda mitad de los años cincuenta, a poco de haberse producido la caída del gobierno del general Perón, la línea política y el elenco dirigente del ps²⁰ fueron puestos en cuestión por un movimiento renovador en el cual las JJ.SS. actuaron como punta de lanza.²¹ Desde su punto de vista, la línea partidaria era portadora de insalvables errores que impedían comprender la realidad nacional, y los dirigentes encabezados por Américo Ghioldi los responsables del fracaso de un partido que había resultado históricamente incapaz de ligarse con el movimiento popular, particularmente con el peronismo —al que no solo había adherido la mayor parte de los trabajadores sino al que, además, había migrado una significativa cantidad de sus propios dirigentes sindicales—. Tales males, así como el «error» de haber apoyado al golpe de Estado que derrocó al gobierno de Perón en 1955, tendrían su raíz en la arraigada visión euro-peísta y liberal del socialismo y en la tradicional dependencia del ps respecto de la is.

Si bien esta polémica y las divisiones que se sucedieron a partir de 1958 pueden ser vistas como el estallido de contradicciones y frustraciones largamente acumuladas,²² es necesario computar también otros significativos elementos. A los motivos derivados de la propia historia se agregaban los que provenían de los cambios operados a nivel internacional a partir de la segunda posguerra, y que afectaban tanto a la recién reconstituida Internacional como al campo de las izquierdas en general. Varios de los principales partidos de la is venían produciendo un viraje que los llevaría a acentuar su carácter «liberal-democrático», a desprenderse de la tradición marxista y, en el contexto de la Guerra Fría, a ubicarse en el campo occidental.²³ En el caso del ps argentino, dicho viraje había contribuido a avalar la ya asentada línea liberal y el liderazgo de A. Ghioldi, quien no había cesado de denunciar a los «totalitarismos» peronista y comunista.

En cambio, en la militancia joven impactaban fuertemente los procesos de descolonización y las experiencias revolucionarias —primero las de China y Yugoslavia y luego la cubana—, lo cual la colocaba en una posición crítica respecto de los partidos de la is y del compromiso de muchos de ellos con la política colonial de sus países. Fue en ese contexto que dicha militancia se propuso producir una profunda renovación en el PS con el fin de dotarlo de un programa y una perspectiva antimperialista y «verdaderamente socialista». Contaron para ello con el apoyo de un grupo de veteranos dirigentes —Alfredo Palacios, Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González, entre otros— que, desde los años veinte —y aun antes— venían sosteniendo posiciones

20 Para un completo panorama de la producción sobre el PS argentino, ver: Herrera, Carlos y Camarero, Hernán. «El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas», en Herrera, C. y Camarero, H. (editores). *El Partido Socialista*, y en Silvana Ferreyra, «Socialismo y peronismo en la historiografía sobre el Partido Socialista», *Prohistoria*, vol. 15 (2011).

21 Sus principales dirigentes: Abel A. Latendorf, Enrique Hidalgo, Juan C. Marín, Pablo Giussani, Elisa Rando, Beba Balvé, Julia Constenla, y los más jóvenes Ricardo Monner Sans y Elías Semán, entre otros.

22 El ps —particularmente A. Ghioldi— asumió una dura actitud opositora al gobierno peronista, el cual por su parte lo persiguió de manera persistente. Ver: Altamirano, C. *Bajo el signo* y Herrera, C. «¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)», en Herrera, C. y Camarero, H. *El Partido Socialista*.

23 Sobre la reconstitución de la Internacional en el Congreso de Frankfurt de 1951, ver: Sassoon, Donald. *Cien años de socialismo*, (Barcelona: Edhasa, 2001) y Pedrosa, Fernando. *La otra izquierda. La socialdemocracia en América Latina* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012).





antimperialistas, a veces a contrapelo del grupo que hegemonizaba la dirección del partido. Los unía la voluntad de extraer al PS del campo de los partidos antiperonistas y de volver a hacer de él un partido popular que tendiera nuevos puentes hacia los trabajadores.

La aguda disputa interna finalmente condujo, en 1958, a la división del partido en PS Democrático (PSD) y PS Argentino (PSA), en el que se agruparon los sectores renovadores.²⁴ En su búsqueda de acercamiento con los trabajadores, el nuevo partido volcó sus energías en el apoyo a las luchas sindicales, en la denuncia de la continuidad de la proscripción del peronismo y, sobre todo, en el repudio a la puesta en vigencia del represivo Plan Conintes por parte del recientemente electo presidente Arturo Frondizi.²⁵

Dicha voluntad quedaría plasmada en la consigna que acompañaba el nombre del partido —PSA «recuperado para la clase trabajadora»— y en la definición de una línea política que convocaba a la «construcción de un Frente de Trabajadores». Aunque todo el partido mostraba entusiasmo con esta fórmula, no todos la interpretaban de la misma manera. Dos hechos producidos casi simultáneamente actuaron como catalizadores del debate interno y de la radicalización del *ala izquierda*: el prolongado y combativo movimiento huelguístico iniciado en 1959²⁶ y el triunfo de la Revolución cubana.

El izquierdizado sector juvenil se abocó a partir de entonces a la construcción del «camino propio» para la Revolución argentina, el cual debía pasar inexorablemente por alguna forma de acercamiento del PSA —y de toda la izquierda— con el peronismo, en vistas a la construcción de un «frente de liberación nacional y social» integrado a la ola revolucionaria latinoamericana iniciada en Cuba.

Los *moderados*, si bien seguían sosteniendo posiciones antimperialistas y apoyaban a la Revolución cubana, para el caso argentino apostaban a una estrategia de tipo socialdemócrata y a la activa utilización de los recursos institucionales disponibles: solo en el caso de que estos fueran «definitivamente suprimidos» se pensaba en apelar a «otros métodos», como la misma Declaración de Principios preveía.

En fomento de esa perspectiva, *Sagitario*²⁷ trajo a la discusión los temas en debate en la recientemente reconstituida IS, dando especial lugar a las posturas de sus figuras más progresistas y

24 El PSA retuvo aproximadamente dos tercios de los y afiliados al partido y a la mayor parte de las JJ.ss. Entre sus principales dirigentes se contaban A. Palacios, C. Sánchez Viamonte, A. Moreau, J. L. Romero, R. Muñiz y D. Tieffenberg. El PSD mantuvo su línea tradicional, bajo el liderazgo de A. Ghioldi, acompañado por N. Repetto, J. Oddone y J. A. Solari, entre otros. Se inició así un ciclo marcado por la fragmentación y extrema dispersión de la militancia socialista —proceso que recién comenzaría a revertir a partir de los años ochenta—.

25 Arturo Frondizi fue electo en las elecciones que marcaron el fin del gobierno de la Revolución Libertadora e inauguraron el ciclo de la «democracia condicionada», caracterizado por la proscripción del peronismo. Frondizi triunfó como consecuencia de su acuerdo con Perón: a cambio de los votos peronistas se comprometió a concretar una serie de medidas tales como el levantamiento de la proscripción. Frondizi también fue apoyado por el Partido Comunista y por un amplio sector de opinión pública progresista, apoyo que perdió rápidamente bajo la acusación de traicionado el programa en base al cual había sido elegido y de haber puesto en marcha durísimas medidas represivas para castigar al intenso movimiento huelguístico. Ver: Cavarozzi, Marcelo. *Autoritarismo y democracia, 1955-1996* (Buenos Aires: Ariel, 1997). Sobre los efectos de la «traición» en las capas medias intelectuales, ver Terán, Oscar. *Nuestros años sesentas* (Buenos Aires: Puntosur, 1991) y Sigal, Silvia. *Intelectuales y política en la década del sesenta* (Buenos Aires: Puntosur, 1991), y sobre la oposición de peronistas y comunistas, ver: Tortti, María Cristina. «“Soluciones”: una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña por el voto en blanco en 1960», *Políticas de la Memoria*, 10-12 (2011-12).

26 James, Daniel. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina. 1946-1976* (Buenos Aires: Sudamericana, 1990).

27 *Sagitario* en su tercera y última etapa, 1958- 1961, fue dirigida nuevamente por Sánchez Viamonte.





a los sectores que simpatizaban con los movimientos de liberación y nacional-populares de Asia, África y América Latina: ellos habían logrado que la IS emitiera una declaración convocando a «terminar con una Internacional occidental y blanca» y a «desarrollar una política socialista para los países subdesarrollados». La revista también se encargaba de difundir los materiales producidos por el Secretariado Latinoamericano de la IS, creado en 1955. Entre dichos materiales, *Sagitario* publicó la Declaración «Imperialismo y antiimperialismo en América Latina», además de presentar a lo largo de sus treinta y cinco números un panorama exhaustivo sobre los movimientos populares y revolucionarios del tercer mundo, y sostener activamente al proceso revolucionario cubano.²⁸

Pero en el plano de la política nacional, los *moderados* mantenían ciertas diferencias con la *izquierda*. Respecto de los trabajadores, ellos apostaban al crecimiento de un gremialismo «sano y moderno», y la combatividad demostrada por los trabajadores no los llevaba a descubrir potencialidades revolucionarias en el peronismo; más bien desconfiaban de su dirigencia sindical y política, pues consideraban que buena parte de ella seguía ligada a los métodos del «totalitarismo». En consecuencia, eran reacios a encarar formas de trabajo unitario que condujeran a la conformación de «frentes», más bien buscaban la forma de convocar a los trabajadores al partido. Desde su punto de vista, «entroncar» con el peronismo implicaba un riesgo que no estaban dispuestos a correr, el del desdibujamiento de los límites de la propia organización y la temida dilución de la identidad socialista.

Más allá de los puntos compartidos, entre unos y otros los matices se transformarían bastante rápidamente en diferencias. En 1959, Alexis Latendorf —líder indiscutido de la *izquierda*—, al responder a una encuesta realizada a varios dirigentes de izquierda, había dejado ver alguno de esos matices. Sostenía entonces que la existencia del PSA debía ser entendida como «consecuencia» de la aspiración militante de contar con un partido de masas y de la necesidad de buscar «desesperadamente casi, los factores emocionales que permitan ensamblar socialismo y nacionalidad», para así dar lugar a una simbiosis capaz de «recuperarnos para Latinoamérica». Pero además, avanzaba en una audaz recharacterización del peronismo cuando sostenía que ese movimiento, pese a haber sido edificado sobre la idea de la «conciliación de clases», tenía el valor de haber logrado la politización de vastos sectores de la población.²⁹

Por otra parte, y casi al mismo tiempo, la Revolución cubana había introducido otra fuente de opiniones no siempre idénticas. Al compartido apoyo al proceso revolucionario la *izquierda* agregó la idea —la convicción— de que los sucesos cubanos habían dado comienzo a una ola revolucionaria a la cual el PSA debía integrarse; más aún, que Cuba empujaba a las izquierdas a redefinir su papel y su relación con la «idiosincracia» del movimiento popular en cada país.

28 Pedrosa, Fernando. *La otra izquierda*. El Secretariado se estableció en Montevideo dirigido por el uruguayo Humberto Maiztegui. Ver: *Sagitario* 7 y 13 (1959) y 22 (1960). Típicas frases de la «Asociación Sagitario»: «América es todo porvenir, como Europa es todo pasado», «nuestra América criolla» y llamados a crear una «Confederación de Pueblos de América Indolatina». Cuba tiene abundante espacio en los números 7, 8, 10, 12, 14, 16, 19 (1959); 24, 25, 27, 28 (1960); 33 (1961).

29 Latendorf, Abel A. «Contesta Abel Alexis Latendorf», en Strasser, Carlos. *Las izquierdas en el proceso político argentino* (Buenos Aires: Palestra, 1959). Allí sostiene que al igual que otros populismos latinoamericanos, tales como el APRA o el MNR, el peronismo había demostrado la imposibilidad de la burguesía de ser auténticamente antimperialista. En consecuencia, era necesario avanzar con la clase obrera hacia el socialismo. El autor tenía una reconocida trayectoria en la temática latinoamericana por sus notas en *Mundo Argentino*, reunidas en 1956 en el volumen *Latinoamérica*, editado por las JJ.ss., y en 1957 había publicado *Nuestra América difícil*, editado por SAGA y prologado por J. L. Romero.





Así, muy tempranamente, quedaban esbozadas dos líneas. Si para los *moderados* alcanzaba con que el PSA hubiese dejado atrás el férreo antiperonismo y se dispusiera a hacer una política «obrerista» —ofreciendo al partido como canal legal para los proscritos—, la *izquierda* pensaba que no alcanzaba con «llamar» a los trabajadores a un partido ahora más abierto: era necesario avanzar más audazmente «yendo» hacia donde ellos estaban, es decir hacia los sindicatos y los grupos de la «resistencia». Y, además de apoyar sus reivindicaciones, respetar su identidad política y reconocer a sus dirigentes: solo así el PSA podría plantearse de manera «realista» la posibilidad de avanzar hacia objetivos de carácter socialista.³⁰

La idea de la *izquierda*

Ese fue el núcleo de la idea a partir de la cual la *izquierda socialista* trazó su propio proyecto político —llevado al debate interno a través de la revista *Situación*—.³¹ Su propuesta se fundamentaba en una evidencia y en una expectativa: la evidencia decía que los trabajadores no abandonaban su identidad peronista; y la expectativa se apoyaba en la reinterpretación del peronismo en términos de movimiento nacional-popular —o movimiento nacional a secas—. De lo anterior era posible derivar una nueva manera de encarar teórica y prácticamente la relación entre socialismo y peronismo, entre cuestión social y cuestión nacional, y distanciarse de la fracasada «izquierda liberal». De modo que la idea puede ser interpretada como una original y audaz respuesta a la encrucijada en la que se encontraban tanto el socialismo y la izquierda en general como, en cierto sentido, el mismo peronismo.

Esta perspectiva encontraba una suerte de validación en la experiencia cubana: Cuba venía a demostrar no solo que la revolución y el socialismo eran posibles en Latinoamérica sino, sobre todo, que tales objetivos eran alcanzables a través de caminos heterodoxos —siempre que se contara con una «izquierda lúcida» y libre de los «vicios» reformistas de la izquierda tradicional—. De esa manera, la tríada socialismo-peronismo-revolución se constituyó en la fórmula que mejor expresaba la búsqueda del «camino propio»: ella permitía imaginar que la amplia movilización de masas protagonizada por los trabajadores podría ser orientada hacia objetivos socialistas.

Dentro de ese mundo conceptual y político, la *izquierda* apostó al desarrollo de una estrategia de tipo insurreccional, que no desestimara ni la utilización de los métodos propios de los «comandos de la resistencia» ni los de la lucha política legal. Vale decir que se intentaba ensamblar socialismo y peronismo desde una perspectiva revolucionaria yendo al encuentro de la experiencia acumulada por los trabajadores —lo que Latendorf había llamado «factores emocionales»—, y sin necesidad de replicar el proceso cubano.

Cuando en marzo de 1960 se publicó el primer número de *Situación* quedaron expuestas no solo las líneas generales de la idea de la *izquierda* para su propio partido, sino también sus aportes a la renovación en el campo de las izquierdas. Si por un lado se comprometía a trabajar por «la integración de Nuestra América», por otro se definía como marxista, aunque tal definición no implicaba «idealizar las soluciones» dadas para las sociedades europeas del siglo anterior. Su marxismo consistía en asumir el «método de análisis» y, desde él, construir una «doctrina» para

30 En esta profunda convicción Latendorf era acompañado no solo por los jóvenes —generalmente universitarios—, sino también por dirigentes que, como Manuel Dobarro, provenían de ambientes populares.

31 *Situación* publicó nueve números (y varios suplementos) entre marzo de 1960 y septiembre de 1961. Su Consejo de Redacción: Luis A. Bergonzelli, Buenaventura Bueno, Abel A. Latendorf y Américo Parrondo. Si bien fue pensada sobre todo para el debate interno, circuló rápidamente en los ámbitos de izquierda, en los cuales se hablaba de «los de *Situación*» como forma de identificar al *ala izquierda* del PSA (testimonios de Manuel Gaggero a la autora).





los países subdesarrollados del continente a partir de su realidad y «entroncando con sus movimientos populares».³²

Respecto de primer aspecto —el latinoamericanismo—, además de haber sido difusora de la Primera Declaración de La Habana, *Situación* seguía con entusiasmo el desarrollo de experiencias socialistas no ortodoxas —China, Yugoslavia— y los procesos de liberación nacional —en particular Argelia—³³, repudiaba la invasión norteamericana a la isla y, además de ofrecer extensos comentarios dedicados a la Conferencia Económica de la OEA celebrada en Punta del Este —a la que asistió Ernesto Guevara—³⁴, difundía el pensamiento latinoamericano de José C. Mariátegui y Aníbal Ponce.

En cuanto al segundo aspecto —construir la propia doctrina— *Situación* producirá las primeras elaboraciones a través de las cuales la *izquierda socialista* iniciaría un sostenido acercamiento a los temas y a la sensibilidad propia del nacionalismo popular. Traducida a términos políticos, la idea consistía en construir un frente con el peronismo —y con otras «fuerzas populares y de izquierda»—, para desde allí denunciar la ilegitimidad de un régimen y un gobierno que se apoyaban en la proscripción y en la represión. En perspectiva, ese frente potenciaría la fuerza de masas del peronismo y encausaría sus múltiples episodios de lucha dentro de una estrategia rupturista que, según se esperaba, produciría un salto en la conciencia de los trabajadores desde el «nacionalismo burgués» al «nacionalismo revolucionario».

El programa destinado a la realización de tal empresa comprendía al menos tres aspectos que la revista se encargó de abordar. En primer lugar, en lo interno revolucionar al propio partido, para lo cual parecía necesario revisar la propia historia e identificar los errores que habían conducido al desencuentro del socialismo con los trabajadores. El segundo aspecto pasaba por la construcción de firmes lazos políticos con el peronismo, particularmente con su ala combativa y con sus dirigentes revolucionarios, como John W. Cooke.³⁵ Finalmente, afianzar los ya existentes lazos del PSA con Cuba, en vistas a integrar al partido al ciclo de la revolución latinoamericana.

En relación con el primer aspecto, y dentro del espíritu general de ruptura con la propia tradición, *Situación* publicó una controversial y ácida revisión de la historia partidaria, «El Socialismo: alternativa nacional». En ella, Pablo Giussani presentaba la reciente división partidaria de 1958 como la consecuencia del choque entre dos concepciones del socialismo: la que desde los orígenes lo había concebido como «idea» y «docencia» hacia las masas, y otra que ahora comenzaba a asumir la «tarea» de acompañar a los trabajadores en la profundización de la «experiencia de afirmación nacional» iniciada bajo el peronismo.³⁶

32 «Presentación», *Situación*, 1 (1960). El énfasis en el marxismo como «método de análisis», será retomado en los años setenta por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) —organización político-militar de origen guevarista—, cuando se defina como teóricamente marxista y políticamente peronista.

33 *Situación*, 5 (1960) y 9 (1961).

34 En *Situación*, 4 (1960) se publicó el «Manifiesto de los 121», redactado por intelectuales que denunciaban la política de Francia en Argelia; y en *Situación*, 9 (1961), artículos de Gregorio Selser y Germán Rosenmacher sobre la Conferencia Interamericana en la que se censuró a Cuba.

35 J. W. Cooke había sido delegado personal de Perón; dejó de serlo a partir de la huelga y toma del Frigorífico Lisandro de la Torre —enero de 1959—, episodio al que se lo vinculó y a raíz del cual debió exiliarse en Montevideo. Casi al mismo tiempo adhirió con entusiasmo a la Revolución cubana y pasó a residir en La Habana. Ver: Mazzeo, Miguel. *Cooke, de vuelta (el gran descartado de la historia argentina)* (Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1999).

36 Giussani, Pablo. «El socialismo: alternativa nacional», *Situación*, 1 (1960). Según el autor, así como no había sido capaz de comprender a los movimientos populares, el PS se había ubicado erróneamente en 1955: no había comprendido que al romperse la «alianza de clases» de 1945 —«nuestro nacionalismo burgués»— había





Desde un punto de vista similar, Enrique Hidalgo —otro importante dirigente— sostendrá que la única política de izquierda posible en la Argentina sería la que contribuyera a la maduración revolucionaria del peronismo: el fracaso de las políticas «desperonizadoras» ya había mostrado que no era posible «saltar» por sobre la identidad de los trabajadores sino que era necesario hacerse cargo de su idiosincrasia para, desde allí, orientarlo hacia objetivos socialistas, tal como había sabido hacerlo la Revolución cubana.³⁷

En paralelo con el desarrollo de la lucha interna, la *izquierda socialista* se instalaba de manera pública en los ambientes de izquierda a través de la publicación de la revista *Che*, desde la cual promovió su idea de trabajar por la construcción de un nuevo movimiento político en el que las izquierdas y el peronismo se unificaran desde una perspectiva revolucionaria.³⁸ Además, produjo una verdadera explosión de cubanismo y latinoamericanismo y una permanente difusión de la perspectiva guevarista que ligaba antimperialismo y liberación nacional con revolución social.

Su apertura a opiniones ajenas al propio espacio político, pero en general defensoras del proceso cubano, permiten caracterizarla como instrumento y expresión de lo que tanto Sigal como Terán llamaron «el partido cubano»,³⁹ y también como constructora de un punto de vista apoyado en la certeza de que con Cuba había comenzado un ciclo revolucionario en América Latina —lo cual se exacerbaría a partir de la invasión norteamericana a la isla—. ⁴⁰ Si bien la revista dialogaba con algunas franjas del nacionalismo popular, con sectores y personalidades de los radicalismos y de la Iglesia católica, es indudable que su mirada estaba obsesivamente puesta en las bases y en los cuadros medios del sindicalismo y en los dirigentes de la «línea dura» del peronismo.⁴¹

Siguiendo su propósito de crear un área de acuerdos entre la izquierda y el sindicalismo combativo, la *izquierda* se lanzó a la tarea de construir puentes que permitieran poner en pie un frente político, y desde él golpear al partido gobernante y, eventualmente, derrotarlo en el plano electoral. La primera oportunidad se presentó en ocasión del llamado a elecciones para cubrir un cargo de senador por la Capital Federal, en febrero de 1961.

comenzado la verdadera lucha de clases en el país. La única manera de salir de esa posición consistía en que el PSA y toda la izquierda reconocieran el error y acompañaran a los trabajadores en la profundización de la «experiencia de afirmación nacional» que habían iniciado bajo el peronismo. Esas ideas fueron duramente replicadas desde el sector *moderado*. Ver: Costa, Víctor García. «La sinrazón del socialismo», *Sagitario*, 27 y 30/31 (1960).

37 Hidalgo, Enrique. «Hacia un política de izquierda integrada en las masas. Superar al peronismo, no destruirlo», *Situación*, 6-7 (s/f; probable: fines de 1960).

38 *Che* publicó 27 números entre octubre de 1960 y noviembre de 1961. El primer grupo de redactores estaba compuesto por Pablo Giussani (director), Franco Moggi, Abel A. Latendorf, Julia Constenla, Hugo Gambini, Oscar Goutman, Enrique Hidalgo, Ricardo Monner Sans, Susana «Piri» Lugones, Carlos Barbé, David Viñas, Francisco «Paco» Urondo, Alberto Ciria y Víctor Torres, entre otros. Desde el comienzo, estuvo vinculada a Prensa Latina, desde la cual recibía artículos de Rodolfo Walsh. Entre quienes hacían las notas de humor figuraban los luego muy conocidos Quino (Joaquín Lavado), Copi (Raúl Damonte) y Gius (Eduardo Galeano). Una muestra del interés que la revista despertó se advierte en el hecho de que el PC, que ya mostraba interés en la *izquierda socialista* en el número *Cuadernos de Cultura* 50 (1960), a principios de 1961 manifestara interés por participar aportando fondos e incorporando a algunos de sus militantes al grupo editor —Juan Carlos Portantiero e Isidoro Gilbert—. Ver: Tortti, María Cristina. *Che. Una revista de la nueva izquierda* (Buenos Aires: Cedinci, 2013).

39 Terán, Oscar. *Nuestros años sesenta*; Sigal, Silvia. *Intelectuales y política*.

40 Sobre Cuba, ver especialmente: *Che*, 9, 10, 12, 18 (1961).

41 Entre los radicales: Alejandro Gómez y Santiago del Castillo. Entre los peronistas: John W. Cooke, Sebastián Borro, Jorge Do Pasquale —algunos detenidos bajo el Plan Conintes, como Carlos A. Burgos—. Intelectuales: Ernesto Sábato y Ezequiel Martínez Estrada, entre otros. El sacerdote Hernán Benótez —que había sido confesor de Eva Perón—.





El episodio serviría para poner a prueba dos de sus certezas: que con una opción adecuada era posible volcar el voto peronista hacia la izquierda, y que en Argentina una estrategia revolucionaria no debía despreciar los recursos legales y electorales disponibles. En tal sentido, trabajaron en la construcción de una candidatura que pudiera concitar apoyos extrapartidarios y canalizar al «electorado vacante» utilizando la estructura legal del PSA. Dentro de esa estrategia de construcción de frentes de centro-izquierda, *Che* impulsó la candidatura del veterano dirigente Alfredo Palacios en representación del conjunto de opiniones que, desde entonces, el diario *La Nación* nombraría como «fidelismo» —del cual el PSA aparecía como abanderado—. Palacios, por su parte, realizó la campaña con un discurso que unía latinoamericanismo y cubanismo con un mensaje obrerista y socialista.⁴² Conocido el triunfo, bajo el titular «Cuba plebiscitada en Buenos Aires», *Che* festejó los votos obtenidos «para la revolución» en circunscripciones de fuerte composición obrera —por caso, Mataderos—, en las que habían retrocedido tanto el voto en blanco como la adhesión a los partidos «neoperonistas».⁴³ No deja de llamar la atención que el conservador diario *La Nación* se haya referido al triunfo del PSA con palabras que expresaban un temor simétrico a la euforia de los socialistas.⁴⁴ Y que en diversos ámbitos esa experiencia electoral haya contribuido a afianzar la idea de un posible «giro a la izquierda» del peronismo.

Por su parte, los *moderados* eligieron exaltar al partido y al candidato: *Sagitario* tituló «La izquierda tiene dientes», trayendo el recuerdo del eslogan con el que Palacios se había convertido en el primer diputado socialista de América en 1904.⁴⁵ Así, mientras la *izquierda* leía la victoria electoral como un triunfo de su propia línea y como evidencia de que ya estaban maduras las condiciones para «el encuentro con los sectores proscriptos», los dirigentes tradicionales miraban con reticencia sus manejos políticos y con preocupación el creciente prestigio que los rodeaba dentro del partido. Cuando dicho prestigio se transformó en votos en las internas partidarias del mes de mayo, las tensiones acumuladas entre ambos sectores estallaron: al comprobar que la *izquierda* había pasado de minoría a mayoría en el Comité Nacional, los dirigentes tradicionales desconocieron el triunfo y el PSA se fracturó.⁴⁶

La izquierda crea su propio partido

La *izquierda* avanzó entonces hacia la construcción de su propio partido —que luego adoptará el nombre de Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV)—, no sin antes descargar sus críticas hacia Alfredo Palacios —el *moderado* con el que tenía más cercanía—, a raíz de que después de ciertos titubeos había optado por permanecer en dicho sector. Con palabras que reflejaban el impacto de la ruptura —a la vez política y generacional—, Latendorf se

42 Palacios fue apoyado públicamente por el PC y por el Movimiento de Liberación Nacional —dirigido por el *excontornista* Ismael Viñas—, y extraoficialmente por sectores del peronismo combativo, *Che*, 7 (1961).

43 *Che* 8 (1961). Palacios ganó por una pequeña diferencia de votos al candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo. Los «neoperonistas» que compitieron con Palacios, Ernesto Jauretche —Partido Laborista— y Raúl Damonte Taborda —Resistencia Popular—, avalado por Perón. Efectivamente, con 320.000 votos, el PSA se había impuesto en barrios de composición obrera. A. Ghioldi, PSD: 78.000.

44 Según *La Nación* (10-02-1961), el «fidelismo» amenazaba con llevar al peronismo hacia la izquierda.

45 *Sagitario*, 33 (1961). Con este triunfo el socialismo volvía al Parlamento después de quince años de ausencia.

46 Inicialmente en «Secretarías Muñiz» (luego PSA «Casa del Pueblo»), en la cual permanecieron los *moderados* Alicia Moreau de Justo y Carlos Sánchez Viamonte, y después de ciertas vacilaciones, también Alfredo Palacios. En la «Secretaría Tieffenberg» (luego PSA de Vanguardia), las figuras más conocidas eran Alexis Latendorf, Ricardo Monner Sans, Enrique Hidalgo, Elías Semán, Pablo Giussani y Juan Carlos Marín, entre otros. Ver: Tortti, María Cristina. *El «viejo» Partido Socialista y los orígenes de la «nueva izquierda»* (Buenos Aires: Prometeo, 2009).





refirió a Palacios en una nota publicada en *Cbe*: en ella afirmaba «El mito se rompió», y en tono desafiante agregaba que era «casi un alivio haber perdido a todos los viejos maestros». ⁴⁷A partir de entonces, libre del contrapeso de los *moderados*, la *izquierda* puso todo su esfuerzo en la búsqueda de la unidad con el peronismo, apostando a que en este se afianzara la tendencia a conformar frentes electorales con la izquierda, como primer paso hacia su futura integración en el «Frente de Liberación Nacional». ⁴⁸

Pocos meses después los *vanguardistas* celebraron su primer congreso y produjeron importantes definiciones que terminarían por dibujar su particular perfil: se proclamaron como «fuerza socialista, latinoamericana y fidelista», y sostuvieron que en el país no había divisiones entre partidos sino entre clases, colocando así en segundo plano las diferencias de identidad política con el peronismo. Finalmente, pronunciaron sus frases más impactantes al decir que «el socialismo argentino no se resigna a permanecer marginado de la realidad de las masas que se expresan en el peronismo», y que al hacer ellos ese reconocimiento, toda la izquierda argentina se estaba autocriticando y poniendo fin al histórico «desencuentro». ⁴⁹

En el plano de la política práctica la declaración del congreso se tradujo en la decisión de abrir las propias listas electorales a eventuales candidatos extrapartidarios en las próximas elecciones provinciales. Se mostraba así la voluntad de facilitar la participación electoral del peronismo y, también, la de llevar al límite la tolerancia del gobierno. Sin embargo, el gesto perdería rápidamente su importancia política pues el gobierno de Frondizi sorpresivamente autorizó la concurrencia del peronismo con listas propias. Como además, en el caso de la provincia de Buenos Aires el candidato peronista —el sindicalista Andrés Framini— gozaba de la simpatía de la *izquierda*, el PSAV terminaría encolumnándose tras él. Los *vanguardistas* se sumaron entusiastas a la campaña del «candidato clasista» y, como la mayor parte de la izquierda, se dispusieron a votar por el peronismo el 18 de marzo de 1962. ⁵⁰

En medio de un incierto clima político nacional, el PSAV preveía que de producirse el triunfo de Framini las Fuerzas Armadas intervendrían para anularlo y que ello podría provocar un masivo alzamiento popular, que pondría en acción «la fuerza proletaria encerrada en el peronismo». Y que, en esas condiciones potencialmente insurreccionales, el contacto con la izquierda contribuiría a generar una «crisis en la conciencia burguesa de los obreros» y el pasaje a una situación revolucionaria. ⁵¹ En ese clima, los días previos a esas elecciones marcaron uno de los picos en el acercamiento discursivo y práctico al peronismo por parte de los *vanguardistas*, tal como lo

47 Latendorf, Abel A. «Me despidió de usted muy atentamente, Dr. Palacios», *Cbe*, 15 (1961). Un elemento de distanciamiento entre Palacios y los jóvenes de *izquierda*, aunque no el único, estuvo relacionado con el compromiso con Cuba: Palacios habría marcado diferencias a raíz de los fusilamientos en la isla y de la definición de Fidel Castro sobre el carácter «marxista-leninista» de la revolución. Ver también: Hidalgo, Enrique. «Reflexiones después de un putsch derechista», *Situación*, 9 (1961).

48 Giussani, Pablo. «Hacia un Frente de Liberación Nacional», *La Vanguardia «roja»* (09-08-1961).

49 PSA, 46 Congreso Extraordinario (1961), «Abrimos nuestras listas para construir un socialismo argentino, latinoamericano fidelista», *La Vanguardia «roja»* (06-09-1961). Además, el congreso dispuso que el partido se desafilara de la *is* y se declarara «marxista-leninista».

50 Frondizi estaba bajo permanente sospecha de las Fuerzas Armadas que lo acusaban de no respetar «los principios de la Revolución Libertadora» y de intentar rehabilitar electoralmente al peronismo para cumplir con su «pacto» con Perón. Ver: Smulovitz, Catalina. *Oposición y gobierno: los años de Frondizi* (Buenos Aires: CEAL, 1988). En consecuencia, la política electoral de Frondizi oscilaba entre la proscripción y la habilitación de los «neoperonismos».

51 Socialismo de Vanguardia, *Revista de Tesis del Partido Socialista Argentino de Vanguardia* (septiembre de 1963).





evidencian su entusiasta participación en la campaña y las mismas páginas de *La Vanguardia «roja»*, su periódico oficial.⁵²

Tal como había sido supuesto, el peronismo resultó ganador y su triunfo fue anulado por el gobierno,⁵³ pero contrariamente a lo esperado el alzamiento no se produjo. La frustrante situación fue explicada apelando a la claudicación de un sector de la dirigencia peronista. Y en los meses posteriores, una parte de la prensa *vanguardista* reflejó muy vivamente el impacto producido. *Che* —segunda época— vehiculizó el desencanto con el comportamiento del peronismo y criticó duramente a Andrés Framini por su tibia reacción, a la vez que con un tono marcadamente panfletario y un afectado lenguaje popular, convocaba a los trabajadores a «juntar la bronca», decirle «adiós a las urnas» y provocar «un nuevo 17». Al mismo tiempo se advierte una llamativa y profusa elaboración de argumentos destinados a justificar las posiciones del propio Perón, por caso, los que lo presentan «cercado» por ciertos personajes que impedirían la concreción del «giro a la izquierda» del movimiento.⁵⁴

Mientras tanto, las publicaciones oficiales —*Sin Tregua* y *No Transar*— muestran un discurso cada vez más preocupado por las relaciones de fuerza dentro del peronismo y reiteran sus llamados a «los verdaderos continuadores de la lucha popular y antiimperialista nacida el 17 de Octubre», y su condena a los que aceptan «integrarse al régimen». A pesar de los signos que indicaban que la dirigencia peronista comenzaba a orientar al movimiento hacia otro tipo de alianzas políticas,⁵⁵ los *vanguardistas* persistieron en su línea de apoyo a la «línea dura».

Dificultades, debates y fractura

Mientras esa era la línea oficialmente sostenida, ciertos documentos partidarios comenzaban a esbozar una actitud más reflexiva que, en principio, moderaba el optimismo revolucionario y abría ciertos temas a la discusión. Si los últimos acontecimientos habían mostrado las dificultades que presentaba la «revolucionarización» del peronismo, era preciso redefinir si no los objetivos, al menos sí las tareas inmediatas del partido en relación con él. Uno de esos temas de discusión fue el vinculado al tipo de estructura organizativa más adecuada para el partido. En el grupo dirigente predominó la convicción de que era necesario construir un «partido de vanguardia», como condición de posibilidad de un ahora más distante «Frente de Liberación». Vale decir, dotarse de otro tipo de estructura, menos abierta y deliberativa, más homogénea y disciplinada, e inspirada en los principios leninistas del centralismo democrático.⁵⁶

Por otra parte estaba la cuestión de las relaciones con Cuba y el tipo de involucramiento del PSAV en los planes de Guevara para Latinoamérica. Al respecto, conviene tener en cuenta que

52 En *La Vanguardia «roja»* del 12-03-1962 y días siguientes puede observarse el entusiasmo por el «candidato obrero», y las múltiples adhesiones que este recibió desde toda la izquierda. El periódico reproduce en su tapa boletas de Unión Popular y sucesivos números llevaron titulares que evocaban el mito de origen del peronismo —«El 18 otro 17»— y reproducían declaraciones del tipo: «votar por el peronismo es la única elección racional» para la izquierda.

53 La anulación fue decidida por el presidente Frondizi bajo intensa presión militar; de todos modos fue obligado a dejar el gobierno.

54 En *Che* —2ª época—, 1 y 2 (1962). La «teoría del cerco» sería ampliamente utilizada por la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en los años setenta.

55 Para las elecciones presidenciales de 1963, la dirigencia peronista viró hacia la construcción de un frente de centro-derecha con democristianos y conservadores.

56 Es evidente la influencia del proceso político cubano que, por entonces, transitaba la fase final de unificación de las fuerzas revolucionarias con la constitución del Partido Unido de la Revolución de Cuba (PURSC) —luego Partido Comunista cubano—.





desde mediados de 1962, como consecuencia de las iniciativas que provenían de la isla, el influjo cubano sobre el psav se había ido incrementando. Y casi al mismo tiempo que se emitía la Segunda Declaración de La Habana, un importante contingente de *vanguardistas* —comandados por Elías Semán— viajó a La Habana para integrarse a un «campamento» del que también participaban algunos grupos peronistas y trotskistas.⁵⁷ Si bien los *vanguardistas* apostaban al desencadenamiento de acciones de masas —y no a la instalación de «focos»—, es evidente que el tema de la lucha armada estaba comenzando a ser discutido, sobre todo entre sus militantes más jóvenes.⁵⁸

Pero el gran tema pasaba por la cuestión de cómo entender —y superar— la distancia existente entre la línea partidaria y la realidad política, entre las propias expectativas y el comportamiento real del peronismo. Desde el punto de vista del histórico grupo de Latendorf, era necesario persistir en la idea original de «acompañar» al peronismo, aunque «ajustando la táctica» al momento de reflujo de las luchas populares. No hacerlo implicaría retroceder a los moldes de la «vieja izquierda liberal»: una «izquierda real» debía permanecer al lado de los trabajadores hasta que estas agotaran las metas por las cuales estaban dispuestos a luchar. En la puja interna, esta posición acentuaba el costado nacional y properonista de la original fórmula *vanguardista*. En cambio, el sector en el que predominaban militantes y dirigentes más jóvenes, como Elías Semán,⁵⁹ pensaba que dichas expectativas debían darse por concluidas para dar paso a una «política de izquierda alejada del populismo»: optaban por una definición clasista y por el perfil marxista que el partido había asumido.

Hacia fines de 1963, cuando las diferencias entre los «nacionales» y los «marxistas» se volvieron inconciliables, el psav entró en crisis. De su fragmentación emergieron dos grupos principales: el de la «Secretaría Latendorf», que siempre se consideró como la verdadera continuidad de la idea de la *izquierda socialista*, y el de la «Secretaría Tieffenberg» que, un tiempo después y bajo el liderazgo de Elías Semán, viró hacia el maoísmo y adoptó el nombre Vanguardia Comunista (vc) —vc fue el primer grupo maoísta argentino—. Los primeros —los «nacionales»—, al no poder retener el nombre del partido, pasaron a llamarse Partido de la Vanguardia Popular (pvp).

El Partido de la Vanguardia Popular (PVP) y el giro hacia el peronismo

Separado ya el grupo crítico, el sector de Latendorf retuvo los contactos con los «duros» del peronismo y sus «comandos», y en su periódico *Socialismo de Vanguardia* (sv) se multiplicaron las entrevistas a líderes peronistas combativos —Jorge Di Pasquale, Jorge Cafatti, Carlos Alberto Burgos, Carlos Caride— y se reivindicaron episodios en los que algunos *vanguardistas* habían actuado en conjunto con los «comandos» peronistas, sobre los que hasta el momento se había guardado silencio.⁶⁰ Impacta comprobar la ausencia de toda referencia a las luchas de los trabaja-

57 Todo parece indicar que el psav quedó más bien al margen del proyecto del Che en lo referente al «foco» instalado en Salta en 1963-1964, debido a desavenencias con el propio Guevara —aunque es posible que algunos socialistas hayan cumplido tareas en relación con él—. Ver: Rot, Gabriel. *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000). Los *vanguardistas*, a la vez participaban de la iniciativa impulsada por los cubanos y por J. W. Cooke de invitar a Perón a residir La Habana e impulsar la constitución de «una corriente revolucionaria» en el peronismo. Ver: Tortti, M. C. *El «viejo» partido socialista*.

58 psav, *Revista de Tesis...* refleja escepticismo sobre las posibilidades de la lucha «dentro de la legalidad del régimen» y llama a prepararse para una etapa de «vigilancia armada».

59 Además de Semán, participaban jóvenes —sobre todo universitarios— como Hugo Caleo y también el hasta entonces secretario general del psav, David Tieffenberg.

60 Uno de ellos es el episodio «de la calle Gascón», en el que una célula formada por *vanguardistas* y comandos peronistas fue descubierta por la policía, y en relación con el cual luego se produciría la desaparición del militante peronista Felipe Vallese. Ver: *Socialismo de Vanguardia*, 18 (1964).





dores, previas a 1945, y también la profusión de figuras retóricas caras al nacionalismo, por caso, el tema de «las dos Argentinas».

Dentro de ese marco, el PVP critica tanto a los grupos de izquierda que no comparten sus posiciones como a aquella dirigencia política y sindical peronista a la que considera cómplice, y acusa de apagar la rebeldía popular y tratar de encerrar al peronismo en el «tradeunionismo» para convertirlo en «un partido político más». Uno de los blancos de la crítica era el líder metalúrgico Augusto T. Vandor y su forma de conducir el recientemente proclamado Plan de Lucha de la CGT, reduciéndolo a ejercer presión para la obtención de mejoras económicas «dentro del sistema».⁶¹

Desde el punto de vista del PVP era necesario politizar dicho Plan de Lucha colocando como objetivo principal la reivindicación número uno de los trabajadores: la exigencia del regreso de Perón al país. Convencido de que la clase obrera permanecería impermeable a las consignas socialistas mientras no hubiese logrado satisfacer ese «objetivo inmediato», el PVP se comprometía con la campaña prorretorno instrumentada por el peronismo.⁶² Así fue como a principios de 1965 lanzó una convocatoria a «todas las fuerzas populares» para integrar un «Comando Nacional por el retorno de Juan Perón», llevó ese lema a casi todas las tapas de su periódico y participó de numerosos actos con la Juventud Peronista y el Movimiento Revolucionario Peronista, así como con grupos properonistas tales como el Movimiento de Liberación Nacional y Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara.⁶³

Pese a esta notable cercanía con el peronismo, el PVP no dejó de marcar su propio perfil —al menos mientras estuvo bajo la dirección de Latendorf—. Así, cuando repetía las consignas referidas al regreso de Perón, además de señalar un elemento de continuidad en las luchas populares, marcaba un elemento diferencial. El regreso por el que había que luchar requería de algo más que «la reunión de las masas en la plaza»: en las nuevas condiciones históricas era necesario imbricar el retorno del líder con la lucha revolucionaria, y la «afirmación nacional» con las tareas propias de la «liberación social». En la misma línea, sostenía que «nos importa más que él mismo, y por encima de él mismo, la lucha popular por la conquista del poder».⁶⁴

Por otra parte, mientras la conducción histórica —Latendorf e Hidalgo— estuvo a cargo de la dirección, el discurso sobre el vínculo con el peronismo se mantuvo dentro de marcos político-ideológicos que remitían al socialismo y a la revolución latinoamericana.⁶⁵ Por estar inmerso en esa tradición, al celebrarse la Conferencia Tricontinental en La Habana en enero de 1966,

61 «Balance de una claudicación», *Socialismo de Vanguardia*, 18 (1964). Los militantes del PVP realizaron intenso trabajo gremial y barrial, sobre todo en el Gran Buenos Aires, Córdoba, Bahía Blanca, Zárate, Chaco y Tucumán.

62 Testimonios de los propios *vanguardistas* aseguran que fueron ellos (más precisamente Latendorf) quienes inventaron la consigna «Lucha y Vuelve», luego tomada por el peronismo. Efectivamente, la consigna aparece en todos los números de *Socialismo de Vanguardia* entre fines de 1964 y mediados de 1965.

63 *Socialismo de Vanguardia*, 36 (1965). También estaban vinculados con el grupo *cookista* Acción Revolucionaria Peronista y con Vanguardia Revolucionaria —grupo recientemente escindido del Partido Comunista— liderado por Juan C. Portantiero.

64 En *Socialismo de Vanguardia* 26 y 29 (1964) se argumentaba que para que el peronismo «avanzara» era necesario rescatar a Perón de la «lejanía mítica» en la que lo mantenían los dirigentes «burocratizados» del movimiento.

65 El periódico mantuvo la sección «Latinoamérica en armas» e informó regularmente sobre las luchas en Brasil, Cuba, Guatemala, Panamá, y en general en el Tercer Mundo —en particular sobre Viet Nam—.





Latendorf formó parte de la delegación argentina en nombre del «Socialismo de Vanguardia», pese a que su partido ya no llevaba ese nombre.⁶⁶

El comienzo de otra historia

Pero para entonces algunas cosas venían cambiando en el PVP. Desde 1963-64, además del retiro de los «marxistas», se producía el ingreso de una nueva camada de militantes —muchos provenientes de las clases medias—, atraídos por la posibilidad de acercamiento al peronismo que el PVP ofrecía.⁶⁷ Entonces, la fórmula que había dado perfil propio a la *izquierda socialista* acentuó su desequilibrio a favor del polo properonista, al tiempo que figuras históricas como Latendorf o Hidalgo pasaban a tener menor peso y otras se alejaban de la militancia.⁶⁸

A la vez, el panorama político nacional también se estaba modificando. De una parte, el reingreso de los militares al poder en 1966 alteró drásticamente el escenario político. Por otra, en el fragmentado campo de la izquierda y de la *nueva izquierda*, a los debates sobre el peronismo se sumaban con nuevo vigor los ligados al tema de la lucha armada, y algunos militantes optaban por vincularse con los grupos que se preparaban para ella —por caso, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)—.⁶⁹

En las nuevas circunstancias, el PVP —ya decididamente comprometido con el peronismo— produjo un significativo cambio cuando, en 1968 y bajo la dirección de Manuel Dobarro, estableció que la verdadera línea del PVP era la que conducía a la «Revolución Nacional», y que seguir hablando de «revolución socialista» y «liberación nacional» formaba parte de «falsas postulaciones principistas». Vanguardia Popular había traspuesto un límite a partir del cual comenzaría otra historia, la de su dilución en el peronismo.⁷⁰

En la trayectoria que ha sido esbozada es posible apreciar las dificultades y frustraciones implicadas en la fórmula ideada por la *izquierda socialista* para religar al movimiento popular con el socialismo, dentro de una perspectiva revolucionaria. También pueden advertirse —junto a la voluntad de asumir los retos de la hora— los puntos ciegos de una construcción política que razonó a partir de la hipótesis de maleabilidad del peronismo, en tanto identidad política de los trabajadores argentinos.

66 En los ambientes de izquierda el PVP seguía siendo nombrado como «Socialismo de Vanguardia». La delegación argentina fue encabezada por J. W. Cooke, y además de Latendorf, la integraban José Vazeilles —Movimiento de Liberación Nacional— y Alcira de la Peña —Partido Comunista—. *Socialismo de Vanguardia* 53 (1966) informó sobre la convocatoria a la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). Sobre la OLAS, ver: Marchesi, Aldo. «La revolución viene llegando», en Tortti, María C., Chama, Mauricio y Celentano, Adrián (eds.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución y revolución* (Rosario: Prohistoria, 2014).

67 Testimonios a la autora de Jorge Dall'Aglio y Norberto Ciaravino (2009).

68 Entre quienes se alejaron: Pablo Giussani y Juan C. Marín.

69 Testimonios a la autora de Marta Fernández y Cristina Feijóo.

70 *Vanguardia Popular*, 5 (1968) y 10 (1969). Finalmente sus dirigentes decidieron ingresar al peronismo. Ver: Documento Político del Partido de la Vanguardia Popular, *Entramos al peronismo, porque hemos alcanzado a ser peronistas ¡Viva Perón!* (1971).





Bibliografía

- Altamirano, Carlos. *Bajo el signo de las masas*, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- Aricó, José. *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- . «Raíces del populismo y la izquierda en el continente. 1917 y América latina», *La Ciudad Futura*, 18, 1991.
- Bergel, Martín. *El oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- Bisso, Andrés. *Acción Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Cavarozzi, Marcelo. *Autoritarismo y democracia, 1955-1996*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Ferreira, Silvana. «Socialismo y peronismo en la historiografía sobre el Partido Socialista», *Prohistoria*, vol. 15, 2011.
- Camarero, Hernán y Herrera, Carlos. «El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas», en Camarero, H. y Herrera, C. (editores). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Herrera, Carlos. «¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)», en Camarero, H. y Herrera, C. (editores). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Iñigo Carrera, Nicolás. «La clase obrera y la alternativa parlamentaria (1932-1936): el Partido Socialista», en Camarero, H. y Herrera, C. (editores). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Graciano, Osvaldo. *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- James, Daniel. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina. 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Kohan, Néstor. *De Ingenieros al Cbe*, Buenos Aires, Biblos, 2000.
- Latendorf, Abel A. «Contesta Abel Alexis Latendorf», en Strasser, Carlos. *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.
- Marchesi, Aldo. «La revolución viene llegando», en Tortti, María C.; Chama, Mauricio y Celentano, Adrián (eds.). *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución y revolución*, Rosario, Prohistoria, 2014.
- Mazzeo, Miguel. *Cooke, de vuelta (el gran descartado de la historia argentina)*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999.
- Pedrosa, Fernando. *La otra izquierda. La socialdemocracia en América Latina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.
- Portantiero, Juan C. *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1978.
- Rot, Gabriel. *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.
- Sassoon, Donald. *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001.
- Sigal, Silvia. *Intelectuales y política en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- . «Intelectuales y peronismo», en Juan C. Torre. *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.
- Smulovitz, Catalina. *Oposición y gobierno: los años de Frondizi*, Buenos Aires, CEAL, 1988.
- Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- . *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- Torre, Juan C. *La vieja guardia sindical y Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Tortti, María Cristina. *Clase obrera, partido y sindicatos*, Buenos Aires, Biblos, 1989.
- . *El «viejo» Partido Socialista y los orígenes de la «nueva izquierda»*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- . «“Soluciones”: una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña por el voto en blanco en 1960», *Políticas de la Memoria* 10-12, 2011-12.
- . *Cbe. Una revista de la nueva izquierda*, Buenos Aires, Cedinci, 2013.

Recibido 15/04/16 - Aceptado 31/07/16





El fenómeno de los «cantegriles» montevideanos en los estudios sociales. 1946-1973

María José Bolaña¹

Resumen

Siguiendo el proceso que vivieron las ciencias sociales en el Uruguay entre 1946 y 1973, se analiza la aparición en ellas del estudio, la concepción y la producción de conocimiento sobre los «cantegriles» montevideanos. Se establecen tres períodos. De 1946 a 1958, etapa que antecede a la institucionalización de la sociología como campo universitario, donde las obras académicas priorizan el mundo rural. De 1958 a 1968, período marcado por la institucionalización de la sociología y su desarrollo científico, el desarrollo de diagnósticos estadísticos de la realidad nacional y planes gubernamentales, en que aparece el estudio de lo urbano y la descripción de fenómenos como los «cantegriles» en Montevideo. De 1968 a 1973, se produce una renovación profesional de los científicos sociales y la integración de teorías sobre la marginación urbana, esbozándose un análisis de los «cantegriles» desde estas perspectivas, pero manteniéndose la escasez de estudios empíricos y el desconocimiento científico sobre el fenómeno.

Palabras claves: cantegriles, ciencia, sociología, desconocimiento

Abstract

We search the studies, conceptions and knowledge produced in Uruguayan social sciences about the «cantegriles» in Montevideo from 1946 until 1973. Consequently, it is necessary to establish three periods in the evolution of social sciences and in the appearance of the phenomenon. The first period is 1946-1958, before Sociology institutionalization in the university, when the center of academic field was the rural world. The second period is 1958-1968, it was the time of Sociology institutionalization, scientific development, statistical studies of Uruguayan reality and government plans, where the study of urban world and the description of the «cantegriles» showed up. The last period is 1968-1973, there was a professional renovation in the social science field and the urban marginalization theory was integrated in the analysis of the «cantegriles», however the scarcity of empirical studies and scientific knowledge about that phenomenon went on.

Keywords: cantegriles, science, sociology, unaware

1 Profesora egresada del IPA en la especialidad Historia, maestranda en Historia Rioplatense FHCE-Udelar.





Relación entre academia, Universidad y ciencia

El mundo de la segunda posguerra generó un cambio en la relación entre academia, Universidad y ciencia con respecto al desarrollo del conocimiento de lo social en Uruguay. Este proceso, regional y nacional, se caracterizó por la institucionalización y la internacionalización de las ciencias sociales. El desarrollo de las mismas estará condicionado por: los niveles de intercambio profesional regional (circulación de docentes, encuentros regionales e internacionales); los organismos internacionales creados luego de la segunda guerra mundial (ONU, UNESCO, CEPAL, FMI, BID); el contexto de la Guerra Fría y el triunfo de la Revolución cubana, que marcaron un cambio en la política de los Estados Unidos hacia América Latina; los procesos nacionales, con sus riquezas y carencias en la producción de conocimiento y reflexión sobre lo social y sus búsquedas de respuestas para los problemas sociales y políticos de cada realidad nacional.

La década del cincuenta en Uruguay marcó el camino hacia la institucionalización de las ciencias sociales. Las áreas de economía e historia tuvieron su impulso en la Facultad de Economía y Administración con la creación del Instituto de Economía en 1944, con la fundación de la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1945 y el Instituto Historia en 1954, y la fundación del Instituto de Profesores Artigas en 1951. La enseñanza de la sociología se dio en diferentes profesiones, en el IPA existían dos cursos de sociología obligatorios para todas las carreras, en Facultad de Arquitectura a partir del plan de estudios de 1952 se implementó el curso de Sociología y Economía, en Facultad de Economía el curso de Sociología General, Económica y de la Hacienda, y en 1958 el curso de Sociología y Economía Rural en las facultades de Veterinaria y Agronomía.

El proceso de «institucionalización parcial»,² que comenzó con la cátedra de Sociología en 1915, se afianzó en los años cincuenta, generándose las bases para la institucionalización de las ciencias sociales en la década de los sesenta. Para la literatura en general, señala Gerónimo de Sierra,³ el año 1958 marcó el comienzo de la «institucionalización» de la sociología en el ámbito universitario, con la creación del Instituto de Sociología en la Facultad de Derecho. Se inició así la primera fase de institucionalización de las ciencias sociales hasta 1968, cuando se produjo un cambio en el espectro de académicos e investigadores sociales. En esa etapa se dio un impulso a la formación en el exterior, y el instituto estuvo dirigido por abogados que se dedicaban a la enseñanza y a la investigación en sociología. A partir de 1968, se produjo, según Gerónimo de Sierra, una refundación del Instituto de Sociología con profesionales que se habían formado en el extranjero (Flacso Chile), y que fundaron la Licenciatura en Sociología, luego de que el Consejo Central de la Universidad le reconociera el carácter de «Instituto Central»,⁴ permaneciendo en la Facultad de Derecho.

En el período de 1958 a 1963, la institucionalización fue acompañada por la promoción y el financiamiento gubernamental de espacios de investigación social que realizaron diagnósticos y estadísticas para la planificación económica y social como la Comisión de Investigación y Desarrollo Económico que realizó el Muestreo Nacional de Vivienda 1961-1962, el IV Censo General de Población y II de Vivienda, y el Plan Nacional de Desarrollo Económico Social 1965-1974. A su vez, el Centro Latinoamericano de Economía Humana y la Compañía Cinam de París realizaron, con financiamiento del Ministerio de Ganadería y Agricultura, el *Informe sobre la situación económica y social del Uruguay rural* publicado en 1963. En todos esos ámbitos

2 Este concepto responde a la idea de que se reconoce parcialmente desde la Universidad el campo de lo social como objeto de enseñanza académica y estudio. Trindade, Helgio (coordinador). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada* (México: Siglo XXI, 2007), 339.

3 Trindade, H. *Las ciencias sociales*, 344.

4 Ídem, 348-349.





participaron profesionales y docentes universitarios de distintas áreas, predominando la economía y la sociología.⁵ Estos estudios generaron experiencia y datos estadísticos para el conocimiento científico de la realidad social, incentivando el pasaje de la «sociología de cátedra»⁶ que predominaba en el ámbito universitario, a la «sociología científica»,⁷ y otorgándole a esta un predominio sobre el conocimiento de la sociedad, con respecto a otras ciencias sociales como la economía y la historia. Esta transformación se realizó uniendo la teoría y el estudio empírico de lo social con la planificación, se consideraba necesario diagnosticar y racionalizar los instrumentos y las técnicas de modernización que llevaran al desarrollo a través de la reforma, en contraposición al camino revolucionario. En ese contexto, se transformó la forma de producción intelectual. Las investigaciones comenzaron a realizarse en equipos de técnicos, de especialistas, cuyo producto eran «informes de investigación»⁸ basados en la «encuesta empírica»,⁹ a diferencia de «la síntesis libresca»¹⁰ característica de la filosofía social y la sociología de cátedra de los cincuenta. La visión de estos nuevos estudios seguía siendo global y totalizadora de los fenómenos sociales, aunque desde otra perspectiva y con otros instrumentos. Se continuaba indagando desde la estructura, pero cambiando métodos, lenguaje y la forma de trabajo intelectual, investigando desde diversas variables, dimensiones, indicadores. Los sectores estudiados conformaban aquellos ámbitos sobre los que se debía actuar al mismo tiempo, en su totalidad, para modificar la realidad en su conjunto. Así, la vivienda, la alimentación, la mortalidad, la natalidad, los servicios públicos, los ingresos familiares, la ocupación, etc. constituían los parámetros para acercarse a la realidad social, conocerla e interpretarla, realizando encuestas, muestreos y tabulación de datos estadísticos, conformando una «racionalidad instrumental»¹¹ que luego permitiera planificar.

A pesar del apoyo gubernamental al inicio de los sesenta, la década se caracterizó por la crítica y la oposición de la academia universitaria hacia el gobierno, sobre todo a partir de 1965, año marcado por la radicalización estudiantil, el abandono de postulados reformistas, el cuestionamiento a la influencia norteamericana en el campo de las ciencias sociales, especialmente en la sociología y el cambio en las teorías sociales.¹²

5 A pesar del predominio de profesionales universitarios, los estudios estadísticos de vivienda y el informe CINAM, fueron elaborados e implementados por los Equipos del Bien Común, que funcionaban desde la década del cuarenta, y en 1958 habían fundado el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH).

6 La «sociología de cátedra» caracteriza el período en que la enseñanza de la sociología prevalecía sobre la investigación social, donde existía una fragmentación de la sociología y diversas representaciones sobre la sociología empirista. Blanco, Alejandro. *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina* (Argentina: Siglo XXI, 2006), 175,184. Puede señalarse que esta fue una característica de la sociología en Uruguay durante el período denominado de «institucionalización parcial» por Gerónimo de Sierra. H. Trindade, *Las ciencias sociales*.

7 La «sociología científica» se constituye con la integración entre teoría e investigación empírica en un esquema unificado, se estableció en la región a fines de los cincuenta, a través de la unión entre sociología y planificación, donde la técnica se unió a la teoría constituyendo la «racionalidad instrumental», para el dominio y orientación de la acción. Blanco, A. *Razón y modernidad*, 119-121 y 164.

8 Blanco, A. *Razón y modernidad*, 203.

9 Ídem, 202.

10 Ídem, 202.

11 Ídem, 120.

12 A partir de 1963, se produjo una crítica teórica a la teoría de la modernización, señalando sus contradicciones, y prevaleció desde los organismos internacionales como CEPAL y centros de estudios como FLACSO en Chile la teoría de la dependencia. En la visión desarrollo-modernización de principios de los sesenta prevalecía la teoría estructural funcionalista de Talcot Parssons, en cambio, a mediados de esa década la teoría científico-crítica se basaba en la sociología marxista.





1946-1958: ausencia de estudios académicos sobre los «cantegriles»

Las obras de «corte sociológico»¹³ y «estudios de campo»¹⁴ analizadas en este período demuestran que los «cantegriles» no fueron objeto de estudio de las ciencias sociales, aunque se reconocía su existencia, se intentaba caracterizarlos como fenómeno diferente al «rancherío rural» y a los barrios pobres de las ciudades, especialmente de Montevideo.

Existió la delimitación de un campo de estudio social, el mundo rural, y dentro de ese ámbito aparece el «rancherío rural». La influencia de la sociología rural norteamericana de Sorokin y Zimmerman,¹⁵ la visión estructuralista de influencia cepalina, el estudio de la sociología general y dentro de ella el medio rural y el medio urbano¹⁶ —definidos como regiones y estructuras—, la posibilidad de que el modelo reformista e industrializador de los años cuarenta y cincuenta encontrara su freno en el estancamiento del medio rural, los contrastes y la desigualdad entre el progreso urbano y el atraso, la pobreza y el despoblamiento rural, llevaban al énfasis en el estudio de lo rural sobre lo urbano. A pesar de estos intereses intelectuales, pueden observarse en los cincuenta intentos de definición y caracterización de los «rancheríos suburbanos». En 1944, la obra de los abogados Juan Vicente Chiarino y Miguel Saralegui,¹⁷ dos políticos pertenecientes al partido de la Unión Cívica, planteaba las contradicciones de un modelo económico y social que hacía énfasis en la industria y la ciudad, abandonando al medio rural. Aunque ambos autores hacían énfasis en la dicotomía ciudad-campo, ponían de manifiesto que:

[...] los rancheríos o puebluchos, denominados por algunos también como pueblos de ratas, [...] son esas agrupaciones de míseras viviendas, generalmente ranchos y

- 13 Obras realizadas en una etapa anterior a la institucionalización de la sociología como campo de estudio científico y académico en la Universidad, y escritas por funcionarios, políticos, profesores, abogados y estudiantes de derecho que tenían interés en lo social o se dedicaban al estudio y la enseñanza de la sociología. Ellos son Julio Martínez Lamas, Juan Vicente Chiarino, Miguel Saralegui, Aldo Solari, Isaac Ganón, Renzo Pí Hugarte, German Wettstein, Daniel Vidart.
- 14 Los Equipos del Bien Común fundados en 1947 desarrollaron métodos de investigación empírica durante los años cincuenta que enriquecieron el desarrollo de los estudios sociales con metodología y técnica y generaron información y aportes para la reflexión sobre la sociología urbana. Ejemplo de ello es el trabajo sobre la familia en Montevideo de 1955, coordinado por Juan Pablo Terra. Otra fuente de este tipo es el trabajo de Renzo Pí Hugarte y Germán Wettstein, *Rasgos actuales de un rancherío uruguayo. El rancherío de Cañas del Tacuarembó en el panorama general de nuestros rancheríos* (Montevideo: Biblioteca de Publicaciones Oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Montevideo, 1955).
- 15 La obras de Isaac Ganón y Aldo Solari de los años cincuenta, basan sus categorías de análisis y su metodología en las siguientes obras: Sorokin, Pitirín A. y Zimmermann, Carle C. *Principles of Rural-Urban Sociology* (Nueva York: H. Holt, 1929); Sorokin, P.A. *Society, Culture and Personality* (Nueva York: Cooper Square Publisher, 1947).
- 16 Estas definiciones pueden encontrarse en Ganon, Isaac. *Resumen de Sociología*, volumen I, (Montevideo: Biblioteca de publicaciones oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Montevideo, 1952), 46-52, 251-314; Ganon, Isaac. *Resumen de Sociología*, volumen II, (Montevideo: Biblioteca de publicaciones oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Montevideo, 1952), 502, 512-514. La obra de Aldo Solari *Sociología Rural Nacional* es un ejemplo, desde su título, del enfoque teórico que lo lleva a realizar un recorte «nacional» y «regional» del campo de estudio social. Solari, Aldo. *Sociología Rural Nacional* (Montevideo: Biblioteca de Publicaciones Oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Montevideo, 1958), 16-24. Isaac Ganon fue abogado, catedrático de sociología en la Facultad de Derecho y director del Instituto de Sociología de esa facultad desde 1958 a 1968.
- 17 Chiarino, Juan Vicente y Saralegui, Miguel. *Detrás de la ciudad. Ensayo de síntesis de los olvidados problemas campesinos* (Montevideo: Impresora uruguaya s.a., 1944).





algunas veces casillas de latas, que se encuentran tanto formando arrabales de la ciudades, o integrando los sectores más pobres de algunos pueblos [...]. Hay barrios sub-urbanos de las capitales de los departamentos, que son casi íntegramente rancheríos de la categoría más inferior en cuanto a miseria, como hay asimismo pueblos en formación, progresistas y hacendosos, que tienen su sector de rancheríos.¹⁸

El cuestionamiento político ponía en evidencia la pobreza, el problema de la vivienda y el rancherío como un fenómeno nacional, urbano y rural. La cuestión de los «rancheríos» no era solo un problema rural. La pobreza urbana expresada en «arrabales» con «ranchos» y «casillas de lata» y en la «miseria» de esas poblaciones parecía un fenómeno común a los pueblos y ciudades del Uruguay a mediados de los cuarenta.

En 1953, el abogado y catedrático de Sociología en la Facultad de Derecho Aldo Solari cuestionaba en su obra *Sociología Rural Nacional*,¹⁹ el énfasis de la literatura académica y política en la existencia de los «rancheríos rurales», describiendo la realidad de mucha gente en la ciudad: «La miseria, las viviendas a punto de caerse, que no cuentan más que un solo ambiente y en que viven hacinadas muchas personas, existen tanto en la cintura de Montevideo y de toda las ciudades del interior, como en el medio agrícola y en el ganadero».²⁰ Según él, la reiterada denuncia de los «rancheríos rurales» hacía olvidar la pobreza «de muchos suburbios de la capital».²¹

La dimensión numérica, la realidad de sus habitantes y la antigüedad del «rancherío rural» como fenómeno social de la campaña uruguaya, hacía que a mediados del siglo xx, fuera visto como un problema de la estructura económica y social. En cambio, el «rancherío suburbano», si bien se reconocía como un fenómeno relativamente reciente difícil de ubicar y definir, su aparente transitoriedad en un país que estaba desarrollando un modelo industrializador, las dificultades estadísticas, teóricas y metodológicas en el estudio de lo social y el escaso desarrollo de una sociología urbana, condicionaban y limitaban su abordaje. De allí que se le aplicaban las mismas categorías que al «rancherío rural»: «deshecho», «inexistencia de actividad» o por lo menos de actividad estable que lo integre a una estructura económica y social.

Sin embargo, en 1955 el análisis del estudiante de derecho Renzo Pí Hugarte y del profesor de geografía Germán Wettstein señalaba que el aumento del número de «rancheríos suburbanos» parecía estar relacionado con «la creciente industrialización»²² y «la mayor urbanización».²³ En 1955, la cuestión de los «rancheríos suburbanos» en el Uruguay no parecía ser un fenómeno muy reciente, tal vez su número era reducido en Montevideo a fines de los años cuarenta, por ello su escaso análisis desde la academia, además de las dificultades que presentaban las categorías censales y por tanto la recopilación de datos fidedignos. El Dr. Aldo Solari planteaba en 1953 que «muchos de los rancheríos que en los censos policiales aparecen atribuidos al medio agrícola, son realmente suburbanos».²⁴

A mediados de los años cincuenta los «rancheríos suburbanos» no eran un fenómeno reciente pero sí eran un hecho que se agravaba, sobre todo en la ciudad más industrializada del Uruguay: Montevideo. Parecía, para los académicos, que no necesariamente había una relación

18 Chiarino J. V. y Saralegui, M. *Detrás de la ciudad*, 160.

19 Solari, A. *Sociología Rural Nacional*.

20 Ídem, 379.

21 Ídem.

22 Pí Hugarte, Renzo y Wettstein, German. «Rancheríos rurales y rancheríos suburbanos», *Revista del Centro de Estudiantes de Derecho*, tomo XIX, 84 (1959).

23 Ídem.

24 Solari, A. *Sociología Rural*, 76.





directa entre la estructura económica y social rural y el «rancherío suburbano». Este era visualizado como parte de los límites del modelo industrializador, que tal vez por los «altos costos»²⁵ de la industria no permitía salarios que facilitaran el acceso a vivienda y alimentación o un ascenso social rápido, o existía en la ciudad un proceso de exclusión urbana generado por diversas causas. La dificultad se presentaba en plantearlo como un hecho establecido, como parte de la estructura social urbana, sobre todo cuando el énfasis se hacía en la estructura del medio rural.

Para los estudios sociales los «rancheríos suburbanos» presentaban características que hacían de él un fenómeno social a establecer, pero ambiguo y difícil de definir. Parecía tratarse de «excluidos» de la estructura urbana, el «deshecho», sin embargo formaban parte de ella a través de sus ocupaciones. En ese proceso de «exclusión» e «inclusión», la explicación era la dificultad para adaptarse a la ciudad o para superar dificultades que permitieran su ascenso social. Se observaban como un «no lugar», objeto de discriminación rural y urbana, lo que acentuaba su exclusión social. Para el estudiante Renzo Pí Hugarte y el profesor German Wettstein la exclusión se generaba en un proceso de segregación, los habitantes de los «rancheríos suburbanos» eran migrantes rurales y pobladores urbanos expulsados de la ciudad a través del empobrecimiento.²⁶ El Dr. Aldo Solari discrepaba con el calificativo de «suburbano» porque para él las poblaciones que existían «en la cintura de Montevideo y de toda las ciudades del interior»²⁷ se caracterizaban por estar «vinculados»²⁸ al medio urbano, «sacando de allí su sustento»,²⁹ eran los «desocupados permanentes o accidentales, los rateros, las lavanderas, las prostitutas [...]».³⁰

Por tanto, estas poblaciones, que eran caracterizadas por los estudios académicos como heterogéneas en su origen y tareas, parecían tener en común la exclusión de la urbe, el desalojo y las pésimas condiciones de vida. Era difícil, desde una visión estructuralista prevaleciente en la academia de los años cincuenta y con escasos estudios estadísticos y empíricos, conocerlas.

En la década del cincuenta el estudio de lo social se centraba en el medio rural, el factor de los «rancheríos rurales» y «suburbanos» era la estructura rural, no estaba claro qué papel jugaba la ciudad y la industria en su formación.

1958-1968: aparición del fenómeno de los «cantegriles»

En este período los estudios académicos forman parte de un proceso de transición de las ciencias sociales. La etapa de 1958 a 1964 constituyó un proceso «bisagra» entre la «sociología de cátedra» y la «sociología científica» que marcará la producción académica hasta 1968, produciéndose una convergencia de la racionalidad científica sobre el estudio social y económico de la realidad uruguaya con la planificación de reformas estructurales, a través de estudios y diagnósticos económicos y sociales financiados con presupuesto del Estado y planes de gobierno, en el contexto político de los colegiados blancos y de la Alianza para el Progreso promovida por el gobierno de los Estados Unidos para Latinoamérica. En un período de crisis de la industrialización, de debate político-ideológico entre reforma y revolución, se produjo a nivel académico un

25 Ídem, 562.

26 Pí Hugarte R. y Wettstein, G. «Rancheríos rurales y rancheríos suburbanos».

27 Solari, A. *Sociología Rural*, 379.

28 Ídem.

29 Ídem.

30 Ídem.





cuestionamiento a la teoría cepalina de centro-periferia, cuestionando la centralidad de la industrialización y planteando el fracaso del «Uruguay batllista».³¹

Se transformó la forma de producción intelectual. Las investigaciones comenzaron a realizarse en equipos de especialistas que producían «informes de investigación»³² basados en la «encuesta empírica»,³³ a diferencia de «la síntesis libresca»³⁴ características de la «filosofía social» y la «sociología de cátedra» de los cincuenta. Sin embargo la visión de estos nuevos estudios seguía siendo global y totalizadora de los fenómenos sociales, aunque desde otra perspectiva y con otros instrumentos. Se seguía indagando desde la estructura, cambiando métodos, lenguaje y la forma de trabajo intelectual, se investigaba desde diversas variables, dimensiones, indicadores. Los sectores estudiados conformaban aquellos ámbitos sobre los que se debía actuar al mismo tiempo, en su totalidad, para modificar la realidad en su conjunto. Así, la vivienda, la alimentación, la mortalidad, la natalidad, los servicios públicos, los ingresos familiares, la ocupación, etc. constituían los parámetros para acercarse a la realidad social, conocerla e interpretarla, realizando encuestas, muestreos y tabulación de datos estadísticos, conformando una «racionalidad instrumental»³⁵ que luego permitiera planificar.³⁶

Al iniciarse la década del sesenta los «cantegriles» parecían formar «parte» del mundo social urbano. Si en los cincuenta la industrialización y la teoría centro-periferia no permitían visualizarlos como un «fenómeno social», a principios de los sesenta, el cambio de mirada, donde ya el centro no era la industria, sino el «desarrollo», ponían en el tapete a poblaciones que eran síntomas de «subdesarrollo», ubicando a Uruguay dentro del contexto latinoamericano, y a Montevideo como una típica capital de ese mundo, con grandes contrastes de pobreza y riqueza, y situaciones que podían considerarse de «marginación» social y urbana. De allí la necesidad de delimitar lo urbano, conceptualizarlo y analizarlo, y atender a los problemas sociales que parecían ser un síntoma de esa realidad social de «atraso» contradictoria con un modelo de «modernización» urbana: bajos ingresos, infraconsumo, vivienda de deshechos, escasez de servicios públicos, bajos índices de urbanización, etc. A su vez, la escasez de conocimiento empírico sobre las poblaciones de los «cantegriles» hacía ineficaz cualquier solución, incluyendo las «asistencias» que brindaba el Estado, que no parecían acabar con el problema, sino reproducirlo y aumentarlo.

En 1960, desde la Facultad de Derecho y el Instituto de Sociología, Carlos Rama,³⁷ rompiendo con los análisis de una sociología de lo rural y lo urbano, conceptualizó y describió a las

31 Expresión tomada de Gerónimo de Sierra quien plantea que «desde fines de los años cincuenta y con gran ímpetu en los sesenta [...] se generaliza la interrogación de las élites intelectuales sobre fracaso del Uruguay Batllista». H. Trindade, *Las ciencias sociales*, 345.

32 Blanco, A. *Razón y modernidad*, 203.

33 Blanco, A. *Razón y modernidad*, 202.

34 Blanco, A. *Razón y modernidad*, 202.

35 Blanco, A. *Razón y modernidad*, 120.

36 Estos cambios que se producían a nivel regional tienen a una de sus figuras claves en Gino Germani (1911-1979), quien tuvo un papel decisivo en el desarrollo de la sociología empírica y científica latinoamericana en los años cuarenta y cincuenta, en la búsqueda de una teoría sobre la modernidad en los países latinoamericanos y una de sus consecuencias, la urbanización. Obras del período relacionadas con esa temática fueron: *Anomia y desintegración social* (1945), *La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo* (1956), *Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires* (1958). Este último trabajo fue producto de un estudio sociológico realizado en una «villa miseria» de Buenos Aires llamada Isla Maciel. A pesar de la influencia metodológica y científica de G. Germani, no se conocen en Uruguay trabajos académicos de ese tipo realizados en «cantegriles» montevidianos.

37 Profesor de Historia egresado del IPA, doctor en Derecho y Ciencias Sociales, docteur és Lettres de l'Université de Paris. Se desempeñaba como docente de Historia en Facultad de Humanidades, docente de Sociología en el IPA y en la Facultad de Arquitectura.





poblaciones de los «cantegriles» caracterizándolos como «población marginal»³⁸ de la estructura social, los describía como una nueva conformación urbano-social, de familias pobres, y los diferenciaba de otras poblaciones como los mendigos. Según él, el «rancherío» no era algo nuevo en Montevideo, antes «su número se disimulaba porque aparecían aislados, junto a viviendas de mejor calidad, eran refugio de [...] los mendigos, los “bichicomés”, o los “cirujas” (recolectores de residuos)».³⁹ En cambio, en 1960 eran «barrios» con «núcleos»: ⁴⁰ «se trata de grupos de familias constituidos (hombres, mujeres y niños), mientras antaño predominaba un lumpemproletariat [...] casi exclusivamente adultos».⁴¹ Por tanto, para Carlos Rama los cantegriles como fenómeno social urbano constituían una nueva conformación urbano-social de familias pobres, lo que ponía en cuestionamiento el mismo concepto de «marginal», diferenciándolo de otras poblaciones como los mendigos. Pero mantenía la caracterización que hacían los académicos de los cincuenta sobre el origen y las dificultades para la integración de los habitantes de los «cantegriles» a la vida urbana: migración rural, trabajadores no calificados, trabajadores de la construcción, población que «tiene que proseguir su vida marginal hasta tanto no se ajuste a las condiciones de mercado laboral urbano»,⁴² en tránsito, en proceso de adaptación al mundo urbano. Sin embargo, es clave en su trabajo la visualización de un proceso de transformación del «rancherío» al «cantegril» en la ciudad, de la «pobreza urbana» aislada a los «barrios» de pobres, de marginales. En su análisis los pobladores de los «cantegriles» aparecían como «marginados» de una estructura social y ocupando un nuevo espacio en la urbe. Por último, el trabajo de este autor brinda tres datos a través del estudio de fuentes gubernamentales: el sustento de las poblaciones de los «cantegriles» que han terminado por vivir de socorros o ayudas, de organismos públicos y de entidades privadas», en «viviendas de emergencia» municipales y de «expedios municipales» que les proveían de «artículos de primera necesidad a precios subsidiados»,

la distribución geográfica, [...] en el año 1955 las grandes concentraciones (entre 50 y 102 ranchos) estaban situadas en las zonas determinadas por las calles siguientes: 1) Burgues y Santa Ana; 2) Burgues y Chimborazo; 3) Eguren y Av. Gral Flores y 4) Camino de las Tropas y arroyo Pantanoso. [...] para 1957 con esa categoría solamente tenemos un núcleo sobre Camino Peñarol y Timbues. Se trata en general de terrenos de propiedad municipal en plena zona fabril suburbana, y sobre los caminos o carreteras que vinculan a Montevideo con el centro y norte del país.⁴³

Y el resurgimiento permanente de estas poblaciones, que llevaban a clasificarlos por la antigüedad de sus moradores, entre los antiguos (que en ocasiones tienen hasta 10 años de instalados), y los recientes [...] tienden a agruparse en forma separada. Entre los núcleos más antiguos figuran por ej. los de Av. San Martín y Camino Peñarol, calle Azara y calle Avellaneda, [...] buena parte de los nuevos se agrupan en las cercanías de los barrios de casas de emergencia.⁴⁴

El trabajo de Carlos Rama permite observar cómo la academia en los inicios de los sesenta no había generado información sobre la población de los «cantegriles» de Montevideo, ni categorías de análisis. Debía basarse en fuentes estadísticas gubernamentales y visualizar las políticas gubernamentales y privadas de asistencia a esa población.

38 Rama, Carlos Manuel. *Las clases sociales en el Uruguay* (Montevideo: Ediciones Nuestro Tiempo, 1960), 282.

39 Ídem, 289.

40 Ídem.

41 Ídem.

42 Ídem, 299-300.

43 Ídem, 300.

44 Ídem.





Contemporáneamente, la sociología urbana comenzaba a abordar la relación entre ciudad, vivienda, urbanismo y desarrollo social. El Dr. Dionisio Garmendia⁴⁵ descentraba en 1959⁴⁶ la cuestión de lo rural, y explicaba la necesidad de focalizar el estudio de lo urbano y elaborar hipótesis sobre la sociedad montevideana, donde la movilidad social ascendente no era una realidad. Señalaba los desequilibrios sociales y urbanísticos, en cuanto a servicios de salud, educativos y de infraestructura urbana, provocados por la industrialización, cuyas «exigencias [...] crecieron siempre más rápido que los esfuerzos para satisfacerlas».⁴⁷

El arquitecto y docente Juan Pablo Terra⁴⁸ en 1961 planteaba,⁴⁹ basado en los datos del trabajo *La familia en Montevideo*,⁵⁰ que «un 10 % de las viviendas de Montevideo resultaban clasificadas por distintos motivos como infrahumanas y 35 % más tenían insuficiencias graves»,⁵¹ de un total de 290.000 viviendas, según el informe, 38.000, el 13 % eran «ranchos» y «casillas», siendo difícil saber si el número de estas construcciones había aumentado, debido a que se construían sin permiso municipal, por tanto no había registro estadístico oficial de ellas.⁵²

En 1961, parecía claro para la academia, a pesar de la escasez de datos estadísticos, el empobrecimiento de gran parte de la población que, junto a los bajos ingresos o el desempleo, no tenía posibilidades de acceder a una vivienda. Esa población parecía ser la que aumentaba el número de «cantegriles», que crecían en número y tamaño e iban cambiando su conformación poblacional, eran migrantes del interior, en «proceso de transición» hacia la urbe y sectores de trabajadores sin acceso a vivienda por sus bajos salarios, por el desempleo o por la escasez de viviendas para sectores de bajos ingresos.

En 1963 el profesor Mario Bon Espasandín,⁵³ desde una visión estructuralista afirmaba en su trabajo *Cantegriles: familia, educación, niveles económico-laborales, vivienda y aspectos generales de la población que componen el collar de miserias de Montevideo*⁵⁴ que la estructura rural era el factor de esas formaciones urbanas y sociales. Señalaba, al igual que Carlos Rama, a los «cantegriles» como fenómeno de la «Sociología Urbana, relacionado [...] con lo rural»,⁵⁵ y realizaba un acercamiento al fenómeno a través de un trabajo de campo. Desde un análisis focalizado, se constataban factores de «exclusión» social, bajo nivel de educación, bajos ingresos, inadaptación a las tareas

45 Dionisio Garmendia era abogado y desde los Equipos del Bien Común, ya nombrados, llevó a cabo una intensa labor como investigador social.

46 Garmendia, Dionisio Jorge. «Montevideo Elementos para una sociología urbana», *Cuadernos del claeB*, 6 (1959).

47 Garmendia, D. J. «Montevideo Elementos para una sociología urbana».

48 Juan Pablo Terra era arquitecto y docente del área de Sociología y Economía en la Facultad de Arquitectura, había sido coordinador de los Equipos del Bien Común en los años cincuenta, a fines de esa década fundó, junto con el ya nombrado abogado Dionisio Garmendia, el Centro Latinoamericano de Economía Humana. En los años sesenta integrará la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) y como diputado del Partido Demócrata Cristiano será el principal redactor de la Ley del Plan Nacional de Vivienda de 1968.

49 Terra, Juan Pablo. «Algunas magnitudes del problema de la vivienda», *Revista de la Facultad de Arquitectura*, 3 (1961).

50 Equipos del Bien Común, *La Familia en Montevideo* (Montevideo: UNCAS, 1956).

51 Terra, J. P. «Algunas magnitudes del problema de la vivienda».

52 Ídem.

53 Se desempeñaba como docente de Sociología del Instituto Normal de Magisterio.

54 Espasandín, Mario Bon. *Cantegriles: familia, educación, niveles económico-laborales, vivienda y aspectos generales de la población que componen el collar de miserias de Montevideo* (Montevideo: Tupac Amaru, 1963).

55 Ídem, 25.





urbanas, fenómeno que era comparado a otras ciudades de América Latina. Aparecía un tipo de análisis que tomará la teoría social en Uruguay hacia fines de los sesenta: la marginalidad dentro de la teoría de la dependencia como fenómeno del subdesarrollo, que visualizaba a una población marginada con ciertas características, pero faltaba aún, en 1963, teoría y método científico.

Entre 1964 y 1967 el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social elaborado por la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, coordinada por el contador Enrique Iglesias, realizó diagnósticos y planes basados en una visión de «desarrollo» a partir de reformas en diversos sectores: agropecuario, industria, energía, transporte, comunicaciones, turismo, educación, vivienda, planeamiento territorial, agua y servicios sanitarios, salud, administración pública, tributario, seguridad social, comercio exterior, financiero, precios. Los planes fueron aprobados por el Consejo Nacional de Gobierno en 1966, pero no fueron aplicados en su totalidad ni por ese gobierno con mayoría del Partido Nacional, ni por los siguientes gobiernos colorados.

Los planes presentaron un importante aporte político-académico en la cuestión de la vivienda, promovido por la participación de Juan Pablo Terra, y que se concretó en la aprobación en el Parlamento de la ley para el Plan Nacional de Vivienda promulgada en 1968.

En 1964, los datos del censo confirmaban «el déficit de la vivienda mínima»,⁵⁶ el «26 % de las urbanas y el 40 % de las rurales se consideran totalmente inadecuadas [...] el número de estas viviendas oscila en 200.000 aproximadamente»⁵⁷ y la existencia de grandes inversiones de capital privado especulativo en vivienda suntuaria, sobre todo en los balnearios del este del Uruguay. El incremento en la desigualdad habitacional era evidente, la especulación financiera y la falta de intervención estatal en ese aspecto generaban críticas y denuncias de un problema que se agravaba. El arquitecto Rafael Lorente, señalaba: «[...] el pueblo ha tomado la ley en sus propias manos ejecutando a su manera una gran parte del crecimiento urbano contemporáneo»,⁵⁸ y publicaba junto a estas afirmaciones una foto de una «casilla» o «rancho».⁵⁹ A mediados de los sesenta, la cuestión de los «cantegriles» parecía un problema habitacional y urbano para la academia, y era una forma de «ocupar» la ciudad, conformando nuevos espacios «urbanos».

La cuestión de «las poblaciones marginales»,⁶⁰ no era «tan importante en Montevideo como en otras grandes ciudades latinoamericanas»,⁶¹ y conformaban «uno de los medios de absorción de la inmigración sobre todo, aunque no únicamente campesina». El diagnóstico constataba la heterogeneidad de esas poblaciones que no eran solo de origen rural, planteaba el desconocimiento que en Uruguay existía sobre las mismas —«Esas poblaciones marginales no han sido estudiadas sistemáticamente en el Uruguay»—, y establecía la imposibilidad de «resolver el problema si su función» era «una mera transición adaptiva del inmigrante rural a las funciones de vida urbana» o si se trataba de «grupos segregados» que adquirirían «una consistencia propia y pautas de conducta también diferentes».⁶² A pesar de la realización del censo, a través del cual se había constatado el estancamiento demográfico del Uruguay y la «montevideanización»⁶³ de su población altamente

56 Lorente, Rafael. «Anotaciones sobre vivienda popular», *Revista Arquitectura*, 238 (1964).

57 Lorente, Rafael. «Comentarios de la conferencia del arquitecto Juan P. Terra», *Revista Arquitectura*, 238 (1964).

58 Lorente, R. «Anotaciones sobre vivienda popular».

59 Ídem.

60 Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, *Plan Nacional de Desarrollo Económico Social 1965-1974* (Montevideo: CECEA, 1966), 27.

61 CIDE, *Plan Nacional*, 27.

62 CIDE, *Plan Nacional*, 27.

63 CIDE, *Plan Nacional*, 26.





urbanizada, la CIDE⁶⁴ no podía, por la escasez de estudios y de datos específicos, establecer quiénes eran los pobladores «marginados». Aunque se reconocía el desconocimiento sobre estas poblaciones, el informe afirmaba que eran «marginadas», caracterizando el proceso de urbanización vivido por el Uruguay en los cincuenta y estableciendo que se trataba de «grupos segregados de algún modo, que la ciudad» no podía «incorporar plenamente a las pautas de la vida urbana» o que lo hacía «con extrema lentitud», esto constituía un «rasgo peculiar de la urbanización uruguaya», «más en el Interior que en Montevideo». ⁶⁵ Se establecía que la urbanización en Uruguay había sido mucho más alta que la capacidad de absorción de mano de obra por la industria, ello había generado que «la situación urbana» se definiera «en gran parte alrededor del servicio estatal» y de «los servicios tradicionales» como «el servicio doméstico», que absorbían mano de obra con «muy baja calificación». ⁶⁶ No podía precisar si las poblaciones eran desocupadas o formaban parte de los sectores urbanizados asalariados, pero consideraba que eran «marginales» porque estaban «al margen» del «salario» y por tanto del «mercado», conformaban poblaciones no adaptadas a la urbe o con dificultades para ello.

En conclusión, desde los informes de la CIDE⁶⁷ a mediados de los sesenta se observa un problema habitacional caracterizado por el déficit y la desigualdad, y un problema social relativamente reciente, «las poblaciones marginales» de las ciudades, que en el caso de Montevideo se agravaba por la concentración mayoritaria de población en esa ciudad. Pero la generalidad de los datos e índices no permitía observar a través de estos documentos a la población específica de los «cantegriles», localizarla, caracterizarla, ni definirla. Se identificaba un sector social en la ciudad «segregado» con existencia «permanente» y «consistencia propia». Los «cantegriles» eran visualizados por la academia como un nuevo fenómeno social de la vida ciudadana, sobre el cual no se tenía conocimiento empírico y sistemático.

1968-1973: «cantegriles» como problema de marginación social y urbana

A fines de los años sesenta, las ciencias sociales vivían cambios institucionales e intelectuales. Si los primeros años de esa década estuvieron marcados por una demanda gubernamental hacia las ciencias sociales, especialmente la economía y la sociología, a partir de 1968 el cambio político y la nueva coyuntura marcada por un incremento del autoritarismo generaron un distanciamiento de la academia con respecto al gobierno y la represión hacia los ámbitos intelectuales. A nivel institucional se dio una reestructuración del Instituto de Ciencias Sociales con un recambio generacional y profesional de sociólogos: se retiró Isaac Ganón, se fue del país Aldo Solari, y el nuevo Instituto Central de Ciencias Sociales, que conformará la Licenciatura en Sociología, pasó a estar integrado por sociólogos formados en el extranjero (Flacso, Ilpes,⁶⁸ Clacso).⁶⁹ Esta reinstitucionalización de las ciencias sociales permitió un cambio teórico y en la investigación, pero la producción intelectual

64 Comisión de Inversión y Desarrollo Económico 1964-1967.

65 CIDE, *Plan Nacional*, 28.

66 CIDE, *Plan Nacional*, 27.

67 Comisión de Inversión y Desarrollo Económico 1964-1967.

68 Ilpes y Flacso creadas en 1957 seguían la línea de análisis cepalino. Ambas centraron sus estudios sociales en Chile en los años sesenta y desde allí, junto al Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), generaron elementos de análisis y conceptualización sobre la «marginalidad» en América Latina.

69 Clacso fue fundada en Buenos Aires en 1967. Desde las Ciencias Sociales una de las figuras que integrará los comités directivos de la organización será Gino Germani, quien a fines de los años setenta realizará un análisis crítico de la teoría de la marginalidad planteada por DESAL. Germani, Gino. *El concepto de marginalidad*.





fue escasa, la falta de financiamiento y el advenimiento del golpe cívico-militar de 1973 hicieron dificultoso el desarrollo de las investigaciones sociales a nivel público.

En la región se habían desarrollado investigaciones y se había teorizado sobre la «marginalidad» en América Latina, como el ejemplo de DESAL⁷⁰ a principios de los sesenta y de José Nun⁷¹ en la segunda mitad de la década, pero en Uruguay la falta de estudios sobre la temática y de investigación sobre los «cangrejos» siguió siendo una característica de las ciencias sociales.

Las publicaciones que generaron un espacio e incentivaron la realización de investigaciones y el análisis social, político, económico y cultural, de tipo ensayístico y científico fueron: *Cuadernos de Marcha*, *Enciclopedia Uruguaya*, *Capítulo Oriental*, *Cuadernos de Nuestra Tierra*. Y el debate teórico regional estuvo presente en estudios y análisis sobre la sociedad urbana, los tipos humanos, la cuestión de la vivienda y los cambios sociales.

En 1969 Daniel Vidart⁷² planteaba en su trabajo *Tipos humanos del campo y la ciudad*,⁷³ la elaboración de tipologías «de naturaleza empírico-estadística» donde la «sociología y antropología cultural» eran «guías conceptuales y metodológicas», y desde un enfoque cultural conceptualizaba a los tipos «orilleros y los marginales», explicitando que su análisis era de «las causas y efectos de la cultura de la pobreza»⁷⁴ porque se trataba de «desencantar» tipos folclóricos contruidos mitológicamente.

Significado, raíces históricas y cuestiones teóricas, con particular referencia a la marginalidad (Buenos Aires: Nueva Visión, 1980).

70 El DESAL en sus trabajos de investigación relacionaba la marginalidad con la inadecuación entre industrialización y urbanización, y con el atraso de las estructuras rurales. Investigaciones y publicaciones: *Proyecto Pobladores* (Santiago: 1963); *Informe sobre poblaciones marginales* (Santiago: 1963); *Programa de Equipamiento Comunitario para las poblaciones marginales de Santiago, Valparaíso, Antofagasta y Concepción* (Santiago: Mimeo, 1964); *Poblaciones marginales y desarrollo urbano: El caso chileno* (Santiago: Mimeo, 1965); *América Latina y Desarrollo Social* (Santiago: 1965); *Seminarios de Promoción Popular* (Santiago: 1966); *Diagnóstico de la Marginalidad rural en la Hoya del Río Maule* (Santiago: 1967); *Marginalidad en América Latina* (Santiago: 1967). DESAL definía la «marginalidad» «por la falta de participación pasiva o receptora en «los bienes constitutivos de la sociedad global» cuyos indicadores eran: alfabetización, desempleo, vivienda; y activa, como participantes de la toma de decisiones en una sociedad. Esta última es la causa de la primera y de la «desintegración interna de estos sectores marginales», que aparecen «atomizados». Nun, José; Murmis, Miguel y Marin, Juan Carlos. «La marginalidad en América Latina-Informe preliminar», en *Documento de Trabajo*, n.º 53 (Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1968), 9.

71 Investigaciones realizadas por José Nun en el período estudiado: Nun, J., Murmis, M. y Marin, J. C. *La marginalidad en América Latina-Informe preliminar*; Nun, José. «Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal», *Revista Latinoamericana de Sociología* (1969). José Nun definía y caracterizaba la marginalidad desde un análisis economicista, estructuralista y dentro de la teoría de la dependencia, planteaba: «la masa de marginales es el resultado del tipo de desarrollo dependiente de América Latina y, en tanto tal, parte de su sistema productivo», los diferenciaba de la clase obrera porque como «categoría concreta históricamente determinada, se situarían espontáneamente en el plano corporativo mientras que los marginales, dada su posición peculiar en el sistema de producción, oscilarían entre la adhesión a metas más bajas o más altas» La «posición particular en el sistema de producción» de los «marginales» se refería al concepto de «ejército de reserva «excesivo» como función de un mercado de trabajo dependiente», idea base en su concepto de marginalidad. Por tanto proponía para el trabajo empírico en la investigación de estos sectores sociales, las siguientes dimensiones: ocupación, ingreso, consumo, solidaridades, organización, movilización. Nun, J.; Murmis, M. y Marin, J. C. *La marginalidad en América Latina-Informe preliminar*, 45, 52, 26, 55.

72 Daniel Vidart había estudiado abogacía, carrera que abandonó dedicándose en forma autodidacta al estudio de geografía humana, sociología, antropología y ecología humana.

73 Vidart, Daniel. *Tipos humanos del campo y la ciudad* (Montevideo: Nuestra Tierra, 1969).

74 Vidart, D. *Tipos humanos*, 8.





Para el análisis de los «orilleros» volvía a hacer referencia a un concepto planteado en su obra *Sociología Rural*,⁷⁵ como espacio intermedio entre la ciudad y el campo, y agregaba:

Reflejan, y esto es lo que importa, una infraestructura económica responsable de la organización del espacio, los dispositivos culturales y la condición humana de sus habitantes son algo así como la tierra de nadie de la batalla ecológica que libran la ciudad y el campo dónde, además de manifestarse las tensiones espaciales de dos distintos hábitats, se vacían los residuos materiales y sociales de un orden (¿o desorden?) clasista.⁷⁶

Y planteaba: «Las orillas actuales de Montevideo, están pobladas por los llamados Cantegriles».⁷⁷ Establecía una nueva definición de «las orillas» sintetizando tres dimensiones desde donde analizaba los tipos humanos uruguayos: la espacial, destacando el tamaño de la ciudad y cómo en ella las distancias sociales son mucho mayores que las espaciales; la temporal, que refiere a la contemporaneidad de diferentes tiempos socioculturales; y la social, enmarcando las tipologías en una sociedad estratificada, en este caso de clases sociales. La idea de tensión, vacío, residuo material y social se establece a través de dos tipologías: «Los orilleros de la agresión»,⁷⁸

infanto-juveniles [...] grupo de muchachos cuyas bandas azotan el perímetro y aun el centro de Montevideo [...] Agreden a los vecinos, roban sistemáticamente, combaten con la policía. Una y otra vez son reclusos en los reformatorios, [...] están determinados por infra consumo e ignorancia de sus familias, por los ejemplos de los delincuentes de mayor edad, por el resentimiento cultural de su condición subproletaria.⁷⁹

«Los orilleros del hambre»⁸⁰

los refugiados [...] Llegados en su mayoría del interior del país, sin especialización, sobreviven como míseros trabajadores independientes —en el caso de que haya changas— [...] rodeados por basurales que sus habitantes revuelven y clasifican, circundados por una flota de «yoyos» —los carritos para acarrear botellas, latas y otros aparentes desperdicios que tienen valor para los «cirujas»—. ⁸¹

Todos ellos «marginales del campo y la ciudad respectivamente».⁸²

Definía a los «cantegriles» como «un planetario destartado en derredor del núcleo urbano. Allí se aposenta el lumpenproletariado, se esconden los criminales, [...] la enfermedad se ceba y el hambre crónico y agudo celebra su diario jubileo».⁸³

El aporte teórico de Daniel Vidart se encontraba en el análisis tridimensional de estas poblaciones desde un enfoque cultural. Pero no se basó en datos provenientes de la sociografía o de estudios estadísticos, que según él existían, sino que prefirió basarse en fuentes cualitativas como el trabajo de Mario Bon Espasandín, analizado anteriormente y un artículo publicado en *Época*, «Vivientes de un cantegril», realizado por Julio Barreiro, educador cristiano vinculado a experiencias pedagógicas en los «cantegriles» en los años sesenta, que recogía testimonios orales.

75 Vidart, Daniel. *Sociología Rural* (Barcelona: Salvat Editores s.a., 1959).

76 Vidart, D. *Tipos humanos*, 49.

77 Ídem, 56.

78 Ídem.

79 Ídem.

80 Ídem.

81 Ídem.

82 Ídem, 62.

83 Ídem, 60-61.





Este trabajo de Daniel Vidart, los estudios basados en los informes y planes de la CIDE⁸⁴ como el de Aldo Solari⁸⁵ y Horacio Martorelli⁸⁶ desde la sociología y el trabajo de Carlos Rama⁸⁷ sobre las clases sociales en el Uruguay, muestran la búsqueda de una descripción conceptual y la utilización de categorías teóricas que en ese momento estaban en la discusión académica, como «subproletariado», «lumpemproletariado», «marginales rurales y urbanos». Sin embargo, la pobreza teórica y empírica es la característica de los estudios académicos en Uruguay sobre los habitantes de los «cantegriles», ello generaba ambigüedades, dificultades de definición y categorización conceptual a fines de los sesenta y principios de los setenta.

La categoría de «refugiados» que planteaba Daniel Vidart,⁸⁸ también había sido planteada por Aldo Solari en 1967,⁸⁹ pero desde una visión estructural y funcionalista. Este último señalaba, en base a los datos censales de 1963, la funcionalidad de los «cantegriles» para el medio rural, ya que eran población que migraba del campo a la ciudad y que en ella no encontraba lugar, conformando una «válvula de seguridad» para la estructura social rural, que se conservaba intacta, y generando problemas «disfuncionales» en la estructura urbana, donde los migrantes conformaban «los grupos más bajos de la estratificación de la ciudad». Esa «disfuncionalidad» se comprobaba porque esos grupos no disminuían, su situación se deterioraba «de una generación a otra».⁹⁰

Por tanto, a fines de los sesenta, algunos académicos sostenían que la «transición» del campo a la ciudad de poblaciones migrantes campesinas, que debería haber sido acompañada de una «movilidad social vertical» en el medio urbano, no se había completado y era esa la causa de la formación de sectores sociales marginados y/o segregados. La pobreza urbana era producto de la estructura rural y de una estructura urbana que no había podido absorber a los «expulsados del campo». En ese análisis seguía vigente la regionalización sociológica, los análisis de estructuras globales y la escasez de investigaciones sobre la estratificación social del Uruguay. De esa forma, la formación de sectores sociales marginados y/o segregados se observaba como fenómeno regional, urbano o rural, no como un problema de un sistema o de una estratificación social determinada.

El trabajo de Horacio Martorelli «La sociedad urbana»,⁹¹ de forma sintética pero integrando datos estadísticos,⁹² con una visión desde la sociología urbana vinculada a los trabajos de Dionisio

84 CIDE, *Plan Nacional*.

85 Solari, Aldo. *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra* (Montevideo: Alfa, 1967). En este trabajo Aldo Solari reproduce las conclusiones del informe analizado de la CIDE sobre las poblaciones marginales, del cual él había participado.

86 Horacio Martorelli era doctor en Derecho y Ciencias Sociales, se desempeñaba como investigador y docente de Sociología en la Universidad y en el Instituto de Profesores Artigas. El trabajo de su autoría al que hacemos referencia es *La sociedad urbana* (Montevideo: Nuestra Tierra, 1969).

87 Rama, Carlos. *Las clases sociales en el Uruguay* (Montevideo: Nuestro Tiempo, 1960). Este fue uno de los escasos trabajos sobre clases sociales y estratificación social en Uruguay que se basaban en la sociología norteamericana, los debates teóricos de la región no llegaron a verse reflejados en trabajos de investigación social. Otros ejemplos en los sesenta fueron, aunque con escasa base empírica: Solari, Aldo. *Estructura de la población activa y desarrollo económico y social en el Uruguay* (Montevideo: Centro de Estudiantes de Derecho, 1961), Ganón, Isaac. *Estructura social del Uruguay* (Montevideo: AS, 1966). Este último basado en los datos del censo de 1963.

88 Vidart, D. *Tipos humanos*.

89 Solari, A. *El desarrollo social*.

90 Ídem, 93.

91 Martorelli, H. *La sociedad urbana*.

92 Las fuentes estadísticas que utilizaba eran los trabajos realizados por los Equipos del Bien Común, el informe CLAEH-CINAM, el Muestreo de vivienda de la CIDE de 1962 y el Censo de 1963.





Garmendia, establecía categorías sociales relacionadas con la conceptualización planteada por DESAL: trabajo, enseñanza, urbanización y vivienda, salud y participación social en la sociedad urbana. A partir de ello, establecía «cinco niveles de vida en la sociedad urbana», encontrándose en el «Nivel de vida 0»⁹³ las poblaciones caracterizadas por «deficiencias extremas. Marginados de la circulación de los bienes y servicios. Pocas relaciones sociales (aislamiento)».⁹⁴ Sin profundizar aún en los análisis de la «marginalidad», el autor planteaba hipótesis sobre las causas de la formación de poblaciones marginales en las ciudades del Uruguay, no solo Montevideo, «La pobreza en nuestros centros urbanos no es generadora de solidaridades ni de vinculaciones grupales; más bien es generadora de aislamiento, de atomización individual [...], de marginados sociales en fin».⁹⁵ Al igual que Daniel Vidart, pero desde un análisis sociológico, resaltaba los rasgos culturales y sociales, no solo los económicos, de la «cultura de la pobreza» en la ciudad, generadora de «marginación social». Su planteo demostraba la aparición de análisis que buscaban explicaciones al problema de los «cantegriles» como una cuestión urbana, no solo ni especialmente como un problema de transición entre lo rural y lo urbano.

En 1971, el arquitecto e investigador social Juan Pablo Terra publicaba un trabajo titulado «La vivienda».⁹⁶ En él clasificaba las viviendas existentes en cinco categorías según el tipo de construcción, el quinto lugar eran «las casillas de materiales de desecho»,⁹⁷ de «materiales descartados, principalmente chapas usadas y deterioradas, hojalata de envases, maderas de cajones y viejos pisos».⁹⁸ Señalaba que en el momento de la realización del censo de 1963 existían 12 o 13 mil, la mayoría ubicadas en zonas urbanas y en forma dispersa. Explicaba la diferencia entre esas «viviendas» dispersas y las «grandes aglomeraciones marginales [...] del tipo llamado cantegril», que daba la «impresión»,⁹⁹ porque no se disponía de «datos objetivos sobre su número»,¹⁰⁰ se habían desarrollado a fines de los sesenta.

Establecía «indicadores»¹⁰¹ para relacionar el estrato social y la vivienda: «el nivel de ingresos y la categoría socio-profesional del jefe de familia». Y concluía que «El déficit de vivienda» estaba «muy asociado a la escasez de recursos [...], y existía una «relación estrecha» entre «viviendas deficitarias» y «condiciones culturales e institucionales ligadas a la profesión». Por tanto, planteaba que un grupo con «vivienda deficitaria» eran los «Asalariados rurales y empresarios muy pequeños», tanto en el campo como en centros urbanos, que en estos últimos formaban «verdaderas agrupaciones suburbanas con fisonomía de rancheríos»,¹⁰² y así el nivel de vivienda «tradicionalmente, bajo» en el medio rural era trasladado al urbano, planteándole al migrante «dificultades para incorporarse a la cultura y a las instituciones urbanas, lo que contribuye a marginarlos». La variable vivienda agregaba elementos de «marginación social» dificultando la integración a la vida urbana de una población que, según señalaban las fuentes académicas, provenía en gran cantidad del medio rural. El otro grupo con «vivienda deficitaria» era el de los «obreros urba-

93 Martorelli, H. *La sociedad urbana*, 56.

94 Ídem, 56-57.

95 Ídem, 61.

96 Terra, Juan Pablo. *La vivienda* (Montevideo: Nuestra Tierra, 1969).

97 Ídem, 24.

98 Ídem, 25-26.

99 Ídem, 26.

100 Ídem.

101 Ídem, 34.

102 Ídem, 35.





nos, [...] personal de servicio, los artesanos, pequeños comerciantes y grupos marginales, como desocupados, pensionistas, etc.».¹⁰³ La vivienda parecía ser un problema social de los estratos bajos de la sociedad uruguaya y de los «grupos marginales», a los que agregaba un factor más de marginación. Para Juan Pablo Terra, el problema de la vivienda era un problema social, vinculado directamente a la distribución de la riqueza en dos sentidos: los bajos ingresos y el desempleo, y la política urbanística y de la industria de la construcción caracterizada por la falta de planificación, la concentración capitalista y la especulación inmobiliaria.

A modo de conclusión

Al estudiar el proceso por el cual el fenómeno de los «cantegriles» fue apareciendo en los estudios sociales en Uruguay, entre los años 1946-1973, hemos establecido tres etapas diversas pero con un aspecto en común. Un primer período (1946-1958) en el que los estudios sociales se caracterizaron por la filosofía social, el énfasis en la enseñanza y la escasez de estudios empíricos, y donde el fenómeno de los «cantegriles» no aparece como objeto de estudio y reflexión. Un segundo período (1958-1968) que coincide con el proceso de institucionalización de la sociología en Uruguay y la elaboración de un instrumental importante de investigación social empírica, donde se toma conciencia de la existencia de un fenómeno de posible «marginación social», pero no se tiene conocimiento específico y sistematizado sobre esa cuestión debido a que no se elaboran ni llevan a cabo estudios académicos sobre la población de los «cantegriles». Por último, un tercer período (1968-1973) en el que a pesar de la definitiva institucionalización de la sociología en la Universidad, el desarrollo científico de la cuestión de la marginalidad en las ciencias sociales a nivel regional y el reconocimiento desde el ámbito académico del agravamiento de la situación de poblaciones que podrían considerarse marginales en Uruguay, continúa la escasa investigación empírica sobre la cuestión de los «cantegriles».

Al comenzar los años setenta los «cantegriles» eran una realidad plausible y en desarrollo que parecía haber llegado para quedarse, eran parte de la forma de crecimiento urbano montevideo. En 1971, Aníbal Barrios Pintos en su trabajo sobre los «barrios»¹⁰⁴ de Montevideo los incluía describiéndolos como las «zonas de los desamparados cantegriles montevideo»¹⁰⁵ sobre los cuales desconocía «estudios realizados en profundidad, individualmente y en conjunto».¹⁰⁶ Sin embargo, la academia en el ámbito de los estudios sociales mantenía su desconocimiento empírico sobre estas poblaciones, siendo esa la característica común de los tres períodos establecidos.

La realidad de desconocimiento académico y la dificultad de conocer el origen de su denominación, «cantegril»,¹⁰⁷ a pesar de saber su significado, eran parte de esa historia de ausencia, de no lugar «dentro» del conocimiento social de la realidad uruguaya.

103 Terra, J. P. *La vivienda*, 36.

104 Barrios, Aníbal. *Montevideo y los barrios i y ii* (Montevideo: Nuestra Tierra, 1971).

105 Ídem, 59.

106 Ídem.

107 Aunque no se sabe exactamente su origen, se conoce su significado. La denominación surge por contraste del Cantegril Country Club de Punta del Este creado el 2 de febrero del año 1947, que reunía las actividades de «alta gama» del continente.





Bibliografía

- Barrios, Aníbal. *Montevideo y los barrios i*, Montevideo, Nuestra Tierra, 4, 1971.
——— *Montevideo y los barrios ii*. Montevideo, Nuestra Tierra, 8, 1971.
- Bittencourt, Gustavo; Galván, Estefanía; Moreira, Cecilia y Vázquez, Daniela. «La planificación en el contexto de las estrategias de desarrollo de la posguerra y la experiencia de la CIDE», en Alemany, Cecilia y López, Andrés (coordinadores). *Enrique v. Iglesias. Intuición y ética en la construcción del futuro*, Montevideo, Manosanta, 2012.
- Blanco, Alejandro. *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Argentina, Siglo XXI, 2006.
- Bon Espasandín, Mario. *Categoriles: familia, educación, niveles económico-laborales, vivienda y aspectos generales de la población que componen el collar de miserias de Montevideo*, Montevideo, Tupac Amaru, 1963.
- Bralich, Jorge. *Historia de la universidad*, Montevideo, Multiplicidades, 1994.
- Castagnola, José. «¿Es útil en Uruguay el concepto de “Marginalidad”?», en Astori, Danilo; Castagnola, José Luis; Ferrando, Jorge; Marinoni, Mirtha y Martorelli, Horacio. *Los «marginados» uruguayos. Teoría y realidad*, Montevideo, Banda Oriental, 1986.
- Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico. *Plan Nacional de Desarrollo Económico Social 1965-1974*, Montevideo, CECEA, 1966.
- Ganón, Isaac. *Resumen de Sociología General. Volumen i y ii*, Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1952.
——— *Estructura social del Uruguay*, Montevideo, AS, 1966.
——— *Introducción a la Sociología Nacional*, Montevideo, Centro de Estudiantes de Derecho, 1966.
- Garcé, Adolfo. «Investigaciones y políticas públicas. Planes de desarrollo en Uruguay en tiempos de Alianza para el progreso», *Historia y problemas del siglo xx*, 2, 2011.
- Garcés, Mario. *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*, Santiago de Chile, LOM, 2002.
- Garmendia, D. Jorge. «Montevideo Elementos para una sociología urbana», *Cuadernos del claeh*, 6, 1959.
——— «Lineamientos de una sociología urbana. Los roles funcionales y el fenómeno urbano», en Cortiñas-Pelaez, León (director). *Perspectivas del Derecho Público en la Segunda mitad del siglo xx*, Tomo 1, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1969.
- Martorelli, Horacio. *La sociedad urbana*. Montevideo, Nuestra Tierra, 14, 1969.
- Nun, José; Murmis, Miguel y Marin, Juan Carlos. «La marginalidad en América Latina-Informe preliminar», en *Documento de Trabajo*, 53, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1968.
- Pí Hugarte, Renzo. «Sobre la Antropología en el Uruguay», en Maciel, María Eunice. *Horizontes antropológicos. Histórias da antropología*, 7, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 1997.
——— y Wettstein, Germán. *Rasgos actuales de un rancharío uruguayo. El Rancharío de Cañas del Tacuarembó en el panorama general de nuestros rancharíos*, Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1955.
——— «Rancharíos rurales y rancharíos suburbanos», *Revista del Centro de Estudiantes de Derecho*, 84, 1955.
- Rama, Carlos. *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1960.
——— *Sociología del Uruguay*, Buenos Aires, Universitaria, 1965.
- Setaro, Marcelo. «Elites e instituciones. La CIDE como una estrategia para el desarrollo (1960-1967)», *Documento de Trabajo*, 32, 1999.
- Solari, Aldo. *Sociología Rural Nacional*, Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Montevideo, 1958.
——— *Sociología*, tomos I y II, Montevideo, Oficina de apuntes del Centro de estudiantes de Notariado, 1958.
——— *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra*, Montevideo, Alfa, 1967.
- Terra, Juan Pablo. «Algunas magnitudes del problema de la vivienda», *Revista de la Facultad de Arquitectura*, 3, 1961.
——— *La vivienda*, Montevideo, Nuestra Tierra, 38, 1969.





104 | María José Bolaña

contemporánea

Trindade, Helgio (coordinador). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2007.

Vidart, Daniel. *Sociología Rural*, Barcelona, Salvat, 1959.

——— «El Rancho uruguayo», *Cuadernos antropológicos*, 4, 1967.

——— *Tipos humanos del campo y la ciudad*, Montevideo, Nuestra Tierra, 12, 1969.

Recibido 12/04/16 - Aceptado 23/08/16





Peronismo para la liberación nacional ¿y social?

El vínculo peronismo-revolución
en las revistas *Militancia
Peronista para la Liberación
y Envido*, 1973

Mariela Stavale¹

Resumen

El siguiente artículo se desprende de una investigación en curso y se centra en el análisis comparado de dos revistas político-culturales expresivas del peronismo revolucionario: *Militancia Peronista para la Liberación y Envido*. Ambas estuvieron atravesadas por las discusiones entre «movimientistas y alternativistas» dentro de la izquierda peronista y este artículo propone un análisis situado de ese debate, a partir de la comparación de dos experiencias coetáneas que expresaron ambas posiciones. Intentando arrojar luz sobre este proceso, se busca reponer las formas en que las revistas articularon los conceptos de «peronismo» y «revolución» en la compleja coyuntura del tercer peronismo, prestando especial atención a la forma en que ambas significaron la experiencia del gobierno y la identidad peronista revolucionaria.

Palabras clave: peronismo, revolución, liberación nacional, revolución social

Abstract

The following article is clear from research in progress and focuses on the comparative analysis of two expressive politico-cultural magazines of the revolutionary peronism: *Militant Peronist for the Liberation and Envido*. Both were by discussions between «movimientistas and alternativistas» within the Peronist Left and here is a located analysis of this discussion from the comparison of two contemporary experiences that expressed both positions. Trying to shed light on this process, seeks to replace the forms in which the magazines articulated the concepts of «peronism» and «revolution» in the complex situation of third peronism, paying special attention to the way in which both meant the experience of the Government and the revolutionary peronist identity.

Keywords: Peronism, revolution, national liberation, social revolution

1 Centro de Investigaciones Socio-Históricas (CISH), Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP- Conicet), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.





Introducción

El siguiente trabajo se desprende de una investigación más amplia centrada en la experiencia de las revistas *Militancia Peronista para la Liberación (mpl)* y su continuación en *De Frente*, publicadas entre los años 1973-1974. Las publicaciones devienen instrumentos privilegiados, dado que permiten recuperar debates centrales de la época recortada por los años 60 y 70. En Argentina, estos giraron en torno a tres ejes: «peronismo, socialismo y revolución»² y las diferentes formas que asumió el triángulo según el peso de sus lados.

El propósito de este artículo es centrarnos en el análisis de *mpl* y compararla con la revista *Envido (E)*, por ser otra publicación expresiva del peronismo revolucionario. El fin será reconstruir las formas en que articularon *peronismo* y *revolución* indagando las dimensiones identitarias que pusieron en juego dado que ambas se definieron peronistas y transitaron las agitadas aguas de su tercer gobierno, significándolo de diferente manera.³ Aquí tomo el año 73 y me concentro en las coyunturas conflictivas que hicieron que el peronismo revolucionario entrara en crisis, agudizando problematizaciones internas que atravesaron el planteo de *mpl* y *E*. Propongo abordar las revistas de manera dialéctica: como un punto de llegada del grupo político que las conformó y como un punto de partida; las revistas fueron actores políticos que realizaron apuestas, sentaron posiciones y pusieron en diálogo las experiencias pasadas del grupo con un horizonte de expectativas trazado a partir del complejo presente de los años 70. Las trayectorias que se articulan en las revistas se moldearon en la época abierta por el golpe militar contra Perón, que en 1955 inauguró un período atravesado por la alternancia de gobiernos civiles-militares que deslegitimaron al Estado, proscribieron el peronismo y lo forzaron al exilio. Tras el quiebre de la alianza de clases que había sustentado al peronismo, los 60 asistieron a su proceso de proletarización alimentado por la experiencia combativa de la clase obrera peronista, la Revolución cubana y de países del Tercer Mundo. Este escenario fomentó un conjunto de reorientaciones políticas que posibilitaron el «mestizaje»⁴ entre tradiciones como el peronismo, el marxismo y el cristianismo. Desde la izquierda, diversos sectores reinterpretaron al peronismo como un movimiento de liberación nacional con potencialidad revolucionaria al tiempo que profundizaban la convicción en torno a la lucha armada. Por su parte, sectores del peronismo reactualizaron sus banderas a partir de una perspectiva de izquierda. Finalmente, sectores católicos rompieron con las estructuras tradicionales de la Iglesia en una radicalización que los vinculó con el marxismo y fundamentalmente, con el peronismo.⁵ Este diálogo se conjugó con un proceso de modernización cultural de sectores intelectuales, comprometidos con las ideas revolucionarias.⁶ El proceso fue consolidando a una

2 Tortti, M. Cristina (dir.); Chama, Mauricio y Celentano, Adrian (codir.). *La Nueva Izquierda Argentina. Socialismo, Peronismo y Revolución, 1955-1976* (Rosario: Ediciones Prohistoria, 2014).

3 En un reciente trabajo, Slipak analiza la identidad política de Montoneros a través de sus publicaciones y las aborda desde una perspectiva similar a la propia. Comparto su definición sobre el concepto de «identidad política»: un constructor social conformado por distintas dimensiones: reproducción/invencción de una tradición, relato prospectivo, relación con otros actores y prácticas pasadas/presentes, representación de un espacio común, etc. [Slipak, Daniela. *Las revistas montoneras. Como la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2015)].

4 Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia* (Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2013).

5 Lenci, María Laura. «Radicalización de los católicos en Argentina. Peronismo, cristianismo y revolución (1966-1971)», *Cuadernos del cish* (1998), 182

6 Sobre experiencia de la clase obrera peronista: James, Daniel. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976* (Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2010). Sobre tradiciones político-culturales y proceso de «modernización cultural»: Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda* (Buenos Aires: Editorial Silgo XXI, 2001); Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del*





«nueva izquierda» (NI), de composición heterogénea que compartía el lenguaje de la *revolución*, la *lucha armada* y el *socialismo*.⁷

Bajo la coyuntura autoritaria de un nuevo golpe de Estado en 1966, el proceso de radicalización creció. En 1969 la insurrección popular del *Cordobazo* aceleró el ciclo de protesta y fomentó el surgimiento de las organizaciones armadas, relegando cualquier discusión en torno a las diferencias dentro de la NI, hermanada por la impugnación a un régimen viciado y autoritario.⁸ Para 1970 habían surgido las Fuerzas Armadas Peronistas, Montoneros y Juventud Peronista (JP), el Peronismo de Base, etc., entre las organizaciones revolucionarias peronistas y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), etc., de la izquierda marxista-guevarista. Con la pronta peronización de las FAR, el ERP devino en organización hegemónica dentro de la izquierda no peronista.

En 1971, el Gral. Lanusse tomó el mando del debilitado gobierno militar y buscó encauzar la crisis relegitimando el rol del Estado e incorporando al peronismo en el juego político legal. Este cambio profundizó diferencias dentro del movimiento y en su ala de izquierda en particular. El regreso del peronismo al poder hizo estallar las disputas por el control del gobierno y del partido entre múltiples sectores internos que postulaban distintas interpretaciones de la tradición peronista y de la palabra del líder.⁹ Dentro del peronismo de izquierda se abrieron debates que durante la dictadura, habían sido relegados por una unidad inestable en torno a la difusa idea de que Perón y el peronismo eran revolucionarios. Sus organizaciones de izquierda habían articulado sus luchas en torno a la demanda del retorno de Perón y esta, lejos de cumplirse a través de la vía revolucionaria, se lograba en el marco de la legalización política del movimiento y la asunción de la lógica democrático-burguesa.¹⁰ Esta coyuntura obligaba a que las organizaciones peronistas respondieran por el proyecto político que defendían, generando divisiones en torno a definiciones ausentes que comprometían aspectos clave como el carácter del movimiento, el rol del líder y la caracterización del proceso revolucionario.

La crisis de aquellos acuerdos mínimos tuvo por resultado la consolidación de dos posturas diferentes que pueden considerarse como tipos ideales, ya que raramente se daban en estado puro debido a la heterogeneidad interna de las organizaciones peronistas y la variación de sus planteos a lo largo del tiempo.¹¹ La primera fue la posición *movimientista*, que acentuaba el carácter nacional de la revolución, vinculándola a la liberación nacional sin que esta implicara necesariamente,

escritor revolucionario en América Latina (Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2012); Tortti, María Cristina. «La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución», en Tortti, M.C. (dir.): *La Nueva Izquierda Argentina*. Sobre nueva izquierda: Tortti, María Cristina. «Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional», en Pucciarelli, A. (ed). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del gan* (Buenos Aires: Eudeba, 1999). Sobre peronismo revolucionario: Bozza, Alberto. «La resignificación revolucionaria del peronismo y sus protagonistas durante la etapa de la proscripción» en Tortti, M.C. (dir). *La Nueva Izquierda Argentina*.

7 Tortti, M.C. «Protesta social y nueva izquierda en la Argentina».

8 Tortti, M.C. «La nueva izquierda argentina», 17.

9 De Riz, Liliana. *La política en suspenso, 1966/1976* (Buenos Aires: Paidós, 2000); Sigal, Silvia y Verón, Eliseo. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (Buenos Aires: Legasa, 2003); Franco, Marina. *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012).

10 Lenci, María Laura. «Cámpora al gobierno, Perón al poder. La tendencia revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de Marzo de 1973», en Pucciarelli, A. (ed). *La primacía de la política*.

11 González Canosa, Mora. «Las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP): un análisis comparativo de los (re) posicionamientos de las FAR», en Tortti, M. C. (dir). *La Nueva Izquierda Argentina*, 140.





liberación social. Se consideraba que tanto Perón como su movimiento eran revolucionarios y aunque denunciaban la existencia de «traidores» en su interior, las diferencias eran puestas en segundo lugar priorizando la unidad del peronismo. Enfrentando a esta postura, se erigió el *alternativismo* que consolidaba una posición clasista y afirmaba que no habría liberación nacional sin revolución social. Remarcaban la existencia de contradicciones irreconciliables al interior del movimiento expresadas en las burocracias sindicales-políticas y en la pretensión de una alianza imposible con la burguesía nacional. Se entendía a la clase obrera como sujeto revolucionario y la necesidad de construir una Alternativa Independiente (AI) al movimiento. Si bien no se tornaba explícito, Perón «ya no era considerado como un líder revolucionario, aunque podría conducir al menos parte del proceso».¹²

El debate entre *movimientistas* y *alternativistas* atravesó a la izquierda peronista desde 1971 en adelante, impidiendo su unidad estratégica. La discusión tensionó a sus organizaciones más influyentes: las FAP y Montoneros.¹³ En las FAP, el debate fue propugnado por la Conducción Nacional; la organización se había transformado tras la entrada de militantes provenientes del sindicalismo combativo y el clasismo que fueron claves para el lanzamiento de la AI, corriente que fraccionó a la organización y se extendió más allá de sus fronteras.¹⁴ En 1972, la discusión llegó a Montoneros pero allí no fue impulsada por los espacios de conducción sino por un grupo reducido de hombres que se encontraban presos tras el fracaso de la toma de la localidad de La Calera, en 1970. Este grupo escribió un documento (auto)crítico que fue rechazado por la organización, dando lugar a su primer desgajamiento importante: la Columna José Sabino Navarro,¹⁵ organización que pasó a formar parte del *alternativismo*, junto con las FAP Comando Nacional, el peronismo de base, entre otras. Por su parte, la corriente *movimientista* se nutrió de las posiciones de Montoneros y JP, que funcionaron como fuerza centripeta, atrayendo para sí a las fracciones que rompieron con FAP, la organización Descamisados y FAR (que en un proceso de creciente peronización, fusionaría con Montoneros en el 73).

Las expresiones político-culturales vinculadas al peronismo no fueron ajenas al debate. En este artículo propongo un análisis situado del mismo a partir de la comparación de *mpl* y *E*, dado que si bien ambas fueron «independientes» y no forjaron vínculos orgánicos con ninguna organización, asumieron aquellas definiciones típico-ideales alineándose con una u otra corriente. En

12 González Canosa, Mora. «Las Organizaciones Armadas Peronistas», 140. Tanto Canosa como Lanusse plantean que el «movimientismo» y el «alternativismo» pueden ser comprendidos desde una construcción típico-ideal. Lanusse introduce un tipo ideal intermedio que denomina «tendencista» y refiere a quienes sostenían diferencias irreconciliables dentro del movimiento pero le reconocían potencialidad, llamando a la conformación de la Tendencia Revolucionaria [Lanusse, Lucas. *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores* (Buenos Aires: Editorial Vergara, 2005), 255]. Si bien es una aclaración no acuerdo con la denominación «tendencista»: el concepto de «Tendencia Revolucionaria» fue también categoría nativa, disputada por los actores del peronismo revolucionario. Supeditarla a un sector corre el riesgo de obviar tales discusiones.

13 González Canosa, «Las Organizaciones Armadas Peronistas»; Seminara, Luciana, «“Escribir las prácticas”. Diálogos implícitos entre Montoneros y la organización Sabino Navarro», *Travesía*, 16 (2014), 124.

14 Sobre las FAP ver: Luccioni, Cecilia. *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base* (Buenos Aires: CEAL, 1993); Duhalde Eduardo y Pérez Eduardo, *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base* (Buenos Aires: De la Campana, 2003), Raimundo, Marcelo. «Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa», *Cuadernos del cish*, 15 (2004), Stavale, Mariela. «Las Fuerzas Armadas Peronistas y su experiencia alternativa. 1964-1979». (Tesis Licenciatura, Memoria Académica FAHCE- UNLP, 2012).

15 Sobre la Columna Sabino Navarro: Seminara, Luciana. «“Escribir las prácticas”»; «Pliegues en el relato de la Historia Reciente Argentina: la experiencia de la Organización Montoneros Sabino Navarro (1972-1975)», *Izquierdas*, 16 (2013); Slipak, Daniela. *Las revistas montoneras*.





este punto, propongo analizar el posicionamiento *movimientista* de *E* y *alternativista* de *mpl* bajo la lupa de lo que denomino «improntas de peronización»: experiencias que desde el peronismo tensaron elementos de otras tradiciones político-culturales, redefiniendo de diferentes formas los sentidos de la identidad peronista tradicional y el vínculo entre peronismo y revolución.

Envido y *Militancia Peronista para la Liberación*: aspectos formales

Las revistas analizadas conformaron espacios de discusión/sociabilidad en torno al cual giraron los debates que atravesaban a la militancia. Analizar estas experiencias nos lleva a reconstruir los grupos políticos que las encararon. En este punto, *E* y *mpl* reflejaron distintas «improntas de peronización». Para el caso de *E* —cuyo primer número circuló en julio de 1970 y el último en diciembre de 1973— el grupo político que encabezó Arturo Armada¹⁶ puso en juego afluentes múltiples, expresando las transformaciones y el diálogo entre el mundo universitario y cristiano: su surgimiento expresa este proceso de radicalización y peronización.¹⁷ Durante los 60, amplios sectores del cristianismo abandonaron su vínculo con ideologías de derecha mudando hacia un catolicismo liberacionista que abrió paso a un proceso de radicalización política, a través de una «emigración» hacia organizaciones distintas, que tomaban la cuestión social y política de manera frontal. En general, esta «emigración se produjo como peronización gracias a la afinidad con un discurso político que apelaba al pueblo y no a la clase».¹⁸ Estos sectores estuvieron vinculados a la politización creciente dentro de las universidades, que luego de 1966 también dialogaron con el peronismo. La política dictatorial fue un catalizador que permitió la confluencia entre el movimiento popular y la vida universitaria, dando lugar al surgimiento de un conjunto de docentes, estudiantes e intelectuales que buscaban acercar la Universidad a la lucha que los sectores populares encaraban a través del peronismo.¹⁹ *E* se erige como una experiencia característica de este proceso. La reconstrucción de los itinerarios del grupo político que la conformó remite a tres espacios claves, que aparecen como antecedentes directos: las Cátedras Nacionales en la UBA²⁰ —espacio que

16 El grupo político de la revista *Envido* contó con la dirección de Arturo Armada y con la participación de intelectuales como Gonzalo Cárdenas (abogado, militante del CAEH), el cura Justino O' Farrell (Cátedras Nacionales), Horacio González, Roberto Carri (ambos vinculados a la Juventud Argentina para la Emancipación Nacional liderada por Galimberti), Juan Pablo Feimman, Alcira Argumedo, etc. [Dip, Nicolás y Pis Diez, Nayla. «Itinerarios de la revista Envido: de la "Ciencia rebelde" a la "Universidad Nacional y Popular"», *Conflicto Social* (2011)].

17 Dip, N. y Pis Diez, N. «Itinerarios de la revista Envido», 146; González, Horacio «Envido, un frente intelectual en el lodo del lenguaje político», en *Envido, revista de política y ciencias sociales*, Edición Facsimilar (Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2011).

18 Tortti, M.C. «La Nueva Izquierda Argentina», 23. La idea de «emigración vía peronización» es sostenida por Laura Lenci quien explica que esas transformaciones deben comprenderse enmarcadas en el proceso de radicalización-ruptura de la sociedad durante los 60 [Lenci, M.L. «Radicalización de los católicos». Rafael Cullen previene sobre la imposibilidad de uniformar la peronización del cristianismo. Afirma que militantes católicos con prácticas en el mundo obrero y sindical sostuvieron miradas críticas que incluyeron al peronismo; en contraposición, sectores provenientes de una militancia confesional u organizados en espacios políticos propios, manejaron una visión más ingenua [Cullen, Rafael. *Clase obrera, lucha armada, peronismos. Génesis, desarrollo y crisis del peronismo original* (La Plata: Editorial De La Campana, 2008), 239].

19 Dip, Nicolás y Pis Diez, Nayla. «Itinerarios de la revista Envido», 147-49.

20 Barletta, A. M. y Tortti, M. C. «Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria», en Krottsch, P. (comp). *La universidad cautiva* (La Plata: Ediciones Al Margen, 2002).





apuntaba a la construcción de una universidad popular— el Movimiento Humanista Renovador —organización de extracción cristiana que dialogó con el marxismo (sin aceptar sus premisas básicas), tuvo una vocación «nacional y popular» y ocupó el centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA— y el Centro Argentino de Economía Humana —también vinculado con el movimiento de radicalización del mundo cristiano—. ²¹ Estos espacios de militancia son explicativos de una «impronta de peronización» característica de *E*, que combinó el cristianismo identificado con la apelación al pueblo con las corrientes revisionistas y popular-nacionalistas universitarias que discutían con las pretensiones universalistas del marxismo, matizando sus determinaciones de clase. ²² Como buscaré dar cuenta, estas combinaciones resultaron en una identidad peronista cercana a asumir posiciones *movimientistas*, considerando prioritaria la contradicción imperio-nación. La revista se alineó a JP-Montoneros hasta que a fines del 73 se produjo el conflicto que determinó el fin de la publicación y el pasaje de la mayor parte de sus miembros a la disidente Juventud Peronista Lealtad, conformada en 1974. ²³ En *E*, el concepto de *dependencia* se convertía en un problema central y planteaba una segunda urgencia: la liberación nacional. ²⁴ Estas definiciones fueron claves para la relación que la revista establecía entre peronismo y revolución.

El camino de *mpl* es distinto: la revista publicó su primer número en junio de 1973 y fue clausurada por el gobierno peronista en marzo de 1974. Si bien el período de circulación es más corto, publicó 38 números semanalmente. El equipo de *mpl* giraba en torno a sus directores: Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde y sus hermanos, Carlos María y Marcelo. Sin embargo, el grupo político que conformó la revista no puede ser reducido al equipo editorial. Aquel estuvo compuesto por intelectuales, abogados y militantes que participaban directa o indirectamente de *mpl* y que venían transitando un camino político común ²⁵ que buscaba la unidad revolucionaria entre organizaciones peronistas y marxistas en torno a un frente político revolucionario. Muchos de sus miembros habían formado parte de la Gremial de Abogados, a partir de la cual aceptaron el vínculo con las organizaciones armadas peronistas y de izquierda. ²⁶ La «impronta de peronización» del grupo político de *mpl* dará cuenta de una relación entre marxismo y peronismo que nunca fue conflictiva: el marxismo era situado en el lugar de la teoría, como herramienta para analizar la sociedad. La identidad política se definía peronista y revolucionaria, se articulaba en torno a la experiencia de la clase obrera y del pueblo, y entendía que «ningún verdadero marxista» podía ubicarse por fuera del movimiento de masas. ²⁷ El grupo reconocía entre sus maestros a Hernández Arregui, Puiggrós, etc. —personalidades claves en el vínculo entre

21 Dip, Nicolás y Pis Diez, Nayla. «Itinerarios de la revista Envido», 154-55.

22 Pozzoni, Mariana. «Una mirada sobre la militancia en los primeros años '70 a través de la revista Envido (1970- 1973)», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2012). Dip, N. y Pis Diez, N. «Itinerarios de la revista Envido».

23 Tortti, M. C. «Auge y cierre de la movilización política en la lectura de las revistas Pasado y Presente y Envido, 1973», *Memoria Académica* (FAHCE-UNLP, 2014), 13.

24 Pozzoni, M. «Una mirada sobre la militancia», 8.

25 Entre ellos es posible destacar a Vicente Zito Lema, Mario Hernández, Roberto Sinigaglia, Ignacio Velez, Carlos González Gartland, Ricardo Carpani, Diego Muñoz Barreto, Alicia Euguren, Mónica Peralta Ramos, Rubén Dri, etc. La trayectoria de cada uno se vincula, más o menos, con la izquierda marxista. El grupo contaba con la colaboración de organizaciones como FAR, PB, Columna José Sabino Navarro. También existen testimonios que afirman que la organización guevarista ERP había ayudado a financiar la revista.

26 Chama, Mauricio. «Movilización y politización: los abogados de Buenos Aires, 1968-1973», *Historizar el pasado vivo en América Latina* (2007).

27 La idea de un «marxismo situado» es desarrollada por Mora González Canosa al repensar la «peronización de las FAR». [González Canosa, M. «Políticas de construcción del peronismo. El discurso de las FAR en los albores de la década del setenta en Argentina», *Tempo & Argumento* (2015)].





las tradiciones marxista, nacionalista y peronista—, y se reivindicaba heredero de J.W. Cooke, quien además había sido el nexo político con la experiencia cubana. Esta impronta tendrá una particular influencia en la articulación peronismo-revolución: la liberación nacional aparecía intrínsecamente vinculada a la social, definición que conducía a analizar las contradicciones de clase existentes dentro y fuera del movimiento como elementos clave. *mpl* tendió a asumir posiciones *alternativistas* que terminaron por tensionar hacia el extremo las fronteras de su identidad peronista, al acentuar el carácter clasista de sus planteos.

Si bien en un primer momento ambas coincidieron en las expectativas revolucionarias que despertaba el gobierno de Cámpora, el giro a la derecha del peronismo gobernante producirá posicionamientos distintos. La hipótesis radica en que las «improntas de peronización» en ambos casos arrojan luz sobre los posicionamientos asumidos por ambas publicaciones.

Expectativas revolucionarias: *Militancia y Envido* frente al gobierno de Cámpora

La posibilidad de que el peronismo retornara al gobierno a través de la candidatura de Héctor Cámpora estuvo signada por expectativas de cambio revolucionario que se vieron reflejadas en *E* y *mpl*. Sin embargo, la coyuntura no estuvo exenta de contradicciones en torno a la nueva etapa que abría el proceso electoral. La incorporación del peronismo al juego político legal había desplegado diferentes posiciones al interior de la izquierda peronista: algunos sectores reafirmaban una legitimidad revolucionaria que descreía de los canales institucionales del sistema democrático-burgués, otros (la mayoría) discutían esta visión sosteniendo que las elecciones eran un medio para el fin revolucionario dentro de la estrategia integral de Perón. El octavo número de *E*, publicado en marzo de 1973, se alineó con esta posición, predominante dentro de la Tendencia Revolucionaria y compartida por JP-Montoneros que habían resuelto participar de la campaña electoral ensamblando sus consignas con elementos de su discurso revolucionario.

E caracterizaba a la coyuntura atravesada por la discusión en torno a las formas, los métodos y el momento para resolver la disputa por el poder. Desde este lugar, el peronismo libraba «una doble batalla» por el gobierno y por el poder, y el movimiento era «el reaseguro político mediante el cual, desde el gobierno, se produzca la toma del poder».²⁸ Desde esta perspectiva, la conducción estratégica de Perón le había «arrancado» las elecciones al régimen, abriendo la posibilidad de que la opción liberación o dependencia se expresara en el marco electoral. Así encaradas, «las elecciones son un acto de legítima defensa y es en estas muy precisas condiciones que hoy votar por el compañero Cámpora es un hecho revolucionario en Argentina».²⁹ Sin embargo, la nota firmada por Horacio González reintroducía la tensión entre la salida revolucionaria y la electoral, caracterizando a las elecciones como una «trampa». Buscando resolver el dilema, se preguntaba: «¿son las elecciones una vía de acceso de las fuerzas populares al poder equivalente a otras vías?».³⁰ La pregunta introducía el debate reforma-revolución en boga desde el triunfo democrático de Allende en Chile. Si bien González remarcaba que la Argentina era experta en materia de desconocer los veredictos de la mayoría, «el camino de la liberación nos lleva a dar la respuesta en el campo electoral [...] no es correcta la consigna “elección o revolución”».³¹ Este posicionamiento

28 *Envido*, 8 (marzo de 1973), 4, en edición facsimilar.

29 Ídem, 4.

30 Ídem, 6.

31 Ídem, 11.





acordaba con la postura *movimientista* y llevaba implícito el cuestionamiento a algunos sectores *alternativistas* que habían condicionado el apoyo a la salida electoral, reafirmando la construcción de una herramienta política alternativa al movimiento. Para *E* la creación de espacios paralelos era contraproducente con la batalla por el poder encarnada por Perón.³²

E buscaba resolver este dilema a partir de una definición revolucionaria de Perón, su estrategia integral y el gobierno que consolidaban las elecciones. La cuestión clave estará dada por las definiciones en torno a la revolución: sus alcances y vínculos con el peronismo. Para *E*, el lema «gobernar es movilizar» venía a definir las características del período en ciernes. El número 9, publicado en mayo, se posicionaba frente al triunfo de Cámpora y llevaba aquella consigna como título. En la nota de «Situación», la revista afirmaba que el enemigo —definido en «la camarilla militar y los intereses capitalistas y explotadores»— había sido socialmente derrotado y que las elecciones habían sido ganadas gracias a la acción decidida de la militancia, quien asumía la responsabilidad de asegurar el signo revolucionario del futuro gobierno.³³ Los contenidos de esa revolución reflejaban la pugna entre un proyecto de desarrollo dependiente y un modelo de desarrollo autónomo³⁴ que tenía como principal característica la expresión política del pueblo.³⁵ Estas concepciones arrojan varios elementos: en primer término la revolución se reclamaba expresiva de un colectivo amplio, el pueblo, cuyos límites no se definían en torno a la cuestión de clase sino a la identificación con el movimiento peronista. Como vimos, esta apelación había sedimentando las condiciones simbólicas que hicieron fluidos los vínculos entre peronismo y cristianismo: la identidad entre nación y pueblo peronista se completaba con la unidad pueblo-catolicismo.³⁶ A su vez, se forjaba una impronta particular que definía «la pertenencia al pueblo» a partir de una «vocación antiimperialista» que incluía a la clase trabajadora, a pequeños propietarios industriales, comerciales y rurales.³⁷ El *pueblo peronista* encarnaba un proceso revolucionario que trazaba una contradicción fundamental: liberación nacional o dependencia. La revista no realizaba una identificación inmediata entre liberación y revolución social; por el contrario, esta última aparecía como un antagonismo secundario, supeditado a la contradicción principal. Así, afirmaban:

El polo liberacionista contiene antagonismos subordinados [que] responden a proyectos políticos: socialismo nacional vs. capitalismo nacional. La existencia de este último proyecto es una traba para la concreción de un gobierno revolucionario [...] la intensidad de la lucha contra esos enemigos internos tiene que ser directamente proporcional a su coincidencia real con el enemigo principal. [Esta] será evaluada constantemente y la instancia superior y decisiva estará como hasta ahora, en el conductor de ambos.³⁸

En este fragmento la posición *movimientista* se asentaba con fuerza en el reconocimiento del carácter nacional de la revolución y su importancia frente a los demás antagonismos; la liberación social quedaba relegada a un segundo plano y junto con ella las diferencias de clase existentes dentro del movimiento. La revista reconocía en Perón al conductor de todos los sectores y afirmaba en él la decisión de expulsarlos —o no— del movimiento.

32 Ídem, 3.

33 *Envido*, 9 (mayo de 1973), 1.

34 Pozzoni, Mariana. «Una mirada sobre la militancia», 10.

35 *Envido*, 9, 1-2.

36 Donatello, Luis Miguel. «Aristocratismo de la salvación. El catolicismo “liberacionista” y los Montoneros», *Prismas* (2005), 246.

37 *Envido*, 9, 29.

38 Ídem, 5.





Desde este posicionamiento, *E* discutía con las corrientes *alternativistas* y con las organizaciones de la izquierda no peronista afirmando que «si nos colocamos en las posturas programaticistas y principistas del “apoyo crítico” estaremos cediendo al enemigo su triunfo y anticipando nuestra derrota. El signo revolucionario del gobierno hay que pelearlo desde adentro y desde afuera es decir, desde el movimiento peronista que está conducido directamente por Perón».³⁹

Al afirmar la necesidad de pelear el carácter revolucionario del gobierno, *E* reconocía la existencia de contradicciones al interior del peronismo pero entendía que estas serían contrarrestadas por la propia dinámica de lucha, que las iría licuando al calor del proceso. Si bien la revista estuvo vinculada a un *movimientismo* mucho más acentuado que el de Montoneros, en esta instancia alineaba su análisis con el de la organización hegemónica dentro de la Tendencia Revolucionaria. Montoneros también reconocía enemigos al interior del movimiento, pero ello no obturaba la caracterización popular y revolucionaria de esta nueva etapa. Por el contrario, la organización disputaba espacios de poder en el nuevo gobierno y estructuraba su relato en torno a la posibilidad de concretar una reivindicación que los había atravesado históricamente: el retorno de Perón. En *El Descamisado* —órgano oficial de Montoneros— se afirmaba que con el líder, «comenzaría el proceso de liberación», aunque no aclararan de qué manera.⁴⁰

Otra coincidencia versaba en la importancia determinante que *E* le otorgaba a la movilización popular, señalando que el carácter revolucionario de las políticas adoptadas estaría dado por la capacidad que tuvieran para ser «asumidas y defendidas activamente por el sujeto de la historia: el pueblo movilizado».⁴¹ En este punto, la relación peronismo-revolución y las definiciones en torno al socialismo nacional no tenían tanto que ver con análisis marxistas —recurso que por lo demás era criticado por el grupo político de la revista—⁴² sino con un «proyecto político presente y vigente en el pueblo peronista [...] la patria socialista no es una cuarta bandera que agregamos a las de Justicia, Liberación y Soberanía sino que representa la necesaria actualización que nuestro movimiento ha hecho de sus banderas de lucha».⁴³ En este sentido, la consigna expresaba el carácter nacional del proceso político peronista y se vinculaba con el tercermundismo y la necesidad de batallar la dependencia.

A su vez, *E* introducía las diferencias entre antagonismos principales y secundarios al interior del enemigo. Si los *enemigos principales* estaban dados por la camarilla militar, la oligarquía y el imperialismo, la revista alertaba sobre otros actores dentro y fuera del frente electoral: en el primer caso, señalaba el desarrollismo y los defensores del capitalismo nacional, mientras que por fuera ubicaba a los partidos tradicionales y a «la izquierda desenmascaradora del supuesto carácter burgués de nuestro gobierno». Finalmente, desde el movimiento peronista se señalaba a los burócratas sindicales.⁴⁴ Estas definiciones fueron clave y así como afirmaban el acercamiento entre *E* y JP-Montoneros, arrojaban diferencias centrales con los posicionamientos *alternativistas* y con *mpl* que, como veremos, tildó de «maccartista» el señalamiento de la izquierda no peronista dentro del conjunto de actores que empantanaban el proceso revolucionario.

En el caso de *mpl*, la revista publicó su primer número en junio de 1973. Si bien no significó la coyuntura preelectoral, fue expresiva de un sector del peronismo revolucionario y por

39 Ídem, 2.

40 Slipak, Daniela, *Las revistas montoneras*, 70-71.

41 *Envido*, 9, 3.

42 Pozzoni, Mariana. «Una mirada sobre la militancia», 8.

43 *Envido*, 9, 25.

44 Ídem, 5.





tal motivo, se encontró signada por las mismas tensiones que venían atravesando a la izquierda peronista. *mpl* acompañó esta primera etapa cargándola de sentidos revolucionarios. En su primer editorial se presentaba como parte «del pueblo peronista militante y de su proceso de lucha» y caracterizaba al gobierno como «una experiencia revolucionaria y definitiva» que abría una nueva etapa en el camino de la liberación nacional y social.⁴⁵ Los sentidos que se le otorgaban al gobierno remitían a la idea de que se asistía a la fundación de un nuevo orden. A diferencia de los gobiernos anteriores caracterizados como regímenes arbitrarios, la etapa que se iniciaba debía responder a la voluntad del pueblo y afianzar «las reivindicaciones democráticas en un real sentido».⁴⁶ Para *mpl* la experiencia peronista de gobierno no podía significar el retorno al sistema parlamentario, por el contrario, apostaban por la construcción de una «democracia real» en donde el pueblo tuviera una participación activa en las decisiones políticas.⁴⁷

Aquí es posible realizar una primera distinción entre ambas publicaciones: si para *E* el carácter revolucionario de las medidas del gobierno quedaría definido por la movilización popular, para *mpl* no se trataba solo de eso sino de fomentar la participación del pueblo en las decisiones del gobierno. Este discurso ponía en juego elementos de la tradición marxista en el análisis de la realidad política, presencia que se relacionaba con la «impronta de peronización» del grupo. En términos generales, la revista da cuenta de una identidad que se reconocía heredera de la historia de lucha y resistencia de los sectores combativos del movimiento. El proceso de identificación anclaba en una (re)interpretación de esa historia, operando un proceso de selección de la tradición peronista que acentuaba ciertas prácticas y significados en detrimento de otros. Este proceso tenía como referencia explícita a Cooke, no solo porque había sido una influencia directa para el grupo político sino porque en su trayectoria conjugaba al peronismo con el marxismo, otra de las tradiciones sobre las que *mpl* operaba un proceso de selección. Esta articulación resultó en una particular identidad que se nutrió de ambas tradiciones en torno a una legitimidad alternativa dentro del espectro revolucionario peronista. La revista afirmaba: «nuestro modelo permanente será el ejemplo de Cooke que [...] hizo suyo el pensamiento de Evita: el peronismo será revolucionario o no será».⁴⁸ Este pasaje refleja como *mpl* realza un área del pasado y del presente, dentro de una cultura particular. El peronismo era entendido como un movimiento esencialmente revolucionario por su componente proletario y se caracterizaba como el mayor nivel de conciencia al que había llegado la clase obrera. El camino incluía una superación dialéctica que se asentaba en su carácter revolucionario y en la lucha por la liberación nacional y social que al amparo del ejemplo cubano, se concebía indivisible.

Los acercamientos a posiciones de la izquierda no peronista también se vieron aceptados por la experiencia que el grupo de *mpl* había acumulado en torno a la defensa de presos políticos en el pasado inmediato, práctica que había allanado el vínculo con todas las organizaciones (peronistas y marxistas), facilitando el debate y las coincidencias políticas con muchas de ellas. Un ejemplo fue el posicionamiento de *mpl* en torno a la liberación de los presos políticos: el debate había girado en torno al indulto o la amnistía, la primera opción se lograba con un decreto del Ejecutivo, la segunda con la aprobación del Congreso. *mpl* apuntó al indulto adoptando como propia la consigna del ERP «ni un día de gobierno peronista con presos políticos». Esta postura difería de la tomada por Montoneros y la JP, que ya se había expresado en *E* y que tomaba partido

45 *Militancia Peronista para la Liberación*, 1 (14 de junio de 1973), 3, en <www.eltopoblindado.com>.

46 Ídem, 7.

47 Ídem.

48 Ídem, 3.





por la amnistía «buscando evitar presionar al nuevo gobierno». ⁴⁹ Más allá de las discusiones, la movilización popular hacia la cárcel de Devoto el 25 de mayo de 1973 puso fin al debate: «el respaldo masivo dio la posibilidad de dictar el indulto» y este acontecimiento fue entendido como un «hecho revolucionario» ⁵⁰ en el marco de una disputa con aquellos que pretendían subsumir el proceso a la lógica institucional. Revelando un marxismo situado en el lugar de la teoría, la revista hacía uso de las herramientas conceptuales de esta tradición política para afirmar que la democracia burguesa era una «falsa legalidad» que solo servía como un medio dispuesto para un fin superior, que se enlazaba con la construcción del socialismo íntimamente vinculado a la idea de una «democracia real». Para *mpl* el gobierno encarnaba múltiples sentidos, no solo significaba un camino posible hacia «liberación nacional, es decir, el socialismo», ⁵¹ sino que materializaba el fin de los regímenes autoritarios (más allá de la vitalidad de «las fuerzas del continuismo» ⁵²). En este punto, la ecuación conducía a una revalorización democrática, aunque se remaricara que esta debía estar asociada al poder del pueblo y la clase obrera.

Si bien en esta primera etapa *mpl* había compartido posiciones vinculadas a sectores *movi-mientistas*, sobre todo tras el apoyo a la participación electoral, la participación en el gobierno y la significación de las políticas de Cámpora, la coyuntura adversa reavivó tempranamente articulaciones previas afianzando las lentes marxistas y acentuando el carácter clasista de sus planteos. El resultado fue un cuestionamiento creciente a la política de Montoneros y JP —que se materializó en debates con *E* y con la prensa montonera— y el sostenimiento explícito de la necesidad de construir «una herramienta política para y de la clase obrera, independiente de burócratas y traidores». Este posicionamiento retomaba el lineamiento político de la corriente alternativa, acercándola a sus organizaciones representativas (PB, FAP, «los Sabinos», etc.).

Estas alineaciones comenzaron a expresarse en la identificación temprana que *mpl* hacía de contradicciones insalvables dentro del movimiento. Si coincidía con *E* en la definición del «ejército de ocupación intacto en sus fuerzas» y «los intereses monopólicos y antipopulares» ⁵³ como rivales políticos, se distanciaba al vincularlos con «la burocracia sindical y política» ⁵⁴ que se encontraba al mismo nivel y favorecía a los intereses del sistema, sea desde el gobierno o desde el movimiento. En este punto, la diferencia es clave, no solo porque *mpl* incorporaba a estos actores dentro del «enemigo», sino por el hecho de que esas contradicciones no eran relegadas a un carácter secundario.

Otra diferencia con *E* giró en torno a los posicionamientos respecto de la izquierda no peronista. Como dijimos, *mpl* fue especialmente crítica con afirmaciones que tendían a considerarla aliada del enemigo, apuntando que el «macartismo» era una posición política peligrosa, proveniente de los sectores reactivos al cambio revolucionario y de algunos sectores de la izquierda peronista: «el macartismo criollo [...] se caracteriza por apuntar a un lado tratando de hacer blanco en otro». La revista señalaba que algunos sectores del peronismo revolucionario realizaban una «mala lectura de la realidad [...] desplazando una contradicción clave al seno de los propios sectores revolucionarios: se enfrenta al peronismo con los sectores revolucionarios no

49 Celecia, Felipe y Waisberg, Pablo. *La Ley y las Armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña* (Buenos Aires: Ediciones Aguilar, 2007), 235.

50 *Militancia Peronista para la Liberación*, 1, 8.

51 Ídem.

52 *Militancia Peronista para la Liberación*, 2 (21 de junio de 1973), 4.

53 Ídem, 8.

54 Ídem.





peronistas, haciéndole el juego al mismo tiempo a la derecha contrarrevolucionaria y al izquierdismo abstracto».⁵⁵

Finalmente, las posiciones respecto del Pacto Social⁵⁶ también fueron disímiles. Mientras que JP y Montoneros sostuvieron —inicialmente— una posición ambigua que, no sin desconfianza, justificó el «acuerdo social» aduciendo que buscaba aumentar la riqueza, evitar «que el imperialismo se la lleve» y mejorar su distribución a través del compromiso entre «los trabajadores y el pueblo» y la «confederación empresaria»,⁵⁷ *mpl* denunciaba en las antípodas (y desde el número 1) que las centrales firmantes (CGT-CGE) no representaban ni a los trabajadores ni a la burguesía nacional. La primera porque se encontraba dirigida por «la burocracia sindical», la segunda porque estaba fusionada a los monopolios y al imperialismo. Cuando *E* publique su décimo número a fines del 73, defenderá el Pacto Social como una política correcta, pero a esa altura se enfrentará incluso con la posición de Montoneros y JP.

Durante el gobierno de Cámpora, las diferencias entre las posiciones de *E* y *mpl* pudieron obviarse alentadas por las expectativas revolucionarias que la etapa les despertaba. Sin embargo, adelantaban un debate que fue arduo y las llevó a posiciones antagónicas. En lo que sigue, comparemos las posiciones de ambas en torno a los acontecimientos que fueron marcando el giro a la derecha del gobierno peronista.

¿El peronismo será revolucionario o no será? *Militancia y Envido* frente al derrotero del «gobierno popular»

El proceso de radicalización tuvo profundas consecuencias para una publicación semanal como *mpl*. Sus páginas expresan la urgencia del momento político, dando cuenta de los sucesivos quiebres respecto de la experiencia del peronismo en el poder. La «masacre de Ezeiza» ocurrida el 20 de junio de 1973 con motivo del regreso de Perón, será el primero de ellos a tan solo tres semanas de que la revista publicara el primer número. Estos acontecimientos simbolizaron el comienzo de las disputas por el poder dentro del peronismo, entre sus diferentes sectores. Perón regresaba al país tras 18 años de exilio y fue esperado en el aeropuerto de Ezeiza por una de las concentraciones populares más grandes de la historia argentina. Allí, «los sectores de derecha del peronismo» compuesta «por grupos políticos y sindicales del ala tradicional del movimiento» a cargo de la organización del acto, desataron un enfrentamiento contra la izquierda peronista liderada por JP y Montoneros.⁵⁸ A su vez, el hecho agrietó tempranamente la posición de *mpl* respecto de Perón, aunque en este momento inicial el semanario buscó evitar la confrontación directa con el líder.

La revista analizó la masacre señalando como responsables a «los asesinos infiltrados» representados en la burocracia sindical y política. La primera medida que se reclamaba era «desarmar a la represión que ahora está instalada insólitamente dentro del movimiento peronista» y para ello insistían sobre la necesidad de «democratizar la economía y la política».⁵⁹ Es interesante apuntar que *mpl* analizaba Ezeiza, remarcando las contradicciones internas del movimiento, crítica

55 *Militancia Peronista para la Liberación*, 1, 23.

56 Política económica del gobierno peronista, que se basó en un acuerdo tripartito entre empresarios (CGE), trabajadores (CGT) y gobierno a través de un congelamiento de precios y salarios.

57 Slipak, Daniela. *Las revistas montoneras*, *El Descamisado* (12 junio de 1973).

58 Franco, Marina. *Un enemigo para la Nación*, 46 y 50.

59 *Militancia Peronista para la Liberación*, 3 (28 de junio de 1973), 5.





característica del alternativismo. Ejemplo de ello, el comunicado que FAP circuló tras la masacre, donde no solo denuncian a sectores del movimiento sino también los sectores políticos como copartícipes necesarios de la represión.⁶⁰ En el caso de *mpl*, la revista dialogaba con una posición más izquierdista que reclamaba el poder al pueblo: participación de los sectores populares en lugares claves como la política y la economía.

Este escenario anunciaba el principio del fin para la primavera camporista sujeta a las tensiones cada vez más agobiantes de los sectores de la derecha peronista y no peronista. El resultado se expresó con las renuncias del presidente y su vice, Solano Lima, el 13 de julio. La renuncia dio lugar a que en setiembre del 73 se celebraran nuevas elecciones, en las que Perón triunfó con el 62 % de los votos. Entre ambos, gobernó interinamente Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados, que tuvo dos objetivos tendientes a lograr la llegada de Perón: garantizar elecciones rápidas y «de-purar» la administración de todo elemento cercano a «la Tendencia». Como veremos luego, Perón asumió su cargo en octubre de 1973 con un proyecto de «pacificación y reorganización institucional centrado en acuerdos partidarios y corporativos que denominó Democracia Integrada».⁶¹

La renuncia de Cámpora será un segundo quiebre para la experiencia de *mpl*, que en su editorial n.º 6 la explicaba en términos de un «golpe palaciego»⁶² vinculado a los autoritarismos del pasado reciente. Materializando incipientes diferencias con el rol que venían asumiendo Montoneros y JP como sectores hegemónicos de «la Tendencia», la revista afirmaba: «si nos limitamos a esperar que el propio Perón frene la contrarrevolución en marcha, continuaremos desandando el camino hacia la construcción del socialismo nacional».⁶³ *mpl* se posicionaba fuertemente crítica con las posiciones *movimientistas* expresadas por aquellas organizaciones, sus órganos de prensa y toda expresión que al igual que *E*, afirmara estas posturas. Apuntaba que tales posiciones retrasaban «el proceso revolucionario en aras de una mal entendida verticalidad».⁶⁴ Esta caracterización es interesante debido a que abre el juego en torno a los significados de ese concepto (clave para el peronismo) a la vez que introduce las diferencias entre *alternativistas* y *movimientistas* en torno al rol del movimiento y del líder. En un juego de espejos y presiones bajo una misma identidad política y sin haber roto con Perón, la revista lanzaba una crítica aguda sobre algunos sectores del peronismo revolucionario, acusándolos de haber «cedido posiciones» frente a la burocracia al «persistir en el error de no comprender que la Guerra Popular pasa por la batalla dentro del Movimiento». *mpl* afirmaba que las organizaciones revolucionarias debían asumir un rol protagónico, tomando la tarea de frenar la contrarrevolución sin esperar definiciones de Perón. Más allá de que la revista aún sostenía ese liderazgo, revelaban una necesidad de despegarse del conductor del movimiento, quien hasta el momento venía expresándose en contra de los intereses revolucionarios.

A partir de su regreso, Perón había buscado «poner orden». Su primera manifestación institucional vino de la mano del gobierno de Lastiri, tras decidir la renuncia de Cámpora. Junto con ello, el líder reconoció a la dirigencia sindical como «la columna vertebral del peronismo» y desairó a «la Tendencia», designando a López Rega⁶⁵ como intermediario con los sectores de la Juventud, desconociendo la fórmula «Perón-Cámpora» vitoreada por ellos para las elecciones presidenciales

60 Duhalde, E y Pérez, E. *De Taco Ralo a la Alternativa*.

61 Franco, Marina. *Un enemigo para la Nación*, 43.

62 *Militancia Peronista para la Liberación*, 6 (19 de julio de 1973), 3.

63 Ídem, 3.

64 Ídem.

65 José López Rega representó la derecha peronista. Fue ministro de Bienestar Social durante el gobierno peronista y formó la organización paraestatal Alianza Anticomunista Argentina.





y denunciando a una «delincuencia juvenil» que estaba «cuestionada» y debía ser «encaminada». ⁶⁶ La posición de Montoneros y JP había oscilado entre la teoría del cerco —que pretendía a un Perón atrapado por los sectores de la derecha— y críticas implícitas respecto del líder. ⁶⁷

Con una posición distinta, *mpl* no disimuló la ruptura y cuestionó a los sectores *movimientistas* que, en mayor o menor medida, aceptaban «la palabra de Perón como verdad revelada al estilo papal», «vacilando» en definiciones necesarias respecto del líder y la realidad del movimiento. ⁶⁸ El quiebre definitivo entre el grupo político y el peronismo gobernante terminó de concretarse a partir de las consecuencias políticas del «ajusticiamiento» a Rucci, materializadas en el número 17 publicado el 4 de octubre de 1973.

La muerte del máximo dirigente sindical —pieza clave del Pacto Social— marcó un punto de clivaje en el conflicto interno del peronismo y en su proyección sobre la política nacional. ⁶⁹ El «ajusticiamiento» fue perpetrado por Montoneros dos días después de celebrado el proceso electoral que había consagrado la fórmula Juan Perón-Isabel Perón. El objetivo del hecho armado había sido obligar al líder a negociar con Montoneros ⁷⁰ pero lejos de ello, el resultado fue una ola de acusaciones cruzadas entre los diversos sectores del peronismo y el incremento de las acciones represivas, legales y extralegales. ⁷¹

En el editorial del n.º 17, *mpl* explicaba la conmoción política que la muerte de Rucci había provocado como «la expresión del antagonismo irresoluble al que ha llegado nuestro país». ⁷² A su vez, denunciaba los mecanismos represivos de un gobierno que avanzaba sobre los sectores revolucionarios. La situación se tornó insostenible y en la misma semana, el movimiento peronista publicaba el Documento Reservado n.º 1, que llamaba a su «depuración». A través de este (publicado en los principales diarios), el peronismo (y Perón) anunciaban la necesidad de «eliminar» al «enemigo infiltrado», llamando a una lucha partidaria contra la subversión. ⁷³

Las páginas de *mpl* reflejan la centralidad que había tomado la lucha dentro y fuera del peronismo, la espiral de violencia *in crescendo* y el avance de las políticas represivas. Irónica y confrontativa, *mpl* denunciaba la ausencia del pueblo, «del peronismo de abajo», en el gobierno de Perón y apuntaba contra los sectores de la JP que en este contexto presentaban «serias desviaciones». Una de ellas fue su participación en el Operativo Dorrego ⁷⁴ que, como veremos, será defendida por *E*. Al respecto afirmaba: «en momentos decisivos en lo político, en donde el peso de la JP debería asentarse en la lucha contra la ofensiva de la derecha [...] 800 compañeros se integran con las mismas FFAA que representan la antítesis histórica del Ejército Popular». ⁷⁵

Las críticas al gobierno de Perón y a los sectores *movimientistas* del peronismo revolucionario se tornaban explícitas. El editorial número 23 interpelaba al primero directamente. Titulando «Hablemos claro» sostenían: «El General ha traído al país un preconcebido plan político que, por

66 Perón, Juan Domingo. «Gobernar es Persuadir», discurso a los gobernadores (2 de agosto de 1973).

67 Slipak, Daniela. *Las revistas Montoneras*.

68 *Militancia Peronista para la Liberación*, 9 (9 de agosto de 1973).

69 Franco, Marina. *Un enemigo para la Nación*, 51.

70 Grassi, Ricardo. *El Descamisado, periodismo sin aliento* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2015), 211.

71 Franco, Marina, *Un enemigo para la Nación*.

72 *Militancia Peronista para la Liberación*, 17 (4 de octubre de 1973), 3.

73 *La Opinión* (2/10/1973).

74 El Operativo Dorrego fue un trabajo conjunto entre el Ejército y la JP en barrios de Buenos Aires afectados por inundaciones.

75 *Militancia Peronista para la Liberación*, 20 (25 de octubre de 1973), 6.





sus particularidades conciliacionistas, de “buena letra con el enemigo”, de “desensillar hasta que aclare”, etc. se aviene para ser ejecutado por la burocracia traidora». ⁷⁶ La revista parafraseaba a Perón y denunciaba una política de conciliación con los sectores de la dictadura. El grupo ponía en juego una posición que disputaba el sentido de ser peronista con el propio líder del movimiento, afirmando que el cuestionamiento a la burocracia y «el aval que a la misma le otorga Perón» no podía obviarse con acusaciones de «infiltración o sinarquía: no hay maquinación internacional de ninguna especie, se trata simplemente de buena memoria y fidelidad peronista». ⁷⁷ Lo que se ponía en juego eran los límites de una identidad política que anclaba en el peronismo pero se enfrentaba a sus expresiones históricas. Continuaban: «nadie discute el liderazgo de Perón [...] lo que se discute es que se pretenda ejecutar alguna política con los enemigos del pueblo [...] discutir los hombres elegidos por Perón no es un acto de rebelión ni herejía». ⁷⁸ En este último pasaje, se matizaban las críticas pero se volvía a problematizar el concepto de verticalidad. Para ello, afirmaban que la doctrina peronista emanaba «de las propias acciones del pueblo trabajador. Peronismo es Revolución, porque el pueblo trabajador así lo entendió. Todo lo demás nada tiene que ver con el verdadero peronismo». ⁷⁹

En este punto es interesante traer a colación las reflexiones de Altamirano y la contraposición que realiza entre «el peronismo verdadero» y «el empírico». ⁸⁰ El autor define al primero como una expectativa real que cuando se atribuía a los trabajadores no podía extenderse a los dirigentes políticos o sindicales, quienes eran parte del «peronismo empírico» por detentar poder. Lo interesante a destacar es que el autor afirma que incluso Perón no ha sido siempre el depositario del peronismo verdadero. Cuando esto sucedió, el evocador fue otro: el pueblo, la clase obrera, Evita. ⁸¹ El análisis arroja luz sobre la operación que discursivamente realiza la revista para expresar las transformaciones en su identidad política. *mpl* tensionaba los límites de esa identidad resignificándola sin renunciar a su identificación peronista. Así, afirmaban: «no hay peronismo sin Perón, pero tampoco Perón sin peronismo, expresión política del pueblo». ⁸² Como señala Altamirano, para pertenecer al peronismo verdadero no era necesario formar parte de las estructuras formales del movimiento, por el contrario, a veces era necesario abandonarlas «sin renunciar al peronismo que es el espacio donde se puede mantener la identidad y librar la lucha por el peronismo verdadero». ⁸³

mpl operaba estas redefiniciones reforzando sus improntas previas. Los elementos del marxismo articulados en su identidad gravitaron con fuerza en esta nueva etapa y sirvieron de herramienta para (re)significar un peronismo alternativo. Se buscaba «una revolución que asegure a la clase trabajadora la propiedad de los medios de producción, la socialización de la riqueza y el fin de la opresión». ⁸⁴ La crítica apuntaba a los sectores de poder dentro del movimiento y sostenía —junto a las organizaciones *alternativistas*— que el camino era construir la Alternativa Independiente. Por eso disparaba en contra de quienes, desde el peronismo revolucionario, seguían

76 *Militancia Peronista para la Liberación*, 23, (15 de noviembre de 1973), 3.

77 Ídem, 3.

78 Ídem, 4.

79 Ídem.

80 Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*, 130.

81 Ídem, 131.

82 *Militancia Peronista para la Liberación*, 23, 4.

83 Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*, 134.

84 *Militancia Peronista para la Liberación*, 23, 4.





«una política de conjunto por temor al descuelgue»:⁸⁵ para *mpl*, esta política era autodestructiva, dado que «el mimetismo con la burocracia tiende a evitar una política propia que si expresa a la clase obrera y al pueblo peronista, implica tomar distancia con el gobierno».⁸⁶

Lejos de estas posiciones, el último número de *E* salió en noviembre de 1973. La revista se había acercado a la posición de Montoneros y de la *jp* y la décima edición se publicaba bajo la órbita de esta organización. Sin embargo, ese alineamiento tensionó el último número dado que gran parte del *staff*—vinculado a los sectores más *movimientistas* de «la Tendencia»— no acordaba con el enfrentamiento que Montoneros venía protagonizando con Perón y, mucho menos, con el «ajusticiamiento» a Rucci. La muerte del dirigente sindical en manos de la Conducción Nacional de la organización había condensado cuestionamientos entre muchos militantes encuadrados y en *jp*. Esta situación tuvo como consecuencia el desgajamiento de grupos importantes que pasaron a conformar la *jp* Lealtad, meses después. Tras el décimo y último número de *E*, el grupo político de la revista se incorporó a esta escisión casi en su totalidad.⁸⁷

En su última publicación, *E* asumió un tono reflexivo que buscaba repasar los hechos más importantes de la acuciante etapa. La primera nota tituló «Envido, una nueva etapa» y asumía la necesidad de «referirnos a nuestra condición como revista que asume una identidad».⁸⁸ Repasando el camino transitado por este grupo político-editorial, la sección afirmaba aquella «impronta de peronización» a la que hemos referido: «sin duda, hemos acompañado con altibajos, un proceso social. Fue el de la incorporación a la conciencia nacional de amplios sectores medios, profesionales y estudiantiles».⁸⁹ Haciendo referencia a la radicalización vía peronización de sectores vinculados al ámbito universitario y cristiano, *E* afirmaba su reconocimiento en el movimiento peronista y sostenía que «el apego a la conducción estratégica» no era un «deslumbramiento irracional» ni «una pirueta de los recién llegados».⁹⁰ En línea con el revisionismo que había atravesado a la revista desde sus orígenes, apuntaban que «para comprender el proceso nacional es preciso superar esa visión inmediateista que hace arrancar la historia de enfrentamiento al régimen en “el Cordobazo”. La larga marcha de reconquista del poder se inicia en 1955 y todas las batallas encuentran su sentido en la doctrina estratégica diseñada por nuestro conductor».⁹¹ *E* se proponía facilitar «el desarrollo de la revolución peronista».⁹² Esta última expresión retoma los términos de la diada peronismo-revolución, haciéndolos conjugar de una particular manera. En la aseveración *Revolución Peronista* se delineaban los sentidos y alcances del proceso revolucionario que *E* seguía identificando con «la presencia de Perón en la patria, conduciendo el proceso de liberación nacional».⁹³ Si bien se apostaba por la construcción del «socialismo nacional», la liberación continuaba sujeta a la contradicción principal imperio-nación. Su otra pata—liberación social— se omitía o seguía supeditada a su carácter de contradicción secundaria. Aseveraban que el socialismo nacional se articulaba en torno a «los conceptos doctrinarios de movilización

85 *Militancia Peronista para la Liberación*, 24, 22 de noviembre de 1973, 3.

86 Ídem, 3.

87 Pozzoni, Mariana. «Los orígenes de la Juventud Peronista Lealtad: los “soldados de Perón” (1973-1974)», *Cuadernos del clach*, 101 (2015), 52; Pozzoni, M. «Una mirada sobre la militancia».

88 *Envido*, 10 (noviembre de 1973), 1.

89 Ídem, 1.

90 Ídem.

91 Ídem, 4.

92 Ídem, 1.

93 Ídem.





popular, trasvasamiento, organización del pueblo, relación líder-masa, unidad en la lealtad, poder popular», entre otros.⁹⁴ Es interesante destacar que todos estos conceptos delimitaban (y definían) al socialismo dentro de la doctrina peronista: el sujeto revolucionario seguía siendo el pueblo expresado a través de una política de alianza de clases con hegemonía de los trabajadores. Junto con ello, la afirmación *movimientista* en torno al trasvasamiento [concepto que refería a la necesidad de impulsar —desde el movimiento— a los sectores más combativos], la relación líder-masa y la unidad en la lealtad. Estos dos aspectos reforzaban una noción de verticalidad que suponía permanecer dentro de las estructuras del movimiento, seguir reconociendo en Perón a un líder revolucionario y acatar sus directivas.

El número avanzaba sobre conceptos clave, como la noción de *lealtad* y *ortodoxia*. Esto resulta ilustrativo y permite vislumbrar las discusiones con el *alternativismo*, los crecientes conflictos con la política montonera y su posterior incorporación a *JP Lealtad*. Entre las significaciones más importantes atribuidas a la *lealtad* estaba la de ser un instrumento revolucionario del peronismo y principio de conducción en el plano doctrinario:⁹⁵ era aquello que había permitido el cumplimiento histórico de los planes del movimiento «conducidos por Perón y ejecutados por los peronistas».⁹⁶ En consecuencia, *ortodoxia* significaba «lealtad a la conducción de Perón» y «al proyecto nacional, popular y revolucionario».⁹⁷ A partir de este principio, la publicación diferenciaba entre distintos sectores del peronismo: la «ortodoxia activa», la «pasiva» y la «heterodoxia alternativista».⁹⁸ Es interesante señalar que si la lealtad era una característica de la ortodoxia, los sectores *alternativistas* quedaban por fuera de esa definición (y de su carácter revolucionario) al ser caracterizados como «heterodoxos». Con tales afirmaciones, la nota firmada por Arturo Armada entablaba un debate con las posiciones articuladas por *mpl* que ahora alcanzaba a Montoneros, volviendo públicas las diferencias que habían crecido entre el grupo político de *E* y la organización.⁹⁹

En líneas generales, las ortodoxias activa y pasiva compartían la adhesión hacia Perón, inscriptas en las líneas doctrinarias del movimiento peronista. Sin embargo, ambas se diferenciaban en aspectos fundamentales: la primera era revolucionaria, la segunda «mecanicista». Según *E*, la «ortodoxia activa y revolucionaria» actualizaba los aspectos doctrinarios del movimiento «respetando el principio más importante en la relación líder-pueblo: el de la Conducción». Aun así, el conducido no tenía un rol pasivo, era a su vez conductor de otros que debían ser persuadidos de las acciones a emprender, de su sentido y alcance.¹⁰⁰ Las bases debían tener un rol activo: «no sólo para hacer lo que se le ordena» sino para «recrear la conducción y sus directivas». En cambio, la ortodoxia pasiva ejecutaba al «estilo militar todo lo que proviene no solo del conductor sino también de su entorno». No tomaba partido en la lucha interna, justificándola en la afirmación de que el movimiento tenía diferentes «alas»: la derecha, el centro y la izquierda.¹⁰¹ Quienes estaban dentro de esta posición eran acusados de seudolealtad.

94 Ídem, 2.

95 Pozzoni, Mariana. «Los orígenes de la *JP Lealtad*», 53.

96 *Envido*, 10, 47.

97 Ídem, 48.

98 Ídem, 49.

99 Tortti, M. C. «Auge y cierre de la movilización política», 13.

100 *Envido*, 10, 50.

101 Ídem, 51.





Finalmente, la «heterodoxia alternativista» era definida como una forma de asumir el peronismo y criticada por dejar de lado las herramientas doctrinarias al suponer que la organización del pueblo tenía «leyes propias al margen de la estructura del Movimiento y de la conducción de Perón».¹⁰²

Desde la posición de «ortodoxia activa», *E* va a discutir fundamentalmente con estos sectores sin dejar de reconocer «la trayectoria de lucha consecuente de buena parte de los compañeros que sustentan estas posiciones».¹⁰³ En debate explícito con *mpl*, *E* afirmaba que «no se puede discutir cada definición de Perón que disguste», para más adelante agregar: «ante los compañeros que sostienen que el miedo al descuelgue es el complejo del recién llegado creemos sinceramente que no marginarse del Movimiento es una preocupación válida para todo peronista».¹⁰⁴ La publicación respondía a las críticas de *mpl* dado que reconocía que esas posturas tenían trayectoria dentro del peronismo. Sin embargo, remarcaban que tal posicionamiento articulaba un «clasismo atemporal» que centraba la contradicción entre burguesía/clase obrera: «este clasismo acompaña el consabido purismo: no hay alianzas posibles y todo hecho político ha de ser revolucionario en el sentido de incontaminado. Pero la realidad política nos dice que es inhallable el estado revolucionario puro».¹⁰⁵ La revista revaloraba al movimiento por su carácter no vanguardista y destacaba que su carácter revolucionario estaba dado por la lealtad y el verticalismo al líder, no por el basismo. Así, *E* se distanciaba tanto de la teoría del cerco que postulaba a un Perón débil, «manejado por un grupo de aventureros sin escrúpulos», como de la posición tomada por *mpl* y demás sectores *alternativistas* quienes «suponen a un Perón preconciendo y ejecutando un plan trazado de antemano».¹⁰⁶ Para *E* los problemas internos y el contexto internacional (avance de regímenes autoritarios en países de América Latina) habían «obligado al líder a dar un paso atrás táctico».¹⁰⁷ Paradójicamente, allí también cercaban a Perón al suponerlo avasallado por el contexto.

Afirmando su *movimientismo*, la revista se posicionaba positivamente frente a hechos que *mpl* había criticado como el Pacto Social o el Operativo Dorrego, que aparecía como un acierto debido a que permitía intercambiar puntos de vista con un sector militar «dispuesto a profundizar la democracia». Las interpretaciones de *mpl* eran caracterizadas como «ejemplos, entre otros, de este tipo de actitudes puristas e intransigentes».¹⁰⁸

A diferencia de *E*, la revista *mpl* siguió publicándose unos meses más y continuó el debate. En el número 27, el editorial respondía críticas provenientes «del campo revolucionario y de los compañeros de la JP», afirmando que el proyecto político que defendían era «el de la Patria Socialista a través de la organización de abajo hacia arriba de la clase obrera y del pueblo».¹⁰⁹ Sostenían que el socialismo nacional no significaba «un socialismo aguachento que no es más que un capitalismo con beneficios sociales», afirmando que «entre capitalismo y socialismo no hay tercera posición».¹¹⁰

102 Ídem, 55.

103 Ídem.

104 Ídem, 56.

105 Ídem, 57.

106 Ídem, 60.

107 Ídem.

108 Ídem.

109 *Militancia Peronista para la Liberación*, 27 (13 de diciembre de 1973), 3.

110 *Militancia Peronista para la Liberación*, 32 (24 de Enero de 1974), 9.





Finalmente, el agobio represivo que se incrementará con violencia a partir de los primeros meses del año 74, truncó el debate y el gobierno ahogó a *mpl*, decretando su clausura.

En el marco de este artículo he buscado recorrer dos experiencias político-editoriales del peronismo revolucionario que tomaron posiciones bien distintas respecto del tercer gobierno peronista, relacionando lo que aquí he definido como «improntas de peronización» —es decir, experiencias que desde el peronismo pusieron en juego elementos de otras tradiciones político-culturales que subyacieron a la forma en que se (re)definió la identidad peronista y su vínculo con la «revolución»— con la manera en que ambas publicaciones asumieron el debate *movimientismo-alternativismo*. En este sentido, ha sido pertinente remarcar cómo la coyuntura del 73 hizo estallar las diferencias que habían convivido durante la oposición a la dictadura hermanadas bajo la difusa idea de que el peronismo y Perón eran revolucionarios, reforzando los elementos previos que cada experiencia había articulado en torno a la identidad peronista.

Para el caso de *E*, que había expresado el proceso de peronización de sectores universitarios y cristianos, la radicalización política estuvo sujeta a ciertas premisas, que se mantuvieron en mayor o menor medida invariantes. La apelación al pueblo como sujeto revolucionario, su conformación pluriclasista y la contradicción principal puesta entre imperio-nación, explica la definición de la revolución en torno a la liberación nacional. Al mismo tiempo, esta articulación de elementos permite pensar que existió un vínculo estrecho entre tales definiciones y el reconocimiento en las premisas más importantes de la posición *movimientista*, sobre todo aquellas que relacionaban revolución y liberación nacional, relegaban las contradicciones internas del peronismo y sostenían el carácter revolucionario del movimiento y de Perón como líder.

Por su parte, el grupo político que conformó *mpl* había articulado su identidad política haciendo dialogar al peronismo con un marxismo situado en el lugar de la teoría. La experiencia de la revista puso en juego dos procesos opuestos pero iguales: la peronización de la izquierda y la izquierdización del peronismo (en sentido marxista), básicamente porque *mpl* expresaba e interpelaba a ambos sectores. Ante la adversidad del contexto, la revista reforzó las lentes marxistas articuladas en su identidad política, acentuando el clasismo en sus planteos. Esta posición aceptó afinidades con el *alternativismo*, que identificaba contradicciones de clase insalvables dentro del movimiento y proponía una salida política a este atolladero afianzando la experiencia de la clase obrera. De esta forma, la convicción de que liberación nacional y social eran indivisibles se tradujo en la necesidad de construir una herramienta independiente (y de clase) que traería aparejada una superación dialéctica del peronismo, potenciando sus caracteres revolucionarios.

Es necesario aclarar que en la historia los vínculos nunca son mecánicos. Tanto la construcción típico-ideal en torno al *movimientismo/alternativismo*, como su vínculo con las «improntas de peronización», son construcciones analíticas que permiten tejer generalizaciones que ofrezcan explicaciones que podrán ser defendidas o refutadas por distintas experiencias. La intención de estas reflexiones no ha sido determinar las posiciones presentes según las trayectorias pasadas, sino pensar cómo se tensaron tendencias previas y qué relación puede establecerse con la forma en que los actores analizados pensaron el vínculo entre peronismo y revolución.





Bibliografía

- Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2011.
- Barletta, Ana María y Tortti, María Cristina. «Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria», en Krotsch (comp.). *La universidad cautiva*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2002.
- Bozza, Alberto. «La resignificación revolucionaria del peronismo y sus protagonistas durante la etapa de la proscripción», en Tortti, M.C. (Dir.). *La Nueva Izquierda Argentina (1955-1976). Socialismo, Peronismo y Revolución*, Rosario, Ediciones Prohistoria, 2014.
- Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2013.
- Chama, Mauricio. «Movilización y politización: los abogados de Buenos Aires, 1968-1973», *Revista Historizar el pasado vivo*, 2007.
- Cullen, Rafael. *Clase obrera, lucha armada, peronismos. Génesis, desarrollo y crisis del peronismo original*, La Plata, Editorial De La Campana, 2008.
- De Riz, Liliana. *La política en suspenso, 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Dip, Nicolás y Pis Diez, Nayla. «Itinerarios de la revista Envido: de la “Ciencia rebelde” a la “Universidad Nacional y Popular”», *Conflicto Social*, Año 5, 2011.
- Donatello, Luis Miguel. «Aristocratismo de la salvación. El catolicismo «liberacionista» y los Montoneros», *Revista Prismas*, 9, 2005.
- Duhalde Eduardo y Pérez Eduardo. *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, La Plata, De la Campana, 2003.
- Franco, Marina. *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2003.
- González Canosa, Mora. «Las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP): un análisis comparativo de los (re) posicionamientos de las FAR», en Tortti, M.C. (dir.). *La Nueva Izquierda Argentina (1955-1976). Socialismo, Peronismo y Revolución*, Rosario, Ediciones Prohistoria, 2014.
- . «Políticas de construcción del peronismo. El discurso de las FAR en los albores de la década del setenta en Argentina», *Revista Tempo & Argumento*, 14, 2015.
- González, Horacio. «Envido, un frente intelectual en el lodo del lenguaje político», *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, Edición Facsimilar, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2011.
- Grassi, Ricardo. *El Descamisado, periodismo sin aliento*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2015.
- Lanusse, Lucas. *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Editorial Vergara, 2005.
- Lenci, María Laura. «Radicalización de los católicos en Argentina. Peronismo, cristianismo y revolución», *Cuadernos del cish*, 4, 1998.
- . «Cámpora al gobierno, Perón al poder. La tendencia revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de Marzo de 1973», en Pucciarelli, A. (ed.). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del gan*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Lucece, Cecilia. *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- Morello, Gustavo. «El concilio Vaticano II y la radicalización de los católicos», en Lida, C.; Crespo, H. y Yankelevich, P. (eds.). *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Pozzoni, Mariana. «Una mirada sobre la militancia en los primeros 70´ a través de la revista Envido (1970-1973)», *Revista Nuevo Mundo, Nuevos Mundos*, 2012.
- . «Los orígenes de la Juventud Peronista Lealtad: los “soldados de Perón” (1973-1974)», *Cuadernos del clach*, 101, 2015.
- Raimundo, Marcelo. «Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa», *Cuadernos del cish*, 15, 2004.





- Seminara, Luciana. «Escribir las prácticas» Diálogos implícitos entre Montoneros y la organización Sabino Navarro», *Travesía*, 16, 2014.
- . «Pliegues en el relato de la Historia Reciente Argentina: la experiencia de la Organización Montoneros Sabino Navarro (1972-1975)», *Izquierdas*, 16, 2013.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 2003.
- Slipak, Daniela. *Las revistas montoneras. Como la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- Stavale, Mariela. «Las Fuerzas Armadas Peronistas y su experiencia alternativa (1964-1979)», Tesis de Licenciatura, Memoria Académica, FAHCE-UNLP, 2012.
- Tortti, María Cristina. «La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución», en Tortti, M.C. (Dir). *La Nueva Izquierda Argentina (1955-1976). Socialismo, Peronismo y Revolución*, Rosario, Ediciones Prohistoria, 2014.
- . «Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional», en Pucciarelli, A. (comp.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del gan*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- . «Auge y cierre de la movilización política en la lectura de las revistas Pasado y Presente y Envido, 1973», Memoria Académica, FAHCE-UNLP, 2014.

Anexo Documental

Revista *Militancia Peronista para la Liberación*. En: www.eltopoblindado.com

Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales. En: edición facsimilar (2011)

Revista *El Descamisado*

Perón, Juan Domingo. «Gobernar es Persuadir», discurso a los gobernadores de provincias, 2 de agosto de 1973.

Recibido 04/04/16 - Aceptado 03/08/16







Adela Pellegrino:

«El descenso de la fecundidad es un fenómeno muy positivo para la sociedad y no un castigo».¹

Wanda Cabella² y Juan José Calvo³

—*Contanos muy brevemente sobre tus orígenes.*

Adela Pellegrino (AP): Yo nací en 1942, todavía no había terminado la guerra, soy la séptima hija, tres murieron de muy chicos. Nosotros vivimos siempre en Villa Colón, un lugar que fue muy importante para mí durante toda la infancia. Era como la hija única de mis hermanas mayores que tenían 17 años cuando yo nací. ¿Qué más puedo contar? ¡Que tuve una infancia encantadora! Mi papá era de una familia italiana, llegaron muy pobres los dos [abuelos] pero tuvieron un ascenso social enorme. La leyenda de la familia, que creo que es cierta, es que primero el abuelo llegó y se quedó en el puerto y vendía números de lotería, no sé si con eso logró ir a Italia a buscar a su novia, que él decía que la había visto solo una vez en la procesión de San Cono, de ahí eran ellos. Mi abuela, era una mujer de físico frágil, pero muy fuerte, impulsó toda esa familia que era muy grande, y además pudieron tener tierras, viñedos y una bodega. Yo creo que eran cosas que pasaban a fines del siglo XIX, ese cambio social. A mí lo que me impresiona es que mis abuelos hicieron su propia casa yendo de Paso Molino a Villa Colón, con las chapas del techo caminando, el abuelo y la abuela, y después en los años treinta y algo se hicieron una casa de Vilamajó. Vilamajó era el arquitecto de Primaria, hizo la escuela de enfrente de lo que era la casa de mis abuelos y ellos lo contrataron. Después la familia la vendió. Mi papá cuando se casó, se separó de los hermanos y decidió empezar de nuevo, se compró una chacra, tuvo una bodega, no quería tener patrones ni discusiones con sus hermanos, la casa de Colón, esa fue nuestra casa, esa casa la compró antes de casarse con mi madre. Cuando me dicen algo lindo, es la casa de Colón...

- 1 Adela Pellegrino es una reconocida historiadora y demógrafa nacida en Montevideo en 1942. Sin temor a exagerar, puede decirse que fundó la demografía en Uruguay y formó la primera generación de investigadores en estudios de población. Es reconocida en el exterior por su trabajo sobre migración internacional en América Latina, en especial sobre la migración calificada, aunque son pocos los temas demográficos sobre los que no ha escrito. Esta entrevista intenta resumir una larga conversación que mantuvo en su casa con Juan José Calvo y Wanda Cabella.
- 2 Wanda Cabella es antropóloga y demógrafa, docente e investigadora del Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.
- 3 Juan José Calvo es economista y demógrafo, representante auxiliar del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA) y docente e investigador del Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.





—*Pasando hacia más adelante en tu historia, ¿en qué momento decidiste que te ibas a dedicar a la historia?*

(AP): No sé cuándo fue, pero cuando yo tenía nueve años mi mamá se fue a Europa bastante tiempo, porque una de mis hermanas mayores iba a tener un bebe en Cambridge, estuvo bastante tiempo acompañándola, entonces me quedé sola con mi papá, a él le gustaba mucho la historia y leía, entonces me leía lo que le gustaba y él era un italiano expresivo, me contaba todo lo que leía, con un entusiasmo que a uno le encantaba, y siempre me quedé con la idea de que yo me iba a dedicar a la historia, cosa que a mi papá después le desesperaba, porque quería que yo hiciera algo de lo que pudiera vivir... De todas maneras, tuve muchas dudas si estudiar otras cosas. A mí me hubiera gustado saber economía, y haber estudiado historia económica, pero en esa época no había muchas posibilidades de hacerlo. También el año que terminé el liceo tuve una hepatitis que estuve como cuatro meses en cama y no entré a la universidad, en realidad pensé en apuntarme en Derecho, incluso me compré los apuntes y me entusiasmaba... pero no tanto, ahí resolví que iba a ir a Facultad de Humanidades. A mi madre le desesperaba, mi padre ya había muerto, decía que eso servía como un ejercicio del espíritu, pero no para vivir.

—*Pero tu familia valoraba que estudiaras...*

(AP): Mi padre era un hombre particular, era muy progresista, por ejemplo mi hermana, una de ellas, decían que era muy, muy inteligente, ella se apuntó en el Vázquez Acevedo, que en esa época las mujeres iban a «la Femenina» más bien. Mi hermana un día empezó a hacer un tejido a su novio, mi papá se enfurecía viéndola tejer, le decía que en la era de las máquinas a quién se le iba a ocurrir tejer... En ese sentido era muy progresista, él impulsó a sus hijas a que estudiaran, después él financió casi toda una maestría en Inglaterra de mi hermano. Y yo, a pesar de que mi madre se desesperaba, me enganché en el Instituto de Historia y apenas llegué nos recibieron muy bien, el director era Petit Muñoz, y Blanca Paris que era el alma del Instituto. Yo me incorporé enseguida, era lo más inhóspito del mundo aquello, en el puerto, las clases de noche, aquel viaje, iba un solo ómnibus para Lezica, era terrible el frío, el viento, sin embargo nunca tuve dudas de cambiar. Mis compañeros y yo fuimos muy bien recibidos y ayudados. Después pasamos al Seminario de la Cultura, que dirigía Oddone y que venía Romero de la Argentina, un historiador social extraordinario, venía una o dos veces por mes, teníamos clases de muchas horas por día, porque él se entusiasmaba. Además, yo y otras amigas éramos ayudantes honorarias, apoyábamos a Oddone, fueron fantásticos esos seminarios y para nosotros era nuestra casa ese lugar y los Oddone fueron tan generosos, ellos viajaban a Europa haciendo pasantías, dando cursos, cuando volvían traían los libros y nos los repartían a nosotros con una generosidad... en una época que no había internet, eso era maravilloso. Entonces entendí un poco lo que era la historia social y la historia de la cultura, como le decía Romero, conocimos la Revista *Annales*, que la dirigía Braudel, para mí fue descubrir un mundo nuevo, había cambiado la idea de la historia tradicional, política, al incorporar en el estudio de la historia fenómenos culturales y sociales, y fue como una revolución, porque antes la historia era la historia política. El resto lo pasé y bien, pero nuestro centro de interés estaba en ese seminario, entonces trabajábamos mucho para construir ese lugar. Cuando venía Romero venía muchísima gente, era muy famoso... sus libros eran, y son, muy conocidos y ahí la facultad no tenía mucha plata, no había ayudantes pagados, éramos honorarios, hacíamos lo que podíamos y aprendíamos mucho con Oddone, porque Blanca [Paris] estuvo más al principio, después el seminario fue de Oddone. Yo digo que lo que más aprendí fue eso, el seminario estaba tan lleno de ideas... cambiaban los temas todos los años, hasta que me fui a Francia todavía estaba vinculada a esos seminarios. Pero quiero agregar que un curso que fue para mí muy importante fue el de Arturo Ardao, que funcionó como seminario también, ese curso fue fantástico, tuvimos





la primera publicación porque él nos incluyó en la publicación a todos los que habíamos trabajado, no podíamos creer, una emoción...

—*Dijiste que te fuiste enseguida para Francia...*

(AP): Yo no lo había pensado para nada, no había pensado qué iba a hacer, el cambio del plan de estudios me favoreció porque eliminó la tesis, desde la fundación de la Facultad hasta los setenta cuando yo terminé la carrera, había muy pocos egresados, creo que fui la egresada número 15, tendría que verlo, la gente no terminaba la carrera, pero se eliminó la tesis y de mi generación se recibieron unos cuantos. Pero yo después hice un concurso de grado 1 en la Facultad de Arquitectura, en Historia de la Arquitectura, fue mi primer trabajo formal. Para mí fue un lugar muy interesante, mi jefe era Mariano Arana y mi compañera era Silvia Rodríguez Villamil, la historiadora, el trabajo era rutinario, pero el ambiente era bueno. Yo era como el peón, hacía fichas, buscábamos mapas, había habido una donación de la Intendencia de Montevideo y estudiábamos los permisos de construcción, Silvia [Rodríguez] se dedicó mucho a eso, yo creo que la dictadura hizo perder todo eso... fue un trabajo grande. Ahí conocí a Mario [Wschebor] y nos casamos, nos fuimos a vivir a la placita más linda de Montevideo, en Parra del Riego. Bueno, y Mario militaba, la mitad de su vida era la militancia, y estudiaba, y después de idas y vueltas, decidimos irnos... nos preocupaba la situación política, que todavía no estaba tan deteriorada, pero no sé, estábamos un poco desilusionados y no aparecía el Frente... Mario hizo un concurso en el Centro de Matemática en Ingeniería y surgió la oportunidad de tener una beca en Francia. Laguardia, ese hombre maravilloso que dirigía el Centro de Matemática en esa época, había conseguido becas para estudiar en Francia para matemáticos, médicos, a Mario le surgió la oportunidad de presentarse y la ganó. Y ahí es que yo me apuré a recibirme y me presenté a una beca, la beca la ganaron profesores de francés, matemáticos, algunos médicos, y un literato, que era Hugo Achugar, entonces yo no tuve beca al principio, yo me fui en barco y Mario en un avión donde iban juntos los becarios.

—*¿Entonces tu ida a Francia fue más bien para acompañar a Mario?*

(AP): Y yo pensaba tener una beca... pero se la dieron a Hugo (Achugar). Arquitectura me dio un año de sueldo, creo, ahora no me acuerdo bien, la beca de Mario era chica, vivíamos muy ajustados. Ah, después casi al principio decidió volver, dejó el puesto, y me dieron la beca a mí, era poquísimo, pero vivíamos, con eso me financiaba mis fotocopias y el tren para ir y volver al archivo. Me asesoré un poco acá antes de irme, había hablado con Oddone, había un amigo de él, con el que no enganché mucho, Ruggero Romano, era un historiador económico, se dedicaba a los precios y yo estaba interesada en la historia social, y con Ruggero Romano había que hacer series larguísimas y complicadas de los precios del trigo, a mí no me interesaba mucho. Capaz que ahora lo hubiera entendido mejor, pero en aquella época me parecía una locura. Pero ¿por qué me fui? Porque Mario consiguió una beca. Yo igual seguí con mi carrera. Me apunté en l'École des Hautes Études, me revalidaron la *maîtrise* con la licenciatura en Historia y así me pude apuntar en los seminarios para ingresar al doctorado, el doctorado se ganaba así. Pero tenía un director que era historiador, pero de historia colonial, en temas muy diferentes de los que a mí me interesaban. Hice los años de cursos, podía elegirlos, pero siempre los discutía con mi director que tiraba para sus temas coloniales. Y eso lo hice todo, pero a mí me gustaba más la historia social, al estilo Braudel, y después Braudel incorporó el tema de la demografía histórica y tuve la suerte de asistir a sus seminarios, él solo invitaba a sus profesores, daba solo clases a los que hacían su «obra mayor». En Francia antes había dos tipos de doctorado, el de tercer ciclo y otro que era para hacer la «obra mayor», él daba clases a los que hacían la «obra mayor» y yo por supuesto no estaba haciendo ninguna obra mayor, pero Wonssewer, el tío de Mario [Wschebor], lo había conocido bien y le escribió una carta y pude participar... y yo iba, fui un tiempo, pero me quedaba





demasiado grande... [risas]. La que me ayudó mucho fue la asistente de Braudel, que me llevó a los archivos nacionales de Francia, me enseñó a manejarlos, y me ayudó a buscar documentos difíciles, Braudel le pidió que me ayudara y fue bárbaro, porque eran archivos complejos.

—¿En ese momento qué investigabas?

(AP): Yo había decidido hacer un proyecto de tesis sobre las relaciones comerciales entre Francia y Uruguay en la segunda mitad del siglo XIX, me encantaba, yo quería hacer historia económica, pero me había quedado rondando el tema de la demografía, pero lo veía lejano, era algo que me interesaba mucho pero no veía cómo iba a trabajar en eso. Allá hice muchísimo trabajo de archivo y discutía con mi director, que no le interesaba mucho lo mío, pero me aceptaba. Yo aprendí muchas cosas interesantes, pero te dejaban muy libre en Francia, pero aprendí, hice el seminario de Pierre Vilar... En esa época hice un curso que fue fantástico —pero eso por mi cuenta, no era parte de la formación—, de un haitiano maravilloso, que fue presidente de Haití por unos meses, Leslie Manigat, era un seminario sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, en esa época eran cosas que nos interesaban muchísimo. Bueno, de todas maneras yo llegué al segundo año con una cantidad enorme de fotocopias, había ido a Inglaterra a hacer archivo, y se me abrió un mundo, miré los archivos nacionales, el archivo de finanzas y el archivo Quai d'Orsay, de relaciones internacionales, iba todos los días y junté un material impresionante, que después lo perdí en Buenos Aires.

—¿Todo para tu tesis de doctorado?

(AP): Sí, yo pensaba que sí, pero a mí me faltaba mucho y quería hacer la tesis en Uruguay, porque se nos terminaba la beca.

—¿En qué años era eso?

(AP): Eso fue entre octubre de 1970 y octubre de 1972. Yo me volví muy entusiasmada con la idea, quería hablar con Oddone, que era el que me podía ayudar en eso.

—¿Y cuál era la idea principal de la tesis?

(AP): Ah, no había una hipótesis impresionante [risas]. Bueno, entonces llegamos al Uruguay, primero fue la decisión de volver, porque la situación estaba horrible, había muchos amigos presos. Todo el mundo nos decía que no volviéramos, la gente mayor. Pero nos vino la culpa terrible, la cosa de no abandonar el barco y apenas pudimos nos volvimos. Mario pudo terminar su tesis pero yo me volvía a escribir la tesis en Uruguay y pensaba que Oddone iba a ser mi tutor. Nos tomamos el barco en Niza, me acuerdo con unos baúles grandes de cosas que habíamos comprado, siempre con miedo, pero no pasó nada a la llegada. Y bueno, después tratamos de organizar nuestra vida acá. Volví a trabajar a Arquitectura hasta la intervención, ahí se fue al diablo todo. Empezaron a buscar a Mario, fueron a buscarlo a un apartamento que habíamos vendido, nos avisaron, la cosa se ponía cada vez peor. Y en esa época nació Nicolás [su primer hijo], ahí Mario estuvo preso, pero solo 24 horas. Y fue tanta gente que se llevaron aquellos días... Nos fuimos a Buenos Aires y estuvimos como quince días pensando qué hacer, nos decían que no volviéramos, se venía el golpe de Chile, nos querían llevar a la Embajada de Venezuela... Pero finalmente nos volvimos a Uruguay, con susto, y bueno, nos dedicamos a no hablar mucho, a estar medio escondidos. Mario se quedó sin trabajo, el Instituto de Matemática cerrado. Después sí lo fueron a buscar. Volví a trabajar, hasta la intervención que fue en octubre, pero a Mario lo habían echado ya. Y decidimos irnos a Buenos Aires, y en seguida tuvimos nuestra segunda hija. Pero la situación se puso horrible, mataron a Michelini, a Mario lo echaban de todos los trabajos. Nos rompimos el alma por conseguir los pasaportes y decidimos irnos a Chile, yo tenía mi hermana allá y a Mario le hacían un contrato en





CELADE.⁴ Y en ese momento yo conocí a Macció, que quería que me quedara en Chile a estudiar demografía en CELADE. Después a Mario le ofrecieron un puesto en Venezuela. A mí me hubiera gustado quedarme o irme a México, donde estaba Oddone, Venezuela no me gustaba, pero había un *boom* económico y contrataban a todo el que quisiera ir, visa asegurada, pasaje, trabajo al llegar y hubo que usarlo. Yo no quería ir, sabía que en Venezuela para mí iba a ser muy difícil trabajar en algo que me interesara, me fui enojada. Todo el mundo me decía que trabajar en una universidad era imposible, porque todos se habían dedicado a la historia venezolana. Ahí quedé embarazada, yo ya tenía 35 años y nos largamos y ese año yo no trabajé. Al año siguiente empecé a buscar trabajo en serio, me ayudó mucho Hugo Achugar, ya había un proyecto de trabajar migración, que era un tema que yo ya había trabajado con Oddone, con un abordaje histórico. Me metí en el proyecto con ellos y lo ganamos, era en el Instituto Rómulo Gallegos. Era un trabajo que me daba muy poca plata, pero yo con tres hijos chicos no quería trabajar más que medio tiempo, estuve bastante tiempo ahí, pero empezó a deteriorarse y apareció una oportunidad en la Universidad Católica, cuyo director era un chino, Chen, él era economista, se dedicaba a los temas urbanos. Tuve dos trabajos por un tiempo, pero después me fui a la Católica que cada vez me ofrecía más horas y Chen me adoraba, me apoyaba y trabajé con él, empecé a publicar. Nosotros estudiábamos la migración y el Centro tenía orientación demográfica, después entró Gabriel Bidegain, otro uruguayo; publiqué varias cosas con él en esa época, usando métodos más demográficos, más cuantitativos. En ese momento, Mario ya tuvo derecho a un año sabático y decidimos irnos a Francia en 1983. De primera tuve la posibilidad de hacer una pasantía de un año en el INED,⁵ que fue la formación más importante que tuve en demografía, yo quería hacer una formación en demografía y encontré un curso intensivo de demografía histórica, se llamaba Laboratoire de Démographie Historique, en la Maison des Sciences Sociales. Ese curso me encantó, ahí conocí a Susan Socolow, ahí aprendí todos los métodos nuevos de Louis Henry de la demografía histórica, que me fascinaron. El curso era pesado, con muchas clases, fuerte, tenía que estudiar mucho, me rompí el alma, trataba de que los niños se durmieran temprano para ponerme a estudiar estadística. Y me largué al examen general que duraba como dos días, quería tener la posibilidad de tener el DEA⁶ en demografía histórica. Mi profesor, de la época del 72, se portó conmigo como un rey, pensó que yo me había muerto durante la represión y estaba tan contento de que estuviera viva cuando volví... Él hizo los papeles para que yo, habiendo aprobado ese curso, hiciera una memoria, que no era una tesis, era un trabajo con investigación y obtenía un DEA en demografía histórica. Me nombraron un profesor demógrafo histórico para hacer la tesis, que fue el trabajo que hice sobre Venezuela. A mí me hubiera gustado haber podido avanzar más en la demografía, pero bueno, estudié demografía histórica. Aprendí mucho en los seminarios del INED, un año entero de esos seminarios fue importante, escuchaba demógrafos de la talla de Vallin, Héran. Ese año en Francia fue muy bueno, pude hacer muchas cosas y tuve la posibilidad de entrar al doctorado. Entonces me volví a Venezuela y me metí de lleno en la tesis, empecé a hacer archivo para hacer una historia de la población venezolana, en especial de la migración, me dediqué a eso y me encantó. Trabajaba muchas horas en el archivo, los archivos de Venezuela son impresionantes, ahí uno se da cuenta de la escasez de fuentes históricas que hay en Uruguay. En Venezuela yo encontraba documentos impresionantes sobre la realidad venezolana para todo el período, los gobiernos hacían una memoria anual, que es una fuente histórica muy potente, me llama mucho la atención eso, como que al Uruguay no le importa tanto su historia. Después vino el retorno, volví a la facultad de Arquitectura como grado 1, que era un trabajo total-

4 Centro Latinoamericano de Demografía, dependiente de Naciones Unidas.

5 Institut National d'Études Démographiques, con sede en París.

6 Diplôme d'Études Approfondies





mente rutinario, pero estaba tan contenta de volver que no me importaba. Estaba contenta de estar en Uruguay, a pesar de que me había integrado bien al final en Venezuela. Después entré como investigadora en el CIESU,⁷ Carlos Filgueira me invitó, y por otro lado me reinstalé en Arquitectura, pero en Arquitectura se portaron bárbaro, actuaron de una forma nada burocrática, encontraron que no tenía sentido que siguiera allí con un doctorado terminado, hicieron algo así como un pase en comisión y fui a Humanidades a trabajar con Oddone y me encontré con María Camou, tenía una euforia yo, que íbamos a hacer un núcleo de demografía histórica, estaba llena de proyectos, con el apoyo también de Barrán, le interesaba lo que quería hacer. En Humanidades el ambiente era muy bueno en aquella época, estaban Gerardo [Caetano], Rilla, todos los jóvenes historiadores de aquella época, era un lugar muy interesante, después se fueron deteriorando las cosas.

—*¿Y a qué temas te dedicaste en esa época?*

(AP): Con María [Camou] empezamos a trabajar con el padrón de Montevideo y estaba muy entusiasmada con eso, cuando me llamó Samuel Lichtensztejn, que en ese momento era rector y el director del CEIPOS (el Centro de Posgrados), me dijo que el CELADE había cerrado su maestría y había la posibilidad de trasladarla a una universidad. Entonces me crearon un grado 3 en el CEIPOS. Trabajamos mucho, pero fue muy frustrante porque finalmente no se hizo nada, fueron como dos años tratando de lograrlo.

—*¿En ese momento qué lugar ocupaba la demografía en las ciencias sociales?*

(AP): Muy marginal, casi no existía. Pero [Alfredo] Errandonea estaba convencido y había convencido a Trajtenberg de que ese tema era muy importante, Raúl Trajtenberg había hecho la estimación de la población histórica, tenía idea de la importancia.

—*En relativamente poco tiempo te habías vinculado bastante en el ambiente de las ciencias sociales...*

(AP): Sí, bastante, y en medio de todo nos fue bien, la peleamos mucho pero se fueron consiguiendo cosas, siempre con el apoyo de Errandonea, él se ocupaba mucho de ese tema. Errandonea siempre pensó que la demografía era importante para las ciencias sociales, él lo tenía claro, otros no tanto... Bueno, pero al final no hubo maestría pero hicimos un curso introductorio, un taller, apoyados por OPP en 1990 y después hicimos una edición del Curso Regional Intensivo de Demografía en 1991, que dictaba el CELADE, se dio acá con el apoyo del CELADE, vinieron varios estudiantes del exterior. Después empezó el proyecto del Atlas Sociodemográfico del Uruguay, empezaron a armarse las cosas, la demografía entró en el plan de estudios de Sociología.

—*Ya es una especie de cliché decir que la demografía uruguaya tuvo un comportamiento atípico en América Latina, me gustaría que me dieras tu versión de qué es lo que hace a Uruguay tan particular en términos de su conformación demográfica y de su realidad actual, de hecho el país sigue teniendo un comportamiento demográfico más cercano a algunos países desarrollados, en particular los europeos.*

(AP): Me parece que todo esto ya está medio dicho...

—*¿Pero investigado?*

(AP): Sí, en realidad sabemos poco, todos los fenómenos fueron más atemperados que en América Latina. ¿Por qué?, bueno, primero porque la población era desde el inicio poca, por otro lado la inmigración tuvo un papel muy grande en la modernización, porque la gente que llegaba venía de países con niveles altos de fecundidad, pero ya seguramente los que emigraban era porque buscaban un modo de comportamiento diferente, tenían ideas diferentes.

7 Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay.





—*Eso no condice mucho con la idea generalizada de que los inmigrantes que llegaban a Uruguay a fines del siglo XIX y principios del XX eran pobres, desposeídos.*

(AP): Los inmigrantes no eran eso y por algo cambiaron tan rápido, fijate que el cambio social fue enorme. Por otro lado, la inmigración se instaló más en Montevideo y en las ciudades grandes, hubo poca ruralización, incluso los ganaderos que eran inmigrantes, trataron de hacer cambios importantes en el agro, lo que fracasó fue la agricultura y nunca se expandió mucho la agricultura moderna. Yo creo que hay muchos factores y son muy difíciles de identificar; sabemos las consecuencias de estos cambios sobre los fenómenos demográficos, pero es muy difícil saber cómo funcionó el cambio y cómo funcionaba entre las personas.

—*¿Pero pensás que hay un vacío de investigación, o que se agotaron las hipótesis...?*

(AP): Yo creo... Mirá, el tema está apoyado en hipótesis, no hay investigaciones importantes, pero también es muy difícil de comprobarlo porque son cambios en el interior de las personas, es difícil saber cuáles eran los mecanismos subjetivos. Sabemos que en los sindicatos, que fueron fundados fundamentalmente por los inmigrantes, y en la prensa obrera se hablaba de la reducción de la fecundidad como un valor importante, ahí se podría investigar más, un poco Raquel Pollero ha hablado del tema,⁸ hubo una prédica sobre la reducción de la fecundidad, sobre elegir menos hijos, todos esos temas eran importantes y se expandían en los sectores populares.

—*Pensando en la famosa expresión de Ansley Coale sobre las condiciones necesarias para que la fecundidad bajara, aquello de «ready, willing and able», ¿vos pensás que Uruguay estaba entonces pronto, deseoso y tenía los medios para reducir la fecundidad?*

(AP): La educación era una meta importante y eso implicaba elegir un hijo y no varios. Yo no sé, quizás en la literatura se podría entender mejor cómo optaba la gente por su reproducción, el cambio en la mentalidad era el cambio más importante para que cambiara la fecundidad. Ese es un tema importante, quizás también hay que investigar más en la prensa obrera.

—*¿Y en los textos médicos?*

(AP): Sí, no sé qué prédica tenían en realidad. De todas maneras fijate que las mujeres no consultaban a los médicos, eran las parteras del barrio las que se ocupaban, por ejemplo, mi mamá solo conmigo fue al médico durante el embarazo, acordate que soy la menor y nací 17 años después que mis hermanas.

—*Estaba pensando más bien en que la clase médica tenía influencias sobre los comportamientos en general, el higienismo, pienso en los análisis de Barrán por ejemplo en el Uruguay del 900, él bucea en esas ideas de cómo fue capaz la población de limitar la familia sin los medios adecuados.*

(AP): Eso lo sabemos, el descenso de la fecundidad ocurrió antes que la aparición de los anticonceptivos más o menos eficaces, la gente tenía maneras de evitar los embarazos, eso quiere decir que esa voluntad de reducción era fuerte; bueno, y el aborto se practicaba mucho. Esto no está bien investigado, pero esas prácticas de adaptación rápida surgen en las clases medias, son comportamientos un poco te diría conservadores, con el objetivo de poder mantener un estatus económico. Es innovador socialmente, pero me parece que la idea de la familia chica es un modelo conservador, está vinculada con la idea de conservar los privilegios, sobre todo económicos. Carlos Filgueira, él pensó el tema, quizás es el único que ha indagado profundamente en ese tema.

—*Nombraste a Carlos Filgueira, él fue uno de los sociólogos que claramente pensó la demografía uruguaya desde la sociología. ¿Quiénes te parece que fueron los precursores del pensamiento sobre la*

8 Pollero, R. *Transición de la fecundidad en el Uruguay*, DT n.º 17 (Montevideo: Unidad Multidisciplinaria Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, 1994).





población en Uruguay? En términos de la formación de las ideas sobre la población uruguaya, ¿quiénes te parece que contribuyeron a pensar la demografía del Uruguay?

(AP): Podemos decir que la demografía surge en los años veinte y sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial hubo un impulso muy grande en el pensamiento sobre los temas poblacionales, en el mundo. Ahora, como pensadores, yo te diría que en el siglo XIX casi todos pensaban en la población, vinculando lo que podía ser el desarrollo y el crecimiento de la población y todos coincidían en que el país necesitaba población y sobre todo población europea que pudiera impulsar la agricultura. Ese era un tema muy presente en todos los que pensaban la sociedad en el siglo XIX, en el Uruguay, en la Argentina también, y cuando trabajé en Venezuela también observé que era un tema muy importante, pero pensado desde una especie de economía política. Pero, el pensamiento demográfico, como disciplina, surge en los años veinte y en especial luego de la Segunda Guerra. En esa época, en el Uruguay el tema de la población deja de ser importante, aunque cada tanto algún político lo sacaba a relucir, pero de todas maneras no tuvo el desarrollo que tuvo en los otros países porque el auge y el crecimiento enorme de la población en el mundo hizo que se crearan los grandes centros de estudios demográficos, Princeton, Naciones Unidas. Naciones Unidas crea la División de Población, que no solo difundía las ideas sobre políticas de población, hacía investigación también y hubo un avance enorme en las proyecciones de población. En Uruguay, yo creo que durante este período la falta de desarrollo de ideas sobre la población se vinculó a que no hubo crecimiento demográfico, no había gente con un interés importante en este tema. Por ejemplo, yo he hablado con algunas personas que trabajaron en los centros privados de investigación durante la dictadura, donde se pudo hacer algo de investigación social durante ese período, y todos me decían que conseguían financiamiento pero siempre les pedían que trabajaran los temas demográficos. Algunos investigadores como Carlos Filgueira, José Luis Petrucelli, incluso Gerónimo de Sierra, aunque su centro de interés no era la demografía, muchas veces incorporaban las cuestiones demográficas porque era una forma de captar fondos. Ahora, yo creo que es porque ese tema no era un tema importante... En la CIDE⁹ hubo un interés por estudiar los problemas demográficos, por conocerlos, incluso se impulsó la realización del censo de 1963 y el informe final incluyó un capítulo sobre población y proyecciones. Pero no era un tema importante en general.

—Buena, en parte la falta de censos entre 1908 y 1963 puede ser interpretada como esa falta de preocupación.

(AP): ¡Yo creo que sí! Yo creo que sí, habría otras causas también, había gente que pensaba que con una población tan pequeña se podía proyectar, pero la verdad que siempre que hubo proyecciones el resultado era diferente a la realidad, siempre había menos población que lo que se proyectaba. Y era una de las grandes desilusiones, ¡en los departamentos pensaban que iban a ser el doble de lo que eran! Ahora, es cierto que los fenómenos igual sucedieron. Por ejemplo el crecimiento de Montevideo, fue mucho menor que el de Buenos Aires, que el de San Pablo, pero fue un fenómeno importante en esa época para nuestro país, sobre todo la migración interna fue un fenómeno de grandes dimensiones.

—Buena, basta recordar la metáfora de la bomba de succión en aquel libro famoso de Juan Vicente Chiarino, *Detrás de la ciudad*.

(AP): Sí, eso fue todo un capítulo de la población uruguaya y los debates que generó la migración del interior a Montevideo. Pero volviendo al tema del desarrollo de la demografía, hubo personas que pensaron en la población, Carlos [Filgueira], Alfredo Errandonea en la Facultad [de

9 Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico.





Ciencias Sociales], él impulsó mucho la demografía, fue su proyecto y apoyó la primera maestría a fines de los años ochenta.

—*Nombraste a Gerónimo de Sierra, también pensé en Ana María Teja, Israel Wonsewer, César Aguiar, que empiezan a trabajar con el tema de la emigración, ¿en ese momento los problemas demográficos empiezan a despertar interés en sí mismos? Se trata de fenómenos masivos...*

(AP): Claro, seguramente que la migración fue el centro de los fenómenos demográficos en las décadas del setenta y ochenta, y volvió a serlo en los años noventa. Pensamos que durante muchas décadas la fecundidad fue el tema más importante, pero en general hubo relativamente poca investigación sobre el tema, se hizo la encuesta de fecundidad en 1985/1986 y después la encuesta de anticoncepción a fines de la década de 1980, pero en realidad hubo poca investigación, sobre todo en relación a lo que se hacía en el mundo, hay que recordar que la fecundidad era la *vedette* y el financiamiento iba todo a financiar el estudio de la fecundidad.

—*Claro, en esa época en el mundo en desarrollo y en América Latina, la fecundidad se desplomó; contra todas las previsiones de la explosión demográfica, países como Brasil pasaron de una fecundidad de seis hijos por mujer en 1960 a tres en menos de treinta años...*

(AP): Sí, pero te diría que el cambio de la fecundidad era todavía la *vedette* de la investigación durante toda la década de 1980 y quizás todavía con el objetivo de reducirla, yo creo que recién en el siglo XXI se toma conciencia realmente de que el fenómeno ha cambiado y no existe la amenaza del crecimiento demográfico desmesurado. Y la migración, digamos en el caso de Uruguay fue durante todo ese tiempo el tema importante, si uno mira la investigación de los años ochenta y un poco de los años noventa, hubo mucha gente que se dedicó al tema, Ana María Teja, Wonsewer... Se publicaron varios libros, hubo un libro de la migración de retorno de César Aguiar que fue muy importante, y varios libros y artículos suyos, él se ocupó mucho del tema, en esos años hubo una especie de *boom* de los trabajos sobre la emigración uruguaya, y luego el Programa de Población empezó a impulsar la investigación en ese tema también, a publicar, a generar proyectos.

—*Mientras en el resto del mundo la vedette era la fecundidad, que es una expresión del crecimiento de la población, en Uruguay la demografía vuelve a ser interesante porque se encuentra otra bomba de succión, que es el exterior, ya en una población que es pequeña y crece poco. Supongo que las alarmas se prendieron en parte porque se visualizó una vía de reducción del crecimiento.*

(AP): Además se sabe que es muy difícil cambiar la tendencia de la fecundidad, y más bien se piensa en políticas que puedan impulsar a la gente a no emigrar, ¡qué también es difícil!

—*¿Pero existieron esas políticas? Se hicieron dos encuestas de emigración durante la dictadura en 1982 y 1976 en el Instituto Nacional de Estadística, ¿la dictadura pensó en el tema?*

(AP): Yo creo que el tema estuvo, incluso durante la dictadura se habló de la migración, el tema estaba pendiente, pero estaba vinculado a que la gente se había ido no solo por temas económicos sino también por motivos de persecución política. Pero de todas maneras hay muchas investigaciones que se hicieron durante la dictadura sobre todo en el CIESU y en el CIEDUR,¹⁰ no impulsadas por el gobierno, pero de alguna manera permitidas.

—*Pero volviendo a mi pregunta inicial, ¿esas investigaciones se pensaban como la necesidad de conocer mejor el fenómeno para generar políticas de retención de la población, como dijiste antes?*

(AP): No, no creo, no hubo políticas de la dictadura. No pensaron en el tema de esa forma.

10 Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo del Uruguay.





—*Pero permitieron que se investigara, pienso si no sopesaron cuánto la emigración retrataba la falta de prosperidad, de libertad; quizás porque no había una elite intelectual que acompañara a la dictadura.*

(AP): Es cierto. Yo creo que los militares no se preocuparon por el tema, nosotros estuvimos indagando con Raquel [Pollero] para trabajar en un artículo, y ese tema no fue importante, sí se preocuparon de temas como por ejemplo la mortalidad infantil, sabían que era un tema que los afectaba. Pero no, la preocupación de los que nos pidieron ese artículo que hicimos con Raquel Pollero era más bien la relación entre gobiernos autoritarios y el impulso a la natalidad.¹¹ Y eso no tuvo nada que ver en Uruguay durante la dictadura, ese no era un tema.

—*¿Cuáles eran los temas?*

(AP): La emigración, sobre todo, era la emigración.

—*Me imagino que también el crecimiento de la población sería un tema. Pienso en las ideas que planteás en tu artículo «Uruguay ¿País Pequeño?»,¹² que creo que refleja bastante bien las preocupaciones de la demografía uruguaya, sobre todo las del sentido común y las que circulan en la clase política, ahí hay respuestas interesantes respecto a cuánto la demografía puede dar respecto a esas preocupaciones y cuánto no, cuáles son los problemas y los beneficios de ser pequeños. Ahí planteas con mucha contundencia cómo la conformación demográfica del país determina su crecimiento, la idea de que el país no va a crecer mucho más. Esas ideas luego las retomás en otros libros con Juan José Calvo y Daniel Macadar. Pero hay como una necesidad de explicarle al país cada inicio de década que la población no va tener un destino demográfico grandioso, en términos de cantidades. Pero también decís que eso genera potencialidades para el país, beneficios.*

(AP): Sí. Yo creo que en aquel artículo formamos un núcleo de ideas que luego se fueron desarrollando como un pensamiento colectivo, sobre todo con Juanjo [Juan José Calvo], hay temas que ahí aparecen... Era un proyecto inmerso en un seminario sobre países pequeños, entonces lo que estuvimos tratando de explicar es que hay que buscar las maneras de encontrar un camino posible para un país demográficamente pequeño. Y en ese sentido pensamos cuáles eran las virtudes, yo siempre me preocupó de decir que el descenso de la fecundidad es un fenómeno muy positivo para la sociedad y no un castigo; la fecundidad tenemos que aceptarla como es, es muy difícil estimularla. No me acuerdo del todo como lo planteé en aquel artículo.

—*Decías que es muy difícil cambiar la dinámica demográfica, porque justamente el envejecimiento está más dado por la caída de la natalidad que de la mortalidad, pero que la caída de la fecundidad tenía beneficios en el sentido de que el país tenía más recursos para educar a su población, la idea, creo, era mostrar que los avances sociales de Uruguay y su relativa igualdad económica en el contexto de América Latina se vinculaban en parte con una población pequeña y con un bajo ritmo de crecimiento.*

[...] *En Uruguay se ven incipientes corrientes migratorias que están instalándose, ¿cuánto pensás que Uruguay estaría ahora preparado para recibir estos nuevos inmigrantes y eventualmente estimular el crecimiento recibiendo inmigrantes?*

(AP): El tema de la migración internacional es uno de los temas importantes del Uruguay, yo creo que el país se enriquecería cultural y demográficamente incorporando gente que se instalara a trabajar y vivir... Ahora, el mundo está mostrando que el encuentro de las poblaciones diferentes ha tenido muchas dificultades de integración y los historiadores piensan también que en

11 Pellegrino, A. y Pollero, R. «Une approche démographique des années difficiles (Uruguay 1973-1985)», *Annales de démographie historique*, v.2 (n.º 128, 2014), 65-83

12 Pellegrino, Adela. «Uruguay ¿País Pequeño?», en CIESU FESUR (org.) *Los países pequeños y los procesos de integración* (Montevideo: Trilce, 1992), 159 - 175.





el siglo XIX y primeras décadas del XX hubo también rechazo a pueblos diferentes en Uruguay y que finalmente la integración fue exitosa. Pero hubo tensiones. No sé si va a pasar lo mismo, pero sabemos que hay que prepararse muy bien para recibirlos y fomentar la tolerancia en la población. Hay que pensarlo muy bien, la gente tiene que tener bien claros los aspectos positivos de integrar nueva población, también las dificultades y evitar un choque cultural que traiga consecuencias muy difíciles para el país.

—*Esta tendencia revierte un fenómeno de mucho tiempo, el país no recibía migrantes desde hacía al menos sesenta o setenta años, pero como has dicho en varias oportunidades la emigración es un fenómeno estructural del país, fuera de que actualmente se ha menguado mucho. ¿En qué medida y en qué circunstancias pensás que Uruguay podría volver a ser un «país de emigración»?*

(AP): Alcanza con mirar la última ola de emigración de los años 2000; la gente reaccionó inmediatamente, digamos que la relación entre desempleo y migración funcionó casi a la perfección. Sabemos que todos los mecanismos están muy aceitados para que la gente pueda emigrar ante circunstancias adversas y las comunicaciones han mejorado mucho, la gente sabe dónde ir, dónde no ir... Sabemos que otra crisis puede implicar un impulso muy fuerte a la emigración y de forma muy rápida, sabemos también que hay una parte que vuelve, pero es solo una parte.

—*Yendo a un tema que ha sido uno de los más importantes en tu carrera internacional, ¿en qué lugar ubicás a Uruguay en la discusión respecto a la migración calificada, cuánto hay de circulación, cuánto de brain drain?*

(AP): Mirá, es toda una discusión, sobre todo los economistas piensan que la migración, en especial la calificada, puede tener efectos positivos, porque la gente emigra y al regreso incorpora nuevos conocimientos, nuevas capacidades y eso contribuye a mejorar la calidad de la fuerza de trabajo. Lo que pasa es que no toda la gente regresa, y no todos se vinculan, en realidad es una parte menor la que se vincula y vuelve, entonces la pérdida de recursos calificados existe. Entre la duda del *brain drain* o circulación, a mí me parece que es una discusión equivocada, una cosa es el *brain drain*, otra cosa es la circulación, sabemos que los ingenieros circulan, los que se dedican a tecnología de punta circulan, pero son un grupo muy particular, otra cosa es el *brain drain*, cuando un recurso capacitado se va y se va. Es claramente una de las dificultades de Uruguay, es difícil generar los entornos adecuados, la gente calificada encuentra que la variedad de proyectos posibles es muy restringida, yo creo que es una de las causas de migración, buscan mayor amplitud, mayor variedad, la posibilidad de intercambiar con otros; la infraestructura, la remuneración es una parte muy importante sin duda, pero están todos esos otros factores que influyen. De todas maneras, por más que los sueldos han mejorado, la competencia de los salarios existe y es un factor que incide.

—*Tu figura como demógrafa tuvo una importancia crucial en el desarrollo de una demografía del Uruguay pero también en el impulso a la creación de un marco institucional para que la disciplina creciera y tuviera un lugar en el marco de una facultad nueva. Me gustaría que me contaras un poco cómo fue ese proceso.*

(AP): Yo tuve una oportunidad importante, porque volví a Uruguay en un momento en que se planificaban las nuevas facultades, y se creó un espacio particular, digamos, para hacer cosas diferentes, la Facultad de Ciencias Sociales se planificaba y finalmente se concreta en 1991. Y entonces en ese espacio se empezaban a impulsar los posgrados, que no existían prácticamente en el país, en ese espacio hubo la posibilidad de trasladar la maestría en Demografía del CELADE, que había funcionado en Chile, en CELADE, durante muchos años y querían trasladarla a una universidad. Entonces vieron en esta maestría en Demografía una oportunidad de instalarla en una





universidad donde empezaban a impulsarse los posgrados. Y aunque yo no soy una demógrafa formal —había estudiado historia y demografía histórica—, me entusiasmé con el proyecto y tenía el apoyo del CELADE, que era importante y de [el demógrafo] Guillermo Macció, con quien trabajé dos años tratando de impulsar la maestría en Demografía. Ese proyecto no funcionó. El UNFPA,¹³ que era el organismo que financiaba la maestría en Demografía del CELADE hasta entonces, consideraba que no era necesario insertarla en las universidades, que las universidades tenían que desarrollar sus propios programas nacionales o internacionales, que el CELADE tenía que ser una institución de impulso a la investigación de las universidades y de asesoramiento a los países, pero no a las universidades en su función de enseñanza. Bueno, ese proyecto se disolvió, pero mientras tanto habíamos empezado a pensar en crear un núcleo de enseñanza e investigación de demografía, se daba un curso en la licenciatura de Sociología, que primero lo daba [la demógrafa] Nelly Niedworok y luego el Programa de Población lo tomó a su cargo. Carmen Varela fue mi compañera en esta primera parte del camino y después se consiguieron fondos para financiar dos asistentes, y de a poco se fue avanzando en la creación de este núcleo, que fue planteado como un equipo multidisciplinario, buscamos incorporar un economista, un sociólogo, una antropóloga, una historiadora, para mí era muy importante que hubiera un historiador, porque creo que la demografía es un tema de largo plazo y me parecía que conocer los antecedentes históricos era crucial para entender la demografía actual del país. Mi objetivo más importante era que las personas que trabajaban en este núcleo avanzaran en su formación en el exterior, de manera de ir capacitando recursos para hacer una formación nuestra, nacional. Fuimos ganando proyectos de investigación y de esa forma fue creciendo el Programa de Población, alrededor de proyectos financiados y más docentes empezaron a salir al exterior a hacer posgrados, en distintos países, Estados Unidos, Francia, España, Brasil, México. Luego se creó el diploma,¹⁴ muy orientado a la formación de técnicos, no tanto académicos. Había una demanda de técnicos sociales, cuantitativos, que se solicitaban en ministerios, etc., y fue importante hacerlo, se formó mucha gente desde su primera edición en 2000, luego se siguieron abriendo ediciones cada tres años aproximadamente. Después empezó a funcionar la maestría¹⁵ que está en funcionamiento, se defendieron algunas tesis y otras están en proceso, y algunas, pocas, de doctorado.¹⁶ Entonces creo que se cumplieron objetivos que yo me proponía, y creo que la facultad también. Actualmente hay un grupo de doce investigadores, entre ellos un grupo de jóvenes que está creciendo y me parece que la investigación en demografía tiene hoy un lugar en la investigación social en Uruguay.

13 Fondo de Población de las Naciones Unidas.

14 Se refiere al diploma en Información Socio-demográfica Aplicada a la Gestión.

15 Se refiere a la maestría en Demografía y Estudios de Población, cuya primera edición fue en 2010.

16 Se refiere al doctorado en Ciencias Sociales, opción Estudios de Población, creado en 2005.





Bibliográficas

Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría.

Hugo Vezzetti. Buenos Aires:
Siglo Veintiuno, 2015, 290 pp.

En el campo de estudios sobre el psicoanálisis y la cultura «psi», así como en el de la memoria y violencia en la historia argentina reciente, la obra de Hugo Vezzetti es una referencia ineludible. En este libro, sin embargo, las vicisitudes del freudismo rioplatense son abordadas a través de una referencia novedosa: sus relaciones, complejas, con la cultura comunista. Los estudios sobre el comunismo crecieron en el último lustro de una manera no espectacular pero constante, con investigaciones originales y documentadas, separados de las miradas militantes, pero también del maniqueísmo anticomunista de la Guerra Fría. Habilitadas sus condiciones de posibilidad tanto por una torsión en las interpretaciones historiográficas como por lo que se ha denominado una «revolución en los archivos», el comunismo devino un objeto de estudio legítimo tanto de la historia política y social, como de la historia cultural e intelectual. Al estudiar un capítulo de la circulación internacional del psicoanálisis observado desde el punto de vista de su recepción en el comunismo argentino, este libro es entonces tanto un aporte a una historia de los saberes «psi» como al conocimiento de un momento específico de un tema mayor: la relación de los intelectuales y profesionales con formaciones partidarias e ideologías políticas que plantean de un modo constitutivo la cuestión de una autonomía siempre y necesariamente relativa.

El libro aborda, desde el punto de vista de sus batallas culturales, el período más álgido de la Guerra Fría, el que se inicia en los años inmediatamente posteriores al fin de la Segunda Guerra

Mundial y se cierra en los primeros años de la década de 1960, cuando los cambios disciplinares que produjo la creciente autonomización de la psiquiatría de los saberes médicos confluye con la crisis del mundo comunista. El foco de atención está puesto en la década de 1950, momento de consolidación del círculo psiquiátrico en el seno del Partido Comunista de la Argentina (PCA), cuya genealogía Vezzetti reconstruye tanto en lo que concierne a sus tradiciones y presupuestos disciplinares como a los modelos de intervención intelectual que propició. Esta formación psiquiátrica, advierte, no solo precedió al psicoanálisis sino que dejó huellas en las formas en que este circuló y se implantó en los siguientes años. El contexto ideológico fundamental es el zhdánovismo, que desde la Unión Soviética se irradia al mundo comunista y se mantiene bajo sus aspectos más burdos al menos hasta 1956. Se trata de una doctrina en sede política que condena el «formalismo» y la «degeneración burguesa» en todos los terrenos de la actividad intelectual y establece un criterio de clase para postular la existencia tanto de una estética oficial, el realismo socialista, como de una «ciencia proletaria», el materialismo dialéctico, que en el terreno psiquiátrico se traducirá en la entronización de las teorías de Pavlov.

El libro está organizado en cuatro capítulos. El primero está dedicado a reconstruir el clima de ideas y tramas intelectuales y políticas en el que se desarrolló el primer debate sobre el psicoanálisis y el emergente campo de la salud mental en el seno de la izquierda psiquiátrica francesa y, poco más tarde, en la argentina. Los psiquiatras comunistas franceses ofrecen una «autocrítica» en la que condenan el psicoanálisis como una visión del mundo incompatible con el marxismo, irracionalista, reaccionaria y punta de lanza de la «americanización» del mundo, tópico global





del comunismo de Guerra Fría que en Francia tuvo un éxito previsible y que en el caso del psicoanálisis se justificaba en la expansión que este había logrado en los Estados Unidos. Este «episodio dogmático» tiene su resonancia casi inmediata en la Argentina, de la mano del médico Gregorio Bermann —miembro destacado del movimiento reformista universitario, más tarde del antifascismo y longevo «compañero de ruta» del PCA—, quien en 1949 publica un artículo que recoge los argumentos de sus colegas francesas en las páginas de la revista *Nueva Gaceta*, iniciando con ello la recepción local del zhdánovismo soviético y una reformulación de los discursos sobre el psicoanálisis hasta entonces disponibles.

El énfasis en esta «mediación francesa» le permite a Vezzetti discutir con las miradas más reduccionistas sobre el verticalismo moscovita del mundo comunista, pero sobre todo construir un modelo de análisis que constituye uno de los mayores méritos del libro. Debiendo trabajar con dos objetos, el comunismo y el psicoanálisis, que no pueden estudiarse si no es en referencia a una colocación transnacional, Vezzetti trabaja detectando puntos de máxima condensación que denomina episodios: tanto el episodio dogmático de París como el de José Bleger diez años más tarde y en Buenos Aires entrecruzan y concentran coordenadas políticas, culturales, ideológicas y disciplinares que a la vez conectan geografías, actores y estructuras. Estos, al mismo tiempo, son inmediatamente reinstalados en otra temporalidad más larga, la de los procesos, las tradiciones y las genealogías. El episodio es una forma de construir una vía de acceso a una trama compleja de espacios y tiempos interconectados dentro de la cual se relacionan dos configuraciones: la cultura comunista y el freudismo y los saberes «psi».

En el mismo sentido, el segundo capítulo se dedica a analizar los pormenores del III Congreso Internacional de Salud Mental que se celebró en Londres en 1948. Es un capítulo importante pues en la pormenorizada reconstrucción que realiza el autor tanto de los contenidos como de las estructuras institucionales que confluyeron en la organización de la salud mental como nuevo paradigma disciplinar, es posible comprender las razones que llevaron a los soviéticos a oponerle una condena que tendrá en la autocrítica de los franceses su primera manifestación pública. Luego de los estragos de la guerra, que entre otras cosas fue un gran laboratorio de pruebas para las disciplinas «psi», se acelera un proceso que se había iniciado en la década de 1930 y que piensa la psiquiatría en diálogo con el psicoanálisis y las ciencias sociales. Corriendo el foco de lo individual

a lo social, el discurso sobre la salud mental habilita un programa de reforma social que debía edificarse sobre la idea de una ciudadanía mundial ligada a la formación de hábitos, valores y actitudes que fomentaran un clima de paz y en contra del autoritarismo. La condena de los soviéticos fue inmediata.

En el tercer capítulo, Vezzetti retoma la figura de Gregorio Bermann para analizar la experiencia de la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría (rlp)*, que fundó en 1951. Una vez más, el caso argentino se hace inteligible en sus conexiones internacionales, pues la revista puede comprenderse mejor, aunque no únicamente, como el eco local del programa pavlovista de los psiquiatras comunistas franceses y de su principal órgano de expresión, la revista *La Raison*. Con la *rlp*, Bermann afirma su condición de psiquiatra y psicólogo al mismo tiempo que profesionaliza su actuación en el partido, aunque el suyo, afirma Vezzetti, siempre será un «partidismo fallido». La publicación es observada en tres planos: el político, que se expresa en el compromiso con la causa de la paz y la defensa de la URSS; el ideológico, que se organiza en torno a la defensa del partidismo aplicado a cuestiones como el psicoanálisis y la fenomenología; y el de los debates disciplinares sobre la psiquiatría social y la salud mental, en el marco de los cuales Bermann retoma la propuesta de una sociopsiquiatría alternativa a las orientaciones norteamericanas. En este punto, el de su proyecto intelectual, Bermann se muestra como un ecléctico y su operación encuentra un límite en el rechazo de las dirigencias partidarias a las emergentes ciencias sociales. En el último capítulo, precisamente, Vezzetti muestra que no será Bermann sino su discípulo José Bleger quien lleve adelante más claramente aquel giro sociológico en el marco de una orientación marxista que se alejaba del pavlovismo que, tanto en Francia como en la propia URSS, ya había entrado en crisis unos años antes. La publicación en 1958 del libro *Psicoanálisis y dialéctica materialista* provocó un intenso debate en el círculo comunista, que consideró necesario sancionar una postura que intuía cercana al «neomarxismo» que entonces comenzaba a combatir en nombre de una resquebrajada ortodoxia. En la confluencia entre el declive del comunismo en el espacio de las izquierdas argentinas, que se produjo en los años posteriores al golpe que derrocó el gobierno peronista en 1955 —una variable local que, aunque conocida, es tal vez no suficientemente ponderada—, y el proceso de reconsideración y diversificación del marxismo en su encuentro con las ciencias sociales, que se produjo en todo el mundo occidental, un capítulo de la «izquierda psi» argentina se cierra.





Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista es un libro importante para el estudio de la formación «psi» y la cultura comunista, a las que logra intersecar a través de un destacable esfuerzo analítico y metodológico, acompañado de una escritura inspirada. En su desarrollo, destacan elementos imprescindibles para futuros estudios que se propongan abordar el cruce entre campos disciplinares, política, instituciones partidarias y geografías culturales dando cuenta tanto de las ideas como de sus contextos y materialidades. El libro ofrece también elementos para avanzar en la problematización de categorías como ortodoxia y dogmatismo, comunes en los estudios sobre el mundo comunista, pues permite observar que su uso solo es válido en un sentido descriptivo y en los términos de una relación que debe ser especificada en sus múltiples determinaciones. Por este camino, los lazos de continuidad y ruptura entre izquierdas viejas y nuevas pueden ser considerados bajo una nueva perspectiva.

Adriana Petra

CeDINCI - UNSAM / CONICET

Una historia silenciada. Presencia y acción del falangismo en Uruguay.

Carlos Zubillaga. Montevideo: Ediciones Cruz del Sur-Linardi y Risso, 2015, pp. 286.

La historiografía uruguaya avanza en la investigación de la recepción de las ideas conservadoras y de derecha en sus distintas vertientes y en el estudio de los vínculos que tejieron las diversas manifestaciones con la política y sociedad uruguaya. La presente obra de Carlos Zubillaga, centrada en analizar el falangismo/franquismo en Uruguay y sus conexiones con el régimen franquista en el contexto de la Guerra Civil Española (1936-1939) e inmediata posguerra, viene a colmar la inexistencia de estudios sobre la historia de un bando «silenciado» en la «retaguardia transoceánica» (p. 24).

Zubillaga refiere que el falangismo, que actuó pública y legalmente en Uruguay entre noviembre de 1936 y julio de 1940, tuvo su núcleo institucional en la Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) y, luego de abril de 1937, en la Falange Española Tradicionalista y de la JONS. Su existencia formal estuvo ligada a los derroteros del franquismo en España, primero como movimiento, desde el *alzamiento* militar de julio de 1936, y posteriormente como régimen, a partir de 1939. También, el falangismo y el franquismo, este último independiente de Falange y adscrito al personal diplomático acreditado en Uruguay, estuvieron supeditados a la política del gobierno

terrista (1933-1938) y al rumbo proaliado que llevaron adelante las administraciones de Alfredo Baldomir (1938-1943) y Juan José de Amézaga (1943-1947).

Zubillaga advierte que la Falange en Uruguay tuvo su creación —15 de noviembre de 1936— sin intervención de las autoridades españolas y fue un «partido de la retaguardia, en cuanto estuvo alejado del escenario bélico» (p. 28). Sin embargo, una vez organizada institucionalmente la España nacionalista, tras la unificación del falangismo y el carlismo en abril de 1937, la Falange en Uruguay tuvo que ajustarse, aunque no sin tensiones y conflictos, a las políticas franquistas y a los enviados diplomáticos peninsulares.

La Falange en Uruguay, señala el autor, estuvo integrada principalmente por miembros de los sectores privilegiados de la inmigración española. Los dirigentes nacionales más destacados provenían del comercio y la industria (José y Antonio Pumarega Arias), del asociacionismo inmigratorio (Ángel Fernández Abad), de la diplomacia terrista (Francisco Ferrer Lluill), y de la docencia y el periodismo (José María del Rey). Varias de estas personalidades, de dudosa reputación para la diplomacia franquista, —José Pumarega, en primer lugar— comenzaron a ser sustituidas por jercas enviados directamente desde España, aunque aceptados con reparos por la inmigración local.

Con respecto a los afiliados, Zubillaga considera que no superaron los trescientos y se dividían en militantes y adherentes. A pesar de alguna escaramuza callejera e infiltración en organizaciones republicanas, los afiliados eran, en su mayoría, «pacíficos señores y señoras que solo se permitían exaltaciones verbales en ámbitos reducidos y conocidos» (p. 29), entonando *Cara al sol* y saludando al estilo fascista.

La Falange en Uruguay reprodujo, si bien con readaptaciones, la estructura organizativa de la Falange de la península. La Sección Femenina estaba dedicada a tareas asistenciales destinadas al bando nacionalista en guerra y al adoctrinamiento y encuadramiento de las mujeres afiliadas. La Delegación de Prensa y Propaganda tuvo como objetivo la difusión ideológica del falangismo a través de charlas, organización de conferencias y emisiones radiales. La Delegación de Organizaciones Juveniles creó una organización de «talante militar» (p. 96), los «Flechas», que reclutaba niños entre los cuatro y los catorce años. Zubillaga señala que, si bien la Falange se implantó en Montevideo, hubo una expansión territorial hacia





algunos departamentos, a saber: Artigas, Durazno, Paysandú y Treinta y Tres.

Un tema central que atraviesa la obra es la disputa que llevó adelante Falange por ocupar un lugar hegemónico. Al carecer de precedentes ideológicos en el colectivo inmigratorio, el historiador advierte que Falange en Uruguay tuvo que enfrentar otros proyectos políticos (el tradicionalismo carlista) y contender con aquellos personajes diplomáticos enviados desde España, proclives a domesticar y controlar el falangismo en la retaguardia. Al respecto de las discrepancias en el bando nacionalista, Zubillaga entiende que la dirigencia de Falange, sujeta a cambios constantes, no siempre fue bien recibida por el colectivo de inmigrantes exitosos. Estos, a pesar de apoyar el alzamiento franquista, desconfiaban de la retórica fascista y nacional-sindicalista de varios dirigentes y del laicismo latente en el falangismo.

El protagonismo que Falange intentó imponer fue contestado, refiere Zubillaga, por la estrategia diplomática de Rafael Soriano, representante oficioso del Estado español en Montevideo, quien gestó en setiembre de 1936, la Unión Nacional Española (UNE), compuesta de españoles y uruguayos simpatizantes del *alzamiento*, la que tuvo la importante tarea de realizar cuestaciones para cubrir las necesidades del ejército franquista. La estrategia inclusiva de UNE permitió la captación de la inmigración española exitosa, de empresarios, estancieros y profesionales uruguayos, y de los referentes del terrismo, el herrerismo, el riverismo y de la Unión Cívica. El 9 de setiembre de 1936, la UNE remitió un mensaje de adhesión a la Junta de Burgos, «probablemente, el logro más relevante» (p. 44), entiende Zubillaga. Estaba redactado por el doctor José Irueta Goyena y suscrito por 285 personas. Rafael Soriano había conseguido encabezar el mensaje con las firmas del vicepresidente de la República, Dr. Alfredo Navarro, del expresidente de la República, Dr. Juan José Campisteguy, y del líder del riversismo, Dr. Pedro Manini Ríos.

Un tema a destacar abordado en la obra es la utilización de las audiciones radiales como herramienta de propaganda política. Si bien distintas publicaciones escritas estuvieron al servicio de Falange (la «Página Española» en *La Tribuna Popular*, *El Debate*, *Hispanidad*) y del bando nacionalista (*España Nacionalista*, *La Voz de España*), la novedad en cuanto a la comunicación de masas fue la aparición de las radioemisoras a fines de la década de 1920. Falange tuvo como propagandistas, en cx 22 Fada Radio, al «oportunist» e «ingenioso locutor» (p. 64) Tomás Arribas (alias Española), en

cx 8 Radio Jackson, a Adolfo Capella, y contó con una voz propia, *Habla Falange*, programa emitido por cx 34 Radio Artigas.

La penetración falangista, entiende Zubillaga, se manifestó en la simpatía que por el *alzamiento* «demostró —no con menor ímpetu— un conjunto de uruguayos pertenecientes a la élite social y política o a la profesión periodística», lo que «constituyó una demostración de la virtualidad de contagio ideológico que el falangismo había logrado en Uruguay» (p. 152). La lista es larga: Luis Alberto de Herrera, Alejandro Gallinal Heber, el periodista Luis A. Sciutto (alias Wing), años después conocido como Diego Lucero... Si estas adhesiones nacionales fueron bien aceptadas, no lo fueron tanto «las amistades inconvenientes» (p. 160) de los países del Eje.

Zubillaga advierte que el final de Falange en Uruguay estuvo determinado por el comienzo de la guerra en Europa y por el distanciamiento que asumió la política exterior franquista con respecto al Eje. A su vez, el año 1940 fue crucial. La ley de asociaciones ilícitas, las «listas negras» —que incluyó a falangistas— y el alineamiento proaliado del gobierno uruguayo determinaron la disolución legal de Falange, sobreviviendo dos años como una nueva entidad, Fundación Española, hasta 1942. Tras algunos años de conflicto entre los resabios de la dirigencia falangista y la representación diplomática franquista, en 1945 se produjo la desactivación definitiva de Falange. Sin embargo, Zubillaga considera que la antigua dirigencia de Falange adoptó la estrategia de un «cripto-falangismo» (p. 211), vinculándose al Partido Nacional, integrando instituciones culturales y, principalmente, utilizando a la Sociedad Española de la Virgen del Pilar.

El libro se cierra con varios anexos donde se consignan los nombres de españoles y uruguayos colaboradores, donantes, militantes y afiliados de la Falange Española en Uruguay.

Alfredo Alpini

Instituto de Profesores Artigas

Discutir la cárcel, pensar la sociedad. Contra el sentido común punitivo. Gianella Bardazano, Nicolás Duffau, Anibal Corti y Nicolás Trajtenberg (comps.). Montevideo: Trilce, 2015, 360 pp.

En un contexto en el cual, tanto desde la opinión pública como desde la esfera política, la cárcel continúa apareciendo como la respuesta privilegiada ante el problema del delito, este libro se propone rescatar la mirada de diversos investigadores





nacionales e internacionales provenientes de distintas disciplinas, a los efectos de brindar elementos para cuestionar lo que los compiladores han denominado el «sentido común punitivo».

Los aportes de este libro, compuesto por dieciséis artículos más la introducción, se presentan en cinco apartados. El primero corresponde a un artículo en donde Eugenio Zaffaroni realiza un repaso de las diversas filosofías sobre las que se apoyó la pena privativa de libertad, resaltando el efecto deteriorante —tanto para los presos, como para el personal penitenciario— generado por la prisión. A pesar de ello, el autor reconoce que el sistema penitenciario no es más que un eslabón —obligado a administrar el producto de una «selección arbitraria» de la cual no forma parte— dentro de la cadena de ejercicio del poder punitivo. Ante el fracaso en el logro de las metas que se le ha atribuido a la cárcel, el autor propone la implementación de una filosofía cuyo objetivo sea el trato humano a la población reclusa, con la finalidad de reducir sus niveles de vulnerabilidad, que considera en última instancia como causante de los procesos de criminalización.

La segunda parte del libro incorpora la mirada histórica sobre la institución carcelaria en el Uruguay. De la mano principalmente de historiadores, da cuenta del proceso de gestación del ideal penitenciario en nuestro país a lo largo del siglo XIX (en los artículos de Roldós y Rey, y en el de Fessler), y su evolución a lo largo del tiempo hasta llegar a nuestros días. Así, se repasa en el artículo de Fein García el proyecto de la Colonia Educativa de Trabajo y su derivación hacia el Penal de Libertad; las proyecciones de cine en dicho establecimiento de reclusión durante la última dictadura, en el artículo de Lacruz; y las políticas penitenciarias implementadas en el país en las últimas dos décadas, a través del texto de González, Rojido y Trajtenberg. Por su parte, el texto de Duffau aborda el debate respecto del destino que asignamos a los enfermos psiquiátricos procesados por la justicia penal. Si bien el autor centra su análisis en el período del Novecientos, queda claro que es un tema que continúa sin ser saldado hasta nuestros días. A través de los diversos artículos de esta segunda parte, queda asentada la idea de que a lo largo del tiempo han coexistido —superponiéndose e incluso amalgamándose— los discursos centrados en la rehabilitación, la reinserción y la reintegración social de quienes han delinquido, con aquellos que enfatizan las ideas de sufrimiento y castigo hacia quienes han infringido la ley. Asimismo, queda de manifiesto la aparición reiterada de posibles «soluciones» ante el problema carcelario, que

son presentadas en cada momento como novedosas, a pesar de haber sido ensayadas con anterioridad.

En la tercera parte destaca el aporte que, desde el derecho, se hace a algunos de los principales desafíos con los que se enfrenta el sistema penitenciario uruguayo actual, particularmente en lo relativo a los cambios normativos o de política pública. Específicamente, se analizan como fenómenos especialmente problemáticos —a través de los textos de Ginares Echenique y de Camaño Viera— el uso abusivo de la prisión preventiva y los obstáculos para implementar medidas alternativas a la privación de libertad. Uriarte realiza un análisis detallado de las contradicciones inherentes al concepto de resocialización —y de las ideologías «re» en general— y cómo las mismas han ido permeando en la normativa penitenciaria a nivel nacional e internacional. Por su parte, Arriagada destaca los peligros que acarrearán los procesos de privatización carcelaria. Vale destacar que estas contribuciones se enmarcan dentro del contexto actual de reforma del sistema penitenciario (proceso que analiza particularmente el texto de Garcé, García y Santos), desatado una vez que fuera declarada la «crisis humanitaria» del sistema durante el primer gobierno de Vázquez. Las discusiones correspondientes a este apartado deben leerse, asimismo, a la luz de las innovaciones propuestas por los procesos de reforma del Código Penal y del nuevo Código del Proceso Penal. Los artículos de esta sección dejan en claro que las modificaciones que se están gestando en materia de normativa y política penitenciaria no escapan a los procesos de marchas y contramarchas que mencionábamos anteriormente, y que los avances observados en ciertas dimensiones coexisten con contradicciones o remanencias propias de períodos anteriores.

El cuarto apartado está compuesto por tres artículos (uno de Corti y Trajtenberg y dos de autoría de Gargarella) centrados en las discusiones relativas a la filosofía del castigo. En particular, los autores analizan las distintas conceptualizaciones que, implícita o explícitamente, subyacen a las argumentaciones que sustentan las formas de respuesta ante el delito que nos damos como sociedad. El aporte de Gargarella parte de una concepción de filosofía política republicana, y subraya el concepto de «alienación legal» —para dar cuenta de las situaciones en las que la idea de ciudadanía no coincide con lo estipulado por la ley— cuestionando planteos como el de Zaffaroni, orientados a minimizar la violencia institucional, pero manteniéndose dentro del aparato del derecho penal existente.





Finalmente, el artículo de Rivera Beiras da cuenta del proceso mediante el cual el actuarialismo penitenciario fue incorporándose en el sistema español —particularmente en el catalán—, iluminando diversas dimensiones de análisis (el vínculo entre la academia, las empresas y las políticas penitenciarias; el uso de los conceptos de riesgo y de peligrosidad por parte de la criminología; los desafíos que plantea la disponibilidad de grandes bases de datos relativas al historial de vida y delictivo de las personas; entre otros), de total relevancia para los debates que hoy en día se están llevando adelante en nuestro país.

En definitiva, a partir de esta obra queda de manifiesto que las concepciones de la cárcel que se han sucedido a lo largo del tiempo —y en diversos espacios geográficos— están caracterizadas por la continuidad, en mayor medida que por los cambios. Como imagen de conjunto, resulta impactante observar un hecho —ya largamente constatado por la literatura internacional, pero que este libro marca con claridad para el caso uruguayo—, y es cómo la cárcel, desde sus mismos inicios, estuvo signada por la crisis y el fracaso en el logro de sus objetivos, y por una especie de reforma perpetua que ensaya una y otra vez ideas de «cambio» que se parecen demasiado entre sí.

Ana Vigna

Universidad de la República

Tupamaros exiliados en el Chile de Allende: 1970-1973. Clara Aldrighi y Guillermo Waksman. Montevideo: Edición del autor, 2015, 380 pp.

Tupamaros exiliados en el Chile de Allende (1970-1973), de Clara Aldrighi y Guillermo Waksman, fue publicado en 2015 como fruto de una investigación que se extendió por más de 10 años y de la que Waksman formó parte hasta el 2008, año en que falleció. El tema central de este trabajo es el exilio de los tupamaros en el país trasandino, desde la llegada de los primeros militantes hasta el avance represivo que se desató luego del golpe de Estado del 11 de setiembre de 1973. Se nos propone, pues, un recorrido por los distintos momentos y periplos que los militantes tupamaros atravesaron durante la experiencia de sostener una organización en el exterior del país, donde la situación política fue provocando disímiles situaciones.

Uno de los recursos fundamentales para la elaboración de este relato se encuentra en la voz de los testimonios recogidos por los autores. Estas voces permiten comprender en mayor profundidad

algunos de los aspectos más complejos de la vida en el exilio. En ese sentido, aportan luz tanto a las diversas experiencias personales como a las vicisitudes políticas que se fueron desarrollando en el exterior y que dieron lugar a diversas tramas que el libro recoge y se esfuerza por analizar y presentar con claridad. Los documentos provenientes de los archivos estatales nos acercan no solo a la visión de las autoridades, sino que permiten reconstruir las lógicas de vigilancia y persecución que se fueron desarrollando y profundizando a lo largo del tiempo que aborda el trabajo.

En varios capítulos del libro se presentan los escenarios políticos tanto del país receptor como de aquel que ha «expulsado» a sus ciudadanos (Uruguay). Es así que de forma sintética se van reconstruyendo los cambios operados a nivel político en ambos países, y a través de ello, el lector puede comprender con mayor claridad las razones que llevaron a los tupamaros a salir de su país rumbo a Chile. Esta estrategia inscribe el proceso del MLN en el contexto histórico de agudizamiento del autoritarismo, crecimiento de la violencia política y la implementación de las dictaduras del Cono Sur. Como telón de fondo, se observa el desarrollo de la Guerra Fría y la gestación de la coordinación represiva regional que culminará en la oficialización del Plan Cóndor.

El libro aborda distintas dimensiones del exilio tupamaro, algunas de ellas centradas en la práctica política del MLN y que resultan cruciales para comprender el derrotero posterior de la organización. De esta forma, se nos presentan las primeras tensiones internas del MLN y cómo las mismas se fueron sorteando para poder darle organicidad al movimiento y encuadrar el trabajo político de los militantes. Es así que podemos observar las distintas matrices ideológicas que se van consolidando y cómo en ellas van germinando las distintas tendencias que irán apareciendo en la historia del MLN en el exterior. Y, al mismo tiempo, se nos presentan las problemáticas que fueron surgiendo en lo que refiere a la vida cotidiana de los militantes y a cómo se organizó y sostuvo financieramente la actividad de los mismos. También se arroja luz sobre las contradicciones de la propia organización, cuando los autores se refieren al proceso de estratificación que sufrió el movimiento en Chile que daba cuenta de las distintas formas y estilos de vida de los dirigentes y los militantes de «base».

Dentro de estas dimensiones, los autores dan cuenta del periplo de las relaciones que los tupamaros establecieron con los distintos actores políticos de la realidad chilena, pero también cómo





esa realidad permitió el desarrollo de lazos con otras organizaciones revolucionarias provenientes de distintos países. En ese sentido, la Junta de Coordinación Revolucionaria se vuelve protagonista de este trabajo, en la medida que significó la consolidación tanto de las relaciones entre las organizaciones que la conformaron como de la idea guevarista de continentalidad.

Otro de los momentos que se tornan fundantes del exilio y que es abordado con profundidad en el libro es el Simposio de Viña del Mar, en el que el MLN realiza el balance de la derrota e inicia un camino de redefiniciones ideológicas que tiene como hito la formación del partido marxista-leninista y la adopción de esta corriente ideológica como marco para la acción política. En el capítulo dedicado a tal evento, los autores desarrollan extensamente las consecuencias y recepciones de las resoluciones tomadas, así como también presentan con claridad su visión al sostener que este episodio dio lugar a una nueva organización política. En relación a este tema y como consecuencia del «viraje» de Viña del Mar, se relata el proceso de proletarianización iniciado en Chile y que representa uno de los caminos más polémicos seguidos por el MLN.

Los últimos capítulos del libro relatan la situación que se vivió en Chile luego del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Allí los autores nos presentan las distintas peripecias por las que transitaron los uruguayos intentando huir de la represión desatada inmediatamente después de instalada la dictadura; las distintas vías de salida que buscaron y encontraron los tupamaros para escapar de Chile y la suerte corrida por aquellos que no lo lograron. En este sentido, es relevante el apartado dedicado a las víctimas tupamaras que fueron asesinadas o desaparecidas en Chile y también de quienes fueron detenidos en distintas unidades militares y luego conducidos al Estadio Nacional. Por otra parte, el libro rescata el papel jugado por distintos organismos internacionales (destacando el rol de Harald Edelstam), así como por determinadas embajadas que sirvieron de salvoconducto para la salida del país y salvaron la vida de cientos de uruguayos que se encontraban cercados por la represión pinochetista.

En síntesis, se trata de un libro obligado para quienes se interesen por la historia reciente del Cono Sur, que nos permite comprender las lógicas políticas de una organización revolucionaria que intenta sobrevivir a distintos embates represivos, al tiempo que nos habilita a escuchar las voces de los protagonistas para poder visualizar una trama por demás compleja, contradictoria, con experiencias

disímiles; nos acerca a historias de fracasos y de resistencias, de derrotas y de renacimientos.

Carla Larrobla

Universidad de la República

Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política. Eugenia Allier Montaño y Emilio Crenzel (coords.). México: Bonilla Artigas Editores/ Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 2015, 428 pp.

En la segunda mitad del siglo xx, en el contexto de la Guerra Fría, distintos países de América Latina se vieron envueltos en experiencias de dictaduras militares, regímenes autoritarios o guerras civiles, cuyas manifestaciones de violencia política producirían cambios profundos en sus respectivas vidas nacionales. Una vez que concluyeron dichos procesos, surgieron distintas interpretaciones y explicaciones en torno a los hechos recién acontecidos, y con ello una lucha entre quienes exigían justicia, conocer la verdad de lo ocurrido y mantener viva la memoria de los crímenes cometidos, y quienes preferían que aquellos sucesos fueran confinados al olvido.

El libro *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política*, coordinado por Eugenia Allier y Emilio Crenzel, precisamente tiene como objetivo historizar los debates públicos sobre los pasados recientes de violencia política en la región. Este esfuerzo editorial es producto de un seminario organizado en 2011 en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en el que participaron investigadores de diversas nacionalidades y disciplinas. El resultado fue un interesante trabajo colectivo que se adscribe a dos subdisciplinas que, no sin dificultades, poco a poco han ido logrando tener mayor aceptación entre los historiadores profesionales: la historia del tiempo presente (o historia reciente) y la historia de la memoria. De esta manera, la obra consiste no tanto en una reconstrucción histórica de las dictaduras, guerras civiles y los regímenes autoritarios, sino que ofrece un seguimiento de las formas en que han sido recordados e interpretados dichos pasados. Es decir, más que intentar responder a la pregunta de qué sucedió exactamente entre los años sesenta y ochenta, se analiza y reflexiona en torno al qué, quién, cuándo, por qué y con qué finalidad se ha conmemorado de determinada manera el pasado reciente de violencia desde mediados de los años ochenta hasta la actualidad. Para alcanzar tales objetivos, los autores se basaron en la consulta de prensa, informes de





comisiones de la verdad, acuerdos, decretos, leyes, entrevistas y páginas web de las organizaciones e instituciones estudiadas.

El libro está organizado en tres apartados. En el primero, «Dictaduras y regímenes militares», se da cuenta de las luchas memoriales en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, y Paraguay. Por su parte, en «Guerras y regímenes autoritarios» se abarcan los casos de México, Perú, Colombia, El Salvador y Guatemala. Si bien hubiera resultado interesante contar con la presencia de otros ejemplos de Centroamérica y del Caribe (como pudiera ser Cuba, Nicaragua o República Dominicana), uno de los principales méritos de este libro es el intento de brindar un amplio panorama de las luchas por la memoria a escala regional, y no solo limitarse a los casos más conocidos, como podrían ser los del Cono Sur.

A grandes rasgos, podemos entender a las luchas memoriales como aquellas disputas narrativas y simbólicas que se desatan entre distintas visiones e interpretaciones del pasado, con el objetivo de que una de ellas logre prevalecer sobre el resto de las demás representaciones que coexisten en el espacio público. Así, en cada uno de estos artículos, el lector encontrará las principales discusiones que diversas instituciones, organizaciones y actores políticos y sociales han sostenido en torno a los sentidos y significados de la violencia del pasado reciente. Con base en ello, los autores realizan una periodización de los diferentes momentos por los que han transitado estos esfuerzos por conocer la verdad, lograr justicia y evitar el olvido.

Gracias a la variedad de casos que presenta la obra es posible advertir que, una vez superado el período de violencia, no existe un rumbo definido ni asegurado en las tentativas de conseguir una óptima articulación entre memoria, verdad y justicia. Y es que, así como el hecho de conocer la verdad no impide que en algún momento dado sobrevenga el olvido de lo ocurrido, tampoco la preservación de la memoria y tener certezas más o menos sólidas de lo acontecido en el pasado aseguran el castigo a los culpables y la reparación de los daños. En última instancia, no hay que perder de vista que la capacidad de acción de actores y organizaciones, la magnitud de las medidas jurídicas, y el alcance de las políticas de la memoria son cuestiones que están determinadas por los contextos políticos, económicos y sociales de cada presente.

El tercer apartado lleva por título «Escrituras de la historia reciente». Destaca la inclusión de un artículo sobre el proceso de desclasificación de

archivos del Departamento de Estado y otras dependencias del gobierno norteamericano, relativos a la participación de este país en las violencias políticas de América Latina. Finalmente, a partir del caso argentino, el último texto da cuenta de cómo los conflictos por la memoria, además de incidir en las agendas políticas, también delimitan la práctica historiográfica, pues a final de cuentas, la disciplina histórica es una forma más de construcción memorial enmarcada por las preocupaciones, intereses y necesidades del presente.

En suma, *Las luchas por la memoria en América Latina* es un libro sugerente que invita a reflexionar acerca de la naturaleza, dimensión y secuelas de uno de los períodos más sensibles y difíciles de la historia reciente de la región, y de la forma en que dicho pasado ha sido recordado y representado en los sucesivos presentes, con sus respectivos derroteros de las luchas por la verdad y la justicia. Sin duda, se trata de una lectura obligada para todas aquellas personas interesadas en temas como movimientos armados, justicia transicional, estudios de la memoria, defensa de los derechos humanos, procesos de pacificación y democratización, y, en general, historia reciente de América Latina. En efecto, estudiantes, profesores, investigadores y actores políticos y sociales serán los principales destinatarios de las páginas de este libro. Los sentidos y significados que subyacen del acto de recordar no son algo fijo, sino que se encuentran en flujo permanente, por lo que está abierta la posibilidad, y la necesidad, de que futuros trabajos de investigación den seguimiento a los senderos que continuarán tomando estas luchas memoriales. Por último, vale la pena decir que la lectura de esta obra se vuelve aun más significativa y pertinente si se considera que fenómenos como el terrorismo de Estado y las violaciones a los derechos humanos son realidades que en muchos casos siguen presentes en las sociedades latinoamericanas.

César Iván Vilchis Ortega

Universidad Nacional Autónoma de México

Herrera: la revolución del orden.

María Laura Reali. Montevideo:
Banda Oriental, 2016, 254 pp.

Dando curso a una apuesta historiográfica de muy interesante y actual recorte temático y problemático, María Laura Reali publica recientemente una enjundiosa parte de su investigación doctoral, hasta ahora inédita. En esa dirección, se presenta en el libro un abordaje de la trayectoria del político, intelectual e historiador uruguayo Luis Alberto de Herrera (1873-1959), orientado por una





perspectiva más amplia, compuesta por preguntas por la circulación de prácticas, discursos, textos y actores en el espacio regional y en el espacio transatlántico. Esta clave de lectura es la que orienta a lo largo del trabajo el abordaje de la producción de relatos alternativos sobre el pasado regional, las lecturas sobre la cuestión nacional, la construcción de relatos identitarios y la reflexión de corte cultural y biológica de Herrera sobre la configuración regional de cara al porvenir.

No es este el lugar para referenciar al sujeto estudiado, si bien el lector de otras latitudes demandaría el delineo de un perfil biointelectual y político. Al decir de la autora, sobre Herrera coexisten distintas representaciones que anudan las impresiones portadas por sus contemporáneos, como la del revolucionario inicialmente comprometido en la lucha armada a favor de los derechos cívicos que, posteriormente, se orientó hacia la transformación de las estructuras políticas de su país por vía legal, y la del político conservador capaz de aportar a la garantía de sus intereses de clase; marcas que Reali no busca ni equilibrar ni refutar, sino precisamente matizar y, en tal caso, complejizar merced al aporte de un encuadre que delimita las relaciones entre los distintos registros discursivos que intersecan entre la historia, la memoria y la política. Interesa asimismo en la investigación remarcar la apuesta de Herrera por concretar la construcción de tradiciones que, destinadas a revestir a la sociedad uruguaya en función de determinadas representaciones colectivas, delinearon, por ejemplo, una cabal expresión del revisionismo histórico local, entre otras mediaciones intelectuales.

En un brevísimo recorrido de carácter descriptivo en torno a una construcción historiográfica notable y plagada de densidad tanto conceptual como factual, es posible identificar algunas de las principales contribuciones expuestas en cada una de las cuatro partes que la componen. Así, en «La cuestión nacional» se formula un examen de los cuestionamientos que Herrera pusiera en discurso a la hora de visualizar al Uruguay como nación en el concierto latinoamericano y regional. El debate sobre la nacionalidad implicó, según el análisis desarrollado, una consideración que pivoteaba entre un destino ya demarcado para una nación como esencia y tradición y un plebiscito generacional ineludible. Esta visión de la cuestión nacional se acompañó, según la autora, de otro cuestionamiento, el relativo a la historia a enseñar. En consonancia con otras posturas revisionistas, Herrera abogó por una enseñanza de la «tradicional nacional»,

mirando «para adentro», postura que, sin embargo y de acuerdo matiza Reali, se combinó con la necesidad de reforzar el carácter cosmopolita de Uruguay, en virtud de la presencia de inmigrantes. La sección luego se ocupa de indagar acerca de la mirada sociológica de Herrera, plagada de conceptos biológicos y culturales integrados en un ejercicio interpretativo en torno a nociones como caudillismo, democracia y religión, entre otros tópicos, y las respectivas variaciones sobre el vínculo entre la Revolución francesa y América del Sur, ángulo que anticipa a las páginas que siguen.

En efecto, a continuación se lee una sustantiva referencia al contexto de producción de las ideas de Herrera, fundamentalmente las volcadas en su principal obra titulada *La revolución francesa y Sud América* (1910). Luego de repasar la atmósfera uruguaya, signada por cierto reformismo político, la autora pasa de lleno a analizar pormenorizadamente el mencionado trabajo incluso poniendo en tensión la versión francesa con la española, sumando detalles merced a la consideración de la correspondencia del traductor. Al considerar la obra en la que Herrera explora la incidencia de la filosofía y del pensamiento político francés en América del Sur, con preferencia a las doctrinas radicales y desde una perspectiva histórica de larga duración, la autora indaga cuáles fueron las prácticas y doctrinas extranjeras implicadas por Herrera en su análisis y, posteriormente, los actores del proceso histórico sudamericano seleccionados y la reivindicación de los sectores rurales. Seguidamente, se revisa la matriz referencial que Herrera tomó de un conjunto de historiadores de la Revolución francesa, casi todos pertenecientes al arco liberal conservador, para sostener y legitimar su formulación histórica y política. Al considerar la recepción tanto europea como rioplatense de *La revolución francesa y Sud América*, Reali reconstruye en extenso algunas lecturas contextualizadas en el momento de la Primera Guerra Mundial, destacando los evidentes malentendidos de los críticos franceses y la más comprensiva asimilación de, por ejemplo, un compatriota como Carlos Roxlo.

Una afirmación recorre, de algún modo, todo el desarrollo del trabajo de Reali, aquella que observa en el itinerario de un hombre interpelado por la política, la memoria y la historia, inmerso en un doble juego entre modernidad y reacción, si bien pudo experimentar el conservadurismo de modo más prevaleciente. Se trató de un Herrera expuesto entre la transformación de la política, y la afirmación y la invención de la tradición. En la





muy interesante sección titulada «Las guerras civiles uruguayas en la construcción de una tradición política» se encuentran examinados los vínculos entre el nivel discursivo y las prácticas políticas y la considerablemente necesaria recuperación de representaciones del pasado, fundamentalmente las guerras civiles, para la tarea de reformar los sistemas políticos rioplatenses desde un conservadurismo, el de la «revolución del orden». Resulta de especial interés para el lector argentino el capítulo en el que la autora pone a Herrera en tensión y vinculación con Yrigoyen, abriendo un espacio para matices que sostienen cercanías y distancias reposadas en la misma temporalidad y densidad histórico-política.

En el último e igualmente sustantivo ejercicio, «Pensar el período de la organización nacional, sus hechos y actores», aparece estudiada la faceta más concretamente historiográfica de la obra de Herrera. Allí, María Laura Reali enfatiza en la voluntad específicamente historiadora del político e intelectual que se ocupó en la elaboración de un relato histórico fundacional «de carácter consensual», aún pendiente en Uruguay. La autora reconstruye la sociabilidad historiográfica de Herrera con varios historiadores argentinos y luego avanza en las reflexiones de este sobre la etapa de la organización nacional. En detalle queda evidenciada la intimidad que revistió la consideración del proceso uruguayo en sincronía con el argentino en el especial enfoque de Herrera. Al ubicar al historiador en una visión de conjunto de la historiografía rioplatense, queda documentado su creciente acercamiento a la historiografía argentina desde 1910, situacionalidad que le proveyó de un panorama más amplio de recursos heurísticos que derivó, asimismo, en un nuevo enfoque: la valoración positiva del rosismo y los lazos entre las facciones políticas de la primera mitad del siglo XIX en uno y otro lado del Río de la Plata.

Si bien, como la misma Reali afirma, en los últimos quince años, tanto en América Latina como en Europa, se han resuelto aportes de algún modo reveladores sobre las cuestiones abordadas en esta obra, los que han abierto el campo y sugerido interrogantes novedosos, consideramos que este libro ocupa un lugar transcendental por lo que en su constructo posee, pero aun más por lo que sugiere en tanto modelo de trabajo y muy cuidadoso tratamiento de fuentes; además de la síntesis de su problematización y sólidas conclusiones.

Eduardo Escudero

Universidad Nacional de Córdoba
y Universidad Nacional de Río Cuarto

¿Qué nos hace más nación? Desafíos del desarrollismo frondicista-frigerista.

Horacio García Bossio. Buenos Aires: EDUNLa Cooperativa, 408 pp.

En *¿Que nos hace más nación?...*, el historiador argentino Horacio García Bossio nos propone un nuevo recorrido sobre las raíces ideológicas y los debates intelectuales sobre el desarrollo nacional del período que corre entre los albores del peronismo y la formación del gobierno desarrollista. El libro se divide en cuatro partes, que siguen una aproximación temporal. En la primera se analizan las teorías iniciales que nutren este concepto desde la década de 1930, principalmente las «cepalinas» y social-cristianas. Luego se describe la adopción y profundización de este corpus teórico en la década de 1950 por las distintas corrientes de pensamiento. Una vez definido el escenario, en la tercera parte se presenta el desarrollo intelectual de los principales funcionarios del gobierno desarrollista, puntualizando algunas fuentes escritas por Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio y, en menor medida, Aldo Ferrer. En la cuarta y última parte del texto, se establecen ciertas críticas al «desarrollismo clásico» y se describen algunos desarrollos teóricos propios de los sectores nacionalistas y de izquierdas.

En la primera sección, el autor se propone estudiar los orígenes ideológicos del desarrollismo como modelo de organización económica y expresión política. Quizá el gran aporte de esta sección es la propuesta de sugerir a los escritos social-cristianos, que inspiraron gran parte de la doctrina justicialista, como raíces teóricas del desarrollo que se añaden a la vertiente «cepalina-keynesiana» canónica. Planteadas las raíces del debate, el autor sugiere una hoja de ruta donde Frigerio toma el rol protagónico. En la segunda sección del libro, como resultado de sus extensos estudios del clima de ideas entre las élites intelectuales en el peronismo y el posperonismo, García Bossio parece sugerirnos que en la figura de Frigerio converge gran parte del universo de tendencias ideológicas de la Argentina de los 50. Este personaje medular parte de una postura nacionalista de izquierda planteada por la primera revista *Que*, abierta en 1946 y cerrada por Perón en 1947, para luego incitar un movimiento nacional amplio que incluyera al peronismo proscripto, durante la segunda fase de la revista (1955-1958), hasta desembocar en una suerte de estructuralismo heterodoxo durante el gobierno desarrollista.

A partir de la segunda parte, pero sobre todo en la tercera sección, se desarrolla el interesante punto de la relación entre el desarrollismo frigerista





y el estructuralismo cepalino, sintetizado en el contrapunto sostenido entre Frigerio y Raúl Prebisch. El autor sostiene que la disputa es más política que doctrinaria, puesto que no existían grandes diferencias ideológicas en cuanto a la crítica de los clásicos, el rol del Estado interventor, la participación del capital extranjero y la integración regional. Sin embargo, un punto contrastante, sobre el que habría cierto consenso, establece que no solamente Prebisch acerca su postura hacia la ortodoxia en la década de 1960, sino que también durante sus tiempos de mayor «rupturismo» no abandona la teoría clásica en la cual se había formado en la Universidad de Buenos Aires, en la década de 1920.

Dejando esta diferencia doctrinaria de lado, el autor sugiere que las críticas de Frigerio se limitaban a la participación política de Prebisch en el gobierno militar de los años cincuenta y los gobiernos parcialmente ilegítimos de los treinta, más que a su ideología. No hay demasiado escrito en el libro, y quizá sea una interesante veta de investigación para desarrollar en el futuro, sobre las impresiones de la CEPAL respecto del gobierno frondicista. El autor prueba que este ejercicio puede hacerse muy bien porque precisamente uno de los puntos altos del libro está en la cuarta y última sección, donde se plantea la descripción de los debates de Frigerio, como actor político e intelectual, con los sectores críticos de la izquierda y del nacionalismo de FORJA durante el gobierno frondicista.

Otro elemento original, que se encuentra en la tercera parte, tiene que ver con el análisis de la figura de Aldo Ferrer, discípulo de Prebisch y de alta ascendencia en CEPAL. La inclusión de Ferrer en el equipo del gobernador Alende es explicada como una suerte de síntesis entre el frigerismo y la CEPAL para el territorio bonaerense. García Bossio desarrolla las tensiones existentes entre los equipos nacionales y provinciales, de las cuales una de las más interesantes tiene que ver con la organización de las instituciones de fomento y la planificación del desarrollo. Las diferencias metodológicas se hacen diáfanas al comparar el modelo de asesoramiento informal de Frigerio y su equipo de asesores, realizado desde afuera del Estado, con el modelo brasileño planteado intelectualmente por Jaguaribe y seguido parcialmente por Ferrer, de carácter más institucionalizado.

En mi opinión, la coexistencia de frigestistas, cepalinos y otras ramas en el gobierno sugiere una tensión en la coalición gobernante, que ya mostraba las fisuras que terminarían por significar cismas y rompimientos definitivos. En este sentido, la parcial ausencia de la figura del ministro Alsogaray a lo largo

del libro podría ser contada como una omisión arriesgada. Sin embargo, más allá de las disputas teóricas, lo que el libro incita a preguntarnos es si toda esta discusión no se reducía, simplemente, a una lucha de poder por la venia de la cúpula, en la cual el presidente Frondizi se definió solo muy tardíamente (quizá demasiado tarde) por su *alter ego* intelectual. La creciente importancia de Alsogaray entre 1959 y 1961, sin embargo, tampoco parece solidificar la hipótesis de la opción por Frigerio del presidente.

Una pregunta similar, que concierne más a la ciencia política que a la historia, tiene que ver con la lectura del autor sobre el pacto con Perón. Hay un intento serio de leerlo en clave de convergencia ideológica o programática entre los partidos. Sin embargo, esto parece perder potencia cuando tenemos en cuenta la infinita elasticidad programática que mostró el peronismo, aun sin que cambiaran sus liderazgos. La mirada desde el realismo político, que sugiere una convergencia en intereses del peronismo, por no perder vigencia como actor de peso, y de la UCRI, por ganar una elección en la cual el favorito era el candidato radical, quizá podría trascender las cuestiones estrictamente programáticas.

Otro de los lineamientos centrales del libro sugiere un eventual traspaso del «nacionalismo desarrollista» de mediados de los 50 al «desarrollismo pleno» luego de la llegada al gobierno. Nominalmente, esto solo sugiere una desnacionalización del desarrollo, que apunta sobre todo a la convocatoria del capital extranjero para la inversión. Quizá no sea, entonces, lo suficientemente descriptivo del proceso de liberalización de la economía argentina a partir de 1959, que fue desde la política monetaria a la desregulación parcial de importaciones. El esfuerzo por liberalizar la economía que hizo el presidente Frondizi parece no estar integralmente comprendido en estos dos conceptos.

La reflexión final, que asocia el fracaso del proyecto frondicista con el fracaso de un proyecto de nación, nos sugiere, en una posición bastante acorde al discurso del gobierno desarrollista, que fue una ventana de oportunidad única en la historia, truncada por sus circunstancias. Quizá valdría preguntarse si este proyecto se extinguió efectivamente en 1962 y si los espacios políticos que lo heredaron no fueron, con sus matices, continuadores de aquello que comenzó a rodar desde 1958.

Emiliano Salas Arón
Universidad Torcuato Di Tella





Horizontes y trayectorias críticas. Los estudios del teatro latinoamericano en Estados Unidos. Gustavo Remedi (coord.). Montevideo: CSIC biblioteca plural, Universidad de la República, 2015, 179 pp.

Horizontes y trayectorias críticas. Los estudios del teatro latinoamericano en Estados Unidos, coordinado por Gustavo Remedi, se propone como norte un ejercicio crítico de segundo grado: suspender la atención sobre la producción simbólica en sí misma (textos, espectáculos, performances) para reflexionar sobre el corpus teórico generado a partir de ella en revistas y libros especializados. «Lo interesante de realizar un análisis del análisis —metacrítica— es que nos permite observar cómo tanto el objeto como la forma de estudiar el objeto se modifican en estrecha relación con el curso de los acontecimientos: de los acontecimientos históricos, los acontecimientos al interior del campo académico y al interior del campo artístico» (p. 47), señala Florencia Dansilio en su artículo sobre la reflexión acerca del teatro argentino de la posdictadura, pero la cita vale con declinaciones diferentes para todo el libro. El pacto, como indica el título del volumen, es instalarse en una zona geográfica concreta como los Estados Unidos (donde se concentra la mayor producción crítica sobre teatro latinoamericano fuera de América Latina) y recuperar discursos, debates y sistematizaciones que, por razones económicas, históricas, geopolíticas, no tuvieron eco (o combate) en nuestra región.

Hoy profesor e investigador en el Departamento de Teoría y Metodología Literarias del Instituto de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Gustavo Remedi realizó sus estudios universitarios de grado y posgrado en Estados Unidos con el interés de, al igual que el libro aquí reseñado, propiciar cruces entre las academias regionales y la norteamericana, a propósito de la producción simbólica latinoamericana. En esta dirección caminaba el precedente *Vista desde el Norte. Sinopsis de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos hasta la década de 1980* (CEIL, FHCE, Udelar, 2011), volumen que aventuraba una mirada panorámica a la conformación de la academia norteamericana y al surgimiento, en su interior, de los Estudios Latinoamericanos (en campos de estudio que van de la arqueología y la antropología a la historia, de la ciencia política a los estudios literarios) y, como tal, sirve para pensar e inscribir los «estudios sobre teatro» en un contexto complejo cuyos

intereses específicos, tensiones y resistencias parten del siglo XVII para llegar a los años 80 del siglo XX.

Los siete artículos que componen el nuevo libro, colocados en un eje temporal más acotado (de los años 70 a los 2000) se plantean y cumplen, en diferentes grados, con el propósito trazado en la introducción de «cultivar necesarios e imprescindibles puentes y espacios de diálogo e intercambio en el plano continental, restaurando una trama desgarrada, primero por el contexto represivo de golpes y dictaduras, y luego por la organización del campo del conocimiento y la circulación de teorías sobre la base de modas y reglas de mercado» (pp. 15-16). Reproduciendo las modalidades heterogéneas de institucionalización de este campo de estudios, *Horizontes y trayectorias críticas* revisa recorridos individuales, editoriales y temáticos, sin evitar interrogarse, en tonos disímiles, sobre los sujetos y objetos del discurso. Abre el volumen el propio Remedi con un artículo minucioso, interesado por el entramado de crítica teatral y derechos humanos desarrollado por el académico chileno Hernán Vidal, en la Universidad de Minnesota, durante más de treinta años. Y una mirada igualmente monográfica plantea Ignacio Gutiérrez a partir de la figura de Juan Villegas y su fundación en 1986 de la revista *Gestos*, una de las plataformas de debate más importantes de las últimas décadas y terreno de su esfuerzo de sistematización del teatro y las teatralidades latinoamericanas. Desde allí, Villegas buscó posicionar «el discurso crítico con respecto al teatro, así como la necesidad de problematizar sus propias coordenadas enunciativas: las implicaciones de su posición en tanto intelectual sudamericano pensando y escribiendo desde el campo académico universitario estadounidense sobre las relaciones entre teatro y política en América Latina» (p. 71). Virginia Lucas, por su parte, se centra en el trabajo de Diana Taylor y en el rol del neoyorkino Instituto Hemisférico de Performance y Política (IHPP), interesado en la investigación sobre metodologías de análisis para el estudio de las «prácticas corporales» en las Américas, del que fue directora. Siguiendo a Taylor, Lucas reconstruye parte de los recorridos y discusiones teóricas (sobre acción performática, teatralidad, teatralización de lo social, transculturación, etc.) que dieron base a los hoy conocidos como *Performance Studies* (EP). «La performance latinoamericana: sus estudios, sus representantes y sus presentantes desde Estados Unidos» da título y resume bien el objeto tratado por Lucía Naser. En su artículo, Naser enumera de manera exhaustiva instituciones, investigadores y teóricos, publicaciones, eventos y encuentros sobre EP, configurando un mapa que conscientemente deja





pistas, como ella misma advierte desde el principio, «de las implicaciones políticas, epistemológicas, semióticas y metodológicas de las miradas que desde el norte enfocan a los latinoamericanos en tanto “otros” que performan» (p. 85). Sobre la *Latin American Theater Review* (1984-2003), como espacio de reflexión y sistematización del teatro argentino de la posdictadura, escribe Florencia Dansilio. Su artículo concierne a la labor de Osvaldo Pellettieri, su mayor impulsor y, de las tratadas en el libro, la figura más presente teórica y físicamente en nuestro medio hasta su prematuro fallecimiento en 2011. Alejandro Gortázar hace un paneo de las revistas *Afro-Hispanic Review*, *Callaloo*, *Journal of African Diaspora Arts and Letters* y las citadas *latr* y *Gestos* para instalarse en el «teatro de la diáspora africana en América Latina y Caribe (1990-2010)». A partir de la discusión sobre el concepto de *diáspora africana*, Gortázar menciona dos casos: el brasileño y el uruguayo (curiosamente, la única instancia, en todo el libro, en que la producción simbólica uruguaya integra parte de las discusiones del Norte). Cierra el volumen Hekatherina Delgado con su examen de la categoría de *teatro popular latinoamericano* tal como es definido a partir del texto colectivo *Teatro Popular Latinoamericano. Los primeros cinco siglos* (Universidad de Nuevo México, 1993), coordinado por Judith Weiss. Delgado rastrea la construcción de *lo popular* en dicha colección, a partir de las nociones gramscianas de *hegemonía* e *intelectual orgánico*, y los conceptos de *sincretismo* y *polis*, y no escatima interrogantes sobre su aplicación teórica para el caso latinoamericano.

Dar forma a una crítica sólida de las distintas operaciones de metacrítica contenidas en *Horizontes y trayectorias críticas* es, simplemente, quimérico: por el espacio reducido de la reseña, pero en especial por las dificultades de acceso a la bibliografía manejada en el libro. De hecho, transita por sus páginas una declarada tensión frente a la inaccesibilidad de los materiales (entre otros, Gutiérrez, p. 82; Lucas, p. 125; Gortázar, p. 155) que da cuenta, a la vez, de la necesidad de iniciativas como la que tenemos entre manos y de las dinámicas de inclusión y exclusión todavía en curso y difícilmente salvables. El libro es plataforma de otra falta que nos atañe: salvo para los estudios afrohispanicos y, de manera episódica, en un estudio de caso mencionado por Gutiérrez (pp. 80-81), Uruguay parece no haber formado parte artística o críticamente de estos cruces (cabría preguntarse, entonces, si esto corresponde a los cortes operados por el volumen o si, de hecho, solo se está develando una ausencia).

En este sentido, la polifónica metacrítica de *Horizontes y trayectorias críticas* es legible como

ejercicio performático: es insertarse *a posteriori* en un diálogo del que no se había participado para medir las formulaciones teóricas de quienes estuvieron involucrados y catar, a la distancia, el esfuerzo y las secuelas de construirse, al mismo tiempo, como sujeto y objeto de la mirada. Por esto, y pese al carácter fragmentario del que necesariamente adolece todo impulso panorámico, el libro ofrece una excelente cartografía de lo pensado y discutido en el campo de los estudios teatrales y, no menos importante, insta a perpetuar el necesario ejercicio de meta(auto)crítica. Dos virtudes para nada menores. En síntesis, una lectura imprescindible para los interesados en las discusiones sobre teatralidad de las últimas décadas o en cómo estas se entrelazan con otros campos.

Georgina Torello,

Universidad de la República

Las rupturas del 68 en el cine de América Latina. Mariano Mestman (coord.). Buenos Aires: Akal, 2016. 476 pp.

El libro *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina*, coordinado por Mariano Mestman, compila un conjunto de estudios sobre la producción cinematográfica latinoamericana, en el contexto de los procesos de discusión política, artística y de efervescencia social de la década de 1960. De manera audaz y analítica, los autores estudian las modalidades en las que el cine producido en la región fue a la vez expresión, registro y motor de acontecimientos que, de maneras diversas, emergieron hacia fines de los sesenta e hicieron del año 1968 un hito cuyas explicaciones siguen siendo asunto de debate en el presente. La obra en su conjunto rinde tributo a la trayectoria académica de Mestman cuyos intereses por la relación entre la historia del cine, la historia intelectual y la historia de la cultura en el pasado reciente se han visto expresados a lo largo de toda su carrera.

Si bien el cine constituye un producto de la historia contemporánea y una fuente ineludible para su estudio, los puentes de diálogo entre los estudios sobre cine y sobre pasado reciente son ocasionales en el mundo académico latinoamericano. Los estudiosos del cine suelen señalar la falta de rudimentos técnicos de los cientistas sociales para el análisis de las imágenes y los especialistas del pasado reciente critican la ausencia de contexto histórico por parte de quienes dan cuenta de la producción cinematográfica en este período. La noción de «ruptura» que introduce el libro para el contexto de 1968 se aplica en relación al diálogo que cultiva entre las comunidades académicas diversas del cual emerge.





Por otra parte, las nuevas dinámicas del conocimiento científico propician la proliferación y expansión de estudios de carácter específico y monográfico, quedando relegados asuntos de orden general, que fueran motivo de preocupación para la teoría y el conocimiento en décadas pasadas. Recogiendo el legado de la producción científica anterior, este libro «rompe» nuevamente con las dinámicas del presente, planteando desde la introducción hipótesis de trabajo de orden conceptual, cuya comprobación empírica da contenido a los muy diversos artículos que lo integran. Las interrogantes planteadas por Mestman sobre el cine en el contexto de los años sesenta, asociadas a los proyectos nacionalistas y latinoamericanistas de desarrollo y dependencia cultural, de revuelta y cambios estructurales, de la industria y el cine de autor o del arte y la política, se analizan de forma exhaustiva a lo largo de los artículos. Los autores se aproximan desde cada país, o a partir de temas específicos, a los asuntos que signaron los debates de la época. Así, la obra se configura a partir de una línea de pensamiento común, no siendo los artículos una yuxtaposición de trabajos monográficos, sino ensayos de respuesta a las hipótesis generales planteadas en la introducción.

En este sentido, se destaca el espíritu de desapego por parte del conjunto de los autores para analizar la producción cinematográfica en el contexto de un año emblemático como 1968, desmantelando su evocación mítica y volviendo al contexto de rupturas, debates internos de la izquierda y diferencias de contexto dentro y fuera de América Latina en relación a este mismo período de cambios y revueltas.

La obra se estructura en dos partes: la primera analiza los casos de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México y Uruguay, que constituyen países de mucha influencia en materia de producción cinematográfica en el período y muy diversos en relación a sus contextos políticos. La segunda aborda temáticas transversales de la cinematografía del continente, asociadas a las modalidades de circulación de las películas en cuestión, su relación con la irrupción de otros medios audiovisuales, como la televisión, con el desarrollo industrial del cine comercial o los debates en torno a latinoamericanismo y nacionalismo que signaron los campos culturales en la época.

Dichos aspectos de orden general, constituyen los puntos de partida para las investigaciones que se abocan al estudio de cada país donde se expresa, por otra parte, la compleja amalgama de discusiones internas de la izquierda latinoamericana en torno al

cambio social, la revolución, la relación entre cine y política, cine y propaganda, ficción y documental, o cine institucional y cine de autor.

Diversos artículos señalan escenarios de censura o debate interno a raíz de películas, cuya interpelación de la realidad social y política por parte de los autores ponía en conflicto intereses de orden institucional. Lacruz o Pinto analizan los casos de Uruguay y Chile, países en los que el documentalismo de la década del sesenta puso en jaque a las viejas estructuras institucionales que habían propiciado la producción cinematográfica en ámbitos universitarios. En los casos de Bolivia y Cuba, Sanjinés y García Borrero estudian las contradicciones entre los objetivos de institutos de cine creados en el marco de gobiernos revolucionarios y el desarrollo de una cinematografía de autor, poniendo de manifiesto las diatribas del vínculo entre intelectuales y política en un contexto efervescente para la izquierda latinoamericana. En todos los casos, los autores muestran una dinámica de producción cinematográfica que trascendió ampliamente los límites de las instituciones mayormente reconocidas por la historiografía del cine en cada país.

Los estudios de la cinematografía argentina o brasilera, entre otros, abren interrogantes en relación a la noción hegemónica de Nuevo Cine Latinoamericano, fundada en la década de 1960, cuyo género privilegiado fue el documental y que se ha tomado como categoría analítica hasta el presente. Esta noción de época parece mostrar espacios de fisura en los estudios que se presentan a lo largo del libro, donde la alegoría, el nacionalismo o la irrupción de una nueva cultura juvenil, hacen contrapunto y alimentan la conformación de un campo cinematográfico emergente.

Otros aspectos como la influencia que tuvo el cine latinoamericano en las manifestaciones globales de 1968, como contracara de los análisis que lo subordinan desde el punto de vista estético a las corrientes europeas, atraviesan la obra de manera diversa. Asuntos como la profesionalización de la actividad cinematográfica, su relación con la industria, con la política, la conformación de canales alternativos de exhibición, así como el uso de este medio por actores diversos, con fines múltiples o a través de redes de colaboración alternativas, instalan el debate sobre el cine de la década del sesenta en el marco de procesos de transformación cultural y tecnológica de larga duración que se contraponen o nutren con la cinematografía de protesta en los diferentes contextos locales.

En resumen, el repaso de esta obra reaviva en nuestra memoria las históricas imágenes del





cine que han hecho de 1968 un año emblemático para la historia social y política de América Latina. Como contracara, el enriquecido y prolífico archivo audiovisual que presenta —de orden diverso y disperso, fabricado por tecnologías emergentes en la época como la televisión, el cine callejero o a través de estrategias artesanales y amateurs, que diseminó hábitos cambiantes de la cultura juvenil— configura un nuevo relato sobre el mundo registrado y el mundo deseado, cuyos alcances y límites aún nos interpelan en el presente.

Isabel Wschebor Pellegrino
Universidad de la República

Vistas Cruzadas. Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos en los 90 vistos desde el Sur. Un diálogo interdisciplinario. Gustavo Remedi (coord.). Montevideo: Zona Editorial, 2015, 267 pp.

Este libro, producto de una investigación coordinada por Gustavo Remedi, es parte de uno de los tantos proyectos de largo aliento con el que este prolífico investigador da continuidad en este caso, a un libro previo de su autoría del año 2011: *Vista desde el Norte, Sinopsis de los Estudios Latinoamericanos hasta la década del 80*. Este ofrece un minucioso recorrido por los estudios latinoamericanos en Estados Unidos desde distintas disciplinas, atendiendo simultáneamente a los procesos políticos, las corrientes ideológicas y los eventos geopolíticos que configuran ese campo de estudios hasta la década de 1980. *Vistas cruzadas* indaga en los modos en cómo se producen estos estudios sobre América Latina desde el Sur centrándose en la década de los 90. En su primer artículo, Remedi señala que atiende a una cuestión epistemológica de fondo: «la cuestión del lugar desde donde se mira, del posicionamiento, del “lugar de enunciación”» (p. 20) de los estudios en cuestión. Muestra la importancia de las condiciones de producción, los contextos y debates en los que se enmarcan estos estudios desde miradas interdisciplinarias que se ven afectadas y/o dialogan con la producción del Norte.

Para académicos de disciplinas de las humanidades y del área social su recordatorio de que nuestra región ha sido objeto de sucesivas hegemonías (ibérica, francesa, anglosajona y norteamericana) con las que hay que seguir lidiando, tanto como con los enclaves culturalmente transnacionalizados, resulta altamente pertinente. Su recorrido por los debates poscoloniales, los estudios subalternos y su análisis sobre en qué consisten los estudios culturales está

excelentemente documentado. En su segundo artículo, Remedi continúa la tarea comenzada en *Vista desde el Norte* centrándose en dos publicaciones que señala como claves para la comprensión de la teoría y de la crítica literaria latinoamericana en la década mencionada. Atendiendo siempre a las circunstancias políticas, económicas e institucionales, realiza una cartografía e intrincado análisis de los debates en torno a América Latina como «proceso» y como «proyecto», su persistencia, tensiones y desafíos que invita a seguir desarrollando.

Además de los dos artículos de Remedi, el libro consta de seis ensayos de su equipo de investigación. Marisa Ruiz construye una cartografía sobre la situación de los derechos humanos en América Latina en los estudios académicos estadounidenses, centrándose en la revista *Human Rights Quarterly*. Entre otras cuestiones no menos relevantes, Ruiz destaca la contribución de Marjorie Agosin, autora estadounidense-chilena, quien señala, por un lado, que las democracias occidentales han de comprender que el legado de la dictadura ha dejado heridas permanentes y, por otro, muestra su propia sobrevivencia encarnando la cultura del miedo en la década de los 90 para pasar luego al desencanto sobre el estado de cosas. En los escritos analizados, Ruiz muestra la conexión entre derechos humanos y memoria y la identificación de vías para evitar el olvido y la impunidad. Cuando analiza los artículos sobre Uruguay, señala que se centran en la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado y en el intento de anular esta ley por parte de la Comisión Nacional Pro Referendum. Hoy sabemos que el resultado de este segundo y frustrado intento repercutió de modos en los que aún falta indagar. Alejandra Umpiérrez muestra la exclusión del canon de los aportes de la Filosofía Latinoamericana durante el período estudiado con base en «su precariedad» y «su falta de originalidad y universalidad» y, en parte, resulta un claro ejemplo de cómo esta valoración afectó también el campo de estudios de filosofía en nuestro medio. A su vez, esta exclusión nos reenvía al escrito de Ruiz sobre los efectos de la dictadura y el insilio en el campo de la filosofía en el Uruguay de esos tiempos. Mariana Viera no encuentra estudios teóricos sobre feminismos desde el Sur. Alude al diálogo complejo y a veces inexistente entre movimientos feministas y estudios académicos feministas. Por una parte, nota el recelo feminista con respecto a la institucionalización académica basado en la presunta pérdida de contenido político de las demandas activistas, y por otro, la no consideración de elaboraciones feministas como teóricamente





válidas, marcando así otra ausencia o exclusión también que invita a mayores indagaciones.

Magdalena Chouy indaga en los estudios antropológicos de EE. UU. sobre América Latina centrándose en el *Journal of Latin American Anthropology Review*, en los que la prioridad está dada a países centrales como Brasil en desmedro de lo producido desde antropologías periféricas en nuestro continente. Chouy también constata la contundente presencia de estudios sobre las relaciones entre pueblos indígenas y Estados nacionales en torno al tema de los derechos territoriales.

Susana Rostagnol dialoga con los estudios antropológicos estadounidenses en América Latina señalando un pasaje de la antropología «*patchwork*» (en tanto «mozaico de culturas») hacia lo que denomina una «trama antropológica», esto es, un giro de una antropología «de» hacia una antropología «con» que, desde su mirada, implica un cambio epistemológico en la concepción de la producción del conocimiento antropológico. Este pasaje lo realiza acompañada por Dennis Tedlock con su apuesta al diálogo en tanto conversación entre culturas con pueblos originarios, pasando luego al trabajo que June Nash realiza con mineros bolivianos, esta vez en tanto diálogo intercultural con sujetos en pie de igualdad. Por último, con Michael Taussig muestra al antropólogo como narrador de experiencias propias y ajenas que intenta poner en palabras el horror de la violencia en Colombia: «... Todos nosotros “sabíamos” [de las masacres de campesinos] y ellos “sabían” que nosotros “sabíamos” pero no existía una forma fácil en que todo esto pudiera ser articulado» (p. 90). Deborah Duarte se centra en la disputa en torno a la definición del objeto de los estudios culturales en los 90, realizando una elaborada revisión bibliográfica de autores y conceptos desde tres abordajes para su análisis: a) su genealogía, b) como se construyen los lugares de hegemonía y subalternidad que siguen marcando nuestros debates, y c) cuáles son las tareas que corresponden al quehacer académico. Su señalamiento de que estos debates se reactualizan en cada trabajo de investigación resulta un buen cierre para este libro.

Vistas Cruzadas logra mostrar la filtración de ciertos discursos (hegemónicos) producidos en otros imaginarios simbólicos situados, que tanto nos han influido y afectado en las últimas décadas. Invita a comprender por qué y cómo producimos en diferentes disciplinas en Uruguay: literatura, estudios culturales, antropología, género y filosofía latinoamericana, mostrando la disparidad de desarrollos en los que la filosofía latinoamericana y los feminismos

desde el Sur resultan ser las peor situadas. En su conjunto, este libro cumple con el objetivo señalado por Remedi: elaborar un punto de entrada y ofrecer coordenadas de referencia para entender el campo estudiado, aprovechando, por un lado, lo que ya encontramos, y por otro, buscar caminos no transitados para formular nuevas preguntas y problemas desde nuestras propias circunstancias. Por lo antedicho y por su apuesta a la búsqueda de la «decolonización mental», es de esperar que este libro resulte una referencia ineludible no solo por su mapeo sobre el estado de cosas y sus imprescindibles referencias bibliográficas sino por su apuesta a la búsqueda de un discurso crítico local.

Laura Gioscia

Universidad de la República

Rutas argentinas hasta el fin.

Mujeres, política y piquetes, 1996-2001.

Andrea Andújar. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2014, 297 pp.

El libro de la historiadora Andrea Andújar es un análisis de las mujeres piqueteras de las provincias argentinas Neuquén y Salta en la década de 1990. En este sentido, aporta una interesante perspectiva de género al campo de la historia social al describir las relaciones que esas mujeres «tejieron entre ellas y con los varones con los que convivían cotidianamente, y la manera en que juntos dejaron de ser individuos para refundarse en colectivos solidarios buscando torcer el destino de sus comunidades» (p. 12). Esta investigación, que formó parte de su tesis doctoral, recorre historias de esas mujeres que salieron a las rutas a luchar contra el modelo neoliberal que se implementaba en Argentina entonces, y que tuvo su impacto en Salta y Neuquén con la privatización de la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF).

Su hipótesis sobre el rol protagónico de las mujeres en el movimiento piquetero polemiza con otros investigadores del mismo período. En este sentido, plantea que «la interpretación de los movimientos piqueteros, sus prácticas y subjetividades, ha quedado restringida en general a la indagación de las experiencias masculinas» (p. 19).

Andújar organiza el libro en 5 capítulos que van entrelazando sujetos individuales con experiencias de lucha. Cada uno de ellos comienza con la historia de vida de las protagonistas, lo cual deja en claro su decisión de poner a las mujeres en un lugar protagónico y no como meras acompañantes. Así aparecen, entre otras, Marina, una catamarqueña nacida en 1924, y Magdalena, de origen indígena.





Liliana Obregón y las maestras piqueteras, y María Rosa, Nancy y María, las mujeres de la Unión de Trabajadores Desocupados.

En el capítulo 1, Andújar vincula a las piqueteras con las Madres de Plaza de Mayo y las feministas. Para eso (re)descubre con detalle la historia de las madres del pañuelo blanco y las feministas, y las hilvana con las piqueteras construyendo de esta forma una «genealogía de la participación y movilización de las mujeres en el pasado reciente de la Argentina». Según la historiadora, las luchas de estas mujeres en 1996 y 1997 contra el neoliberalismo iniciaron un recorrido que desembocó en la rebelión popular de diciembre del 2001. Como bien aclara la autora, «los cortes de rutas, de puentes, la formación de comisiones vecinales o la toma de sedes gubernamentales muestran los variados recursos y repertorios de protesta que las mujeres pusieron en escena para garantizar la supervivencia de sus comunidades» (p. 59). Por otro lado, nos habla de métodos y organización, y las nuevas prácticas que nacieron al calor de las cubiertas encendidas en el frío patagónico o el agobiante calor del norte salteño.

En el capítulo 2, la historiadora hace una interesante reconstrucción de la década de 1990, usando como fuentes los periódicos de las provincias, informes de organismos estatales y diarios de sesiones del Congreso Nacional. De esta manera, se intenta mostrar la relevancia que tuvo para la población la privatización de YPF en el gobierno de Carlos Menem. Asimismo, con un buen trabajo descriptivo apoyado en entrevistas, relata las historias de vida de esas piqueteras, sus experiencias como madres, como compañeras, como luchadoras.

El capítulo 3 es una excelente descripción del primer corte de rutas en 1996 en la provincia de Neuquén, disparado por el cierre de las negociaciones del gobierno con una empresa de fertilizantes canadiense. Con mucho cuidado, señala las tácticas y estrategias desplegadas por las mujeres a la hora de constituirse en referentes de una lucha con prácticas opuestas a las utilizadas por los partidos tradicionales. En estas páginas, Andújar expone las disputas internas del Movimiento Popular Neuquino (MPN), partido de gobierno en esa provincia, y el intento de dividir, cooptar y acallar la lucha de los piqueteros. Sin embargo, los manifestantes se opusieron a todo tipo de estrategias de cooptación.

Estas prácticas alternativas y novedosas se describen en el capítulo 4, en el que las principales protagonistas fueron las maestras piqueteras. El piquete y las asambleas son los mecanismos por los cuales se deciden las acciones y las demandas que

se realizarán al municipio o al gobierno. Como la autora apunta, «básicamente, las resoluciones se asumían en asambleas en las que voluntariamente intervenían todos sus integrantes» (p. 255).

El capítulo 5 describe a las mujeres de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) en Salta. Se trata de una experiencia horizontal que rechaza las prácticas burocráticas y las posibles traiciones. Así lo muestra la radiografía que hace Andújar sobre la UTD, donde los «líderes» son «referentes» y los responsables son indistintamente mujeres o varones, dependiendo de lo que resuelven los integrantes. Como señala la autora «en general, corregían el uso de tal palabra [líder] reemplazándola justamente por “referente” pues la primera contendría una valoración negativa que remitía a experiencias de participación, organización política y formas de ejercicio del poder que la UTD rechazaba» (p. 255).

La investigación se apoya en una buena cantidad de entrevistas a mujeres y hombres que participaron de los distintos planes de lucha y cortes de ruta. Esas entrevistas nos introducen en su tiempo e interpelan a cada lector acerca del rol de las mujeres en estas luchas. Sus palabras nos dan una muestra de la fuerza y perseverancia de un género que dista mucho de ser pasivo o apolítico. Como reproduce la autora a una de sus entrevistadas: «lo pillamos al comisario y al cabo. Los desvestimos, los dejamos en calzoncillo y los subimos al tanque de combustible» (p. 212).

El libro tiene una redacción atenta con el lector y bien respaldada con el uso de notas al pie, y un adecuado y pertinente diálogo bibliográfico. La argumentación desplegada y las entrevistas utilizadas permiten identificar prácticas colectivas y protagonistas, como así también tener una idea clara del rol de las mujeres en la lucha contra el neoliberalismo. Por estas razones, entiendo que se trata de un libro que les servirá a todos aquellos interesados en temas relacionados con historia social y de género, pero también a aquellos que investiguen sobre organizaciones sociales y prácticas colectivas en tiempos actuales.

Luis Klejzer

Universidad Nacional de General Sarmiento





Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo xx.

Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.). Santiago de Chile: América en Movimiento y Ariadna Ediciones, Colección Izquierdas, 2014, 311 pp.

Una de las carencias en los estudios historiográficos sobre los comunistas latinoamericanos ha sido la escasa atención dedicada a las juventudes comunistas en tanto organizaciones con su propio itinerario y especificidad. Por eso, el conjunto de investigaciones que componen este libro resulta un relevante aporte al estudio de la izquierda en América Latina.

Un trébol de cuatro hojas se divide en dos partes: nueve artículos a través de los cuales se recorre la historia de las JJ. CC. entre 1920 y fines de la década de los 90, y una segunda parte compuesta por cinco testimonios de quienes fueron jóvenes comunistas. Los editores, R. Álvarez y M. Loyola, son historiadores especializados en el Partido Comunista de Chile.

En el primer y segundo capítulo, los autores (M. Loyola y J. Rojas) se proponen dar cuenta del proceso de gestación de esta organización juvenil entre los años 1920 y 1934. Una primera etapa en la que los esfuerzos se dirigieron a crear «escuelas racionalistas» («... sustraer, en cuanto sea posible, a los niños de la influencia de la escuela primaria burguesa», p. 21) y a impulsar «centros juveniles comunistas» en un contexto de incipientes acciones del PC y de respuestas represivas. Una segunda etapa en la que se funda, propiamente, la organización juvenil. Es muy interesante uno de los problemas en el que se detienen los autores: la fecha de fundación y el nombre de la organización. En estos dos asuntos se sintetiza la tensión entre la inserción de cada partido en el movimiento comunista internacional y su necesidad política de nacionalización.

En el tercer capítulo, N. Acevedo Arriaza investiga el rol de la JJ. CC. en el Frente Popular y la importancia que la lucha contra el fascismo tuvo en la consolidación de esta organización. El artículo rastrea las dificultades que en las décadas del 30 y 40 tuvo el Partido Comunista chileno para definir un rol específico de los jóvenes en el proceso revolucionario y, en función de esta problemática, las debilidades de la organización juvenil.

El papel de los jóvenes comunistas chilenos en el movimiento estudiantil desde la década del 60 hasta fines de los 90, tanto en el universitario como en el secundario, se trabaja en tres artículos. I. Ponce

demuestra cómo los comunistas (la principal fuerza juvenil y universitaria hacia los 70) no solo se movieron para tener poder en el ámbito universitario sino que tuvieron una mirada propia sobre la Universidad, lo que los llevó a elaborar un programa reformista basado en «... un triple sentido democratizador: cogobierno, ampliación del acceso, y compromiso de la universidad con el cambio social». (p. 94)

El trabajo de R. Álvarez analiza el papel de los comunistas en el movimiento estudiantil secundario en la década del 80 en el entendido de que los movimientos sociales (que en algunas instancias incorporaron formas de lucha violentas) fueron fundamentales en el proceso de recuperación de la democracia. El exhaustivo análisis de las acciones de los estudiantes y de las posiciones y prácticas de las JJ. CC. busca demostrar la hipótesis de que las JJ. CC. recogieron el acervo político histórico del PC utilizando un discurso (y en algunos casos una praxis) de múltiples orígenes: la tradicional lucha de masas previa a 1973, el nuevo orgullo partidario «revolucionario» (armado), y el nacionalismo de izquierda. En torno a estas variables es posible explicar la hegemonía comunista sobre el movimiento secundario del período en cuestión, en oposición a las miradas que reducen al PC a la ortodoxia política y el aislamiento de las masas.

El texto alumbra sobre las diversas formas de resistencia a la dictadura. Sus conclusiones, por lo tanto, trascienden la historia del movimiento estudiantil aportando desde la historiografía una renovada visión sobre diversas polémicas con relación al proceso de recuperación de la democracia en Chile.

La investigación de L. Thielemann se centra en el movimiento estudiantil en los 90 y el papel específico que jugó en él una nueva generación de jóvenes comunistas. El historiador plantea que «las JJ. CC. fueron la fuerza dirigente y mayoritaria en la refundación democrática y antineoliberal del movimiento estudiantil» (p. 248). Se analiza, en particular, cómo los frenos a la movilización estudiantil y la propia crisis de los comunistas chilenos a fines de los 90 determinaron el fin de aquella hegemonía y el nacimiento de una nueva izquierda.

El trabajo de M. Loyola, que toma como objeto de investigación el *Cancionero* editado por la *Comisión Nacional de Educación de las JJ. CC.*, resulta particularmente fecundo. El historiador elige una fuente no tradicional en la que «... se anidan símbolos, imperativos y sentimientos que articularon un modo de ser comunista en el siglo xx...» (p. 84). A través del análisis del *Cancionero* emerge la década





del 60 en Chile, el perfil internacional y nacional de los comunistas chilenos en esa etapa, las tradiciones y orientaciones políticas que se buscan recoger en las canciones (por ejemplo, la cada vez mayor línea latinoamericanista) y las ausencias que, en sí mismas, revelan el perfil ideológico de esta organización (en el cancionero no había tangos, mambos, rock ni tonadas patronales). Resulta muy significativo el análisis que se hace sobre cómo se resolvían en la organización juvenil las tensiones entre el canon oficial y los gustos de los jóvenes comunistas, atraídos también por los ritmos de moda. El autor señala —y esto podría convertirse en objeto de estudio de una futura investigación— la coexistencia de un espacio orgánico con un espacio personal e informal sobre el cual los dirigentes no ejercían, deliberadamente, ningún control con el objetivo de no hacer de las JJ. CC. una estructura cerrada y sectaria.

La lectura del texto de A. Salgado *Una pequeña revolución. Las juventudes comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular* es insoslayable para quienes investigan la década del 60 en América Latina, debido a su enfoque original y removedor. Siguiendo la innovadora línea de trabajo planteada por la historiadora uruguaya V. Markarian, Salgado plantea: «... el énfasis de la literatura en las limitaciones que la izquierda tradicional tuvo al desafiar estructuras patriarcales ha impedido apreciar las transformaciones culturales que sectores significativos de dicha izquierda experimentaron. El concepto de generación es un eje clave [...] Por ello en este artículo [...] ahondo en las tensiones entre los viejos y los jóvenes comunistas. El desafío es doble: por un lado, traer a la luz conflictos generacionales bajo la imagen armoniosa y monolítica de un partido comunista y, por otro, entender las fuentes diversas del cambio cultural en una organización jerárquica que acostumbra a “bajar línea” y decretar giros desde arriba. En la discusión académica más amplia, mi énfasis generacional busca coadyuvar a repensar la relación entre la izquierda latinoamericana y la transformación global de las costumbres en los años sesenta y setenta» (p. 147).

La fuente a través de la cual se analiza esa «revolución partidaria en la esfera cultural» realizada por los jóvenes comunistas es la revista *Ramona*: los artículos, las imágenes, las cartas de los lectores, la respuesta del director, las repercusiones en el ámbito partidario y las tensiones creadas con los comunistas adultos a partir de sus orientaciones sobre la sexualidad y otros temas. El minucioso análisis de la principal revista de las JJ. CC. (se analizan noventa y ocho números) demuestra con total nitidez lo que

afirma A. Salgado: «La revolución de las costumbres no fue la arena exclusiva de grupos vanguardistas de ultraizquierda o de movimientos como el *hipismo*, sino una transformación cultural que marcó a una generación entera, sin respetar las fronteras partidarias» (p. 148). Y agrega: «... los historiadores necesitamos empezar a prestar más atención a las corrientes subterráneas que moldearon a toda una generación» (p. 149).

En la incipiente y creciente historiografía sobre los comunistas latinoamericanos *Un trébol de cuatro hojas* aporta una mirada renovadora, tanto por su objeto de estudio como por la riqueza con que cada uno de los trabajos aborda el desafío de investigar sobre una organización partidaria juvenil en el siglo xx.

Marisa Silva Schultze

La ciudad y los perros. Biografía de una novela. Carlos Aguirre. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú, 2015, 318 pp.

El de Carlos Aguirre es un texto inusual dentro del panorama de los estudios sobre el libro y la edición en América Latina. Si, sobre todo en la última década, este campo ha experimentado en la región un sostenido crecimiento, evidenciado en una significativa serie de obras, proyectos colectivos de investigación y encuentros académicos, los temas y problemas que ha establecido dentro de su horizonte de indagación no han sido por lo general examinados desde el ángulo que esta «biografía de una novela» ofrece. Y es que la exhaustiva y al extremo puntillosa reconstrucción del conjunto de avatares que rodearon la vida de *La ciudad y los perros*, la célebre obra del peruano Mario Vargas Llosa —un ejercicio que en efecto cuenta con escasos antecedentes en la historia intelectual y cultural latinoamericana—, permite visitar desde un prisma singular cuestiones relacionadas a la historia del libro, tales como el lugar clave de los editores en el entramado literario y comercial de los textos, el rol y las modalidades ejercidas por la censura, o el peso de las redes intelectuales en la consagración de un autor.

Pero el interés de la investigación de Aguirre no se reduce a disponer un punto de vista novedoso sobre los aspectos comúnmente frecuentados por la historia del libro. A esa cualidad se añade el hecho de que el caso que el texto acomete es en sí altamente significativo. Publicada por primera vez en España en 1963, cuando Vargas Llosa contaba con apenas 27 años, por su temática y ubicación *La ciudad y los perros*





es portadora de una historia que se inscribe de lleno en los principales nudos políticos, culturales y literarios de ese momento. A menudo sindicada como la novela que dio inicio al *boom* latinoamericano, las denuncias de resonancias sartreanas de los resabios tradicionales y autoritarios de la sociedad peruana que traía consigo punzaron la sensibilidad de decenas de miles de lectores que halló velozmente a su paso, y que encontraron en ella un incisivo vector que sintonizaba con las ansias de modernización cultural que en todo el continente se habían apoderado de amplias franjas sociales. Asimismo, los estrechos vínculos que Vargas Llosa tejó con la Revolución cubana, a la que dio público y sostenido apoyo hasta los años finales de la década —en un movimiento concertado con los principales escritores del *boom*—, así como el hecho de que la novela debiera enfrentarse a la censura explícita ejercida por la España franquista en la que vio la luz, imprimieron al libro un aura eminentemente política, y lo hicieron pieza participante de los conflictos y tensiones de la Guerra Fría cultural en Hispanoamérica.

No es sin embargo una búsqueda por desenrañar los sentidos derivados del argumento de *La ciudad y los perros* el objeto principal del estudio de Aguirre. Su cometido, el que le otorga originalidad, reside en la reconstrucción del conjunto de circunstancias extratextuales que rodearon al libro. A tal fin, el autor persigue obsesivamente cada uno de los detalles involucrados en todas sus etapas de gestación y posterior inscripción en diversos ámbitos culturales y políticos: desde los inicios de Vargas Llosa en la literatura, al proceso de concepción de la obra que lo consagró internacionalmente como escritor, esto es, *La ciudad y los perros*, desde los avatares biográficos que impactaron en su formación y más directamente en los hechos narrados en la novela (empezando por su paso cuando adolescente por el Colegio Militar Leoncio Prado, escenario en el que transcurren los hechos), a las tratativas con diversos editores para publicarla; desde los actores involucrados en los dispositivos de censura que el libro debió sortear, a su circulación una vez publicado y su posterior recepción en el Perú, España y Cuba. Para recomponer todas las piezas vinculadas a esa trama, y para sopesar ajustadamente algunas versiones inexactas y mitos que la circundan, el riguroso y sutil historiador que hay en Carlos Aguirre se sirvió de un amplio trabajo de archivo en repositorios de varios países —empezando por el propio Fondo Vargas Llosa que descansa en la Universidad de Princeton—. La pesquisa resultante adquirió la forma de una atrapante labor detectivesca, cuyos avances, dilemas y conjeturas irresueltas son

compartidos de modo transparente con los lectores en un relato sostenido en elegante prosa.

Ese trabajo de desbrozo se apoya ante todo en un tipo de fuente que Aguirre explota privilegiadamente: la correspondencia. Destinadas por su propia naturaleza a permanecer en la esfera privada, las cartas entre Vargas Llosa y sus editores, amigos literarios y contactos, y entre muchos de ellos entre sí, ofrecen una multitud de pistas fidedignas tanto de los diálogos y las emociones cruzadas que obraron en el proceso creativo que acabó configurando *La ciudad y los perros*, como de las diversas maniobras de negociación que acompañaron su nacimiento y posterior trayectoria como artefacto cultural. De esa madeja de actores que intervinieron en la suerte de la novela, y que el estudio de Aguirre saca a la luz, sobresalen dos grupos. De un lado, el núcleo de jóvenes y notablemente fieles amigos de Vargas Llosa de fines de los años 50 y comienzos de los 60 (entre otros, Sebastián Salazar Bondy, Luis Loayza y Abelardo Oquendo, figuras de relieve de la escena literaria limeña de ese período), que no solo asisten al autor a la distancia cuando se encuentra viviendo primero en Madrid y luego en París, en los momentos de perplejidad que ritman los años de composición de su libro —discutiendo tramos del argumento, los personajes, escenarios y hasta su mismo título—, sino que lo auxilian constantemente y vibran con él ante todas las alternativas que la novela experimenta una vez que se enfrenta al trance de ser publicada. Tan compartidos y conversados en el diálogo epistolar son los avatares que atraviesa *La ciudad y los perros*, que el libro de Aguirre, que los repone extensamente en esa dimensión reticular y grupal, puede leerse también como un capítulo de historia intelectual peruana (y no solo peruana) de esos años, al tiempo que invita a concluir que, al menos en algún grado, el célebre libro de Vargas Llosa, y su invención misma como autor de fama mundial, es resultado de un proceso colectivo que desborda con creces su genio individual. El otro tipo de figura a la que le cabe un rol protagónico en el destino de *La ciudad y los perros* —rol que se trasluce también en la correspondencia— es el conformado por los editores. Pero aquí las imágenes resultantes son dispares. Si Carlos Barral, artífice de la casa Seix Barral en la que aparece la novela, es recuperado como una especie de héroe cultural que descubre el talento literario de Vargas Llosa y, sobreponiéndose a numerosas adversidades, lo conduce tenazmente al triunfo, otros colegas —como el argentino Jorge Álvarez y, muy especialmente, el peruano Manuel Scorza, que logra publicar la primera edición peruana del libro en su exitosa colección





Populibros— ofrecen en cambio un perfil de editor inescrupuloso, cultor de relaciones reiteradamente conducidas a través de triquiñuelas reñidas con la honestidad y la transparencia.

El libro está dividido en una introducción y cinco capítulos dedicados a las distintas estaciones que recorre *La ciudad y los perros*. El primero de ellos repone los inicios de la carrera literaria de Vargas Llosa, incluidas las experiencias que lo inspiraron a escribir su afamada novela, y las circunstancias que lo llevaron a trasladarse en 1958 a Madrid y luego a París —ciudades donde llevará a cabo el «tortuoso proceso de escritura» (p. 41) del libro, que le demandará casi un lustro—. Un acápite ofrece también una razonada reconstrucción del izquierdismo juvenil de Vargas Llosa y de su fervoroso apoyo a la Revolución cubana (que lo impulsa a ser uno de los intelectuales que la defienden en numerosas instancias públicas), historiando luego el proceso de paulatino agrietamiento de la relación hasta la frontal toma de distancia a comienzos de los años 70. El capítulo 2 desanda en cambio las alternativas de búsqueda de una editorial para *La ciudad y los perros* (en las que Salazar Bondy juega un activo rol), hasta el momento de providencial encuentro de Vargas Llosa con Carlos Barral, quien de inmediato queda deslumbrado con la novela. El editor catalán será desde entonces quien se ocupará afanosamente de disponer un camino siempre ascendente para el libro, que incluye el recurso a numerosos contactos autorizados y bien posicionados, y hasta operaciones para que el texto obtenga, antes de ser publicado, el prestigioso premio literario Biblioteca Breve de su casa editorial, una conquista que en su estrategia resultaba un insumo clave para enfrentar los obstáculos de la censura franquista que se avecinaba. El siguiente capítulo acomete minuciosamente ese proceso, reconstruyendo los pormenores de lo que es propiamente una negociación, esto es, los escarceos de dos partes que desde posturas iniciales intransigentes se avienen a ceder. El tinte antimilitarista y, a juicio de los censores, procaz de la novela resultaba difícil de digerir para la política cultural del franquismo aun en tiempos de pretendida apertura, y nuevamente aquí la detallada lectura de la correspondencia que hace Aguirre muestra cómo Vargas Llosa, contra sus convicciones de pureza y de libertad intelectual, y contra la imagen que él mismo ha dado *a posteriori* de esas tratativas, acepta realizar algunas modificaciones del texto en aras de publicarlo. Los dos últimos capítulos están dedicados a estudiar una serie de incidentes que debió enfrentar el libro una vez editado, pero que en conjunto potenciaron su visibilidad y colaboraron en transformarlo en un verdadero suceso político-cultural. Se repasan allí

eventos tales como una amenaza de confiscación de la primera edición en España (una noticia que dispara diligentes acciones de protesta de Barral y los amigos del círculo literario limeño de Vargas Llosa), las argucias propagandísticas de Scorza para incrementar las expectativas del público, y el hecho —continuamente aludido en los relatos sobre la historia de la novela en clave de reacción inquisitorial— de una supuesta quema de un lote de mil ejemplares a cargo de grupos ligados al Colegio Militar Leoncio Prado, episodio que queda desmentido en la exhaustiva investigación documental de Aguirre. También, la fortuna ulterior del libro, objeto tanto de solicitadas de apoyo de intelectuales de renombre en tiempos de Guerra Fría, como de nuevas persecuciones a cargo de los regímenes dictatoriales en América Latina en los años 70, a lo que para entonces hay que añadir el cese absoluto del auspicio que le había brindado entusiastamente en la década anterior la Revolución cubana a través de sus extensas redes culturales.

Para concluir, cabe señalar que las fuentes sobre las que está construida la investigación incluyen una entrevista del autor a Vargas Llosa, y algunos documentos personales del novelista a los que tuvo acceso, que no pertenecen al fondo documental de Princeton. En este punto, un elemento a destacar es la colocación en la que Aguirre se ubica en relación al afamado escritor. En el prólogo, opta por hacer explícita tanto su admiración hacia su obra, como las reservas que le merecen sus posiciones políticas de las últimas décadas. Pero ambas posturas no interfieren luego en los hechos que se narran. Una mesurada distancia preside la escritura de este libro, en el que las propias imágenes que Vargas Llosa ha querido legar de sí mismo son, según los casos, tanto desmentidas como ratificadas. Esa discreta ecuanimidad de Aguirre es un motivo adicional de elogio de un libro que enaltece el oficio de historiador.

Martín Bergel

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Fotografía e historia en América Latina.

John Mraz y Ana María Mauad (coords.).

Montevideo: Centro de Fotografía

Ediciones, 2016, 262 pp.

El libro reúne artículos de once destacados investigadores con trayectoria en fotografía e historia provenientes de ámbitos académicos latinoamericanos. Todos los aportes revelan la sostenida e importante acumulación de sus autores. Contiene ocho trabajos diferentes por sus temáticas, pero unificados por las preguntas y propuestas de análisis que se desprenden de cada uno de los problemas abordados.





El capítulo que abre el libro se denomina «Ver fotografías históricamente. Una mirada mexicana» de John Mraz, uno de los coordinadores del libro. Mraz se define a sí mismo como un «historiador de lo audiovisual», es autor de numerosos trabajos de investigación, realizador de documentales y curador de muestras de fotografía. Su distinción entre historia *de* la fotografía e historia *con* las fotografías permite explorar las diversas posibilidades heurísticas y sus articulaciones con la historia social y cultural. Esta distinción y sus derivaciones teóricas y metodológicas son examinadas a lo largo del capítulo desde la necesidad de combinar estos enfoques. La fotografía como documento para comprender el pasado puede contribuir a la representación de la cultura material, de la vida cotidiana, condiciones laborales, relaciones de clase, raza y género, espacios de recreación, entre otras dimensiones. De la misma forma, analiza el fotoperiodismo o las fotografías familiares como género de amplio desarrollo y con características específicas. Tradicionalmente, estas imágenes se vincularon con la historia del arte, sin embargo, señala el autor, apenas un ínfimo porcentaje fueron realizadas por personas que se consideraban artistas. Se trata entonces de aprender a entender la fotografía como «un medio antes que como una forma de arte» (p. 41), lo que abre múltiples caminos para la investigación. Cada género —como explica el autor— requiere metodologías específicas para comprender su significado. Como recuerda Mraz, se necesitan buenos andamiajes teóricos para construir la obra «pero una vez terminada esta, retiramos el andamiaje para que la obra pueda apreciarse mejor».

En el capítulo siguiente, Fernando Aguayo se dedica a plantear los problemas de catalogación del acervo documental fotográfico a partir de un caso. El capítulo se denomina «El catálogo mexicano de la firma Gove y North, 1883-1885». La fotografía como objeto complejo requiere un trabajo detallado y sostenido de catalogación que demanda elaboración e investigación. Para que el acervo tenga sentido se necesita conocer las condiciones de producción, circulación y consumo de modo que toda práctica profesional debe incorporar esas dimensiones para que sus documentos adquieran fiabilidad y cumplan su función. El capítulo analiza los modos y procedimientos seguidos para el análisis de las imágenes fotográficas, a partir de los ejemplos que derivan del caso estudiado. El planteo del capítulo cuestiona la concepción del trabajo de catalogación disociado de la investigación porque, como demuestra el autor, esa minuciosa y paciente labor produce construcción de conocimiento.

El tercer capítulo elaborado por Ana María Mauad, Mariana Muaze y Marcos Felipe de Brum Lopes recorre las «Prácticas fotográficas en el Brasil Moderno: siglos XIX y XX». Los autores analizan usos y significados de las imágenes, así como la construcción de una cultura visual brasileña llena de contrastes durante este amplio marco cronológico. El trabajo recorre los principales agentes, circuitos sociales, usos y funciones sociales y políticas que cumplió la fotografía. Analiza los usos de la imagen fotográfica al servicio del imperio, como soporte para las representaciones del Brasil en las exposiciones universales, los álbumes familiares, las revistas y la prensa y en todas las nuevas formas narrativas visuales del siglo XX.

El capítulo de Andrés Garay Albújar se concentra en los estudios fotográficos de la ciudad de Piura, al norte de Perú. En «Desarrollos insólitos de la fotografía en el norte de Perú en la primera mitad del siglo XX», el autor recorre una variedad de experiencias en la práctica fotográfica que exponen técnicas, recursos y empleos variados. Existía un estudio fotográfico muy renombrado como el de Pedro Montero que fue una referencia central para el público, los aficionados y los fotógrafos profesionales junto con soluciones más artesanales como las de Quevedo en Ayabaca. Los otros casos analizados se refieren a las prácticas de aficionados como Sixto Zapata o el chino Ma San Lin. El estudio desarrolla los géneros transitados por los fotógrafos y la técnica empleada que implicó en muchos casos la aplicación de innovaciones para resolver problemas prácticos.

En el capítulo 5, Kevin Coleman concentra intensamente su mirada en una foto de 1928 que retrata a cinco hombres colombianos vestidos de traje. Esa foto, a la que se anotó un número sobre cada persona retratada, se adjuntó a un memorándum de la United Fruit Company donde se informaba de todos los detalles de cada uno de los dirigentes sindicales. El documento hallado muchas décadas más tarde se salvó de la destrucción de la compañía que evitaba dejar rastros de sus acciones. Coleman analiza la fotografía y el memorándum en forma detallada, restituyendo su sentido dentro del contexto colombiano y como presencia que también se convierte en el testimonio de las ausencias resultado del ocultamiento de la información, es decir «Las fotos que no alcanzamos a ver». Una detallada trama histórica se desata a partir de una fotografía cuyo análisis minucioso permite comprender sus usos y manipulaciones y expone el contexto social y económico.





El capítulo de Magdalena Broquetas se centra en la fotografía del diario *El Popular* de Montevideo del Partido Comunista uruguayo, periódico en circulación desde 1957. La sensibilidad de esa publicación hacia los temas sociales y las condiciones de los trabajadores se traducía en la participación de los fotógrafos en la tarea periodística, algo inusual para la época. La fotografía como documento especialmente complejo requiere un cuidadoso examen. En este capítulo, su autora analiza parte de las fotos del archivo del diario que sobrevivieron durante décadas en el lugar donde Aurelio González, el fotógrafo en jefe del diario, las había escondido. La peripecia de los negativos, su recuperación, el valor documental y la narración que los acompañó los transformó en un «monumento» y los situó más en el campo de la memoria que de la historia. Broquetas propone un cuidadoso estudio que se desprende del relato construido a partir del hallazgo. Para ello, concentra su análisis en las fotografías de la huelga general de 1973 como documentos históricos interrogados desde diversos ángulos. Ellos permiten reconocer una sociedad movilizada, recuperar las consignas escritas en las paredes, las condiciones materiales, la actitud de los trabajadores entre tantos aspectos que producen conocimiento social y político de la época. Ofrecen también información acerca de los fotógrafos, el fotoreportaje como género y la especificidad de este diario en particular.

El capítulo denominado «Entre el abrazo y el enfrentamiento» de Alberto del Castillo Troncoso se concentra en dos imágenes icónicas de América Latina: el supuesto «abrazo» entre un militar y una madre de Plaza de Mayo en 1982, y otra de 1998 en la que mujeres indígenas de X'oyeps detienen el avance de los militares en México sin que estos opongan resistencia. Dos contextos y situaciones bien diferentes que permiten problematizar el rol de los documentalistas, la difusión de la fotografía en la prensa y el impacto de fotos que aparecieron en primera plana en varios países del mundo. En ambos casos existe una pugna por la apropiación de su significado, la misma foto fue empleada para legitimar proyectos políticos bien diferentes y hasta contradictorios y ambas recibieron distinciones internacionales.

La batalla simbólica se convierte en el eje del capítulo escrito por Cora Gamarnik, dedicado al análisis de las imágenes publicadas durante la Guerra de las Malvinas y específicamente las del 2 de abril de 1982. El análisis detallado de las condiciones de producción, usos y difusión se analiza desde diferentes costados, lo que permite identificar la complejidad de un momento histórico y el papel que jugaron las imágenes que circularon por todo el mundo. El operativo inicial de los militares argentinos incluía una imagen falsa en la que soldados argentinos sostenían la bandera al estilo de la de Iwo Jima y que fue difundida a los medios. Esta foto había sido producida previamente en los terrenos de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Las imágenes tomadas por el fotoperiodista independiente Rafael Wollann, que se encontraba en las Islas, su circulación en revistas, prensa y servicios de noticias adquirieron un impacto muy grande. Como señaló Gamarnik, los soldados ingleses estuvieron muy pocos minutos en el piso rendidos ante los soldados argentinos, pero las fotos perpetuaron la representación de una «humillación inglesa» que fue en realidad un «solo instante recortado de una larga secuencia que culminará con la derrota argentina» (p. 245). Las fotografías formaron parte activa del proceso político y aunque en modo alguno explican por sí mismas lo ocurrido, tampoco se puede obviar el peso simbólico que adquirieron y sus derivaciones políticas.

El libro en su conjunto mantiene una unidad en los problemas que plantea y en los abordajes históricos. Los autores advierten que los ámbitos académicos institucionales aún son escasos y que falta formación específica dada la magnitud del trabajo que resta por hacer en materia de recuperación, conservación y análisis. El mejor argumento para revertir esta situación y hacer crecer este campo de conocimiento lo constituyen los productos que, como estos artículos, provienen del rigor de los investigadores, la circulación de los resultados y diálogos mediante encuentros, seminarios y jornadas que trazan rumbos y abren perspectivas de largo aliento.

Mónica Maronna
Universidad de la República







Eventos

Seminario «Discutir la cárcel, pensar la sociedad»

El sentido común punitivo

Existe la extendida creencia de la longevidad de la prisión como pena. Sin embargo, contrariamente a lo que suele suponerse, debió transcurrir un largo tránsito para la consolidación de la privación de libertad como pena dominante. Como estudiara en las primeras décadas del siglo xx Evgeni Pasukani, se debió registrar un proceso de cambio que culminó con la consideración del tiempo como un bien lo suficientemente valioso que hiciera posible la reparación de un delito por una cantidad de libertad abstractamente determinada. Se establece entonces una suerte de equivalencia: a mayor gravedad del hecho mayor tiempo de prisión. De todas maneras, pervivió la idea del componente punitivo de la pena y el cuestionamiento de si la cárcel tenía el suficiente grado de sufrimiento para considerarla como castigo. Las modificaciones de los objetivos de las viejas prisiones y la instalación de nuevas prácticas parecieron no lograr aventar una definición primaria que planteaba que las cárceles no debían servir para mortificar a sus internos. Tempranamente consagrado en Uruguay en la Constitución de 1830, este componente no logró ser desterrado plenamente, reapareciendo con regularidad en los debates. La aceptación de elementos como un necesario componente de rigor y sufrimiento, o la defensa de que los presos deben vivir en peores condiciones que el promedio de la población, también se mantuvieron presentes en los debates. A manera de programa de acción política o bajo formas vergonzantes, la cuestión del sistema penitenciario se encuentra instalada en la sociedad uruguaya. Es por ello que resulta particularmente relevante la preocupación de la Universidad de la República de participar activamente en la reflexión y en la construcción de propuestas.

Discutir la cárcel, pensar la sociedad

Resultado del llamado del año 2014 de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (Fondo Universitario para Contribuir a la Comprensión Pública de Temas de Interés General), se desarrolló el proyecto *Contra el Sentido Común Punitivo* coordinado por Gianella Bardazano, Aníbal Corti, Nicolás Duffau y Nicolás Trajtenberg. Este se propone «hacer comprensible» la discusión en torno al problema penitenciario, apuntando a un público no especializado a través de miradas interdisciplinarias. Ello se ha reflejado en el seminario «Discutir la cárcel, pensar la sociedad», realizado el 28 de octubre de 2015 en el local de la Asociación de Funcionarios





Judiciales del Uruguay con el apoyo del Centro de Investigación y Estudios Judiciales (CIEJ). El evento se inició con la presentación de Leonardo Filippini, investigador de la Universidad de Palermo (Argentina), quien efectuó un análisis del discurso penal. El actual integrante de la Unidad Fiscal AMIA sostuvo un interesante diálogo con Aníbal Corti, docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República. Diálogo que continuó en el panel que tuvo la participación de la jueza Virginia Ginares, el integrante del Instituto Estudios Legales y Sociales del Uruguay Luis Pedernera, y los docentes universitarios Carlos Uriarte y Álvaro Garcé. Este último, excomisionado parlamentario para el sistema penitenciario. El seminario incluyó una mesa poco frecuente en el «mundo del derecho» al incorporar la perspectiva histórica en el debate. Así, Verónica Roldós y Rafael Rey analizaron los orígenes del proceso modernizador de las prisiones en Uruguay, con un estudio de las transformaciones verificadas en las décadas previas a la inauguración en 1888 de la Cárcel Penitenciaria ubicada en la calle Miguelete. Tras décadas de funcionamiento, la puesta en marcha de un nuevo establecimiento en Punta Carretas (1910), y la transformación de la vieja penitenciaría en correccional, se evidencia la crisis del sistema reflejada en la superpoblación, un fenómeno endémico de las cárceles uruguayas. Magela Fein estudia la propuesta de una colonia educativa de trabajo realizada en la década de 1930 por el director nacional de Cárceres, Juan Carlos Gómez Folle. Como parte de una reforma general del sistema penitenciario, se proyectaba un establecimiento de carácter agrícola e industrial que, por otra parte, serviría para descomprimir el hacinamiento de los dos grandes centros montevideanos. Finalmente, Nicolas Duffau amplía la perspectiva con la incorporación de la criminalización de los llamados «anormales», su vínculo con el sistema penitenciario y las tendencias a derivarlos a establecimientos especiales. El seminario concluyó con el panel sobre privatización carcelaria, con la presencia de los investigadores María de los Ángeles Barros y Diego Rochow (LEASUR – Chile) y Álvaro Colistro de la Institución Nacional de Derechos Humanos.

Vale señalar que el proyecto tuvo como corolario la edición del libro *Discutir la cárcel, pensar la sociedad. Contra el sentido común punitivo* (Montevideo: Trilce, 2015), que contó con los aportes de especialistas de Argentina, Chile, España y Uruguay.

Daniel Fessler

Universidad de la República

Jornada de la Asociación Uruguaya de Historiadores «Los archivos en Uruguay: situación y propuestas»

El 1.º de julio de 2016, la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI) realizó la Jornada «Los archivos en Uruguay: situación y propuestas» en la sede del Programa de Desarrollo Académico de la Información y la Comunicación (PRODIC) de la Facultad de Información y Comunicación (FIC) de la Universidad de la República.

La Asociación Uruguaya de Historiadores se fundó el 20 de noviembre de 2015, gracias a la iniciativa de varios historiadores procedentes de muy diversos ámbitos institucionales. Entre sus objetivos se encuentran la promoción de la investigación histórica, la inserción de la comunidad de historiadores en redes académicas y profesionales a nivel internacional, el fomento de la enseñanza de la historia y la estimulación del interés en relación a la conservación del patrimonio histórico. A seis meses de su asamblea inaugural, AUDHI inició sus actividades públicas con este evento, mostrando especial preocupación por la situación del patrimonio documental en el país y por el acceso a las fuentes para la investigación histórica y social.





La Jornada se inició con una presentación de Lisa Block de Behar sobre el sitio web Anáforas. Se trata de un portal que conjuga diversas iniciativas de digitalización llevadas a cabo por el Seminario de Fundamentos Lingüísticos de la FIC, que ha permitido poner en línea publicaciones uruguayas, bibliotecas digitales o documentación relativa a figuras de la cultura nacional. La reflexión en torno a las repercusiones simbólicas y culturales de dar amplio acceso a las fuentes para la investigación histórica y social constituyó el puntapié inicial de un espacio de debate en relación a la consistencia o las contradicciones entre las políticas de acceso, conservación o reserva del patrimonio documental en Uruguay.

Luego de la apertura, Mariana Gatti (AGESIC), Vania Markarian (AGU), Alicia Casas (AGN) y Magdalena Broquetas (FHCE) compartieron una mesa sobre el diagnóstico y la situación actual de los archivos y, por la tarde, la mesa integrada por Alejandra Villar (AGN), Gabriel Queijo (AUA), Javier Roger (MEC) y Gerardo Caetano (FCS) analizó propuestas y perspectivas a corto y mediano plazo.

Finalmente, Lila Caimari, de la Universidad de Juan Andrés (Argentina), presentó su conferencia de cierre, en la que dio a conocer varias experiencias personales en relación a las dificultades de acceso a la documentación para la investigación histórica y cómo esto quita o no transparencia y profesionalismo al trabajo del historiador.

La intención de AUDHI era escuchar el análisis de referentes institucionales y del campo intelectual, a los efectos de pensar en qué medida la situación de los archivos en el país condiciona o estimula el desarrollo de la historia como disciplina. La participación de un público muy diverso posibilitó un nutrido debate desde diferentes disciplinas en relación a las condiciones reales de acceso a los archivos para el desarrollo de la investigación histórica y social.

Las opiniones volcadas en la Jornada parecen mostrar, por un lado, el reconocimiento de iniciativas a lo largo de la última década que transformaron decididamente la realidad en materia de política archivística y, por otro, señalan importantes límites, contradicciones e insuficiencias de los nuevos marcos legales e institucionales en relación al acceso efectivo de las fuentes para la interpretación del pasado.

Entre los ejemplos de avances en la última década, Block de Behar presentó programas de acceso por la vía de sitios web a documentación de valor histórico; Markarian, Casas y Gatti señalaron en sus respectivas exposiciones importantes logros como el programa de reformas y modernización de la sede actual del Archivo General de la Nación; la creación de una Comisión de Evaluación Documental dependiente del AGN; la promulgación de un marco legal que busca desarrollar un sistema de archivos, regular el acceso a la información pública y la preservación de los datos personales; la creación de una Agencia para el Gobierno Electrónico y la Sociedad de la Información y la Comunicación; la organización de archivos públicos en espacios institucionales como la Universidad de la República, la Intendencia de Montevideo, el Ministerio de Relaciones Exteriores, entre otros; la detección de fondos documentales en dependencias del Estado como el Ministerio de Defensa Nacional, la Dirección Nacional de Investigaciones e Inteligencia, los expedientes de la Justicia Militar o el archivo recientemente ubicado de Elmar Castiglioni, jefe de Inteligencia del Ejército entre finales de la dictadura y la década de 1990.

Estas medidas configuran un escenario local muy distinto al de Uruguay una década atrás, donde los marcos legales eran vetustos, no existía el archipiélago de instituciones y archivos que se ocupan de preservar documentación, y la comunidad académica no tenía siquiera noticia de estos importantes volúmenes de documentación producida por el Estado en el pasado más reciente.





Como contracara de los reconocidos avances, tanto Markarian como Broquetas notaron que el sistema de leyes aprobado promueve un mecanismo de reserva de los datos personales, cuya interpretación genérica ha sido uno de los justificativos para el acceso arbitrario de los investigadores a fondos documentales producidos principalmente por los Ministerios de Defensa y del Interior o por el Poder Ejecutivo. Al momento de elaborarse el marco legal, reglamentar la protección de la privacidad de las víctimas parecía legítimo y, en la actualidad, justifica la reserva de documentación producida por el Estado, siendo este uno de los agentes acusados de violación a los derechos humanos en el pasado reciente. A su vez, limita el acceso a documentación que fue producida hace más de 30 años, estando vencidos por lo tanto los plazos precaucionales señalados en la legislación nacional e internacional. En opinión de las historiadoras a cargo del diagnóstico sobre la situación actual, los archivos producidos por el Estado constituyen una de las principales fuentes para la investigación sobre el pasado y la imposibilidad de confrontar opiniones o miradas en torno a estos documentos limita ampliamente el desarrollo de la disciplina en el ámbito local.

Casas, por su parte, enfatizó su apoyo a las políticas de apertura y acceso y, al igual que Broquetas, expresó la necesidad de recuperar otro tipo de documentos como los archivos de sonido o de imagen, a fin de poder disponer de una mayor diversidad de fuentes y valorizar tipos de documentos que históricamente no fueron tomados en cuenta por el saber historiográfico.

En otro orden, tal y como expresaron los archivólogos Villar y Queijo, la modernización de algunas instituciones y la reglamentación de la ley de archivos indicó la necesidad de proveer recursos técnicos para el desarrollo de tareas específicas en los organismos productores y custodios de documentación.

La necesidad de recursos técnicos, manifestada tanto por los archivólogos como por Roger —representante del sistema de museos del MEC—, no debió limitar la configuración de espacios interdisciplinarios para el desarrollo de políticas de preservación del patrimonio documental desde el punto de vista histórico. Caetano se refirió específicamente a las iniciativas surgidas de la «frontera entre disciplinas», como ejemplos de innovación en el mundo para abordar la problemática de los archivos. En este sentido, los archivólogos Villar y Queijo manifestaron la necesidad de que otras disciplinas, además de la archivología, se integren a la Comisión de Evaluación Documental para que la valoración o recomendación a los organismos desde el Archivo General de la Nación cuente con puntos de vista asociados al patrimonio histórico de los documentos o su relevancia legal y judicial.

Para el caso uruguayo, este privilegio de los saberes técnicos en la conformación de los espacios de definición o ejecución de la política archivística ha estimulado la hegemonía de una «razón burocrática», al decir de Markarian, mediante la cual el procesamiento interno de la documentación deja nuevamente los archivos cerrados a la espera de su digitalización o indexación precisa. Hace veinte años se desconocía la existencia de documentación producida por el Estado para estudiar la historia contemporánea y en la actualidad no se puede analizar porque está siendo digitalizada e indexada. En sintonía con estos planteos, Casas se mostró cauta en relación a los planes de digitalización, indicando que no pueden ir en detrimento del acceso de los usuarios.

Otros asuntos asociados a la transferencia de la documentación producida en localidades de difícil acceso, y si debe o no estar a cargo de los funcionarios policiales y militares que la producen, también fueron objeto de discusión. En este sentido, varios expositores se interrogaron sobre si es necesario crear nuevos sitios o instalar una infraestructura técnica en los espacios en los que ya se encuentran emplazados los archivos. Por otra parte, se valoró la posibilidad de desarrollar de forma masiva pedidos de acceso a la información o reglamentar la distinción entre un pedido





de acceso a información y la consulta directa de fuentes documentales para la investigación histórica y social. Se sugirió la posibilidad de implementar medidas de accesibilidad universal a los inventarios de archivo, a los efectos de que el investigador pueda orientar su propia búsqueda de documentación e información.

En resumen, la Jornada mostró que existe un estado de distorsión entre lo que sabemos que se conserva como patrimonio documental para comprender el pasado y las condiciones de acceso a él. Nuevas y variadas fuentes inaccesibles para la investigación configuraron uno de los puntos de debate centrales a lo largo del evento. El problema del acceso a las fuentes constituye un asunto clásico de preocupación en la comunidad historiográfica. Las exigencias de cada generación y cada contexto por reescribir la historia y poner en juego las posibles fuentes para su interpretación constituyen una de las claves de los estudios sobre el pasado. La discusión de estos asuntos a través de un espacio asociativo de esta disciplina en Uruguay busca colaborar con más y mejores condiciones para la producción histórica en el país.

Isabel Wschebor
Universidad de la República

VII Taller de Discusión Sobre las Derechas en el Cono Sur, Siglo XX¹

El 24 de noviembre de 2015, tuvo lugar en la Sala Cassinoni de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República el VII Taller de Discusión Sobre las Derechas en el Cono Sur, Siglo XX. En esta oportunidad, la Universidad de la República se sumó a la coorganización de un evento que se viene realizando de manera ininterrumpida desde el año 2010 en Argentina, en el campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento y en el Instituto de Estudios Histórico-Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Se trata de un evento que, hasta la fecha, ha congregado a más de 50 expositores provenientes de Argentina, Brasil, Chile, España, México y Uruguay que se dedican al análisis de actores y fenómenos históricos, así como otros de orden más contemporáneo. Es por ello que ha incluido la participación de historiadores, sociólogos y politólogos. Las primeras ediciones estuvieron concentradas en las problemáticas estrictamente conosureñas y en ediciones posteriores la indagatoria ensanchó sus marcos espaciales.

El eje de la convocatoria es la problematización de los sujetos vinculados a las derechas y la exposición de algunas de las dificultades y hallazgos encontrados en el desarrollo de los procesos de investigación. A diferencia de otros eventos académicos, el taller no se concentra en la difusión de resultados de investigación, sino en el debate en torno a cuestiones conceptuales y metodológicas, por lo que resulta especialmente fructífero para quienes están abocados a problemas específicos de una investigación sobre actores sociales inscriptos —o inscribibles— en esta vertiente ideológica.

1 Monteideo, 24 de noviembre, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. Organizadores: Ernesto Bohoslavsky (UNGS), Olga Echeverría (UNICEN) y Magdalena Broquetas (FHCE/Udelar).



Tras la presentación del taller por parte de Ernesto Bohoslavsky (UNGS) y las palabras de apertura del decano Álvaro Rico, se desarrolló la primera mesa que contó con cuatro exposiciones. Leandro Pereira Gonçalves (PUCRS) se refirió a Plínio Salgado y las redes de la derecha portuguesa en el exilio entre 1939 y 1946. Carolina Cerrano (UM) se preguntó por las conexiones ideológicas entre herrerismo, peronismo y falangismo. María Eugenia Jung (AGU/Udelar) se refirió a los proyectos de las derechas uruguayas a propósito de la modernización de la educación superior, en un marco de intensos debates latinoamericanos y globales sobre el papel de la ciencia y la tecnología y el rol de las universidades para el desarrollo. En la exposición de Magdalena Broquetas (FHCE/Udelar) se formularon algunas líneas de continuidad entre el ruralismo y el pachequismo y se sugirió la consolidación de una nueva derecha populista y autoritaria entre 1950 y 1970.

En la tarde, durante la segunda sesión de trabajo, se discutieron otras cuatro ponencias. Luis Herrán (New School for Social Research) compartió su estudio sobre integrismo católico y anticomunismo en México y Argentina entre 1961 y 1974, enfocando su análisis en la noción de «falsas derechas» y los vínculos transnacionales trazados por el pensamiento y los pensadores que movilizaron dicho concepto. Matías Rodríguez indagó acerca de la aparición de contenidos liberales en la campaña de la Lista 15 del Partido Colorado en 1966. Gabriel Bucheli (FCS/Udelar) examinó la naturaleza ideológica y doctrinaria de la Juventud Uruguaya de Pie, preguntándose si esta fue una expresión de derecha falangista en el Uruguay de los primeros años 70. Mauricio Bruno (FHCE/Udelar) planteó la hipótesis de la constitución en Uruguay de una derecha neoliberal que influyó en el proceso de redemocratización entre 1984 y 1985, avanzando en algunos componentes de un nuevo sentido común social y político a través del análisis del semanario *Búsqueda*.

En el tercer y último tramo del taller se presentó la red de investigación «Derechas, Historia y Memoria»² y tuvo lugar una mesa redonda sobre historia comparada y conectada de las derechas del Río de la Plata en la primera mitad del siglo xx, en la que dialogaron los conferencistas Olga Echeverría (Unicen) y Gerardo Caetano (FCS/Udelar).

Las ponencias presentadas se redactan *a posteriori* de la realización del taller, de manera de incluir los comentarios y críticas formulados por sus participantes, y son publicadas en el sitio web destinado al evento.³

La realización del taller en Montevideo contribuyó a profundizar la apuesta por el diálogo internacional que este ha tenido desde sus creación, a difundir entre estudiantes, graduados y equipos docentes y de investigación algunas de las discusiones teóricas y metodológicas actuales sobre historia de las derechas en América Latina, y a consolidar los espacios de intercambio que ya se vienen realizando entre algunos de los participantes del taller e investigadores de la Universidad de la República.

Magdalena Broquetas
Universidad de la República

2 El sitio web de la red está disponible en: <<https://direitashistoria.net>>.

3 <http://www.ungs.edu.ar/derechas/?page_id=490>.



Archivos

Sistematización de la música nacional: del trabajo de campo de Ayestarán al Centro Nacional de Documentación Musical (CDM)

Había entonces que salir al campo para encontrar la fuente viva y estudiar en el presente su recreación y su supervivencia. El folklore responde a una dinámica viva y cambiante y, además, tiene brotes que están en estado naciente, y estos, desde luego, no se hallan apresados en documentos escritos. Muñidos pues, de una serie ya de hipótesis de trabajo, nos lanzamos a recoger y estudiar su cambiante máscara en la realidad presente.¹

Es con ese espíritu que Lauro Ayestarán comenzó en el año 1943 un trabajo de campo que le permitiera recopilar y sistematizar la música popular y folclórica del Uruguay. Su muerte en el año 1966 lo encuentra con el trabajo sin terminar y 3.000 grabaciones registradas en 52 localidades del país. Además de las grabaciones, dejó fotografías y un detallado trabajo de documentación que incluye cuadernos de registro, fichas, inventarios, transcripciones de letras, entre otros documentos.

Desde ese momento, y por 33 años, todos esos papeles, cintas magnéticas, grabadores, fotografías, partituras, libros, ficheros estuvieron cuidados por su familia. Pero fue este mismo trabajo de Ayestarán lo que dio vida a un centro de documentación encargado de conservar la creación musical nacional del pasado y del presente, en todas sus manifestaciones.

En el año 2002, el Estado uruguayo compró el archivo de Ayestarán y lo dejó en manos de una comisión honoraria encargada de conservarlo y organizarlo.² En 2008, los documentos se trasladaron a dependencias del Estado y en 2009 se creó, por resolución del MEC, el Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán (CDM). Recién en octubre de 2010 se inauguró la sede y en 2011 se inició la contratación de un equipo técnico y administrativo que se completó en 2013.

1 Ayestarán, Lauro. «Metodología de la investigación folklórica», en *Marcha*, año XVIII, n.º 849 (Montevideo, 1-ii-1957), pp. 14-15.

2 La Comisión Honoraria estaba compuesta por Daniel Vidart, David Yudchak, Hugo García Robles (fallecido el 31 de diciembre de 2013) y Coriún Aharonián. La comisión sigue funcionando hasta el día de hoy. En 2013 se incorporaron Luis Ferreira y Rubén Olivera. Más adelante lo hizo también Leonardo Croatto.





Allí se inició una etapa de ordenamiento e inventario de los distintos materiales, su clasificación y catalogación. Se comenzó a trabajar en una base de datos que está completa al día de hoy y que nos permite conocer, fácilmente, a qué músicos grabó Ayestarán, cuántas veces y en qué localidades lo hizo, y acceder a todos los documentos que haya sobre dicho músico.

Además de estos documentos, se fueron incorporando al CDM materiales de Ayestarán que estaban en manos de terceros, que aún conservaba la familia o que tenían otras instituciones. Este último es el caso de las digitalizaciones de las partituras de la Colección Lauro Ayestarán de la Biblioteca del Congreso de Washington o las digitalizaciones de las grabaciones de campo realizadas por el Museo de la Música de Suecia, que es lo que hoy nos permite escuchar todas las grabaciones que Ayestarán registró en cintas magnéticas. Sin embargo, el objetivo del CDM no se limita a guardar los documentos de Ayestarán sino que aspira a continuar con el trabajo que guiaba al musicólogo y centralizar archivos e información sobre la música uruguaya. Es por eso que empezó a recibir donaciones de diversos tipos y orígenes. Por un lado, archivos de compositores vivos o donaciones recibidas por los familiares que incluyen partituras, recortes de diarios, manuscritos, programas, correspondencias, grabaciones y otros materiales. Entre ellos están los fondos de Héctor Tosar, Diego Legrand, León Biriotti y Braulio López. Se recibió también una colección de rollos de pianola y todo el material audiovisual y periodístico de la serie de televisión *Historia de la música popular uruguaya* dirigida por Juan Pellicer.

Aspiraciones

«Se espera que sea un centro de referencia de la música en el Uruguay», explica Federico Sallés, uno de los técnicos que trabajan en el CDM. «En ese sentido, el Centro espera guardar la creación musical, no en un sentido autoral sino amplio, tanto la del pasado como la actual con miras al futuro. Una de las aspiraciones en este sentido es la de desarrollar una base de datos de músicos contemporáneos, compositores e intérpretes de música popular y culta de la segunda mitad del siglo xx en adelante en Uruguay, es decir, lo que a Ayestarán le faltó».

Otra aspiración, según comenta Viviana Ruiz, integrante del equipo del CDM, es que el Centro sea un referente no solo para investigadores sino también para estudiantes de primaria y secundaria que precisen información sobre música nacional. En ese sentido, la idea es que el CDM se convierta en un espacio donde se pueda consultar libros, revistas, partituras, y escuchar documentos sonoros.

Para generar este archivo y biblioteca sería necesario conservar todo lo que se edita en materia de música en Uruguay y grabar aquellas expresiones musicales populares que normalmente no se registran. El CDM inició esta línea de trabajo con los CD *Los toques de los tambores afroporteños* vol 1 y 2, de 2012 y 2015 respectivamente, que contienen grabaciones de toques de candombe y entrevistas a protagonistas de la música de tambores afroporteños. Recientemente también, filmó una entrevista a la guitarrista Olga Pierri³ con la colaboración de Daniel Viglietti, Rubén Olivera, Coriún Aharonián y Álvaro Pierri.

Sin embargo, la generación de documentación nueva se intercala con la necesidad de ponerse al día con el pasado. Para Sallés, los materiales de Ayestarán son riquísimos y desde su muerte habían estado al alcance de muy pocas personas. «La producción fotográfica es algo que nadie esperaba. Resultó ser un gran fotógrafo y nadie lo sabía. Entonces hay que ponerse al día y hacerle honor a Ayestarán, para después empezar otro tipo de producción».

3 Guitarrista y formadora que a sus 101 años aún da clase a 15 alumnos.





Difusión

Formar un archivo que sea vivo implica difundir y generar nuevo conocimiento. En ese sentido el CDM comenzó desde sus primeros años de existencia a realizar coloquios, congresos de musicología y difundir el conocimiento generado a través de publicaciones de libros y DVD. Hasta la fecha se han desarrollado cuatro coloquios: «Música/musicología y colonialismo» realizado en octubre de 2009, «La música entre África y América» de setiembre y octubre de 2011, «El tango ayer y hoy» que tuvo lugar en setiembre de 2013, y «La música de los pueblos indígenas de América» de setiembre de 2015. Las ponencias de cada uno de los coloquios fueron publicadas en libros que se encuentran disponibles para descargar en la página web del CDM,⁴ con excepción del editado en 2015, que aún no está disponible.

Además de los libros de los coloquios⁵ y los CD que registran los toques de tambores afromontevideanos, el CDM editó el CD *Documentos del archivo Ayestarán 1: La llamada de los tambores afromontevideanos entre 1949 y 1966*⁶ en 2012, el librito *La música en el Uruguay por Lauro Ayestarán Volumen ii, homenaje en el centenario de su nacimiento* en 2013, y a través de la Biblioteca Artigas Textos breves de Lauro Ayestarán en 2014.⁷ Este año se editó junto al Centro de Fotografía de Montevideo (CdF) el libro *Músicos. Fotografías del Archivo Lauro Ayestarán*,⁸ que contiene las fotos tomadas por el musicólogo como parte de su trabajo de campo.

Las actividades de difusión también incluyeron dos exposiciones del trabajo de Ayestarán. «Músicos: Fotografías del Archivo Lauro Ayestarán», realizada en 2013 junto al CdF en la Fotogalería del Prado, y «La música en el Uruguay por Lauro Ayestarán, volumen II: Homenaje en el centenario de su nacimiento», que se montó en el Teatro Solís ese mismo año. Ambas actividades estuvieron acompañadas por charlas y jornadas de estudio.

Una última línea de difusión del trabajo de Ayestarán consiste en la realización de charlas en las localidades que fueron visitadas por el musicólogo entre 1943 y 1966. Por el momento, el equipo del CDM visitó Treinta y Tres y Aguas Corrientes, donde se explicó la metodología utilizada por Ayestarán y se mostraron registros tomados en esa misma localidad.

Acceso

Más allá de las exposiciones o publicaciones, se puede acceder al trabajo de Ayestarán a través de la página web o en las instalaciones del CDM. En la web del Centro se puede escuchar una selección de los registros musicales tomados por Ayestarán entre 1943 y 1966, a partir de las digitalizaciones realizadas por el Museo de la Música de Suecia. Cada grabación está acompañada de una ficha que contiene sus datos básicos. Además de las grabaciones, hay una selección de los artículos escritos por Ayestarán en distintos libros y medios de prensa.

4 <<http://www.cdm.gub.uy/las-actividades/coloquios>>.

5 Aharonián, Coriún (Coord.). *Música / musicología y colonialismo, actas del coloquio homónimo del 2009* (Montevideo: Ensayo MEC, 2011); *La música entre África y América, actas del coloquio homónimo del 2011* (Montevideo: Ensayo MEC, 2013); *El tango ayer y hoy, actas del coloquio homónimo del 2011* (Montevideo: Ensayo MEC, 2015).

6 Picún, Olga. *Documentos del archivo Ayestarán 1: La llamada de los tambores afromontevideanos entre 1949 y 1966* (Montevideo: CDM, 2013).

7 Ayestarán, Lauro. *Textos breves* (Montevideo: Biblioteca Artigas, 2014).

8 Centro de Documentación Musical. *Músicos. Fotografías del Archivo Lauro Ayestarán* (Montevideo, CDM-CdF, 2016).





La base de datos que contiene todos los registros de Ayestarán y su documentación asociada se consulta únicamente en el local del CDM. Lo mismo sucede con los demás fondos, que tienen diferentes niveles y herramientas de descripción, pero que se pueden consultar únicamente en sala. Para hacerlo se debe escribir un correo a consulta@cdm.gub.uy y coordinar una visita.

Dificultades

El CDM se instaló, desde sus orígenes, en un pequeño apartamento cedido por la Administración Nacional de Educación Pública que está ubicado en el piso 5 de un edificio en la esquina de Rivera y Ponce.⁹ Recientemente se alquiló el apartamento contiguo, para ser usado como depósito. Sin embargo, el lugar aún no tiene energía eléctrica, lo que impide la colocación de equipamiento de control de la humedad y temperatura, necesario para la adecuada conservación de los documentos. El hecho de que el Centro esté ubicado en un quinto piso impone una restricción en la cantidad de documentación a custodiar, ya que hay un límite de peso que respetar. Por otro lado, genera dificultades a la hora de recibir donaciones o realizar atención al público.

Otra dificultad para el desarrollo de este centro consiste en la escasez de personal. El CDM está compuesto por una comisión honoraria, un director honorario (Coriún Aharonián), dos administrativos y 3 técnicos. Son los técnicos quienes llevan a cabo las tareas de conservación, descripción, digitalización, organización de exposiciones, publicaciones, seminarios, charlas y coloquios, atención al público, registro audiovisual, actualización de la página web, comunicación, entre otras actividades.

Aniversario

Este año se cumplen 50 años de la muerte de Lauro Ayestarán y es en ese marco que el CDM está explorando áreas poco revisadas de su archivo. Un ejemplo es el libro de fotografías de Ayestarán editado recientemente y otro es el trabajo aún en proceso que están realizando con los materiales de las rondas y los juegos infantiles. También esperan poder visitar dos nuevas localidades donde estuvo Ayestarán con el fin de devolver los registros sonoros a donde fueron registrados. «La palabra clave es el autoconocimiento», explica Sallés. «Todo lo que se produce acá no es por capricho. No es editar por editar o por darle visibilidad a las cosas sino que se piensa en el aporte a la sociedad y que la música sea un motor de autoconocimiento de los uruguayos. Que sirva para vernos a nosotros mismos».

Lucía Secco

Universidad de la República

Centro de Fotografía de Montevideo (CdF)

El CdF se creó en 2002 y es una unidad de la División Información y Comunicación de la Intendencia de Montevideo. Desde julio de 2015 funciona en el Edificio Bazar (Avenida 18 de Julio 885), construido en 1932 y donde funcionara desde 1940, y durante varias décadas, el Bazar Mitré. La nueva sede, dotada de mayor superficie y mejor infraestructura, ha potenciado las posibilidades de acceso a los distintos fondos fotográficos y diferentes servicios del CdF.

La política de la institución es trabajar desde la fotografía con el objetivo de incentivar la reflexión y el pensamiento crítico sobre temas de interés social, propiciando el debate sobre la

9 Avenida Luis P. Ponce 1347 aps. 504 y 50.





formación de identidades y aportando a la construcción de ciudadanía. Se propone ser referente a nivel nacional y regional en la generación de contenidos, actividades, espacios de intercambio y desarrollo en las diversas áreas que conforman la fotografía, en un sentido amplio y para un público diverso.

El núcleo del CdF es el archivo fotográfico de la Intendencia de Montevideo —denominado Grupo de Series Históricas (FMH)— que contiene aproximadamente treinta mil imágenes y abarca el período 1865-1990. Este archivo comenzó a conformarse en 1915, cuando la Intendencia contrató a los fotógrafos Isidoro Damonte y Carlos Ángel Carmona y los destinó a producir imágenes para su Oficina de Informaciones. En ese marco, Damonte y Carmona fotografiaron profusamente las transformaciones urbanas de la ciudad, los espacios y las fiestas públicas, la celebración de conmemoraciones oficiales, las principales actividades deportivas y otro tipo de acontecimientos que las autoridades de la época consideraban relevantes sobre la vida pública montevideana. Ocasionalmente viajaron al interior y realizaron reportajes específicos sobre sucesos de importancia nacional, por ejemplo en el marco de los festejos del centenario de la Constitución de 1930. Como gran parte de su trabajo estaba dedicada a alimentar publicaciones y material de propaganda de la Comisión Municipal de Fiestas, dedicaron especial atención a aquellos aspectos de la vida de la ciudad que podían tener un interés turístico o promocional, por lo cual buena parte del archivo está dedicado al registro de los barrios céntricos y costeros de Montevideo. De igual forma, el hecho de que durante la década de 1920 fuera habitual que representantes diplomáticos uruguayos en el extranjero solicitaran imágenes del archivo con el fin de ilustrar presentaciones sobre el país, explica el afán de los fotógrafos por resaltar aquellos aspectos de la ciudad que mostraran su carácter pujante y moderno, como la renovación arquitectónica, los espacios de socialización de las clases altas y el emprendimiento de grandes obras de infraestructura inspiradas en el ejemplo de las ciudades europeas, como la construcción de la Rambla Sur. Por otra parte, los fotógrafos municipales también se preocuparon por ampliar el arco temporal abarcado por el archivo y, por ello, reprodujeron copias fotográficas que mostraban aspectos del pasado montevideano. Por eso el FMH contiene fotografías datadas a partir del año 1865 y supone un buen complemento a otros archivos públicos uruguayos que conservan fotografías del siglo XIX. La reproducción de estas copias también se explica por otro de los usos tempranos del archivo, que fue el de proveer a las escuelas públicas de Montevideo de imágenes que funcionaran como insumos e ilustraciones para sus clases de historia.

Actualmente, el FMH es objeto de un proceso de trabajo que implica la conservación preventiva del total de las fotografías y la digitalización, documentación y puesta en acceso de un corpus seleccionado. Los avances de este trabajo pueden consultarse en el catálogo *online* del CdF,¹⁰ que permite realizar búsquedas por asunto, fecha, palabras clave, procedencia, condiciones de uso y soporte de las fotografías originales. Allí también pueden consultarse las condiciones de uso del material, que regulan el acceso del público en general, medios de comunicación, publicaciones uruguayas o extranjeras e investigadores.

El CdF también custodia otros fondos fotográficos importantes para el estudio del pasado uruguayo. Dos de ellos son el del diario *El Popular* y el de la agencia fotográfica *Camaratres*. El archivo del diario *El Popular* contiene imágenes del período 1957-1973 y es especialmente importante para el estudio del convulsionado proceso político del Uruguay de los años sesenta y setenta, así como de los cambios sociales y culturales que se produjeron en ese período y que se relacionan directamente con la vida política del país. El archivo de *Camaratres* (1983-1985) contiene un minucioso registro de las movilizaciones sociales y políticas que se produjeron durante los últimos años de la dictadura. Ambos archivos permiten conocer no solo los acontecimientos

10 <<http://cdf.montevideo.gub.uy/catalogo>>.





sino también la forma en que fueron producidos visualmente por los propios actores, puesto que en ambos casos las imágenes fueron realizadas por fotógrafos que no deslindaron su rol periodístico de la militancia política.

El CdF también se dedica a construir un archivo fotográfico del Montevideo contemporáneo, que contiene fotografías desde el año 1990 a la actualidad. En la línea de los primeros fotógrafos municipales, tiene por fin registrar las transformaciones urbanas de Montevideo, así como los cambios en la vida social y cultural de la ciudad, con el objetivo de sostener en el tiempo el trabajo de constitución de un corpus de fotografías organizado, documentado y de acceso público sobre la historia de la ciudad.

En todos los casos, las fotografías son descritas mediante una ficha basada en la Norma Internacional General de Descripción Archivística (ISAD G), en el libro de Joan Boadas, Lluís-Esteve Casellas y M. Àngels Suquet, *Manual para la gestión de fondos y colecciones fotográficas* y en el modelo SEPIADES (SEPIA Data Element Set) desarrollado por la asociación SEPIA (Safeguarding European Photographic Images for Access) para catalogar fotografías. Además, las imágenes son indexadas en un lenguaje controlado que facilita su búsqueda y recuperación.

Por otra parte, desde hace varios años el CdF desarrolla un área dedicada a la investigación y generación de conocimiento sobre la fotografía en sus múltiples vertientes, que ha tenido un fuerte énfasis en la investigación histórica. Desde este espacio se realizan proyectos que incorporan imágenes fotográficas como fuentes primarias y que buscan avanzar en el conocimiento de la historia de las prácticas fotográficas en Uruguay y América Latina. Ejemplos de esto son los libros *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales. 1840-1930* y *Usos, itinerarios y protagonistas de la fotografía en Uruguay. Documentos para su historia (1840-1915)*, ambos resultado del trabajo realizado en el marco del Núcleo Interdisciplinario de Investigación y Preservación del Patrimonio Fotográfico Uruguayo (2009-2011), un proyecto radicado en el Espacio Interdisciplinario de la Universidad de la República y que involucró el trabajo del CdF, el Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHUCE) y el Laboratorio de Micología de la Facultad de Ciencias. Posteriormente, el CdF editó *Fotografía e historia en América Latina*, una recopilación de artículos de investigación realizados por investigadores de varios países de América, y actualmente el Área Investigación lleva a cabo la segunda parte del proyecto de investigación *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales*, concentrándose en el período 1930-1990.

El Área Investigación del CdF también ha participado de otro tipo de abordajes sobre la fotografía. Ejemplo de ellos son los proyectos Álbum de Familia y Huellas de la Represión. El primero, realizado mediante convenio con el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos de la FHUCE y la Asociación Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, consistió en la elaboración de biografías audiovisuales de detenidos desaparecidos durante la última dictadura, a partir de fotografías conservadas por sus familias y cedidas al CdF. El segundo proyecto buscó identificar, a través de la investigación histórica y del registro fotográfico, diferentes centros de detención (legales y clandestinos) de presos políticos que funcionaron entre 1968 y 1985. Otros proyectos que involucran al Área Investigación son el Proyecto NosOtros, un abordaje de la historia y la memoria de los barrios de Montevideo realizado a partir de imágenes del acervo del CdF y otras proporcionadas por los vecinos —incluyendo además su testimonio y una investigación histórica acerca de la localidad—, y la colección editorial Gelatina y Plata, que consiste en una serie de libros realizados a partir de fotografías del FMH.

Además, el Área Investigación ha participado y colaborado en trabajos sobre la fotografía contemporánea uruguaya. Un ejemplo de ello es «En el lugar de lo dicho. Exploraciones en el archivo discursivo de la fotografía», una exposición curada por el investigador y crítico José Antonio





Navarrete, que buscó dar cuenta del estado actual de la fotografía entre las prácticas creativas desarrolladas en Uruguay. Por otra parte, el Área Investigación actualmente está llevando a cabo un proyecto de entrevistas a autores con una *trayectoria* importante en el campo fotográfico durante los últimos cuarenta años.

Esta reseña se ha orientado a resaltar los aspectos relacionados con la investigación —y con la investigación histórica en particular— llevados a cabo por el CdF. Sin embargo, la institución realiza múltiples actividades de otro tipo dedicadas a difundir y promover la práctica fotográfica en relación con su política de trabajo: cuenta con ocho espacios dedicados exclusivamente a la exhibición de fotografía —tres salas ubicadas en el edificio sede y cinco fotogalerías al aire libre de exposición permanente, ubicadas en diferentes puntos de Montevideo—, promueve la publicación de libros fotográficos y de trabajos de investigación sobre fotografía, a la vez que realiza talleres, jornadas y otras instancias formativas con diferentes niveles de profundidad y dirigidos a públicos diversos. En el marco de esto último, ha puesto en funcionamiento un Centro de Formación Regional en Fotografía, con el fin de generar un espacio de educación especializado y permanente en gestión de fondos fotográficos, investigación, ediciones y producción fotográfica.

Mauricio Bruno

Centro de Fotografía (CdF)

Centro de Investigación, Documentación y Difusión de las Artes Escénicas (CIDDAE)

En 2004, el Teatro Solís reabrió sus puertas al público luego de una importante reforma edilicia que le permitiría posicionarse como el mayor referente de las artes escénicas del país. En ese marco, se inauguró el Centro de Investigación, Documentación y Difusión de las Artes Escénicas (CIDDAE), perteneciente al Área de Desarrollo de Audiencias del Teatro Solís, División Promoción Cultural del Departamento de Cultura de la Intendencia de Montevideo. El CIDDAE, cuya sede funciona en las instalaciones del histórico edificio (Reconquista s/n esq. Bartolomé Mitre), tiene como principal objetivo preservar el patrimonio documental y museístico histórico y contemporáneo del Teatro y ser un centro de conocimiento activo para el medio.

Además de esa tarea central, se encarga de la gestión y documentación de su acervo, la realización y promoción de investigaciones y su difusión a través de diferentes vías, como publicaciones, exposiciones (el teatro cuenta con dos espacios expositivos), seminarios y sitio web. Funciona como un centro de documentación de acceso libre al público, en el que las consultas se realizan orientadas por sus funcionarios. En esa línea, implementó un sistema de Investigador Asociado, con el fin de promover la investigación sobre las artes escénicas y generar vínculos interinstitucionales para desarrollar temas en colaboración.

En términos generales, su acervo da cuenta de la historia edilicia e institucional del Teatro Solís y del devenir de las artes escénicas en Uruguay. En ese sentido, se pueden identificar dos grandes vertientes temáticas profusamente representadas en el repositorio. Por un lado, la documentación producida en relación al Teatro —uno de los principales edificios patrimoniales de la ciudad, adquirido por el Municipio en 1937— desde 1840 hasta el presente, referida a su planificación, construcción y evolución edilicia. Planos, proyectos arquitectónicos, manuscritos y fotografías dan cuenta de sus transformaciones en el tiempo. Un ejemplo es el proyecto de teatro realizado por Carlos Zucchi en 1841, que fue considerado como modelo para la erección del edificio. También lo vinculado a su institucionalidad y a la gestión de las numerosas actividades artísticas que allí han tenido lugar desde su inauguración en 1856, comprendiendo documentos





fundacionales, libros de actas de la Comisión Directiva y recortes de prensa. Por otro lado, el CIDDAE cuenta con los diferentes registros producidos en relación a cada espectáculo nacional o extranjero presentado en el Solís, como obras de teatro, ópera, musicales y danza, generados por la Comisión de Teatros Municipales, Comedia Nacional, Orquesta Sinfónica —luego Filarmónica de Montevideo—, entre otros. Programas, afiches, libretos, bocetos de vestuario y registros audiovisuales y sonoros, también de otros teatros de Montevideo, son algunos de estos documentos creados a partir de cada hecho artístico.

A este eje central del acervo del CIDDAE se fueron incorporando colecciones y donaciones de particulares vinculados a las artes escénicas en el país, como archivos personales de músicos, escritores, directores, actores y escenógrafos, entre otros. Entre estas colecciones se encuentran las de Eduardo Schinca, Claudio Goeckler, Eduardo Malet, Hugo Mazza, Antonio Larreta, Luis Cerminara, FITUU y la reciente donación del archivo de Alfredo Zitarrosa, que incluye entrevistas, fotografías, grabaciones, partituras y registros de ensayos.

El acervo documental del CIDDAE integra el Registro Memoria del Mundo de América Latina y el Caribe de la UNESCO. Dada la amplitud de las fechas extremas que presenta (1840 - actualidad) y los diferentes cambios tecnológicos operados en el tiempo, está integrado por documentos contenidos en diferentes formatos y soportes.

El repositorio ofrece numerosas posibilidades de análisis, lecturas y abordajes desde diferentes perspectivas de la investigación histórica. Los estudios que se realicen a partir de su consulta pueden estar orientados no solo a los aspectos concretos de la historia edilicia del Solís, la evolución y panorama de las artes escénicas locales, sino que contiene documentos que informan sobre otros procesos más amplios de la historia cultural, de las mentalidades, del clima político y las condiciones económicas del país. Su consulta puede aportar elementos para el estudio de la historia del desarrollo urbanístico de Montevideo, del teatro y sus diferentes esferas, de las instituciones culturales o de la música sinfónica, entre otros. Como ejemplo, a través de la consulta a los programas, se pueden abordar aspectos de la historia cultural y de la sensibilidad, reparando en las influencias de las corrientes artísticas extranjeras, o en los temas que concitaban la atención de un amplio espectro de la sociedad desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. A su vez, las colecciones proporcionan documentación de valor para trabajar sobre el desempeño particular de diferentes autores o enmarcándolos en abordajes más amplios, involucrando a otros referentes culturales locales o regionales.

El CIDDAE cuenta con publicaciones y materiales de estudio y difusión que son el resultado de investigaciones realizadas por su personal, con la participación de docentes de la Udelar, con fondos de la CSIC, del Instituto Clemente Estable y del Programa ADAI de Cooperación Internacional. Entre algunas de estas producciones, coordinadas por Daniela Bouret, se encuentran: *Teatro Solís. Historias y documentos* (2004), *Teatro Solís. 150 años de historias desde el escenario* (2006), *Elementos para una historia de la orquesta filarmónica de Montevideo* (2009), *Identificación, recuperación y digitalización de documentos referidos a Margarita Xirgu en Uruguay* (2009), y *Bocetos de vestuario desde 1948 a 1996* (2015).

Alexandra Nóvoa
Centro de Fotografía (CdF)





La situación de los archivos del pasado reciente

Introducción

La presente sección tiene como objetivo realizar un balance de la situación actual de los archivos estatales vinculados a la historia reciente de nuestro país. El primer artículo es el resultado de una ponencia que Vania Markarian presentó en el panel «Archivos de la historia reciente y memoria en América Latina y el Caribe: nuevas miradas, conceptualizaciones e implicaciones», organizado por la sección Historia Reciente y Memoria en el congreso de la Latin American Studies Association (LASA), realizado en mayo de 2016 en Nueva York. El segundo artículo es una respuesta que Álvaro Rico desarrolló especialmente para este número de *Contemporánea* al texto de Markarian. La polémica remite a una diversidad de asuntos que tienen que ver con procesos políticos y cuestiones académicas que han estado en debate, no siempre público, durante este decenio. Hemos decidido publicarla con el ánimo de contribuir a un necesario balance en relación a la política de archivos que se comenzó a desarrollar a partir del 2005 en Uruguay.





Los documentos del pasado reciente como materiales de archivo. Reflexiones desde el caso uruguayo

Vania Markarian¹

En historia, todo comienza con el gesto de poner aparte,
de reunir, de convertir en «documentos»
algunos objetos repartidos de otro modo.

Michel de Certeau, *La escritura de la historia*.

La consolidación del campo de estudios de la historia reciente latinoamericana ha enfrentado el desafío de carecer de corpus documentales organizados como archivos públicos. Esto ha obligado a los investigadores a una mayor creatividad heurística, incursionando en la producción y validación de testimonios y contribuyendo a la detección y acopio de los repositorios que sustentan sus resultados. Sin embargo, las demandas de apertura de los acervos oficiales y las urgencias de su puesta en servicio parecen haber retrasado una reflexión más sistemática sobre la disponibilidad de los rastros del pasado y sus implicancias para la producción de conocimiento histórico, sobre todo una vez que los historiadores han reclamado desde su disciplina el estudio de temas y períodos aún dolorosos en el presente. Me propongo aquí abordar estos asuntos en el caso uruguayo. En primer lugar, repaso la situación de los archivos del pasado reciente, especialmente los repositorios estatales sobre la última dictadura (1973-1985) que han sido utilizados en diferentes investigaciones académicas y también para producir pruebas en causas judiciales por violaciones a los derechos humanos. En segundo lugar, aporto algunas reflexiones sobre los efectos que las decisiones —siempre de carácter político pero condicionadas por prácticas profesionales y restricciones logísticas— tomadas en relación a esos conjuntos documentales han tenido para la práctica historiográfica. Se trata, de esta manera, de plantear algunos interrogantes sobre los mecanismos de selección y validación de los documentos de archivo que constituyen la base misma de la historiografía y uno de los sustentos más reconocidos de cualquier interpretación del pasado.²

Situación de los archivos del pasado reciente en Uruguay

La situación de los archivos de la historia reciente en Uruguay ha registrado avances realmente significativos en la última década, abriéndose para consulta pública repositorios antes inaccesibles o que ni siquiera se sabía que existían. Esta evolución tiene causas múltiples, entre las que se destacan el desarrollo de políticas estatales de «verdad» y «justicia» sobre el período autoritario y una serie de cambios fundamentales en los procesos de memoria social sobre ese pasado todavía candente. Como hitos de ese proceso podemos mencionar la creación de un

- 1 Responsable del Área de Investigación Histórica del Archivo General de la Universidad de la República (AGU)
- 2 Agradezco a Nancy Uriarte la información sobre diferentes repositorios, así como los comentarios y observaciones críticas de Magdalena Broquetas, Alicia Casas, Nicolás Duffau e Isabel Wschebor, con quienes comparto la atracción y la fiebre del archivo. Aunque todo lo que digo es de mi exclusiva responsabilidad, siento que este texto refleja, en alguna medida, un conjunto de preocupaciones comunes. Fue presentado en el congreso de la Latin American Studies Association celebrado en Nueva York en mayo de 2016; se expuso una versión parcial en el seminario sobre archivos organizado por la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI) en Montevideo en junio del mismo año.





marco normativo específico que data de 2007 (Ley 18.220, que instauró el Sistema Nacional de Archivos) y 2008 (Ley 18.331, de protección de datos personales, y 18.381, de acceso a la información pública) y la decisiva acción del Archivo General de la Nación (AGN), órgano rector en la materia, en estas y otras medidas regulatorias.³ Persiste, sin embargo, cierta incomodidad con respecto a las condiciones de acceso a esos fondos y la falta de transparencia en los criterios empleados para su organización y descripción. Para poner un poco más de carnadura a ese panorama, repasemos el estado actual y el proceso de detección y apertura de esos archivos. Esto nos permitirá hacernos una idea de lo que enfrenta el usuario, sea litigante en juicios por violaciones a los derechos humanos, investigador o cualquier otro ciudadano, cuando va a consultarlos.

Para empezar, quiero compartir algunas conclusiones provenientes de un trabajo que publicamos en el año 2007 desde el Archivo General de la Universidad de la República (AGU) con apoyo de la Dirección de Derechos Humanos del Ministerio de Educación y Cultura y fondos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).⁴ Fue el primer relevamiento sistemático de este tipo de repositorios y asumió definiciones amplias para rastrear todos los lugares donde pudiera haber documentación relativa a violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura. Detectamos así treinta y dos repositorios: cinco en la órbita privada (desde organizaciones no gubernamentales hasta sindicatos y personas particulares) y veintisiete en la órbita pública (un par de ministerios, algunas dependencias estatales y un puñado de servicios de la Universidad de la República, aunque en varios casos la documentación provenía de privados). En relación al acceso, el 30 % era libre, sin ninguna restricción, y el 50 % tenía acceso restringido, es decir, había que pedir permiso y justificarlo y muchas veces no era claro qué criterios se usaban para habilitar o negar los pedidos. El 20 % de los lugares relevados, por último, estaba cerrado al público de forma casi total, con las obvias excepciones del uso interno de sus productores o custodios. Otra conclusión fue que las necesidades materiales de estos repositorios eran enormes, empezando por las técnicas, es decir, personal capacitado para custodiar y dar servicio y también bases de datos y computadoras para facilitar el control y el acceso. En muchos casos, las condiciones de conservación iban de regulares a malas por más que se había puesto mucho esfuerzo personal, generalmente honorario. Recordemos que el relevamiento se realizó antes de la aprobación del marco regulatorio referido y, por tanto, en condiciones de extrema incertidumbre sobre el tratamiento de los archivos públicos.

El año pasado, a casi una década de ese primer relevamiento y con tiempo suficiente para medir el impacto de esas leyes, comenzamos una puesta al día por parte de un equipo de archivólogos e historiadores de la Universidad de la República.⁵ Todavía no tenemos la totalidad de las respuestas, pero podemos adelantar algunas informaciones. En primer lugar, hay ahora muchas más instituciones con acervo sobre violaciones a los derechos humanos y temas aledaños. En el listado preliminar de lugares a relevar hemos incorporado quince nuevas instituciones, seis públicas y nueve privadas.

3 Las leyes están disponibles en <www.parlamento.gub.uy>. Ver: Wschebor, Isabel. «Con archivos el pasado no es lo mismo», en Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), *Derechos Humanos en el Uruguay: Informe 2013-2014* (Montevideo: SERPAJ, 2014).

4 Ver: *Relevamiento de archivos y repositorios documentales sobre derechos humanos en Uruguay* (Montevideo: Archivo General de la Universidad de la República/Dirección Nacional de Derechos Humanos del Ministerio de Educación y Cultura/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2007). Colaboraron en el equipo de trabajo Isabel Wschebor, Eugenio Amen, Mariela Cornes y Vania Markarian (coordinadora).

5 En el marco de las actividades del Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente (GEIPAR) financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República. Esta línea de trabajo sobre archivos es coordinada por Álvaro Rico y Vania Markarian; integran el equipo Nancy Uriarte, Carla Larrobla, Luciana Scaraffuni, Juan Vergara y Silvia Maresca.





En algunos casos, se trata de espacios de reciente creación (un museo, dos fundaciones culturales, un par de centros de documentación), pero otros varios ya existían y solo recientemente localizamos este tipo de materiales en su poder. Entre estos últimos, se destaca el Hospital Militar, donde se encontraron las historias clínicas de los presos políticos allí tratados, y la Curia de Montevideo, a partir de la resolución del Vaticano de abrir los archivos sobre el período de la dictadura. Mención aparte merece y tendrá en este trabajo la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente (en adelante Secretaría), dependiente de la Presidencia de la República y originada en las dos iniciativas gubernamentales de investigación sobre el destino de los detenidos desaparecidos y otros aspectos de la represión y el terrorismo de Estado durante los años de dictadura.

Sin contar todavía con resultados completos de esta puesta al día, trataré de calibrar qué ha cambiado en la década transcurrida desde aquel primer esfuerzo con base en un repaso de la situación de los archivos provenientes de los tres ministerios que guardan la documentación más abundante sobre estos temas. Dos de esas carteras (Relaciones Exteriores e Interior) estaban en el relevamiento de 2007; la tercera, Defensa Nacional, no aparecía en esa compulsa por razones que explicaremos más adelante.

El Ministerio de Relaciones Exteriores, incluido en el relevamiento de 2007, tenía y tiene la política más clara en materia de acceso y tratamiento documental dentro del aparato estatal.⁶ Se conservan allí series históricas que datan de comienzos de la vida independiente del país. En relación al período considerado en este texto, se destacan los archivos de los ministros de la época, las series de la Dirección General de Secretaría y de la Oficina de Seguridad, la documentación enviada a y recibida de las diferentes embajadas, consulados y misiones uruguayas en el mundo, y la correspondencia con otras dependencias del Estado. Estos documentos revelan tanto el seguimiento a los uruguayos exiliados como los buenos oficios de la Cancillería en la defensa de la represión estatal frente a las denuncias de las redes transnacionales de derechos humanos. Hay también abundante evidencia sobre el manejo irregular de la documentación probatoria de identidad de los uruguayos fuera del país, especialmente la vinculada a personas desaparecidas, presas, asesinadas o requeridas. Todo esto da cuenta de la estrecha relación del Ministerio de Relaciones Exteriores con las organizaciones (legales y clandestinas) específicamente dedicadas a la represión durante el período de la dictadura.

En cuanto al tratamiento de la documentación, tanto el Departamento de Archivo Administrativo como el Archivo Histórico Diplomático, las dos dependencias internas encargadas de esos materiales, tienen (tenían ya en 2007) personal capacitado, medios de control y reglas de acceso bastante claras aunque no siempre sencillas. Allí fue relativamente fácil implementar el nuevo marco regulatorio a partir de 2008, porque venían tratando estos temas al menos desde mediados del 2005 en el seno de un grupo de trabajo *ad hoc* creado por el ministro Reinaldo Gargano. Cuentan desde entonces con instrumentos de descripción que les permiten atender las solicitudes para los juicios reparatorios, entre otros pedidos que reciben de ciudadanos interesados en esa documentación. Este repositorio fue central, además, en el trabajo inicial del equipo comisionado en 2005 por el primer gobierno de Tabaré Vázquez para investigar sobre el destino de los detenidos desaparecidos con vistas a producir un informe oficial sobre el tema. Cabe apuntar, por último, que ha habido negativas de las autoridades ministeriales frente a solicitudes de algunos investigadores,

6 Información proveniente del *Relevamiento de archivos y repositorios documentales sobre derechos humanos en Uruguay*, 67-70, y de mi propia experiencia con usuaria del archivo. Ver: Markarian, V. «Una mirada desde los derechos humanos a las relaciones internacionales de la dictadura uruguaya», en Demasi, Carlos; Marchesi, Aldo; Markarian, Vania; Rico, Álvaro y Yaffé, Jaime. *La dictadura cívico-militar: Uruguay, 1973-1985* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2009).





fundamentalmente extranjeros, y que el ministerio no ha logrado hasta el momento destrabar el acceso a los documentos de las diferentes agencias del gobierno de Estados Unidos.

El segundo caso del que quiero hablar es el del Ministerio del Interior o, más precisamente, el archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNI), dependiente del mismo.⁷ No se trata por tanto del archivo administrativo de esa cartera sino del archivo de la inteligencia policial uruguaya. Aunque se encuentra documentación de las primeras décadas del siglo pasado, el grueso de la misma data del período posterior a 1947, cuando se creó el Departamento de Inteligencia y Enlace de la Jefatura de Policía de Montevideo en pleno comienzo de la Guerra Fría. Incluye documentos producidos por la misma Policía (informes, notas de trabajo, fotografías, expedientes, etc.) y otros incautados en sus procedimientos (folletería, publicaciones, cartas y propaganda de diversas organizaciones sociales y políticas), todos de gran importancia para el conocimiento de la historia social y política del siglo veinte en Uruguay.

Aun antes de que se conformara el equipo encargado de investigar sobre los desaparecidos a instancias de Presidencia, hubo una etapa de relativa apertura a diversos interesados bajo el ministro José Díaz. Es claro que ese equipo logró un acceso más amplio y sistemático que el resto de los otros (pocos) investigadores y ciudadanos que pudieron entrar. Sin embargo, en ningún caso el procedimiento estaba claramente estipulado: las solicitudes debían dirigirse al ministro de turno, que autorizaba o denegaba sin explicitar sus criterios, y no se contaba con herramientas de descripción y control que permitieran saber el volumen, organización, fechas extremas y servicios productores de la documentación. Las solicitudes, por tanto, debían hacerse de modo intuitivo por fechas o acontecimientos de interés. Además, el servicio quedaba librado a la voluntad y conocimientos de los funcionarios policiales que eran asignados para atender los pedidos. Insisto en que durante la etapa de José Díaz la política era bastante más abierta de lo que fue posteriormente, aunque también con Daisy Tourné se concedieron permisos.

Luego de la aprobación del marco regulatorio de 2007 y 2008, la situación cambió de modo paradójico. Se comenzó entonces a invocar selectivamente la normativa antes referida para negar o restringir el acceso, haciendo siempre la interpretación más conservadora posible. Se solía alegar, por ejemplo, que no se podía consultar ciertos materiales con base en la definición de «documentación sensible» de la Ley 18.381 o que, según la Ley 18.331, debían protegerse frente a terceros los «datos personales» de quienes eran mencionados en esos documentos, alegando razones logísticas para dar acceso con nombres tachados tal como se hace en otros lugares. Al mismo tiempo, no se cumplían las previsiones de las leyes en cuanto a la transparencia de los criterios para justificar esas decisiones y la disponibilidad de instrumentos de control del acervo. Tampoco se garantizaba el tratamiento diferencial de la documentación considerada histórica, de conservación permanente y de gran valor para el conocimiento de los más diversos temas y períodos de nuestro pasado. Pero seguramente el dato más preocupante en relación a este archivo era que seguía bajo la responsabilidad de la institución que lo había generado y con fuertes indicios de que se mantenía «vivo», es decir, que se seguía usando para tareas de inteligencia policial de relativa legalidad. Con todas estas graves salvedades, la documentación a la que se pudo acceder en esta etapa fue crucial en varias investigaciones historiográficas, así como en la labor del equipo universitario comisionado por la Presidencia.

7 Información proveniente del *Relevamiento de archivos y repositorios documentales sobre derechos humanos en Uruguay*, 77-8; de Magdalena Broquetas, «El Archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia: Consideraciones sobre su apertura parcial y valoración de su importancia para la investigación histórica», *Contemporánea*, 4 (2013), 229-30; y de mi propia experiencia con usuaria del archivo.





De hecho, el trabajo de ese equipo sirvió como antecedente para que finalmente, en octubre de 2013, se firmara un acuerdo entre el Ministerio del Interior, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE) y la antes citada Secretaría de los Derechos Humanos para el Pasado Reciente, dependiente de Presidencia, que determinaba el pasaje a la órbita civil de la documentación histórica de la DNI y otros archivos de menor volumen en el dominio del ministerio. También contribuyó a esta decisión la sentencia dictada por la Corte Interamericana de Derechos Humanos en febrero de 2011 (en el caso *Gelman vs. Uruguay*), que le daba plazo de dos años al gobierno para adoptar «medidas pertinentes para garantizar el acceso técnico y sistematizado a información acerca de las graves violaciones de derechos humanos ocurridas durante la dictadura que reposa en archivos estatales».⁸ El acuerdo obligaba a la digitalización de los documentos, depositando copias en las instituciones firmantes, y transfería a la FHCE las colecciones de periódicos incluidas en los acervos.

A casi tres años de firmado ese acuerdo, el proceso dista de culminarse, habiéndose cumplido de modo integral solamente la provisión de traslado de las colecciones de prensa. Las tareas de ordenamiento y digitalización, naturalmente engorrosas y costosas, parecen avanzar a ritmo muy lento y han imposibilitado el acceso público a la documentación, con la presumible excepción de personas vinculadas a los equipos técnicos dependientes de la Secretaría y puntuales requerimientos de las causas judiciales en curso. Esta situación fue confirmada en una reciente visita de representantes universitarios a la dependencia policial donde se encuentran estos archivos.⁹ Las dificultades en las relaciones entre la Secretaría y el nuevo grupo de trabajo designado por Presidencia para investigar el destino de los detenidos desaparecidos terminan de pintar un panorama poco alentador con respecto a la pronta disponibilidad de estos archivos.¹⁰ Sumemos a esto el hecho de que la Secretaría tampoco ha puesto en servicio los materiales originales, ni las copias de documentación que fueron recopilando y produciendo los varios equipos que trabajaron en el marco de las iniciativas oficiales de investigación sobre violaciones a los derechos humanos desde el año 2000 (primero la Comisión para la Paz del gobierno de Jorge Batlle y luego los grupos comisionados por la primera administración de Tabaré Vázquez y que, con cambios, perduran en la actualidad).

El tercer caso que quiero comentar es el del Ministerio de Defensa Nacional, que no está en el relevamiento del 2007. A pesar de todas las objeciones, entonces, es un gran avance que en este período hayamos empezado a considerar la ubicación y acceso a fondos documentales relacionados con esa cartera. A comienzos de 2006, varios medios dieron la noticia de que la entonces ministra, Azucena Berruti, había lacrado unos armarios con miles de rollos de microfilm en una dependencia del ministerio y que personal de su confianza iniciaría la digitalización de la documentación para luego decidir su destino. En un comienzo, se agregaba, no se estaban leyendo los documentos ni se sabía exactamente de dónde procedían y cómo habían llegado hasta esa ubicación.¹¹ La información oficial era poca y el asunto permaneció rodeado de secreto durante largo tiempo, razón por la cual no se pudo incluir el acervo en el citado relevamiento. Recién en

8 Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Caso Gelman vs. Uruguay: Sentencia de 24 de febrero de 2011* (Apartado VII, punto C2 iii), disponible en <http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_221_esp1.pdf>.

9 Ver por ejemplo: «El rector Markarian visitó archivo de inteligencia policial», *La República*, 16 de setiembre de 2016.

10 Especialmente ante la renuncia de su directora, Isabel Wschebor. Ver por ejemplo: «Saltó», *La Diaria*, 26 de enero de 2016.

11 Ver por ejemplo: Blixen, Samuel. «Los archivos de la infamia existen: Ubicarlos para después difundirlos», *Brecha*, 13 de abril de 2006.





agosto de 2009, luego de terminado el proceso de digitalización encargado por la ministra, tanto la documentación proveniente del Estado Mayor Conjunto de la Fuerzas Armadas como los microfilms con documentos de inteligencia militar se pusieron bajo la responsabilidad y custodia del AGN.¹² La dirección del AGN ha garantizado el servicio con base en una interpretación estricta de las directivas de protección de datos personales que lo limitan a las personas nombradas y sus descendientes, pudiendo estos en todos los casos liberar el acceso (lo mismo han hecho con otra documentación proveniente del Poder Judicial que obra en su poder).

El año pasado volvió a haber novedades sobre la existencia de archivos hasta ahora negados por las Fuerzas Armadas, cuando el incautamiento por parte de la Justicia de un gran volumen de documentación en el domicilio del militar fallecido Elmer Castiglioni, en el marco de una causa por desaparición. No se ha difundido el contenido ni procedencia exacta de la misma y, al igual que en el caso de los microfilms, no se sabe realmente cómo se articula este conjunto de materiales con las series producidas orgánicamente por el ministerio (que siguen cerradas al público).¹³ Más recientemente, se ha comunicado la localización de documentación en la sede de Fusileros Navales (FUSNA) de la Armada Nacional sin especificarse qué tratamiento y destino se le dará.¹⁴ Sumemos a esto los cambios en las autoridades del Ministerio de Defensa y las tensiones con las organizaciones de derechos humanos sobre la disponibilidad de la información necesaria para las causas judiciales y tendremos un panorama de las amplias zonas de indefinición que aún persisten al respecto.¹⁵

Lo que me importa señalar como resumen de esta breve exposición de tres casos importantes es que siguen existiendo grandes carencias en las condiciones de preservación y acceso a los múltiples archivos oficiales sobre el período de la dictadura que se han detectado en la última década. Las acciones específicas de rescate y puesta en servicio para diferentes investigaciones (históricas y judiciales, oficiales y privadas) no se han enmarcado en una política global en materia archivística derivada de la nueva legislación nacional, ni han contemplado la situación de otros fondos documentales quizás menos «sensibles», pero no por ello menos importantes, como los acopiados por diversas instituciones públicas con interés en la materia (entre las que se destacan el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos de la FHCE, el Archivo General de la Universidad de la República y el Centro de Fotografía de la Intendencia de Montevideo).¹⁶ Esto permite entender la insatisfacción imperante hasta hoy entre investigadores, litigantes en juicios de derechos humanos y otros potenciales usuarios de estos acervos. Paradójicamente, vale reconocerlo, esta insatisfacción es en gran medida hija de la profundización de la misma conciencia archivística que permitió los avances que venimos reseñando, especialmente la aprobación del marco normativo, y que ahora reclama su aplicación integral junto con políticas sistemáticas que garanticen el acceso efectivo a los documentos de archivo. La clave de la cuestión está en la voluntad política, expresada en directivas y recursos, que debe existir para dar satisfacción al espíritu de las leyes que es, en términos generales, garantizar el acceso.

12 Ver por ejemplo: «Entregan documentos del ESMACO», *La República*, 28 de agosto de 2009.

13 Ver por ejemplo: «Archivo incompleto», *La Diaria*, 5 de octubre de 2015.

14 Ver por ejemplo: «Con cautela», *La Diaria*, 17 de agosto de 2016.

15 Ver por ejemplo: «Tapando el sol», *La Diaria*, 27 de mayo de 2015, y «Con cautela», *La Diaria*, 17 de agosto de 2016.

16 Ver: *Relevamiento de archivos y repositorios documentales sobre derechos humanos en Uruguay*, 27-30, 35-8 y 61-3.





Algunos problemas abiertos para la producción de conocimiento histórico

Por otra parte, me gustaría postular que esa incomodidad deriva también de que, en aras de dar respuestas puntuales a los desafíos acuciantes planteados por esos archivos y ante las demandas de abrirlos para atender los reclamos de las víctimas, se ha soslayado una reflexión más profunda sobre el conjunto de temas teóricos y prácticos asociados a su manejo, especialmente desde la perspectiva de la práctica historiográfica. Desde esa constatación, me gustaría contribuir algunas ideas a esa necesaria discusión sobre los múltiples usos y significados de los documentos de archivo del pasado reciente.

Antes de adentrarnos en esa temática, es necesario reconocer hasta qué punto estos asuntos han estado en Uruguay, como en muchos otros países de la región y el mundo, fuertemente vinculados a los procesos generales de memoria social y al trámite concreto de las denuncias de los aspectos más brutales de la represión dictatorial.¹⁷ En 2005, luego de dos décadas de presión del movimiento de derechos humanos, la primera administración de Tabaré Vázquez marcó un cambio profundo respecto a la voluntad política de investigar los crímenes de la dictadura y dar curso a su trámite judicial dentro de los marcos legales vigentes. El gobierno tomó entonces algunas medidas ubicadas en el terreno de las «políticas de la memoria» y otras dirigidas al conocimiento más profundo de lo sucedido en los años de dictadura.¹⁸

La Universidad de la República fue central en esos esfuerzos mediante un convenio que incluyó excavaciones arqueológicas para ubicar restos humanos en predios militares y la convocatoria de un prestigioso (y prestigiante) triunvirato de historiadores (José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Álvaro Rico) para dar cumplimiento a la ley que, avalada por el voto popular en el plebiscito de 1989, había prescrito la «pretensión punitiva del Estado» pero que, de todos modos, habilitaba la investigación sobre los casos de desaparición forzada ocurridos entre 1973 y 1984.¹⁹ Este encargo puso a un grupo de docentes y estudiantes universitarios (reclutados por esos tres académicos) ante el inusual desafío de utilizar sus saberes específicos para dar satisfacción a un mandato legal y político. El gobierno mostraba así la intención de abordar ese pasado desde una perspectiva «científica» o «técnica», apartada de motivaciones políticas supuestamente ajenas a la academia. Era un gesto interesante, sobre todo en comparación con otras experiencias de la región donde la idoneidad de las comisiones encargadas de estas tareas había estado relacionada con ponderaciones de tipo moral y ético (e incluso con meros cálculos de proporcionalidad política).

Desde la perspectiva de los investigadores del pasado reciente (convocados o no), este movimiento contribuyó decisivamente al fortalecimiento de un campo de estudios hasta entonces abundante en producción pero nebuloso en su agenda y fronteras. Anotemos dos rasgos esenciales en esa dirección. En primer lugar, los cinco gruesos volúmenes publicados por el equipo universitario en 2007, luego de dos años de trabajo, consolidaron las ideas de «terrorismo de

17 Por un análisis más exhaustivo de estos temas, ver: Marchesi, A. y Markarian, V. «Cinco décadas de estudios sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay», *Contemporánea*, 3 (2012).

18 Entre otras acciones, se pueden mencionar los cambios en las fechas conmemoradas oficialmente, los proyectos legislativos de reparación a presos políticos y familiares de desaparecidos y las apuestas educativas en estas temáticas.

19 Por información sobre el convenio y sus resultados, ver los informes de los equipos universitarios coordinados por José López Mazz y Álvaro Rico en <<http://www.presidencia.gub.uy/comunicacion/informes/investigacion-historica-sobre-detenidos-desaparecidos>>. Por una visión interna del trabajo del referido «triumvirato», ver: Caetano, Gerardo. «Hacia un momento de verdad en el Uruguay reciente: Las investigaciones sobre el destino de los detenidos desaparecidos, 2005-2007», *Sociohistórica: Cuadernos del cisb*, 23/24 (2008).





Estado» y «violaciones a los derechos humanos» como claves para la comprensión de todo el período autoritario.²⁰ Esto queda claro si se considera que, de acuerdo al encargo de Presidencia, el grueso de sus páginas está dedicado a presentar, bajo el formato de «fichas» con entradas estandarizadas, toda la información que se pudo recabar sobre cada desaparecido, las prácticas concretas de su secuestro, prisión clandestina y desaparición forzada, así como el seguimiento de los esfuerzos de su búsqueda y su eventual causa judicial.²¹ Aun desde una gran diversidad de temas y enfoques, este énfasis en la violación de ciertos derechos y marcos legales básicos dominó también la literatura académica sobre la dictadura en esta etapa. Recordemos, además, que los investigadores del pasado reciente venían siendo demandados por diversos actores sociales (y por su propia conciencia ciudadana) para aportar conocimiento sobre un período del que solo se tenían, con grandes lagunas y contradicciones, las voces de sus testigos más directos.

En segundo lugar, estrechamente relacionado con lo anterior, estos tomos revelaron, por primera vez desde la recuperación democrática, la existencia de un impresionante caudal de información sobre la dictadura y sus prolegómenos proveniente en gran medida de archivos y repositorios oficiales, especialmente del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Ministerio del Interior (así como de anteriores investigaciones estatales). Parecía lograrse así contextualizar, corroborar y expandir los relatos basados en los testimonios de sus protagonistas, mayormente las víctimas de los crímenes de la dictadura, que habían sostenido todos los esfuerzos anteriores de investigación y búsqueda, desde el conocido informe *Nunca Más* producido por el Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) en 1989 hasta la respuesta de 2004 de los familiares de desaparecidos al primer reporte oficial del Estado uruguayo.²² Sin desconocer esa genealogía, estos libros de 2007 empezaban a armar un puzle de voces y miradas más diversas. Vale aclarar, sin embargo, que sobre muchas circunstancias y asuntos la información seguía siendo escasa y no permitía contestar de modo palmario las preguntas más acuciantes del movimiento de derechos humanos, aportando más a la comprensión general del aparato represivo, sus modalidades de acción y sus cadenas de mando, que al señalamiento preciso de los detalles y las responsabilidades individuales en cada episodio particular.

A los efectos de este texto, interesa señalar especialmente que, tomados en conjunto, estos dos rasgos (la asimilación del régimen autoritario a un patrón de violaciones de los derechos humanos y la comprobación de la existencia de repositorios oficiales sobre esos temas) moldeaban una forma de relacionarse con el período de la dictadura que vinculaba estrechamente la producción de pruebas documentales «duras» con la consecución de la «verdad» en una paradójica recuperación del tradicional positivismo. Sin proponérselo premeditadamente, pero sin espacio tampoco para considerar las distancias entre «el juez y el historiador», en la formulación de Carlo Ginzburg estos volúmenes equiparaban de hecho los métodos más clásicos de la investigación histórica erudita en archivos con la producción de evidencia, aunque fuera contextual, para los

20 Presidencia de la República Oriental del Uruguay, *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos en cumplimiento del artículo 4 de la ley 15.848*, 5 vols. (Montevideo: IMPO, 2007); disponibles también en <<http://www.presidencia.gub.uy/comunicacion/informes/investigacion-historica-sobre-detenidos-desaparecidos>>.

21 La publicación, dos años después, de otros tres tomos con información que, por las características del pedido de Presidencia, había quedado afuera de la primera serie mostró la voluntad de rebasar el estudio de los casos de desapariciones hacia otras modalidades y aparatos de control social y castigo de la disidencia. Ver: Universidad de la República, *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay, 1973-1985*, 3 vols. (Montevideo: Universidad de la República, 2009).

22 Ver: SERPAJ. *Uruguay Nunca Más* (Montevideo: SERPAJ, 1989) y Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos. *A todos ellos: Informe de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos* (Montevideo: Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, 2004).





juicios que se estaban reabriendo en el nuevo contexto político.²³ En los años siguientes, en efecto, estos trabajos han sido repetidamente citados en las demandas y sentencias al respecto y han servido para rastrear otros documentos probatorios en diferentes repositorios oficiales. Además, la continuación de la labor de investigación y asistencia a la Justicia por parte del equipo universitario, mediante repetidos convenios con Presidencia, ha permitido detectar nueva documentación e integrarla a las causas. Esto muestra que, por encima de múltiples rispideces derivadas de las dificultades de acceso y los hábitos de secreto y ocultamiento de muchas dependencias estatales, el esfuerzo por atender los reclamos de las víctimas ha primado en los criterios de detección y servicio de esos repositorios.

Dado que esos mismos documentos de archivo son (o deberían ser) el sustento de la labor historiográfica (es decir del trabajo de los historiadores ya no en su calidad de investigadores de estrategias represivas y violaciones a los derechos humanos, sino en tanto productores de interpretaciones diversas sobre el pasado), parece necesario plantear ahora de modo más amplio algunas dificultades que este panorama presenta para los mecanismos de validación del conocimiento de ellos derivado. Si, como señala Michel de Certeau en la cita que abre este texto, «en historia, todo comienza con el gesto de poner aparte, de reunir, de convertir en “documentos” algunos objetos repartidos de otro modo», tendremos una idea del impacto que las prácticas de detección, consignación y servicio de fuentes primarias realizadas en el marco de las investigaciones encomendadas por Presidencia han tenido en el trabajo subsiguiente de los historiadores del pasado reciente.²⁴ En tanto ciudadanos, sus demandas pueden coincidir con las de quienes reclaman «verdad» y «justicia» (y en Uruguay lo han hecho casi sin excepciones); en tanto practicantes de una disciplina con sus propias pautas de legitimidad, criterios de verdad y métodos de construcción de pruebas, sus urgencias y premisas de trabajo son de una naturaleza diferente. Habitar las dos pieles y ocasionalmente poner una al servicio de la otra, con inequívoca vocación de justicia, no borra esa distinción radical.

Algunas claves de esa problemática se plantearon mientras se debatía la situación de los archivos que se iban poniendo a disposición de las investigaciones encomendadas por Presidencia y empezaban a servir de sustento a la acción de la Justicia. Las leyes nacidas al calor de esa misma discusión sobre la necesidad de preservar y dar acceso a la documentación oficial del período de la dictadura, especialmente la de creación del Sistema Nacional de Archivos en 2007, pusieron al país a tono con la legislación internacional. Dieron pautas generales sobre la organización y el acceso a los documentos de archivo y designaron al AGN como organismo rector en la materia, sin referir específicamente a los documentos producidos en tal período, por cuál agencia del gobierno o en determinado contexto político. Quedaba así establecido el marco global de acción (más un horizonte de demandas que una realidad concreta, como vimos anteriormente) pero no se saldaban los debates sobre los plazos precaucionales, es decir, las fechas en que la información debía estar a disposición, ni sobre qué organismo debía administrar los documentos más sensibles del pasado reciente (los que refieren a temas de seguridad nacional y los que vinculan datos personales a individuos con nombre y apellido), dónde tenían que estar, quién debía asumir la responsabilidad de conservarlos y dar acceso, quién tenía que encargarse de cumplir con la normativa vigente en cada caso concreto.

23 Ver: Ginzburg, Carlo. *El juez y el historiador: Consideraciones al margen del proceso Sofri* (Madrid: Anaya, 1992). Por las diferentes soluciones que se han dado al problema de la prueba en otros casos de la región, ver: Marchesi, A. «¡Esta es la Verdad! Construcción, sentidos y usos de la “verdad” en los informes *Nunca Más* del Cono Sur», *Temáticas*, 17:33/34 (2009).

24 De Certeau, Michel. *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1993), 85.





En ese contexto, y bajo la creciente presión por el acceso de litigantes e investigadores, se intensificó la discusión sobre el destino inmediato de esos documentos. Las opciones inicialmente manejadas a nivel público daban respuestas *ad hoc*, poniéndolos bajo una institucionalidad específica que podía ser un nuevo Instituto de Derechos Humanos, propuesto por una diputada del Partido Nacional (Beatriz Argimón), o el llamado Archivo Nacional de la Memoria, originado en la bancada del Frente Amplio y efectivamente aprobado por el Parlamento a fines del 2008. Este archivo, que se proponía ubicar y reagrupar la información sobre el período autoritario existente en los diversos repositorios públicos, no llegó a crearse. El fracaso se debió principalmente a la falta de recursos y voluntad política pero influyó también la resistencia de muchos archivólogos e historiadores que señalaron en una carta abierta de agosto de 2007 que la solución debía ser integral y tratar de trascender las preocupaciones y heridas todavía abiertas de la dictadura. La iniciativa provino de un grupo de historiadores cercanos al equipo de trabajo universitario y entre las firmas aparecían sus coordinadores y varios de sus integrantes.²⁵

Su posición se fundaba en un principio básico del tratamiento archivístico: la conservación de la integridad de las series y las colecciones documentales. Se advertía así acerca de los peligros de establecer cortes tajantes y hacer de las discusiones contemporáneas, atravesadas por pasiones políticas y dolores acuciantes, la forma central de definir qué hacer con documentación perteneciente a archivos históricos de gran valor en la larga duración. En muchos casos, se alegaba, eran documentos pertenecientes a series más extensas y con información diversa. El acervo de la DNI, por ejemplo, no se había iniciado con el episodio del golpe de Estado de 1973, sino que refería al esfuerzo de control social del Estado uruguayo desde sus mismos orígenes, modificado al ritmo de diversos sucesos nacionales e internacionales, como la Guerra Fría, la evolución tecnológica y los enfrentamientos políticos de cada período, por nombrar unos pocos.²⁶

Por encima de ese principio básico, esta posición reclamaba que se reconociera que en materia de archivos había tantos usos como usuarios y que las urgencias de unos no podían ir en detrimento del derecho de los otros. Las políticas de archivo debían, por tanto, evitar exagerar la excepcionalidad de un período que necesitaba ser puesto en contexto en la historia larga del país, la región y el mundo, de modo de no privar a otros, con sus preguntas e inquietudes, de importantes recursos documentales conservados en su integridad. Sin erigirse como una reivindicación corporativa, el reclamo evidenciaba la incipiente consolidación de un campo de estudios con sus propias reglas y agendas, no siempre coincidentes con los objetivos que habían animado las demandas de apertura de los archivos de la dictadura, hasta entonces lideradas por el vasto movimiento de derechos humanos (incluyendo, como vimos, el aporte en clave técnica de un grupo de historiadores y otros investigadores). En medio de esas discusiones y en ausencia de una decisión política clara, los proyectos de construcción de una institucionalidad específica para esos archivos naufragaron sin que se tomaran tampoco caminos alternativos para dar satisfacción a los reclamos de servicio integral de la documentación del período, según expusimos en la primera sección de este artículo.

Aún hoy la situación dista mucho de ser satisfactoria en relación a las causas de derechos humanos, pero presenta una problemática específica en lo que hace a la posibilidad de avanzar en la producción de conocimiento histórico. En 2013, en una reseña sobre el archivo de la DNI, la historiadora Magdalena Broquetas insistía sobre este punto al señalar que, una vez que esa

25 Ver: «Carta pública realizada en respuesta al proyecto de ley para la creación del Archivo Nacional de la Memoria, Montevideo, 24 de agosto de 2007», en Markarian V. y Wschebor, I. (eds.), *Archivos y derechos humanos: Los casos de Argentina, Brasil y Uruguay* (Montevideo: Archivo General de la Universidad de la República, 2009), 53-55.

26 Ver: Ídem.





documentación había comenzado a utilizarse, debía exigirse el cumplimiento de «uno de los principios axiomáticos de la disciplina [histórica] como lo es el de la verificabilidad de las fuentes», poniéndolas en servicio público en condiciones claras, transparentes y comprensibles que permitieran contrastar las conclusiones derivadas de su lectura.²⁷ En ese momento, un puñado de historiadores comenzaba a publicar textos basados en los documentos de la DNII, a los que había accedido por permiso expreso del ministro de turno y otros tantos estaban trabajando en esa dirección.²⁸ Pero para el grueso de sus colegas y el resto de la ciudadanía esas fuentes no estaban fácilmente disponibles.

La reflexión de Broquetas resaltaba entonces la necesidad de dar un debate más amplio sobre el estatuto de los documentos provenientes de esos archivos estatales de condición incierta en la práctica historiográfica, es decir, sobre los modos de construcción de pruebas en el oficio de los historiadores. Al reivindicar el estudio de una época que, con todas sus gravitaciones en el presente, empezaba a resultar menos cercana y más apta a la distancia en que este oficio florece, la historiografía del pasado reciente se enfrentaba a un tema clásico de la disciplina: las relaciones entre documento y verdad en la producción de conocimiento sobre el pasado. Recordemos que el positivismo filosófico de los historiadores europeos del siglo XIX, fundante del cultivo moderno de la disciplina, asumía que las series documentales se acumulaban «naturalmente» conforme caducaba su vida administrativa, permitiendo la posterior reconstrucción de lo sucedido a partir del registro seriado de los hechos. Esta idea del documento de archivo como prueba irrefutable de lo acontecido fue radicalmente criticada por las nuevas corrientes historiográficas de mediados del siglo XX que comenzaron a concebir sus fuentes como rastros de los discursos del pasado, reconociendo a la par la multiplicidad de modalidades de conformación de los fondos documentales y el peso de diversos intereses y disputas de poder en cada contexto histórico.²⁹ Puestos a discutir el destino y el servicio de los archivos contemporáneos, se hace imperioso tener en cuenta estos cambios epistémicos para decidir cómo los organizamos y describimos en aras de validar los diferentes usos de los documentos en el presente. Manteniendo la defensa de la integralidad de las series documentales, esta posición impone, además, pautas de organización y descripción basadas en criterios amplios que incluyan el rastreo de los caminos que llevaron a la conservación de algunos vestigios del pasado como documentos de archivo y a la pérdida o eliminación de otros, no como mera explicación de la ausencia de información sino como una forma de entender los mismos procesos históricos en cuestión.

El haitiano Michel-Rolph Trouillot ofrece reflexiones interesantes en esa dirección al diferenciar entre el momento de creación de los registros del pasado, su consignación en conjuntos documentales, su recuperación por medio de narrativas y su «significación retrospectiva» como «hechos históricos» por parte de los historiadores.³⁰ Así, la llamada «crítica de fuentes», base de la historiografía moderna, refiere menos a lo que los viejos manuales llamaban «ciencias auxiliares»

27 Broquetas, M. «El Archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia».

28 Un repaso impresionista de historiadores que accedieron a este archivo a título individual y fueron publicando sus resultados en esta etapa incluye a Clara Aldrighi, Magdalena Broquetas, Gabriel Bucheli, Roberto García Ferreira, Aldo Marchesi, Vania Markarian y Jaime Yaffé, todos ellos docentes de la Universidad de la República, y Universindo Rodríguez, en ese momento adscripto a la Biblioteca Nacional.

29 Sobre estos temas, ver los aportes contenidos en Blouin Jr., Francis X. y Rosenberg, William G. (editores). *Archives, Documentation, and Institutions of Social Memory: Essays from the Sawyer Seminar* (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 2007); De Certeau, M. *La escritura de la historia*, especialmente el capítulo 2; y el apartado sobre archivos en *Políticas de la Memoria*, 6-7 (2006-7).

30 Ver: Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History* (Boston: Beacon Press, 1997).





(caligrafía, vexicología, numismática, heráldica, genealogía, etc.) como instrumentos para asegurar la fiabilidad de un documento, que a su significado para las preguntas del historiador que integra una comunidad de pares y comparte la cultura de una sociedad determinada. Así entendidas, también las prácticas de consignación en una institución de acuerdo a criterios técnicos y políticos, determinantes en el proceso de transformación (o no) de las huellas o testimonios del pasado en documentos de archivo, deben ser analizadas como hechos históricos relevantes en la construcción de significado.

Retomando el asunto que nos ocupa y usando las palabras de Trouillot, la «significación retrospectiva» de los datos consignados en los archivos del pasado reciente no puede evitar considerar, por poner un ejemplo extremo, los problemas involucrados en el cambio de lógicas archivísticas en acervos que, habiendo sido creados para vigilar y reprimir, sufrieron luego operaciones de ocultamiento y fueron por último localizados y convertidos en pruebas ante la Justicia, según analiza la historiadora Kirsten Weld para el caso guatemalteco.³¹ A su vez, debe recordarse que la determinación de quiénes son víctimas y quiénes victimarios no remite a categorías absolutas sino construidas históricamente en cada sociedad y cultura, muchas veces con la ayuda de las fuentes documentales que permiten contrastar los testimonios de los participantes. Fundamentalmente, hay que tener presente que los documentos ni mienten ni contienen «la verdad» sino que proporcionan una forma de la misma: la verdad del propio documento, a la que solo se accede rastreando sus formas de producción, su historia y propósitos. Volviendo a plantear otro ejemplo extremo, esto pasa con actas de interrogatorios y las transcripciones de supuestas delaciones: son documentos producidos por los integrantes de los sistemas represivos. Esto lo entiende cualquiera que haya leído algo de historia medieval y recuerde el *Martillo de las brujas*, una suerte de guía sobre represión de la brujería que sirvió de manual a los inquisidores y sin la que no podríamos dar sentido a las confesiones de sus víctimas porque estas siguen fundamentalmente las pautas de sus interrogadores.³² Es decir, todos los documentos, pero especialmente los producidos en condiciones aberrantes, son una expresión de relaciones de poder que no pueden omitirse si se quiere comprender lo que allí se relata.

Como nos recuerda De Certeau: «Desde el acopio de los documentos hasta la redacción del libro, la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad».³³ Esto nos vuelve a traer a la necesidad de la labor historiográfica contemporánea de recuperar los orígenes dispersos y las diversas condiciones de producción de los vestigios del pasado como documentos de archivo. El archivo surge entonces como lo reunido y su orden en el presente. Además de conocer la historia de ese orden recibido al momento de la consulta, la producción de conocimiento histórico supone su cuestionamiento, resaltando unos atributos y omitiendo otros, estableciendo conexiones que permitan convertir al documento en fuente de donde emanan los sentidos que sostienen el texto historiográfico.³⁴ Implica, a su vez, asumir que todos los archivos tienen silencios y omisiones porque son el producto de las decisiones de los individuos y los grupos que han influido en su creación y mantenimiento, y no emanaciones «naturales» de una actividad institucional rutinaria. Esto equivale a decir que todo archivo tiene su «otro»: aquello que queda afuera, que

31 Ver: Weld, Kirsten. *Paper Cadavers: The Archives of Dictatorship in Guatemala* (Durham, nc: Duke University Press, 2014).

32 Tratado escrito por dos monjes dominicos en 1486; referencia ineludible de los procesos de brujería en Europa en los siglos siguientes. Ver: Kramer, Heinrich y Sprenger, Jacobus. *Malleus Malleficarum: El martillo de las brujas* (Valladolid: Maxtor, 2004).

33 De Certeau, M. *La escritura de la historia*, 78.

34 Ver: Farge, Arlette. *La atracción del archivo* (Valencia: Edicions Alfons El Magnanim, 1991).





no es registrado como documento porque no responde a los intereses de grupos con capacidad de consignar su voz en determinado contexto. La búsqueda de esos silencios puede ser también tarea de los historiadores, pero eso sería tema de otro artículo.

Digamos, para terminar, que este planteo de las particularidades del acercamiento de los historiadores a los archivos contemporáneos no pretende de modo alguno desconocer la cantidad de otros usos posibles de los documentos allí preservados. Por el contrario, se trata de contribuir al debate sobre los problemas del acceso a esos repositorios con el objetivo de regular cuidadosamente ese proceso sin disminuir los derechos de todos los ciudadanos al conocimiento de la documentación pública. En ese contexto, el objetivo sigue siendo encontrar criterios comunes entre todos los interesados en este tipo de documentación para darle el tratamiento adecuado y, aun más importante, definir patrones sistemáticos para su accesibilidad en instituciones públicas. En Uruguay, estas carencias, que se vuelven más notorias y dolorosas en relación a los llamados «archivos sensibles», tan tensionados por las demandas de diferentes actores sociales, afectan en realidad a todo nuestro patrimonio documental. Para subsanarlas, debe tenerse en cuenta que los archivos son instituciones complejas, con muchas funciones y requerimientos sociales y políticos, no siempre compatibles, y con recursos finitos, especialmente en lo que hace al espacio y las condiciones de conservación. Pero no debemos olvidar tampoco que estas instituciones consagradas a custodiar el patrimonio documental de diferentes grupos y actores son la garantía de la posibilidad de volver sobre sus historias y recrear sus memorias. Con esta máxima siempre presente, los archivos deben estar decididamente abiertos a las cambiantes exigencias de la contemporaneidad, sin perder de vista su misión en la construcción de conocimiento histórico a largo plazo y los requisitos técnicos que esta implica.





Bibliografía

- Anónimo. «Tapando el sol», *La Diaria*, 27 de mayo de 2015.
- . «Archivo incompleto», *La Diaria*, 5 de octubre de 2015.
- . «Saltó», *La Diaria*, 26 de enero de 2016.
- . «Con cautela», *La Diaria*, 17 de agosto de 2016.
- . «Entregan documentos del ESMACO», *La República*, 28 de agosto de 2009.
- . «Rector Markarian visita archivo de inteligencia policial», *La República*, 16 de setiembre de 2016.
- Blixen, Samuel. «Los archivos de la infamia existen: Ubicarlos para después difundirlos», *Brecha*, 13 de abril de 2006.
- Blouin Jr., Francis X. y William G. Rosenberg (editores). *Archives, Documentation, and Institutions of Social Memory: Essays from the Sawyer Seminar*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2007.
- Broquetas, Magdalena. «El Archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia: Consideraciones sobre su apertura parcial y valoración de su importancia para la investigación histórica», *Contemporánea*, 4, 2013.
- Caetano, Gerardo. «Hacia un momento de verdad en el Uruguay reciente: Las investigaciones sobre el destino de los detenidos desaparecidos, 2005-2007», *Sociohistórica: Cuadernos del cish*, 23/24, 2008.
- Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Caso Gelman vs. Uruguay: Sentencia de 24 de febrero de 2011*. Disponible en <http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_221_esp1.pdf>.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- Derrida, Jacques. *Archive Fever: A Freudian Impression*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
- Farge, Arlette. *La atracción del archivo*, Valencia, Edicions Alfons El Magnanim, 1991.
- Ginzburg, Carlo. *El juez y el historiador: Consideraciones al margen del proceso Sofri*, Madrid, Anaya, 1992.
- Kramer, Heinrich y Sprenger, Jacobus. *Malleus Maleficarum: El martillo de las brujas*, Valladolid, Maxtor, 2004.
- Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos. *A todos ellos: Informe de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos*, Montevideo, Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, 2004.
- Marchesi, Aldo. «¡Esta es la Verdad! Construcción, sentidos y usos de la “verdad” en los informes *Nunca Más* del Cono Sur», *Temáticas*, 17:33/34, 2009.
- . y Markarian, Vania. «Cinco décadas de estudios sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay», *Contemporánea*, 3, 2012.
- Markarian, Vania (coordinadora). *Relevamiento de archivos y repositorios documentales sobre derechos humanos en Uruguay*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República/Dirección Nacional de Derechos Humanos del Ministerio de Educación y Cultura/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2007.
- . «Una mirada desde los derechos humanos a las relaciones internacionales de la dictadura uruguaya», en Demasi, Carlos; Marchesi, Aldo; Markarian, Vania; Rico, Álvaro y Yaffé, Jaime. *La dictadura cívico-militar: Uruguay, 1973-1985*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.
- Políticas de la Memoria*, 6-7, 2006-7.
- Presidencia de la República Oriental del Uruguay. *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos en cumplimiento del artículo 4 de la ley 15.848*, 5 vols, Montevideo, IMPO, 2007.
- Servicio Paz y Justicia (SERPAJ). *Uruguay Nunca Más*, Montevideo, SERPAJ, 1989.
- Tarcus, Horacio. «Alegato contra el coleccionismo privado de manuscritos», *Ñ: Revista de Cultura*, 521, 24 de enero de 2015.
- Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1997.
- Universidad de la República. *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay, 1973-1985*, 3 vols, Montevideo, Universidad de la República, 2009.
- Weld, Kirsten. *Paper Cadavers: The Archives of Dictatorship in Guatemala*, Durham, NC, Duke University Press, 2014.
- Wschebor, Isabel y Markarian, Vania (editoras). *Archivos y derechos humanos: Los casos de Argentina, Brasil y Uruguay*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2009.
- Wschebor, Isabel. «Con archivos el pasado no es lo mismo», en Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ). *Derechos Humanos en el Uruguay: Informe 2013-2014*, Montevideo, SERPAJ, 2014.





El actual malestar de los historiadores: entre la defensa del oficio y la responsabilidad política. Sobre archivos y repositorios documentales

Álvaro Rico¹

Previa aclaración

Cuando Vania Markarian me adelantó el texto de su artículo con la invitación a realizarle comentarios o sugerencias, previo a su presentación como ponencia en el congreso de LASA realizado recientemente en Nueva York, a pesar de mi buena voluntad de responderle a tiempo, no me fue posible hacerlo con un mínimo de dedicación, como corresponde al nivel de los planteos de su autora. Tiempo después, le propuse —e hicimos acuerdo—, que intentaría una primera respuesta escrita a algunos de sus planteos a través de las páginas de *Contemporánea*, previa aceptación de los Comités Académico y Editorial de la revista. De eso trata este artículo.

Más allá de nuestras opiniones personales, importa contribuir por este medio al necesario intercambio y debate público que actualice los antecedentes conocidos en los temas de la historia reciente y archivos, con el objetivo de consolidar un campo de conocimientos interdisciplinarios del que también participan otros ámbitos académicos e investigadores con otros puntos de vista.

En la medida que buena parte de los argumentos del artículo de Markarian reflexionan críticamente sobre la experiencia realizada por el equipo universitario en las investigaciones históricas sobre detenidos desaparecidos y asesinados políticos por responsabilidad del Estado entre 1968-1984, yo también abordaré en este artículo buena parte de los antecedentes y resultados acumulados en el trabajo en archivos y en las investigaciones que coordiné y supervisé académicamente por once años en el marco de sucesivos convenios sobre derechos humanos entre la Universidad y Presidencia de la República. Claro está, lo haré mediado por las reflexiones y críticas contenidas en el artículo de Markarian, que pretendo compartir y debatir.

Personalmente, en tanto considero que también está concluyendo una etapa importante de más de una década de trabajo ininterrumpido, hubiera preferido una reflexión teórica más general sobre esa valiosa experiencia universitaria, y no una reflexión mediada por varios de los argumentos de Markarian. Pero, más allá de las circunstancias puntuales que pretextan estos artículos y las opiniones y posicionamientos de los articulistas, lo importante es el análisis sobre determinados temas y problemas actuales de los estudios sobre la historia reciente del Uruguay y la región, sin olvidarnos de los antecedentes y balances de lo realizado en la materia.

Historiadores y política

Como la propia Vania Markarian lo explicita, hay que distinguir dos partes en su artículo, aunque, desde luego, las mismas se relacionan: una parte referida a los archivos del pasado reciente; la otra parte referida a ciertos rasgos de su conocimiento histórico.

A continuación, centraré mis opiniones exclusivamente sobre la primera parte, archivos, aunque mi preferencia personal y verdadero núcleo de la polémica con Vania es la segunda parte de su artículo, referida a problemas cognoscitivos sobre la historia reciente, rasgos del conocimiento

1 Profesor titular de Ciencia Política. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Supervisor académico de las investigaciones sobre detenidos desaparecidos en convenio Udelar-Presidencia. Coordinador del Grupo de Estudios sobre el Pasado Reciente (GEIPAR).





histórico y diferencias entre el juez y el historiador, entre otros temas. Lamentablemente, la realidad pudo más que mis buenas intenciones en la respuesta y no me fue posible finalmente abordar con propiedad los aspectos más teóricos y polémicos. Me comprometo desde ya a desarrollar mis puntos de vista en otro artículo.

Antes que nada, adelanto una percepción muy personal sobre el momento o contexto actual en el tratamiento del tema archivos y resultado de las investigaciones. Al respecto, tengo la impresión de que el tono crítico y demandante de ciertas partes del artículo de Markarian no desentona respecto a los planteos que las asociaciones de la sociedad civil, familiares de víctimas y militantes de organizaciones de derechos humanos vienen realizando desde tiempo atrás, direccionados al gobierno y a los organismos estatales especializados por una mayor voluntad institucional y decisión política. En todo caso, podríamos decir que los universitarios, como en otros temas, se incorporan al desencanto con el resultado de las políticas gubernamentales sobre las violaciones a los derechos humanos bajo la dictadura y, consiguientemente, se suman a la demanda pública en pos de una política de mayor transparencia en el tema archivos, que facilite la accesibilidad a la documentación y contribuya a investigar y esclarecer los hechos y castigar a sus responsables, a más de 30 años de la recuperación de la democracia en el Uruguay. Markarian constata un

estado de insatisfacción generalizado, [...] siguen existiendo grandes carencias en las condiciones de preservación y acceso a los archivos oficiales sobre el período de la dictadura que se han detectado en las últimas décadas. Las acciones específicas de rescate y puesta en servicio para diferentes investigaciones [...] no se han enmarcado en una política global en materia archivística derivada de la nueva legislación nacional ni han completado la situación de otros fondos documentales quizás menos «sensibles» pero no por ello menos importantes.

Se puede arribar a las mismas conclusiones y compartir las mismas demandas de acceso a la información, verdad y memoria a las que arriba Vania Markarian, solo que en estilo más directo narrativamente y en tanto ciudadanos comunes, sin los apoyos «legitimantes» de la profesión. Pero, ahora, la demanda profesional del historiador coincide con las demanda ciudadana, y ello no es casual.

Para intentar explicarlo, se me ocurre que se debe tener en cuenta una concepción extendida hoy entre los universitarios, que sostiene que no hay mejor aporte y compromiso ciudadano que el saber técnico calificado puesto al servicio del conocimiento y explicación de los fenómenos de la realidad, la resolución de necesidades concretas de la población y el avance del propio saber científico y campo disciplinario. En este caso que nos ocupa, se trataría de poner a disposición de los ámbitos institucionales solicitantes y responsables de las políticas públicas sobre derechos humanos, la capacidad de los universitarios de investigar un problema y asesorar en la implementación, por ejemplo, de políticas archivísticas y de accesibilidad a los documentos. Por otra parte, esa función de asesoramiento técnico-metodológico, si resulta eficaz, debería permitir el desarrollo del campo historiográfico mismo, diversificar las fuentes de las investigaciones en curso, pluralizar las interpretaciones realizadas y ampliar los períodos estudiados dentro de la llamada historia contemporánea y reciente de nuestro país y la región. Y eso no solamente como atribución de los historiadores, sino también de especialistas de otras disciplinas, periodistas, operadores judiciales, público en general.

Aceptando la existencia entre los universitarios e historiadores de una postura que, en forma simplificada, podríamos caracterizar como «profesionalista», reconozcamos también que han existido varias dificultades para quienes se especializan en el estudio de la historia reciente del Uruguay para poder delimitar el rol del universitario al de investigador y acotar sus funciones al





ámbito académico, con autonomía respecto de las decisiones políticas o no participación en los ámbitos estatales de diseño de políticas públicas sobre el particular. Más dificultoso aun ha resultado el deslinde mencionado para aquellos universitarios que, como quien suscribe, desplegaron buena parte de sus labores profesionales en el marco de convenios institucionales que tuvieron por objetivo estudiar el epicentro mismo de la historia de violencia política, represión estatal y victimización desde 1968 a 1985.

En este ámbito, el quehacer profesional del universitario debe ejercerse cotidianamente entre los límites que disponen las cláusulas de convenios y autorizaciones gubernamentales así como la mediación de los funcionarios de las instituciones estatales donde radican los archivos y la documentación, entre las expectativas e insatisfacciones de las organizaciones de la sociedad civil por los resultados obtenidos y las urgencias de los medios de comunicación por informar a una opinión pública sensible a dichos temas, además de la autoexigencia que nos impone el respeto a las víctimas y las circunstancias de su muerte o desaparición, aquello del «peso de los muertos sobre los vivos».

Por eso mismo, a partir de fines del año 2005, cumplir la voluntad del Poder Ejecutivo del Estado de investigar los crímenes que el mismo Estado uruguayo cometió en su etapa autoritario-dictatorial y ocultó durante su etapa democrática, requirió por parte de aquellos universitarios asignados a las tareas de investigación histórica, al menos así lo considero, una especial valoración acerca de la relación concreta que debía establecerse desde ese específico lugar —y no otros—, entre academia y poder político, demandas gubernamentales y autonomía técnica, representantes públicos y mediadores militares y policiales designados para facilitar el trabajo de campo de los equipos y formas de tramitar las solicitudes de acceso a los archivos y fuentes documentales, así como los modos más convenientes de reclamar ante negativas o demoras de las autoridades en resolver dichos pedidos, e infinitas situaciones por el estilo.

En el caso concreto de los historiadores, esas tensiones debían comenzar a resolverse positivamente, como dijimos, con base en el logro de objetivos concretos, en primer lugar, la posibilidad de localizar archivos estatales y documentación oficial del período de la dictadura, así como la obtención de los permisos por parte del Poder Ejecutivo para revisar la documentación. En un plano más general, esa conflictiva relación debía resolverse, en primer lugar, asegurando el diseño independiente del poder político de las investigaciones históricas por parte de los universitarios, la publicación de los resultados y anexos documentales seleccionados y su difusión pública bajo formato de libros y sucesivas actualizaciones *online* en la página web de la Presidencia de la República.

Digamos que el desafío que teníamos planteado en aquella etapa inicial del trabajo de los universitarios con la Presidencia podría formularse así: después de casi 12 años de terrorismo de Estado en el país y 20 años de impunidad, interpretaciones ideológicas, disputas políticas y estigmatizaciones alrededor del tratamiento del pasado reciente en la etapa democrática del Uruguay, cómo incidir desde la autonomía de los universitarios designados para trabajar dentro de los precarios ámbitos institucionales creados por decisión del Poder Ejecutivo para investigar las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura, sobre todo, para conocer las fuentes documentales oficiales que no fueron destruidas ni expurgadas aún y poder acceder a ellas para investigar y difundir sus resultados ante la sociedad uruguaya.

Nunca perdimos de vista —aunque creo que ello en general fue desconocido por casi todos— que no se trataba —ni se trata— de reivindicar las investigaciones «de los historiadores» sino de reconocer el papel de la Universidad en el cumplimiento de ese cometido, y más allá aun. Ya que la realización y publicación de las investigaciones fueron resultado de la voluntad y decisión





favorables del Poder Ejecutivo, así como la publicación de los libros y sucesivas actualizaciones de sus resultados contaron con la membresía y palabras de presentación de los presidentes de la República, Dr. Tabaré Vázquez y José Mujica, dichas investigaciones históricas y antropológicas eran, por sobre todo, la reconstrucción de los hechos de violencia política y represión institucional en el pasado reciente y las conclusiones —no cerradas— que el mismo Estado uruguayo asumía por las víctimas allí documentadas, las circunstancias de su desaparición, muerte y prisión política —luego del Informe Final de la Comisión para la Paz (COMIPAZ) del año 2003—.

En ese contexto, no solo se trataba de reconstruir la historia de la represión a partir de un diseño académico independiente de investigación sobre las desapariciones y asesinatos por responsabilidad del Estado sino que, al mismo tiempo, se debía localizar documentación oficial y peticionar el acceso directo a los archivos, a la vez que ayudar a fortalecer institucionalmente el único ámbito estatal donde radicaban las investigaciones autorizadas por la Presidencia de la República.

Esto último resultaba importante de atender por los universitarios, en tanto que, una constante verificada en el ejemplo uruguayo es que la voluntad (o no) de investigar los delitos de lesa humanidad, así como de conformar (o no) una institucionalidad para atender las cuentas pendientes del pasado reciente, resultaron ser siempre decisiones políticas de los gobiernos de turno (exceptuando el caso de las comisiones investigadoras parlamentarias y las intervenciones de la Justicia penal), más allá de las luchas, presiones y denuncias documentadas de los familiares y de la sociedad civil por alcanzar y consolidar esos mismos objetivos.

Entonces, ¿cómo contribuir a evitar que, eventualmente, se clausuraran a futuro las investigaciones y la apertura de archivos ante la alternancia de los elencos gubernamentales o cambios de la voluntad política, como había sucedido desde la recuperación de la democracia, entre 1985 y 2005? Por lo tanto, bajo la preocupación de contribuir a estabilizar y mejorar la institucionalidad gubernamental que asegurara la posibilidad de seguir investigando las violaciones a los derechos humanos en el pasado reciente, se puede entender la otra parte del esfuerzo —además de investigar y revisar archivos— realizado por la Universidad y los universitarios que fueron designados para integrar y participar activamente en dicha institucionalidad (Secretaría de Seguimiento y Secretaría de Derechos Humanos), aunque fuera en el marco mismo de la Presidencia de la República. En ese contexto, ¿cómo aplicar y sostener una actitud estrictamente «profesionalista» de los universitarios?

Limitaciones y avances en las investigaciones y en lo institucional

El Estado uruguayo no presentó un proyecto propio ni un listado de archivos disponibles al decidir las investigaciones sobre detenidos-desaparecidos. Tampoco fue autorizado el acceso a fichas funcionales de posibles represores ni la realización de entrevistas a víctimas y victimarios por los investigadores. El Estado uruguayo, a través del Poder Ejecutivo, sí afirmó su voluntad política de investigar —con el antecedente de la Comisión para la Paz entre los años 2000-2003— a nivel antropológico e histórico (no criminalístico), convocar a la Universidad, designar a los coordinadores de las investigaciones (José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Álvaro Rico), asegurar el financiamiento de los equipos (en total 24 investigadores en las distintas etapas de trabajo) y determinar su inserción institucional en la Secretaría de Seguimiento primero, y en la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente después. Todo ello en el marco de varios convenios de cooperación sobre derechos humanos firmados y renovados con la Universidad de la República en las administraciones sucesivas de tres rectores: Rafael Guarga, Rodrigo Arocena





y ahora Roberto Markarian, acuerdos que también disponían cláusulas de confidencialidad y reserva a los investigadores.

Con todas las limitaciones del caso uruguayo, lo anterior igualmente constituía un paso adelante en relación con las dos décadas precedentes, a la vez que una oportunidad única en comparación con otros ejemplos internacionales. Queremos resaltar esto último, ante algunas opiniones críticas que se han hecho sentir en el último tiempo. El caso uruguayo, entre los años 2005 y 2014, a nuestra manera de ver, sobresalía de otros ejemplos regionales por cuanto las investigaciones sobre las violaciones a los derechos humanos bajo la dictadura se confiaron a la Universidad de la República, es decir, dejaban así de ser una potestad gubernamental exclusiva para ser un objetivo en cierto modo compartido con la Universidad, al menos en el diseño académico del proyecto de investigación histórica y su ejecución —no así en cuanto a las responsabilidades política y asegurar las condiciones de búsquedas—. También en este esquema, el poder político-partidario no se atribuía el derecho a designar (o cesar) a quienes debían investigar (como fue en el caso anterior de la Comisión para la Paz), sino que la designación de los especialistas se procesaba a través de la mediación de la Universidad, con sus propios criterios y mecanismos de selección, evaluación y escalas de remuneración universitarias, en forma independiente y no política.

En ese entendido, los coordinadores de los equipos universitarios de antropólogos e historiadores (José López Mazz y Álvaro Rico), en calidad de tales, por resolución del Poder Ejecutivo —pero también de la Universidad a través de informes de trabajo aprobados y resoluciones adoptadas por el Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y el Consejo Directivo Central—, integraron durante seis años ininterrumpidos la Secretaría de Seguimiento de la Comisión para la Paz (2009-2013) y la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente (2013-2015), ámbitos políticos —en tanto dependientes de la Presidencia de la República— para, entre otros cometidos, atender y continuar los trámites pendientes iniciados por la Comisión para la Paz; la recepción, análisis, clasificación y recopilación de información sobre las desapariciones forzadas y personas asesinadas ocurridas durante el período referido en la Ley 18.596 (Reparación); crear una base de datos unificada y un banco de muestras genético en la órbita del Ministerio de Salud Pública. Y, desde el 1.º de agosto de 2013, ante la redenominación de la Secretaría, se amplió también el número y representatividad de sus integrantes, así como sus funciones, a saber: procurar el conocimiento de los hechos y la verdad sobre desapariciones forzadas y asesinatos políticos en el contexto fáctico de las violaciones a los derechos humanos ocurridas entre el 13 de junio de 1968 y el 28 de febrero de 1985. (Resoluciones presidenciales n.º 449/03, 450/011, 463/13; Resoluciones de los Consejos de Ministros n.º 369/11, 708/13).

También desde el año 2011, la labor de los universitarios se cumplió en ámbitos institucionales de participación colectiva, conjuntamente con la secretaria de la Secretaría de Seguimiento de la Comisión para la Paz (Lic. Soledad Cibils) y un representante designado por la Asociación de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos (Dr. Juan Faroppa); y desde el año 2013, con la directora general de la Secretaría (Lic. Graciela Jorge), un representante por las organizaciones de la sociedad civil (Eduardo Pirotto) y otro del Ministerio Público y Fiscal (Dr. Ariel Cancela), quienes integraron entonces la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente.

Desde la Secretaría se establecieron también relaciones de cooperación y trabajo con otros poderes y organismos estatales, tanto en lo nacional como en lo regional. A modo de ejemplo: Instituto Nacional de Donación y Trasplante de Células, Tejidos y Órganos del Ministerio de





Salud Pública; Instituto Técnico Forense; juzgados penales con causas en curso y respuesta a oficios; Comisión Especial de Reparación en la órbita del Ministerio de Educación y Cultura; Equipo Especial Auxiliar de la Justicia en las investigaciones sobre los crímenes cometidos en el marco del terrorismo de Estado del Ministerio del Interior (Sección de Asuntos Internos). En relación con el vínculo con organismos de derechos humanos de la región se pueden mencionar: la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación Argentina, el Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior de Chile, el Archivo del Terror de Paraguay, la Comisión de la Verdad de Brasil, entre otras.

Finalmente, a nivel de la Universidad, en tanto los equipos de historiadores y antropólogos estaban localizados en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, la referencia institucional y académica fue con dicho servicio y, dentro de él, con el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) para el caso de historiadores.

En síntesis, desde esos ámbitos políticos y relacionamientos múltiples —creemos—, la Universidad también brindó su aporte a la construcción de una institucionalidad estatal más permanente y dedicada a las investigaciones sobre las violaciones a los derechos humanos en el pasado reciente, que permitió seguir avanzando en los temas pendientes sobre verdad y justicia en el país. Este papel, en gran medida, excedió lo establecido en las cláusulas de un convenio formal y las funciones estrictamente académicas o técnicas aunque, claro está, la responsabilidad por los resultados obtenidos o no en las búsquedas, o el tiempo transcurrido para ello no dependieron exclusivamente de la voluntad, dedicación y compromiso desplegados por los universitarios en dichos ámbitos.

El malhumor actual de los intelectuales

El artículo de la Dra. Vania Markarian, en cierto modo, creemos que refleja el «humor» que se fue gestando en estos últimos años —en sintonía con sectores de familiares y de la sociedad civil— entre un grupo representativo de historiadores y especialistas de diferentes disciplinas vinculados a las temáticas de la historia reciente y los derechos humanos, quienes, con argumentos y hechos a la vista, no están dispuestos a asumir las funciones del historiador-político sino las del historiador-profesional, quien presta sus conocimientos a demandas estatales pero, al mismo tiempo, demanda públicamente a las autoridades desde su condición de investigador para que se definan con claridad las políticas estatales en la materia y proporcionen las condiciones para su implementación (acceso a la documentación, apertura de archivos, financiamiento y equipamientos de los equipos, etc.). Ello implica también un más claro deslinde de roles, responsabilidades y espacios institucionales de participación y decisión, que acentúe las funciones de asesoramiento técnico-profesional de los universitarios y supere la etapa de las atribuciones político-institucionales asumidas anteriormente dentro de los organismos creados por el Poder Ejecutivo. Por otra parte, el nuevo organigrama implementado a partir del mes de marzo del año 2015 con la creación del Grupo de Trabajo por Verdad y Justicia, no contempla ni deja ningún margen para cumplir otras atribuciones por los universitarios que las de investigar bajo la égida del Grupo de Trabajo.

Posiblemente, junto a un necesario recambio generacional y de enfoques en la comunidad de historiadores dedicados al estudio del pasado reciente, se esté cerrando así la última década en la que historiadores y políticos dialogaron y «negociaron» —en forma desigual—, respecto a las políticas de búsqueda, investigación y memoria pendientes del pasado reciente, actuando en ámbitos institucionales con representación compartida e igualitaria, aunque con responsabilidades políticas distintas.





Como decíamos líneas arriba, parece ahora inaugurarse, por un lado, una nueva institucionalidad creada por la Presidencia en materia de derechos humanos para el pasado reciente con la creación del Grupo de Trabajo por Verdad y Justicia (GT) y la refuncionalización de la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente en dependencia directa del GT; por otro lado, una nueva etapa de trabajo conjunto entre la Presidencia y la Udelar con base en un nuevo convenio de cooperación que incluirá diversos perfiles de investigación radicados en distintos servicios universitarios, según las solicitudes y en cumplimiento de los cometidos atribuidos al Grupo de Trabajo, entre otros: análisis de archivos y búsqueda de información, registro de testimonios de las víctimas y familiares, seguimiento de sentencias contra el Estado uruguayo, leyes y acciones reparatorias.

Entre el compromiso político que tienen los universitarios y la postura intelectual que demuestran, esta última saldrá fortalecida, y aunque ello, por ahora, no sea sinónimo de mayores logros o la solución de lo que se critica, está cada vez más claro que lo que se avanzó en materia de derechos humanos en el pasado reciente no resuelve lo mucho que aún falta por hacer, o que las formas institucionales configuradas para alcanzar esos avances resultan hoy insuficientes para asegurarlos de ahora en más, ni que la actuación de los universitarios deba seguir siendo la de componer partes y superar retrasos en variados asuntos y ámbitos de los que no son políticamente responsables.

Si hay que devolver al César lo que es del César desde el punto de vista político, los zapateros deben volver a sus zapatos en la academia, es decir, los historiadores a su oficio, pero bajo la responsabilidad política y la estrategia de investigación diseñada por los organismos de la Presidencia de la República creados para dicho fin (GT). Por su parte, la Universidad asegurará el nivel de selección de los investigadores que se le soliciten y velará por la calidad de las investigaciones, según la rama de conocimiento que se requiera y el servicio universitario involucrado en el convenio.

A decir verdad, en el período de trabajo que está concluyendo, ni las críticas ni las demandas estuvieron ausentes por parte de los universitarios. Por el contrario, criticar y avanzar acompañaron la dinámica de este largo trecho de trabajo conjunto entre la Presidencia y la Universidad. Pero las críticas no se hicieron públicas. Los pedidos y reclamos de los coordinadores de los equipos universitarios, incluidos aquellos realizados en materia de archivos, se canalizaron siempre con reserva en el marco de los organismos de participación conjunta, al menos hasta febrero del año 2014 (directamente ante el secretario de la Presidencia, Dr. Gonzalo Fernández y la secretaria de la Secretaría de Seguimiento de la Comisión para la Paz, Lic. Soledad Cibils; y luego, ante los secretarios, Dr. Alberto Breccia y Dr. Humberto Guerrero y la de la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente, Lic. Graciela Jorge).

Un breve balance, a título personal, sobre esa actuación del equipo universitario de historia para resolver la difícil ecuación entre criticar y avanzar dentro de organismos compartidos de representación múltiple puede demostrar logros objetivos en aquellas metas más directamente relacionadas con el cumplimiento del convenio y la tarea prioritaria de investigar. Dejando de lado en este balance lo más conocido públicamente en materia de investigaciones publicadas y documentos difundidos compilados en un total de 8 tomos (2007 y 2009) y dos actualizaciones *online* en la página web de la Presidencia de la República (2011 y 2015), consideramos también positiva la labor —menos conocida— desplegada por el equipo en la tarea de solicitar, localizar y revisar documentación en los archivos estatales disponibles (Comisión para la Paz, Cancillería y Dirección Nacional de Información e Inteligencia) y/o ingresar a nuevos archivos.

Es cierto que cuando afirmamos haber alcanzado los objetivos de investigar y publicar los resultados, así como de ubicar y consultar archivos y repositorios documentales del Estado uruguayo, debemos reconocer plenamente que esa oportunidad de acceso y revisión de la documentación del





período fue otorgada —casi exclusivamente— a los equipos especializados constituidos en el marco del convenio Presidencia-Udelar. Esa opción no fue generalizada aún a otros investigadores, víctimas y familiares, y menos a la ciudadanía en general, salvo escasas excepciones tramitadas en forma personal y justificada y contra pedido expreso de una de las partes (víctimas, investigadores).

Si bien nuestro país se ha dotado de leyes en materia de archivos, acceso a la información y *habeas data*, todavía no existe un protocolo único de acceso y uso responsable de la documentación, quedando librados los trámites de búsqueda y petición, por un lado, a la voluntad y tenacidad de víctimas y familiares, jueces y fiscales. Por otro lado, las respuestas a las solicitudes —salvo las judiciales— muchas veces dependen de los criterios interpretativos sobre la legalidad archivística del país realizados por parte de los asesores jurídicos y funcionarios actuantes en las diversas reparticiones estatales que custodian la documentación oficial sobre nuestro pasado reciente. Resolver criterios más universales, transparentes y comunes para toda la administración no está en manos de los universitarios, aunque debemos agregar que estos, a título personal y/o grupal, han participado y promovido desde la Universidad diversas declaraciones políticas y técnicas, asesoramientos y peritajes varios, tanto en el proceso de gestación de las leyes de archivos como en las denuncias y causas judiciales en curso, sosteniendo proyectos de investigación específicos en llamados concursables, publicando artículos teóricos y libros en la materia, elaborando directorios de archivos sensibles, redactando convenios, organizando eventos académicos con invitados nacionales y regionales para discutir la legislación y las experiencias a nivel internacional y regional.

Esos antecedentes, voluminosos y extendidos en el tiempo desde el año 1985, no parecen haber sido suficientes para provocar cambios políticos significativos en las decisiones de las autoridades en dirección a una mayor transparencia y accesibilidad a la documentación, a más de 30 años desde la recuperación de la democracia en Uruguay y durante las tres últimas administraciones progresistas.

Sobre lo que falta por hacer, y no es poco, recae lo que llamamos el malestar de los historiadores y su crítica profesional a la continuidad del *statu quo* en materia de archivos y acceso a la documentación, reivindicación cuya superación (o no) se relaciona directamente con la posibilidad de obtener nuevas fuentes documentales para estudiar y reconstruir el período desde distintas miradas y temas —no solo desde el ángulo de las investigaciones ya realizadas en el marco del convenio con Presidencia— y, principalmente, producir conocimiento historiográfico original y novedoso sobre el pasado reciente, diversificado temáticamente, interdisciplinario y comparado con las experiencias dictatoriales en otros países de la región, tanto del período de crisis de los años 60 y la dictadura, como también de los períodos históricos precedentes, para poder así reconstruir y razonar un ciclo histórico de duración media, sus rupturas y continuidades, más en clave de historia contemporánea que de historia reciente del Uruguay.

De allí el reclamo de Vania Markarian en su artículo para superar el retraso de la reflexión sistemática sobre «la disponibilidad de los rastros del pasado y sus implicancias para la producción del conocimiento histórico, sobre todo una vez que los historiadores han reclamado desde su disciplina el estudio de temas y períodos aún dolorosos en el presente».

En este sentido, en términos generales, me adelanto a compartir buena parte de las demandas y conclusiones a las que arriba Vania Markarian en su artículo sobre archivos y acceso a la información, aunque disiento con lo que no dice expresamente, y que también forma parte de la realidad y del mismo proceso. La consideración objetiva y ponderación de otros elementos de análisis, seguramente permitirá una valoración más equilibrada de lo realizado hasta el momento por la Universidad a través del aporte del equipo de historiadores, y posibilitará seguir avanzando más





rápidamente en lo que falta por hacer. En mi opinión, hay que completar el panorama descriptivo someramente presentado para poder ubicar, con más precisión, dónde radican los problemas y omisiones en materia de archivos y acceso a la documentación sobre derechos humanos, así como qué iniciativas plantear ante las autoridades para superar a la brevedad los retrasos constatados.

Dentro de esa realidad a completar objetivamente, por último, no debemos excluir del análisis la reciente experiencia frustrada en la conducción de la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente, integrada en los momentos augurales del inicio de la segunda administración de Tabaré Vázquez y con amplios apoyos sociales en el marco de la nueva institucionalidad dispuesta por la Presidencia de la República en materia de derechos humanos. Vania Markarian menciona este hecho al pasar, sin explicar las razones de su frustrante desenlace, cuando dice: «Las dificultades en las relaciones entre la Secretaría y el nuevo grupo de trabajo designado por Presidencia para investigar el destino de los detenidos desaparecidos terminan de pintar un panorama poco alentador con respecto a la pronta disponibilidad de los archivos».

Digamos que si bien la experiencia reciente resultó corta para poder hacer una evaluación detallada y comparada con el período precedente, igual resalta el compromiso asumido por universitarios adscriptos funcionalmente o vinculados al Archivo General de la Universidad (AGU) quienes, a título personal y por fuera del convenio suscripto entre Presidencia y Udelar, ya sea por el mecanismo de designación política directa (cargos de confianza) o por el mecanismo de pases en comisión y contratos, intentaron plasmar dentro del organismo político que es la Secretaría para el Pasado Reciente una especie de ensayo de aplicación de nuevas pautas de trabajo, ritmos rápidos de ejecución y mayor transparencia con la documentación, que marcara así el inicio de una etapa de trabajo superadora de la reserva, lentitud, estilos y acuerdos trabajosamente logrados anteriormente, sobre todo en el tema apertura de archivos, acceso a la información, búsquedas y difusión pública de documentos, más a tono con las demandas y urgencias de organizaciones de familiares, de la sociedad civil y grupos de universitarios que caracterizan la etapa actual.

Aunque la continuidad de los universitarios que integraron la Secretaría se interrumpió abruptamente por la vía de renuncias o cese de los pases en comisión, consideramos que la experiencia debe tenerse en cuenta y explicarse públicamente más a fondo, también, dentro de las coordenadas de cómo resolver con eficacia la relación general entre poder político y Universidad a través de la participación de los universitarios en ámbitos institucionales colectivos y compartidos sobre el tema de derechos humanos donde, la mayoría de las veces, los cambios que se proponen, las demandas técnicas y los enfoques profesionalistas tienen necesariamente que dialogar a diario, convencer y consensuar políticamente con contrapartes que, por lo general, reservan para sí la última palabra en la materia.

Desde dónde partimos en el año 2005

Existen también otros tipos de incidencia o dificultad más estructurales y de larga data para sostener un posicionamiento «profesionalista» en relación a las funciones que cumplieron los universitarios y las formas de tramitación de sus demandas ante los poderes públicos, particularmente en los temas de acceso a archivos y documentación del pasado reciente. En ello también se define buena parte de las condiciones y posibilidades de un más rápido y diversificado desarrollo del campo de estudios y sus interpretaciones historiográficas. Así lo plantea Vania Markarian, sobre todo en la segunda parte de su artículo, donde «aporta algunas reflexiones sobre los efectos que las decisiones, siempre de carácter político pero condicionadas por prácticas profesionales y restricciones logísticas, tomadas en relación a esos conjuntos documentales han tenido para la práctica historiográfica».





Esa «politización» de los estudios y documentación sobre la historia reciente distorsiona el enfoque «profesionalista» que se puede aplicar mejor respecto a otro tipo de conocimiento científico, incluso social, pero que trabaja con objetos más abiertos y «neutros» o desde enfoques metodológicos predominantemente estadísticos o cuantitativos.

El *contexto de secreto* que rodeó a las operaciones represivas y crímenes de Estado durante la dictadura, y el *contexto de impunidad* que predominó durante 20 años en democracia, es una de las explicaciones de la politización de los argumentos que justifican las restricciones en el acceso a los archivos y una mayor democratización de la información.

La *impunidad* —ya sea en el entendido específico de la aplicación de la Ley 15.848 sobre la caducidad de la pretensión punitiva del Estado y el no juzgamiento de los responsables de los delitos de lesa humanidad o en un sentido más general como debilitamiento de la ética de la responsabilidad entre los uruguayos—, configura, también, el contexto sociocultural en el que se han desarrollado las investigaciones y la localización de archivos y documentación que permitan reconstruir la trama de nuestro pasado reciente de violencia institucional y dictadura.

Por otra parte, el *destiempo* transcurrido entre los crímenes de Estado y el inicio de las investigaciones en democracia también acarreo consecuencias, por ejemplo, en material documental destruido o expurgado, en testigos y victimarios fallecidos, factores que continúan incidiendo negativamente hasta el presente y aumentando el malestar que rodea el tratamiento de estos temas entre importantes sectores de la sociedad, incluidos los universitarios.

Si bien el contexto político-social y legal que configura la impunidad no produce conocimientos por sí mismo, sí condicionó gran parte de las características que asumió el campo de estudios de la historia reciente en el país, a la vez que incidió negativamente en ciertos rasgos y ritmos de su desarrollo, incluso en los objetos de estudio que pudieron ser seleccionados o jerarquizados por parte de los investigadores en uno u otro momento debido a la falta o escasa disponibilidad de fuentes documentales y de testimonios; también a consecuencia de los déficits de legitimación o estereotipos que se construyeron discursivamente durante mucho tiempo en torno a los objetos y períodos de estudio para marginarlos del interés de la opinión pública y estigmatizarlos, sintetizados en la afirmación «hay que dar vuelta la página».

Tanto es así que, prácticamente, durante más de dos décadas no hubo ningún acceso de los investigadores a los archivos estatales ni a consultar documentación original. Y, por eso mismo, las investigaciones y libros sobre la historia reciente del país publicados en el ámbito académico tuvieron que escribirse, casi exclusivamente, con base en testimonios de víctimas, revisión de prensa legal, discursos políticos y militares y registros de leyes y decretos. Un libro sobre el período tan importante e influyente por ser el primero (1987) como el de Gerardo Caetano y José Rilla, *Breve historia de la dictadura. 1973-1985*, es un claro ejemplo de incidencia del contexto en las fuentes y contenidos de la investigación. Otro ejemplo, y misma comprobación, son los dos tomos (1996 y 2004) coordinados por Carlos Demasi, *Cronologías comparadas y documentadas de la historia reciente del Uruguay*.

Es decir, un balance actualizado de lo realizado en la última década en materia de archivos e investigaciones universitarias sobre el pasado reciente no debería olvidar el punto de partida de las mismas en la etapa posdictadura, así como una proyección de lo que se debería hacer en el futuro tampoco necesita desconocer lo que se hizo en la última década para avanzar un poco más.





En ese marco, entendimos que lo fundamental parecía ser aquello de que «no hay archivos de la represión “abiertos” sin voluntad política que promueva su búsqueda».² Y para preservar esa voluntad tibia y tardía de los poderes públicos en localizar y abrir nuevos archivos e investigar los crímenes de Estado, aplicamos desde el lugar de trabajo del equipo universitario una especie de «estrategia casera» para ayudar a avanzar, aunque en forma gradual y parcial, a través de aquello de «colocar un pie en la puerta entreabierta y seguir empujando hasta abrirla».

Por eso mismo, la intervención y participación política de los coordinadores de los equipos universitarios en los ámbitos de planificación, investigación y decisión en materia de derechos humanos bajo la dictadura fue parte de la impronta institucional *ad hoc* que se diseñó y consolidó en el país desde el año 2005, bajo la órbita del Poder Ejecutivo. Así fue durante la primera administración del gobierno del Frente Amplio a cargo del presidente Dr. Tabaré Vázquez y luego del presidente José Mujica, entre setiembre del año 2005 y marzo del 2015, abarcando también el período de gestión de dos rectorados universitarios y el inicio de un tercero. Y, no obstante las tensiones o contradicciones permanentes que esa situación podría representar para la autonomía técnica de los equipos universitarios al participar en un organismo dependiente de la Presidencia, la Universidad como institución lo aceptó y se comprometió hasta el presente a través de distintas decisiones compartidas (suscripción de los convenios y prórrogas, publicación de los 3 tomos de historiadores en 2009, aprobación de los informes de actuación de los equipos en los consejos, renovación de contrataciones de integrantes, etc.).

Esa iniciativa y participación política de los historiadores en la institucionalidad creada por la Presidencia de la República, así como en los ámbitos académicos de la propia Universidad-Facultad de Humanidades, resultó por demás importante en cinco momentos que ahora queremos resaltar brevemente.

1. El ingreso de los historiadores al trabajo de búsqueda de detenidos desaparecidos. En mayo del año 2005, la voluntad política del Poder Ejecutivo se circunscribió exclusivamente a la formación del equipo de antropólogos y al inicio inmediato del trabajo de campo en la búsqueda de restos de detenidos desaparecidos, no así a las investigaciones de historiadores. Durante ese tiempo, hasta el mes de setiembre, resultó importante la iniciativa adoptada en la Facultad de Humanidades, por la cual, en el ámbito del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos un pequeño núcleo de universitarios coordinados por quien suscribe como director del CEIU, comenzó a colaborar en forma voluntaria como «grupo auxiliar» de los antropólogos. Se contribuyó así, específicamente, a la recopilación de información y testimonios de soldados y víctimas aparecidos en la prensa sobre posibles sitios de enterramiento de personas en cuarteles. Ese trabajo permitió ir constituyendo el núcleo inicial de especialistas que luego conformaría una parte de la primera integración del equipo de historiadores; por otro lado, desde esa labor y los informes presentados, se estableció un vínculo directo con la Secretaría de la Presidencia de la República que, seguramente, facilitó al Dr. Gonzalo Fernández la referencia académica para proponer la decisión que finalmente adoptó el Poder Ejecutivo cuatro meses después (setiembre): nombrar a los coordinadores, encomendarle la investigación histórica a la Universidad de la República, autorizar y financiar la integración de un equipo de historiadores, junto al de antropólogos;

2 Da Silva Catela, Ludmila. «Etnografía de los archivos de la represión en la Argentina», en Franco, Marina y Levin, Florencia (compiladoras). *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires: Paidós, 2007).





2. El acuerdo con Presidencia por la publicación en la Universidad de los 3 tomos sobre el Terrorismo de Estado. El 13 de diciembre del año 2006 fueron entregados los resultados de las primeras investigaciones históricas sobre detenidos desaparecidos al entonces secretario de la Presidencia, Dr. Gonzalo Fernández. De allí resultarán los cuatro tomos de tapas azules publicados por el IMPO y presentados por el presidente Tabaré Vázquez, el 4 de junio del año 2007, en un acto público realizado en el auditorio del Edificio Libertad. En el transcurso de ese proceso, se planteó una iniciativa muy importante por parte de los coordinadores del equipo de historiadores que fue aceptada por la Presidencia de la República a los efectos de que autorizara publicar —en el marco y con financiamiento de la Universidad— los estudios realizados y la documentación obtenida en el trabajo de archivos realizado durante 14 meses por el equipo de historiadores —entre setiembre 2005 y noviembre 2006— sobre las distintas dimensiones de la represión bajo la dictadura, no solo el fenómeno de la desaparición forzada de personas: asesinatos políticos, prisión masiva y prolongada, control a la sociedad civil, vigilancia a los partidos tradicionales, represión a los sindicatos, el movimiento estudiantil y las iglesias, el seguimiento al exilio uruguayo, las transformaciones de la institucionalidad estatal, y otros temas. Fue un logro importante recibir la correspondiente autorización para publicar dichas temáticas investigadas por cuanto las mismas no encuadraban en el artículo 4.º de la Ley de Caducidad, cuyo cumplimiento era la justificación del Poder Ejecutivo para ordenar las investigaciones históricas y antropológicas. A nivel de la Universidad, se presentó entonces desde el CEIU-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación un proyecto de investigación ante un llamado de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), que fue finalmente seleccionado. Ello permitió durante un año y medio de trabajo (junio 2007- diciembre 2008) que una parte de los integrantes del equipo inicial de historiadores que había trabajado para la Presidencia sobre detenidos desaparecidos completara la investigación sobre las demás dimensiones de la represión. El resultado se publicó en 3 tomos de tapa negra, financiados por la Universidad y presentados al público en el mes de marzo del año 2009 bajo el título *Investigación histórica sobre la dictadura y el Terrorismo de Estado en el Uruguay. 1973-1985*;
3. La continuidad de la Secretaría de Seguimiento y el papel de historiadores. Entre la tercera etapa del trabajo del equipo universitario —tramo final de la primera administración del Dr. Tabaré Vázquez: abril 2009 a febrero 2010— y el inicio de la cuarta etapa —ya bajo la presidencia de José Mujica: marzo 2010 a setiembre 2011— la iniciativa de los historiadores que actuaban en el marco de la Secretaría de Seguimiento de la COMIPAZ resultó importante para la continuidad institucional de dicha Secretaría dentro del organigrama de la Presidencia de la República, en un momento de incertidumbres y cambios en las políticas de derechos humanos durante el período de transición de los gobiernos y recambio de autoridades. Las reuniones y negociaciones en las que los universitarios participamos, junto a Javier Miranda, Juan Faroppa y Eduardo Piroto, encontraron finalmente receptividad oficial y, en parte, contribuyeron a confirmar la voluntad política de la Presidencia para que se continuaran las investigaciones en archivos, los trabajos de búsqueda de restos de detenidos desaparecidos y la recontractación de los equipos. Los mismos siguieron trabajando en el marco institucional de la Secretaría;
4. La judicialización de las investigaciones históricas. La cuarta etapa de trabajo del equipo de historiadores (1.º de marzo 2010 – setiembre 2011) concluyó con la publicación *online* (en la página web de la Presidencia), en octubre del año 2011, de la primera



actualización en 2 tomos de las investigaciones históricas concluidas en el año 2007. El intenso trabajo realizado por el equipo de historiadores para concluir en esa fecha no fue casual, y resultó muy importante porque el mes de noviembre se consideraba el plazo calculado para la prescripción de los delitos cometidos durante la dictadura. Una intensa movilización de organizaciones de familiares y de derechos humanos, así como de víctimas que se presentaron en distintos juzgados penales y hasta en comisarías de barrio para denunciar su situación, promovió una gran cantidad de demandas y el inicio de juicios penales. Una parte importante de los expedientes de dichas causas fueron derivados por la Justicia —mediante oficios— a la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente y respondidos técnicamente —alrededor de 85 oficios— por el equipo de historiadores, adjuntando la documentación correspondiente a las casos denunciados;

5. Convenio archivo DNIH y Policía Técnica. Un resultado directo del trabajo de seis años cumplido por el equipo de historiadores en la revisión de la documentación depositada en la misma sede del archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (en Maldonado y Paraguay) fue la redacción de un primer borrador de propuesta de convenio tripartito presentado inicialmente el 6 de mayo de 2013, y la posterior aprobación y firma del texto definitivo de convenio el 3 de octubre del mismo año. El convenio firmado entre el Ministerio del Interior, la Presidencia de la República-Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente y la Universidad de la República-Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos-FHCE, acuerda:
 - a. la digitalización de los documentos depositados en el archivo histórico de la DNIH-Departamento III, pasando una de las copias a la Universidad-CEIU con fines de investigación y enseñanza; la documentación original será depositada en el archivo de la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente. En proceso de digitalización parcial;
 - b. la migración a la Secretaría de DD. HH. de los expedientes de la Justicia Militar y Supremo Tribunal Militar depositados en el archivo de la Dirección Nacional de Policía Técnica. Ya cumplido;
 - c. el traslado a la Universidad-FHCE-CEIU de las colecciones de diarios, semanarios y revistas de circulación legal, ilustrativas de la época histórica, que se encuentran depositadas en la DNIH. Ya cumplido;
 - d. la entrega a la Secretaría de la documentación sobre derechos humanos y pasado reciente depositadas en las jefaturas de Policía del interior del país. No cumplido.

La realización de este convenio implicó la contratación de un equipo de archivólogos y digitadores por parte del Ministerio del Interior que viene trabajando desde hace más de dos años así como la compra e instalación de la infraestructura técnica requerida para procesar la digitalización que se lleva a cabo en la propia sede de la actual DGII. Desde la Universidad, a través de los llamados concursables de la CSIC para equipamiento de laboratorios y archivos, se logró la compra de una máquina digitalizadora mediante un proyecto presentado por la Facultad de Humanidades-CEIU y finalmente seleccionado.

¡Los archivos existen! El papel del equipo de historiadores

Ya hemos señalado que al inicio, en el año 2005, y durante los trabajos de investigación del equipo de historiadores, no se contó de antemano con un repertorio de archivos estatales, ni índices o listados de documentos disponibles para consultar. Salvo dos casos: el archivo generado por



la Comisión para la Paz y depositado en la Secretaría de Seguimiento (que fue puesto enseguida a disposición del equipo) y los dos archivos de la Cancillería (ya organizados y abiertos a la consulta). En los demás casos (públicos y privados, nacionales y regionales), hubo que armar listados y solicitar el permiso de ingreso correspondiente —empezando por el Ministerio del Interior-DNI—. Lo mismo sucedió con la formulación de pedidos de documentación y la tramitación de autorizaciones para revisar los archivos de países vecinos, especialmente en la Argentina (archivo de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación Argentina). En casi todos los casos, la iniciativa en la materia estuvo del lado de los universitarios.

Una dificultad adicional para la localización y accesibilidad lo constituye el organigrama de archivos y repositorios documentales sobre el pasado reciente que existe en el país. En ese sentido, recordamos que en la experiencia uruguaya no prosperó la iniciativa de constituir un tipo de «archivo de la memoria» que centralizara o articulara la información disponible sobre los tipos de documentación existentes en varios repositorios (índices, listas de documentos, formularios de acceso) y las formas de ingreso. Dicha documentación se encuentra dispersa en distintas reparticiones estatales que dependen de diversos poderes y jerarquías. Así, por un lado, se lograron conservar valiosos acervos documentales del período pero, por otro lado, en muchos casos, pocos saben que existen o no se han tomado medidas especiales de preservación ni tampoco se han elaborado relevamientos o catálogos que distingan las colecciones depositadas en los mismos archivos. Por otra parte, según la dependencia estatal de que se trate son distintos los criterios a la hora de recibir solicitudes personales, entregar documentos o autorizar el acceso, incluso, luego de la aprobación de las leyes de archivo en el país.

Es más, coincidiendo con lo que sostiene Vania Markarian, parece que la aprobación de la normativa de archivos en el país en los años 2007-2008, contrariamente al espíritu con el que se aprobó, ha agudizado los cuidados, controles y aprehensiones de las autoridades y administradores por sus dudas o temores a «infringir» la ley y exponerse al entregar la documentación solicitada a denuncias de particulares, posibles investigaciones administrativas con eventuales sanciones del jerarca o demandas pecuniarias al Estado y sus organismos responsables.

Finalmente, otros argumentos que operan en dirección a la mayor restricción en la consulta a la documentación original se basan en la versión —no comprobada— de que los archivos de la época de la dictadura contienen abundante información secreta y sensible sobre hombres públicos o personas detenidas y torturadas. Esa percepción, que nunca pone a consideración pública la explicación sobre el contexto en que fueron producidos los documentos bajo la dictadura o las situaciones límites en que se obtuvo la información, y que tampoco moviliza las experiencias internacionales exitosas para resolver en tiempo y forma los mismos problemas (por ejemplo, en Alemania con la documentación de la ex-Stasi), opera como «límite razonable» a la hora de expedirse respecto a las solicitudes de acceso a la documentación, sobre todo si la misma incluye datos sobre terceras personas. Frente a esa percepción, las posturas más aperturistas de los archivos sensibles o más transparentes respecto al conocimiento de los documentos de la dictadura no cuentan con reaseguros legales, técnicos, y sobre todo políticos, que permitan dotar de garantías a los operadores de archivos a la vez que cumplir con el derecho de las personas a la información mediante la implementación de protocolos con formas más fluidas de autorizar el acceso, tramitar documentos y asegurar su uso responsable, no solo para la Justicia. Un efecto no deseado de esta situación donde se imponen las respuestas más conservadoras termina reforzando, en democracia, el secretismo y la opacidad de los hechos ocurridos bajo el terrorismo de Estado, hace más de 40 años.

En lo que respecta al equipo de historiadores que trabaja en el ámbito de la Presidencia, creemos que lo que estuvo dentro de sus competencias y posibilidades fue resuelto, no sin





dificultades o demoras, en dirección a un mayor conocimiento de los tipos de documentación depositada en los archivos estatales de la represión, aunque lo logrado no resultó aún generalizado a otros justos demandantes.

Como ya se señaló, cuando el equipo inició sus labores, el 5 de setiembre del año 2005, el único archivo que fue puesto a su disposición para la revisión fue el archivo generado por la Comisión para la Paz y radicado en la propia Secretaría de Seguimiento. Los documentos no estaban digitalizados ni se poseían índices. Los trabajos de reconstrucción histórica específicos comenzaron inicialmente por la revisión de los legajos personales de los detenidos-desaparecidos y luego, en la medida que se fue conociendo la organización interna del archivo y sus secciones, y que la confianza de las autoridades encargadas se fue asentando en base al trabajo conjunto, dedicación horaria y responsabilidad de los integrantes del equipo universitario, también se fue ampliando la posibilidad de acceder a toda la documentación depositada en el archivo de la COMIPAZ.

A partir de ese primer archivo, la tarea de acceder a otros ubicados en diversas dependencias estatales, así como de obtener información útil para localizar archivos y repositorios documentales escondidos o desconocidos en dependencias estatales —también en el ámbito privado y regional— se incorporó como parte indivisible de la labor del equipo de historiadores en materia de investigación. El resultado fue el siguiente: entre los años 2005 y 2014, el equipo tuvo acceso o revisó un total de 25 archivos o repositorios documentales, entre ellos 17 pertenecientes al Estado uruguayo.

En la primera y segunda etapa del trabajo del equipo (2005-2007 / 2007-2009) se logró el acceso a la mayoría de los archivos o repositorios, un total de 19; once de ellos estatales. Entre estos últimos, sin detallar, destacamos: el archivo histórico de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (solicitado por el equipo y autorizado el ingreso a través de las gestiones de la Secretaría de Seguimiento de la Comisión para la Paz); los archivos documentales de la Cámara de Diputados y de Senadores (solicitados con el objetivo de revisar las comisiones investigadoras parlamentarias constituidas en la etapa previa y posterior a la dictadura; si bien la autorización fue otorgada, durante un tiempo los libros de actas no pudieron ser encontrados en su lugar aunque finalmente aparecieron y se investigó en ellos, salvo el perteneciente a la Comisión sobre los sucesos de la Seccional 20.^a de Paso Molino que no fue encontrado); el Centro de Altos Estudios Nacionales (solicitado y gestionado por Gerardo Caetano; fundamentalmente se revisaron los libros de órdenes de los Comandos de las Fuerzas Armadas y algunas monografías de pasaje de curso con temas vinculados al período histórico); la Dirección de Necrópolis de la Intendencia de Montevideo (si bien esta revisión no arrojó resultados positivos, se trató de documentar los casos registrados de personas NN encontradas muertas o accidentadas en la vía pública y enterradas en cementerios municipales para así rastrear las circunstancias de su muerte, posible vinculación con sucesos de violencia política y la identidad de la persona); Biblioteca de la Presidencia de la República y Centro de Documentación de la OPP (se tramitaron a pedido y se revisó documentación, aunque esta no resultó relevante para las investigaciones del período); archivos Histórico Diplomático y Administrativo del Ministerio de Relaciones Exteriores (se ingresó y trabajó en ambos archivos, ya organizados bajo criterios archivológicos).

En la tercera y cuarta etapa del trabajo del equipo (2009-2010 / 2010-2011), se logró incorporar la consulta a otros 5 archivos estatales; tres de ellos a solicitud del equipo de historiadores (tramitadas formalmente a través de la Secretaría de Seguimiento de la COMIPAZ): Dirección Nacional de Policía Técnica (revisión de expedientes de civiles que tenían antecedentes y prontuarios en la Justicia militar en los años 60 y dictadura); Dirección Nacional de Migración (revisión





de libros de entrada y salida del país en 18 puntos fronterizos para determinar el posible traslado de detenidos y la movilidad de represores en el período, particularmente el posible traslado ilegal a Uruguay de María Claudia García desde la Argentina); Archivo de Expedientes Judiciales Provenientes del Supremo Tribunal Militar (AJPROJUMI), donde se consultaron las causas penales de civiles detenidos por razones políticas tramitadas en la Justicia ordinaria y militar en las décadas de los años 60-70.

Existen otros dos archivos trabajados por el equipo en el período, cuya obtención e ingreso resultan de decisiones provenientes del Ministerio de Defensa Nacional. En el primer caso, se trata de la entrega por el ministro José Bayardi a la Secretaría de Seguimiento de la COMIPAZ de una copia digitalizada con profusa documentación del Servicio de Información de Defensa referida a detenidos desaparecidos y asesinados políticos encontrada microfilmada en dependencias del ex-CGIOR; en el segundo caso, se trata del archivo pasivo de fichas clínicas de Sanidad Militar depositado en el Hospital Militar y los libros de registro de autopsias y necropsias. Las fichas fueron encontradas durante la gestión del ministro Gonzalo Fernández, quien ordenó una investigación administrativa. Se revisaron allí alrededor de 200 mil fichas, intentando encontrar datos del nacimiento en el hospital de Macarena Gelman y de aquellos detenidos que fueron tratados por diversas enfermedades en el hospital o fallecieron en el mismo a consecuencia de torturas o enfermedades terminales, y se les practicó la autopsia.

A partir del año 2011 y hasta el año 2015, el equipo no ingresó a nuevos archivos estatales y tampoco se descubrieron nuevos archivos de la represión, aunque se siguió trabajando en la revisión de documentación original depositada en algunos de los archivos a los que se había ingresado años atrás. Recién el 2 de octubre del año 2015, mediante incautación por decisión judicial, fue hallado el llamado «Archivo Castiglioni» en su domicilio particular y, alrededor del mes de agosto del año 2016, se informa que fue encontrado el archivo del Cuerpo de Fusileros Navales (FUSNA) por el Grupo de Trabajo por Verdad y Justicia.

Por último, tres agregados:

1. Dentro de sus tareas, el equipo de historiadores se propuso la difusión de los documentos vinculados a los acontecimientos investigados, como respaldo a la reconstrucción histórica, pero también como fuentes documentales para otros investigadores e investigaciones sobre el período; de allí resultó lo que llamamos «cronología corta» y «cronología larga», donde se transcribieron completos decenas de documentos oficiales junto a sus referencias archivísticas, en el primer caso, relacionados con el hecho mismo que se reconstruye (crono corta); en el otro caso, referido al contexto represivo más general en que se produjo el hecho (crono larga).
2. En sus labores de investigación y revisión de documentación, el equipo de historiadores fue generando su propio archivo a partir de la selección documental de cada investigador, según las líneas que tenía asignadas. Este archivo de historiadores en formato digital, con índices primarios elaborados para facilitar su ubicación para la propia investigación histórica, se encuentra depositado en la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente.
3. Finalmente, si bien el equipo de historiadores dispuso siempre de un estatus especial a partir de la voluntad y autorización de la Presidencia de la República para investigar e ingresar en archivos con documentación oficial, ha actuado —dentro de los límites marcados por las cláusulas del convenio, la confidencialidad y el marco institucional en el que desempeña sus labores—, con la intención no solo de publicar y difundir con





responsabilidad la mayor parte de la documentación encontrada y seleccionada, sino de informar detalles de la existencia de los mismos archivos. Un ejemplo de ello, es la elaboración de las fichas de relevamiento de repositorios documentales consultados por el equipo de investigación, publicadas en la Sección 8: «Archivos y repositorios documentales (1973-1985)» del Tomo IV de la *Investigación Histórica sobre Detenidos-Desaparecidos* (páginas 793-803). Aparecen allí un total de 10 fichas de repositorios públicos y una de archivo privado, consultados en el primer período de trabajo del equipo (2005-2007). Dicha Sección constituye, de hecho, el primer relevamiento público realizado por los universitarios. Muy poco después, también en el año 2007, el Archivo General de la Universidad publica bajo la supervisión de la Dra. Vania Markarian el *Relevamiento de archivos y repositorios documentales sobre derechos humanos en Uruguay*, conteniendo información sobre 32 archivos y repositorios documentales. No se trata ahora de entablar una disputa para determinar quién fue primero, sino de recordar la actitud del equipo de historiadores de adelantar en la primera publicación de la Presidencia de la República la información al público respecto a los archivos de la represión existentes en el país.

A modo de resumen. Algunos otros problemas a superar en materia de archivos

Hace más de 10 años, la pregunta era: ¿Existen archivos estatales y se conserva la documentación sobre la dictadura y las violaciones a los derechos humanos? Hoy, la pregunta —y problema principal— es otra: ¿Cómo se puede acceder a los archivos y revisar la documentación existente de la época autoritaria y la dictadura en el país? La primera pregunta, aunque lejana en el tiempo, había que responderla. Y se respondió afirmativamente. Incluso, inicialmente, a través del trabajo del equipo de historiadores y de otros investigadores y periodistas especializados en el tema, pudo tenerse una aproximación, y en otros casos una descripción de los tipos y contenidos de los documentos existentes, características de los archivos en que están depositados y su adscripción institucional. Lo anterior, no sustituye la necesidad de contar con índices y descripciones detalladas de los documentos que orienten las búsquedas y la selección ni tampoco sustituye el acceso directo de los investigadores a trabajar con la documentación original. Pero tampoco nos obliga a reiterar siempre las viejas preguntas o dudas como si el tiempo no hubiese transcurrido ni se hubiesen logrado avances relativos en la materia, que no hay que exagerar pero tampoco hay que desconocer.

Sin embargo, existe un malestar sobre el tema que se agranda con el paso del tiempo, sobre todo aquel vinculado a la facilitación del acceso a los documentos e ingreso a los archivos.

La voluntad política, especialmente aquella representada en las decisiones del Poder Ejecutivo, sigue siendo muy importante para seguir avanzando y resolver las dificultades planteadas. Pero también hay otros aspectos y ámbitos que pueden colaborar en una dirección correcta:

- a. El Archivo General de la Nación, que ha tenido y tiene un rol fundamental en el país como autoridad máxima en materia archivística y en la propuesta y redacción de leyes nacionales, no ha tenido, a mi modo de ver, una función proactiva en el tema de los archivos de la represión. En ese sentido, ha sido más bien un receptor de donaciones de archivos del pasado reciente (casos MDN o archivo personal del Gral. Víctor Licandro), que gestor de iniciativas en las búsquedas y localización de documentación y archivos dentro del Estado, de elaboración de criterios de organización de la documentación dispersa en los distintos repositorios o de articulación de los sitios archivísticos en el país, no solo en Montevideo;





- b. Un bloqueo académico importante en el tema resulta de los desacuerdos de enfoques entre historiadores y archivólogos a la hora de discutir sobre la organización de la documentación, describir los campos y elaborar los índices, aplicar los criterios de búsqueda y selección de los documentos, incluso, respecto a los tiempos que hay que dedicar a describir los documentos o a investigar en ellos. Tampoco han proliferado ámbitos de diálogos disciplinarios y acuerdos sobre procedimientos, por lo que no solo las opiniones difieren sino, más importante aun, las prácticas profesionales se distancian, siendo los archivólogos los que gestionan y organizan, por lo general, los archivos y documentación que los historiadores reclaman para estudiar;
- c. No existe interrelación, ya no hablemos articulación, entre los archivos con documentación sensible del pasado reciente ni difusión de la información que pueden compartir, si bien en el ámbito de la Universidad de la República, como ya se señaló respecto al Archivo General de la Universidad, se han elaborado dos relevamientos y directorios, uno ya mencionado y otro de carácter regional, editados por Vania Markarian e Isabel Wschebor: *Archivos y Derechos Humanos. Los casos de Argentina, Brasil y Uruguay* (2009). Otros directorios conteniendo información actualizada se encuentran en proceso de elaboración (GEIPAR-AGU-CEIU-ICP).
- d. Otro de los aspectos que no contribuye a avanzar más rápidamente en el tema archivos refiere a la falta de rubros presupuestales para la preservación de la voluminosa documentación, catalogación, digitalización, elaboración de páginas webs, etc., así como para la contratación de los equipos especializados para procesar tales tareas. Por lo general, a la hora de privilegiar objetos del gasto público, este aspecto ha sido totalmente marginado, salvo en los casos del archivo de la Secretaría de Derechos Humanos (Presidencia), los dos archivos de Cancillería, AJPROJUMI (archivo de la Suprema Corte de Justicia) y el procesamiento de la documentación depositada en el archivo de la DNI (Ministerio del Interior).
- e. Por último, la inexistencia de un protocolo único de acceso a los archivos, solicitud y entrega y uso responsable de documentos, ha determinado que la aplicación de las leyes existentes en materia de archivos y transparencia de la información se aplique según las interpretaciones dadas en distintas reparticiones estatales, asesoramientos jurídicos y jerarcas respectivos, restringiendo, de hecho, el acceso y consulta directa de la documentación salvo, por lo general, para las causas judiciales. Al respecto, actualmente se encuentran en proceso de elaboración algunas propuestas al respecto (AGESIC, GEIPAR).

A modo de epílogo inconcluso

Queda mucho por discutir de la segunda parte del artículo de Vania Markarian sobre aspectos cognoscitivos de la historia reciente, que no podré abordar en la oportunidad.

El fondo del problema que, a mi modo de ver, plantea Vania es acerca del verdadero valor cognoscitivo y aporte historiográfico de las investigaciones históricas realizadas en el marco del convenio Presidencia-Udelar sobre detenidos desaparecidos y asesinados políticos, a partir de una disyunción planteada por la articulista que, por un lado, reconoce su aporte desde el punto de vista ciudadano y, por otro lado, lo subestima desde el punto de vista historiográfico porque, fundamentalmente, las reglas del oficio del historiador no son las de aportar pruebas a la Justicia, entre otras razones.





Carlo Guinzburg, en su recordada obra *El juez y el historiador*³ reconoce las «relaciones intrincadas y ambiguas» entre ambos. Pero Guinzburg no solo reflexiona sobre las diferencias —en las que insiste Vania Markarian— sino que también se refiere a los «puntos comunes», entre el juez y el historiador (10). Y en esa dirección es que nos proponemos reflexionar a la brevedad, en tanto una de las novedades y resultados importantes que se incorpora al campo de estudios sobre la historia reciente en el Uruguay es el fenómeno de la judicialización de las investigaciones históricas verificado desde la cuarta etapa del trabajo del equipo universitario (2011-2014) hasta el presente, antes no.

Y ese dato no es menor, porque cuando las investigaciones se judicializan ya eran una investigación histórica diseñada con participación de los historiadores universitarios y concluida en su corpus principal, independientemente de sus sucesivas actualizaciones y correcciones a partir de nuevos datos obtenidos y denuncias formuladas con el paso del tiempo. Dicho de otra manera, la judicialización no fue un «investigar para la Justicia» como proceso condicionado por la estrategia acusatoria y probatoria conducida enteramente por un juez o fiscal, ni tampoco por la parte querellante. Y no es menor la distinción entre investigar para la Justicia en calidad de peritos judiciales, que el hecho de que la Justicia incorpore las investigaciones históricas dentro de sus instancias procesales. Y de eso se trató en la experiencia reciente.

En todo caso, la pregunta central que nos haríamos nosotros, sería: ¿Resulta posible establecer una distinción radical o relativa entre el tipo de conocimiento que sobre los hechos de la realidad puede llegar a establecerse en un proceso judicial penal y el tipo de conocimientos que se obtiene fuera de dicho proceso, particularmente a través del conocimiento histórico? O, dicho de otro modo más general: ¿Existe una «verdad jurídica» distinta a la «verdad histórica»? Creemos que no, pero hay que demostrarlo.

En todo caso, la verdad de los hechos del pasado reciente no solo es parte de la búsqueda permanente del historiador sino la base de una noción de justicia como virtud y de decisiones judiciales justas. A la búsqueda de la verdad y a la afirmación de la justicia, creo, han contribuido las investigaciones históricas del equipo universitario.

3 Guinzburg, Carlo. *El juez y el historiador* (Torino: Einaudi, 1991).



Convocatoria *Contemporánea* Volumen 8, año 8, 2017

Guerras y política en América Latina en el el siglo xx

Editores:

Edgardo Manero (CNRS/EHESS, Mondes Américains, Francia)

María Laura Reali (Universidad París 7, EILA/ICT, Francia)

Las reflexiones en torno a guerra y política que realizara Carl von Clausewitz en las primeras décadas del siglo XIX alimentaron una multiplicidad de debates políticos y académicos, entre ellos los que supusieron la inversión de los componentes de la fórmula planteada por el militar prusiano, devenida clásica. Lejos de agotarse con el fin de la Guerra Fría, como sostenían los apologistas de un mundo posconflictual, las controversias en torno a la relación entre estas dos categorías han recobrado renovada intensidad. El presente dossier propone explorar la experiencia histórica latinoamericana en el siglo XX a partir de una interrogación sobre los vínculos establecidos entre las mismas.

América Latina ha mantenido una relación particular y compleja con el fenómeno de la guerra. La conquista trazó una primera línea divisoria entre un «nosotros» y los «otros» que continúa estando presente, alimentado sucesivamente por las luchas por la independencia y civiles decimonónicas, por las dictaduras y revoluciones del siglo XX y, finalmente, por la multiplicidad de formas de conflicto violento propias del presente. Si bien el relativo aislamiento en el sistema internacional ha limitado la participación directa de los países latinoamericanos en las guerras internacionales, aunque estas movilizaron fuertemente a la opinión pública, desde el período de formación de los Estados poscoloniales, la injerencia de las potencias hegemónicas ha sido permanente, con consecuencias en términos estratégicos. Por su parte, los frecuentes conflictos de vecindad territorial —cuyo pasaje de la diplomacia al enfrentamiento armado solo se produjo en contadas ocasiones— no esconden el hecho de que las guerras se estructuran en torno a la cuestión del control social, en una geografía caracterizada por la debilidad de los Estados nacionales.

Las especificidades latinoamericanas en relación a la guerra se inscriben, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en un contexto marcado por la universalización del saber militar y por la supervivencia o adaptación de ciertos aspectos de las culturas estratégicas locales, lo que plantea la cuestión de la articulación entre la dimensión global y particular de las prácticas guerreras.

Los trabajos presentados sobre la relación entre guerra y política en el siglo XX podrán ser tanto estudios de caso como enfoques teóricos. Sin excluir otras perspectivas, se apreciará en particular su carácter transdisciplinario, partiendo de la idea de que los abordajes como el planteado, por ejemplo, por los *war studies* —integrando aportes de disciplinas como la sociología, la antropología o la geografía—, contribuyeron a replantear los estudios sobre las guerras y a abrirlos a nuevas fuentes y formas de tratarlas.

Además del tema principal del número, *Contemporánea* está abierta a la recepción de artículos sobre otros asuntos dentro del campo de la historia y los problemas de América Latina en el siglo XX.





Presentación de originales:

- Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8.000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc y .rtf a revistacontemporanea2010@gmail.com hasta el 10 de abril de 2017.
- Los autores deben enviar un CV abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.
- Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán «publicar», «publicar con modificaciones» o «no publicar». Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán:

- reseñas de libros (entre 1.000 y 1.200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años que tengan que ver con la temática general de este número;
- ensayos bibliográficos (entre 3.000 y 4.000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número;
- reseñas de eventos (entre 2.000 y 2.500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación.
- El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones.

Formato:

- Todos los textos deberán estar a espacio simple y usar el tipo de letra Times New Roman, tamaño 12 en el cuerpo y tamaño 10 en las notas.
- No marcar cursivas y negritas en títulos y subtítulos.
- Las referencias textuales de menos de cinco líneas se incluirán entrecomilladas (sin cursivas) en el texto. Si sobrepasan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, con sangrado y sin comillas ni cursivas.
- Cuando corresponda, la bibliografía y fuentes se citarán a pie de página según los siguientes ejemplos:

Libros:

Evans, Sara. *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left* (Nueva York: Vintage Books, 1980), 23.

Braunstein, Peter y Doyle, Michael William (eds.). *Imagine Nation: The American Counterculture of the 1960s and 1970s* (Nueva York: Routledge, 2001), 80.

Artículos en libros:

Longoni, Ana. «Tucumán Arde: Encuentros y desencuentros entre vanguardia artística y política», en Oteiza, Enrique (coord.). *Cultura y política en los años 60* (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, 1997), 316.

Artículos en revistas:

Panizza, Francisco. «El liberalismo y sus "otros": La construcción del imaginario liberal en el Uruguay (1850-1939)», *Cuadernos del claeB*, 50 (1989).





- Cuando se mencionen por segunda vez, se repetirán las citas, omitiendo los datos de publicación y acortando los títulos y nombres:

Libros:

Evans, S. *Personal Politics*, 23.

Braunstein, P. y Doyle, M. W. (eds.). *Imagine Nation*, 80.

Artículos en libros:

Longoni, A. «Tucumán Arde», 316.

Artículos en revistas:

Panizza, F. «El liberalismo y sus “otros”».

- Al final de los artículos se incluirá una bibliografía completa:

Libros:

Evans, Sara. *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left*, Nueva York, Vintage Books, 1980.

Braunstein, Peter y Doyle, Michael William (editores). *Imagine Nation: The American Counterculture of the 1960s and 1970s*, Nueva York, Routledge, 2001.

Artículos en libros:

Longoni, Ana. «Tucumán Arde: Encuentros y desencuentros entre vanguardia artística y política», en Oteiza, Enrique (coordinador). *Cultura y política en los años 60*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 1997.

Artículos en revistas:

Panizza, Francisco. «El liberalismo y sus “otros”: La construcción del imaginario liberal en el Uruguay (1850-1939)», *Cuadernos del clach*, 50, 1989.

Contemporánea (ISSN: 1688-7638) es una revista académica de frecuencia anual. Publica artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo xx en América Latina. Se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República. Su contenido está indizado en LATINDEX. Versión digital (ISSN: 1688-9746) disponible en <http://www.geipar.udelar.edu.uy/index.php/category/revista_contemporanea>.

Comité Editorial: Magdalena Broquetas, Inés Cuadro, María Eugenia Jung, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Diego Sempol y Jaime Yaffé







